



MARK BELLOW

LA VITA DI UN UOMO  
DI GIUSTIZIA

CASTELPACI

LE DEBOLIZIO

## Annotation

Kenneth, el errático narrador de esta novela, al explicar por qué abandona su París natal para trasladarse al Medio Oeste norteamericano, dice: 'Estados Unidos está donde está la acción'. Peo también desea estar cerca de su amado tío, el mundialmente famoso botánico Benn Crader, para aprender de él la sabiduría de la vida. Benn es un individuo inquieto: ha recorrido las selvas de la India, las montañas chinas, la jungla brasileña, la Antártida... ¿Por qué viaja tanto? Sumergirse en el estudio de las plantas no es suficiente para él; también busca satisfacciones humanas: sus constantes viajes tienen una razón erótica. Posee el fino humor de una farsa a la francesa. Buena parte de la acción se basa en iconos de la cultura popular norteamericana, como los dibujos de Charles Adams y *Psicosis*, de Alfred Hitchcock. Pero junto con el carácter tragicómico del argumento brilla un ingenioso examen de la sexualidad contemporánea.

---

**SAUL BELLOW**

*Son Más Los Que Mueren De Desamor*

*Traducción de María Mir Arner*

*Plaza & Janés Editores, S.A.*

## Sinopsis

Kenneth, el errático narrador de esta novela, al explicar por qué abandona su París natal para trasladarse al Medio Oeste norteamericano, dice: 'Estados Unidos está donde está la acción'. Pero también desea estar cerca de su amado tío, el mundialmente famoso botánico Benn Crader, para aprender de él la sabiduría de la vida. Benn es un individuo inquieto: ha recorrido las selvas de la India, las montañas chinas, la jungla brasileña, la Antártida... ¿Por qué viaja tanto? Sumergirse en el estudio de las plantas no es suficiente para él; también busca satisfacciones humanas: sus constantes viajes tienen una razón erótica. Posee el fino humor de una farsa a la francesa. Buena parte de la acción se basa en iconos de la cultura popular norteamericana, como los dibujos de Charles Adams y *Psicosis*, de Alfred Hitchcock. Pero junto con el carácter tragicómico del argumento brilla un ingenioso examen de la sexualidad contemporánea.

Título Original: *More die of heart break*

Traductor: Mir Arner, María

Autor: Saul Bellow

©1989, Plaza & Janés Editores, S.A.

Colección: Plaza & Janés literaria

ISBN: 9788401381423

Generado con: QualityEbook v0.70

# **SON MÁS LOS QUE MUEREN DE DESAMOR**

**SAÚL BELLOW**

Título original:  
MORE DIE OF HEART BREAK

Traducción de  
MARIA MIR

Portada de  
GS-GRAFICS, S. A.

Primera edición: Abril, 1989

Copyright © 1987 by Saúl Bellow Limited  
Copyright de la traducción española: © 1989, PLAZA & JANES EDITORES, S. A.  
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de  
MORE DIE OF HEART BREAK  
(ISBN: 0-436-03962-1. Secker & Warburg. London. Ed. original.)

*Printed in Spain — Impreso en España*  
ISBN: 84-01-38142-8 — Depósito Legal: B. 13.702 - 1989  
Impreso en HUROPE, S. A. — Recaredo, 2 — Barcelona

## NOTA DE LA TRADUCTORA

**L**AS historias y las digresiones de Kenneth Trachtenberg, escritas en el lenguaje coloquial, «antiliterario» de Bellow, van dirigidas al lector de un cierto nivel intelectual de las grandes ciudades norteamericanas. Muchas referencias, casi todos los guiños, aluden a un círculo familiar que al lector de nuestro ámbito le resulta ajeno. He querido respetar en la traducción esa realidad particular huyendo de adaptaciones castizas; procurando reproducir con la máxima fidelidad el diálogo entre el autor y sus lectores coterráneos; limitándome, con la mayor discreción, a abrir la puerta al espectador de nuestra lengua para que pueda asistir a una experiencia hasta cierto punto exótica, acercándosela como podría hacerlo un guía turístico. No me he regido por cánones estéticos que el autor evita deliberadamente. He procurado las mismas disonancias en castellano que en su lengua exhibe el pensamiento errático del narrador y el mismo ritmo entrecortado adaptando aquí, lógicamente, los trompicones, a los que experimentamos en nuestra lengua cuando intentamos alcanzar verbalmente la velocidad del pensamiento.

Teniendo por norma única facilitar la comprensión y la lectura del texto, me he permitido eliminar todos los énfasis en cursivas del autor que no afectan al significado de las palabras sino al tono propio de la lengua y que en castellano resultan innecesarios e incomprensibles. Para evitar los saltos constantes a las notas que obstaculizan la lectura y distraen la atención, he procurado que éstas resulten un complemento que el lector pueda o no consultar según las apetencias de su curiosidad. Así, he traducido en el texto los términos *yiddish* que utiliza el autor y con los que una gran parte de los norteamericanos están familiarizados, haciéndolos constar en nota aparte. Lo mismo con siglas y expresiones como *Ninety Day Wonder* cuyo significado traduzco directamente en el texto y no en la nota, como es habitual. Decidida a pecar por exceso, que no por defecto, explico en las notas todas las referencias a cuestiones norteamericanas y judías dejándome sólo aquellas universalmente conocidas. Destaca, por ello, lo que no explico delatando lo que no sé ni he podido encontrar. Afortunadamente es poco lo que por esto tiene que sufrir el texto. Espero que no sufra por nada más para que pueda disfrutar el lector de lengua castellana lo mismo que el que ha podido leer el texto original.

Gracias por la constante colaboración de Ana Braga.

MARIA MIR

El año pasado, durante una crisis personal, mi tío Benn —B. Crader, el conocido botánica— me enseñó una viñeta de Charles Addams. Era una viñeta corriente, apenas valía una sonrisa, pero el tío estaba obsesionado por ella y quería comentarla en detalle. No me apetecía analizar una viñeta. Él insistía. La mencionaba en relación con tantas cosas, que el maldito asunto llegó a irritarme y estuve pensando hacérsela enmarcar para regalársela por su cumpleaños. Cuélgala en la pared y líbrate de ella, pensé. Benn lograba exasperarme de vez en cuando como sólo puede hacerlo alguien que ocupa un lugar especial en nuestra vida. Él lo ocupaba en la mía, desde luego. Yo quería a mi tío.

Algo curioso y digno de mención es que el resto de la obra de Addams no le hacía mucha gracia. La gran colección, *Monster Rally*<sup>1</sup>, llegó a deprimirle. Su monotonía, ese humor negro por mor de la negrura, se le hizo aburrida. Sólo le impresionó esa única viñeta. Se trata de un par de enamorados —la pareja morbosa— desolada de siempre en el típico escenario de tumbas y tejos. El hombre tenía un aspecto brutal y la mujer de largos cabellos —creo que los aficionados la llaman Morticia— llevaba una túnica de bruja. Ambos estaban sentados en el banco de un cementerio haciendo manitas. El pie era sencillo:

«¿Eres infeliz, querida?»  
«¡Oh sí, sí! Completamente.»

—¿Por qué me llama tanto la atención? —dijo el tío.

—Sí, yo también me lo pregunto.

Se disculpó.

—Estás cansado de que la traiga por los pelos cinco veces al día. Lo siento, Kenneth.

—Tomando en cuenta tu situación, puedo comprenderlo. Las obsesiones de los demás no me entusiasman. Puedo aguantar ésta por un tiempo, pero si lo que quieres es sátira o caricatura, ¿por qué no recurres a alguno de los maestros, Daumier o Goya?

—No siempre se puede elegir. Además, no tengo tu cultura. Las mentes del Mediooeste<sup>2</sup> son más lentas. Ya sé que Addams no está entre los genios, pero constituye una expresión actual y me gusta la forma retorcida en que aborda el amor. No manipula a nadie, a diferencia de Alfred Hitchcock —el tío había cobrado una fuerte aversión a Hitchcock—. De Hitchcock se obtiene una producción. Addams trabaja a partir de su propia naturaleza atormentada.

—El amor nos ha idiotizado durante siglos, así que no se trata únicamente de su naturaleza atormentada.



El tío inclinó sus pesados hombros en silencio. No aceptaba mi comentario y ésa era su forma de rechazarlo. Dijo:

—Con Hitchcock no habría querido hablar ni un minuto, mientras que con Addams, creo que podría sostener una conversación significativa.

—Lo dudo. Él no respondería.

—Aunque eres varias décadas más joven, has visto de la vida más que yo —dijo el tío—, eso te lo concedo.

Quería decir que yo había nacido y crecido en Francia. Me presentaba como «mi sobrino parisién». Con respecto a sí mismo, le gustaba decir que carecía en absoluto de mundología. Claro que había visto mucho, pero tal vez no se había fijado lo suficiente. O no lo había hecho con fines prácticos.

—Tendrías que admitirle a Addams que sólo admiras esa única viñeta —le dije.

—Una, sí, pero va a los fundamentos.

Y entonces Benn empezó a hablarme de los fundamentos según él los veía, como suelen hacer los que se encuentran en crisis. Desorientado por sus problemas —su infeliz ensayo matrimonial—, no tenía las cosas muy claras.

—Toda vida tiene su dificultad fundamental y característica —dijo—, un tema desarrollado en miles de variaciones. Variaciones, variaciones, hasta que uno desea la muerte. No creo que la palabra adecuada sea obsesión. El término compulsión de repetición tampoco me gusta, con todos mis respetos por Freud. Ni siquiera es correcto llamarlo idea fija. Una idea fija también puede ser una tapadera o un engaño para ocultar algo inconfesable. Algunas veces me pregunto si mi tema tiene alguna relación con las plantas. Pero lo más probable es que la profesión no tenga nada que ver. Si hubiese sido florista o farmacéutico, como quería mi madre, escucharía de todos modos el mismo *bong, bong, bong* fatal... Hacia el fin de la vida, uno tiene que cubrir una especie de programa de dolor, un programa largo como un documento federal<sup>3</sup>, sólo que es tu programa de dolor. Categorías infinitas. Primero, causas físicas como la artritis, las piedras en la vesícula, los espasmos menstruales. En la siguiente categoría, el orgullo herido, la traición, la estafa, la injusticia. Pero los artículos más duros son los que se refieren al amor. La cuestión es entonces: ¿Por qué persisten todos? Si el amor destroza y se ven los estragos por todas partes, ¿por qué no se actúa con sensatez y se retira uno pronto?

—Por anhelos inmortales —dije—. O tal vez porque uno espera un golpe de suerte.

El tío siempre proponía conversaciones de gran envergadura y había que cuidarle. Con especulaciones confusas, sólo conseguía aumentar su desdicha. También tenía que estar alerta conmigo mismo, ya que tengo una afición similar a poner las cosas en claro y sé lo inútil que resulta dedicarse constantemente a ello. Durante su última crisis, sin embargo, había que tolerar al tío sus intentos de autoanálisis. Mi trabajo —mi puro deber— consistía en mantenerle la cabeza en su

sitio. Era tan evidente en qué se había equivocado que pude explicárselo en detalle. Eso aumentó mi vanidad. Al reñirle por sus errores manifiestos, descubrí cuánto me parecía a mi padre —los gestos, los tonos, la condescendiente superioridad, la seguridad capaz de cerrar todas las brechas, de llenar todo el espacio planetario, si de eso se trata. Me chocó descubrir a quién sonaba. Mi padre es un hombre excelente, a su manera, pero yo estaba decidido a superarle. Hecho de arcilla más fina<sup>4</sup>, como antes se decía, más listo, juega en otra división. Allí donde me ganaba, me ganaba: tenis, historial de guerra (yo no tengo); en el sexo, en la conversación, en la apariencia. Pero había esferas —y me refiero a esferas superiores— en las que él no estaba bien situado y le llevaba yo una gran ventaja. Y entonces, oír en mis conversaciones con el tío los acentos de mi padre, incluyendo las palabras francesas que él utilizaba para dejar las cosas claras —cuando el inglés no resultaba lo suficientemente sutil— supuso un revés mortal para el proyecto de mi vida. Más me valía echar otro vistazo a las esferas para cerciorarme de que verdaderamente eran esferas y no burbujas. Sea como fuere, el caso es que al caer el tío, yo caí con él. Era inevitable que yo también cayese. Creí que debía estar a mano en todo momento. Y, de un modo imprevisto, lo estuve.

Benn se especializaba en morfología y anatomía de las plantas. La típica postura del especialista es que sabe cuánto hay que saber en su rama y que no tiene por qué saber otra cosa. Como en el ejemplo: «Yo arreglo manómetros, no me venga con odómetros.» O en el chiste: «Yo no afeitado, enjabono. Si quiere afeitarse, vaya a la acera de enfrente.» Es comprensible que algunas especialidades exijan más que otras y que lo saquen a uno del mundo; llevan inherente el derecho a mantener las distancias. Conocí a través de Benn a algunos tipos de ciencias exactas cuyas excentricidades tenían el color de prerrogativas. Berni nunca reivindicó el privilegio de distanciarse del género humano. Si hubiese roto sus «relaciones exteriores», las mujeres no le habrían hecho sufrir tanto.

Puedo dar un ejemplo de ese fenómeno de ruptura. Estamos comiendo en el club de profesores con un científico de primer orden. El camarero, que es un estudiante, se acerca a tomar nota. El colega de Benn dice al joven: «Tráigame pollo a la king.» El chico responde: «Papá, llevas tres días comiendo pollo a la king, ¿por qué no pruebas el chile con carne?»

Después de toda una vida, el chico aceptaba sin problemas el despiste del padre. Los otros comensales sonrieron. Yo me reí un poco. Fue uno de esos súbitos momentos de gracia. Mientras reía, me vi a mí mismo de perfil como una llave inglesa del tamaño de un hombre, la quijada caída. Suelo tener ese tipo de imágenes involuntarias. Puede que aquella, tan poco halagadora, me fuese sugerida por lo metálico de mis acompañantes.

Su extremo despiste no perjudicaba al amigo científico en sus relaciones con sus colegas. Significaba que estaba muy lejos, cumpliendo con su deber en las

fronteras de su disciplina; así que adiós muy buenas a parientes y amigos. Los científicos de primera fila constituyen una casta principesca. Después de todo, son las inteligencias más secretas y más destacadas de las dos superpotencias. Los rusos tienen las suyas como nosotros las nuestras. Verdaderamente, es un privilegio muy elevado.

Bueno, en realidad, el despiste no supone un gran problema. Todos comprenden que mientras uno está controlando la naturaleza, tiene perfecto derecho de abandonar a los humanos vulgares que no llegan a ninguna parte por sus propios medios. Estamos hablando de una elite posthistórica y todo lo demás. Pero en ese aspecto, como en otros, el tío era diferente. No pedía que le eximieran de las molestias que comporta la existencia de la criatura humana. Resultaba *conspicuo* que no lo pedía. Puede que sus colegas especialistas le considerasen retrasado en ese aspecto. Hasta yo mismo le consideraba a veces retrasado, más confuso en cuestiones humanas que muchas personas de prendas normales. Nadie le tildó nunca de tonto. Se le reconocía una brillante inteligencia en su especialidad. Era, además, observador y leía mucho —escrutando, como dijo César de Casio, «los actos de los hombres». Si yo hiciese el papel de César, diría esa frase con sarcasmo. Para César, en su grandeza, los logros de los que se enorgullece el vulgo son despreciables. César era, con mucho, el más inteligente de todos. Pero una cosa es cierta: el tío no escrutaba los actos de las mujeres. En otros aspectos, no tenía mal juicio si se aplicaba.

Así que cuando empezaba a hablar de la complejidad de la existencia, era mejor —por su propio bien— no alentarle. Por genial que fuese en el reino vegetal, su seriedad de alto nivel podía resultar angustiada. Algunas veces me producía la impresión de un mal conductor tratando infructuosamente de meterse en un aparcamiento marcha atrás: diez intentos y nada; a uno le daban ganas de quitarle el volante. Y sin embargo, cuando dejaba de hacer el «analítico» y paraba el rollo, podía resultar sorprendente. Tenía un talento extraordinario para describirse a sí mismo de forma directa. Podía explicar en detalle lo que sentía al nivel más simple; qué efecto le producía una aspirina en la nuca, en la boca. Eso despertaba mi curiosidad porque la mayoría de la gente no es capaz de describir lo que ocurre en su interior aunque le vaya la vida en ello. Los alcohólicos y los drogadictos están demasiado confusos; los hipocondríacos son sus propios terroristas y la mayoría de nosotros sólo nota un tumulto metabólico en su interior. Claro, la materia se está desintegrando ahí dentro, en el ciclotrón del organismo. Pero si el tío tomaba un betabloqueador para su presión arterial, era capaz de describir con lujo de detalles sus reacciones físicas y las emocionales también: su descenso hacia el abatimiento. Y si uno esperaba discretamente el momento oportuno, tarde o temprano explicaba sus más recónditas impresiones. Es cierto que a menudo tenía que ayudarle a localizarlas, pero una vez las había captado, disfrutaba contándolo.

Físicamente, era algo voluminoso. Resultaba fácil burlarse del trabajo que la naturaleza había hecho con él. Mi padre, que no tenía la gracia que él se pensaba,

decía que su cuñado estaba construido como una iglesia rusa: con cúpula de bulbo. El tío es uno de esos judíos rusos —de origen— que tienen las típicas facciones rusas: nariz corta, ojos azules, cabello fino y escaso. Si hubiese tenido las manos más grandes habría podido ser el doble de Sviatoslav Richter, el pianista. Cuando los dedos de Richter corren por el piano, el peso de tamañas manos saca los brazos del frac de modo que cuelgan bien por debajo de las rodillas. En el tío, lo conspicuo no eran las manos, sino los ojos. Costaba precisar su color. Eran azules: azul marino, ultramarino (el pigmento se hace con polvo de lapislázuli). Más impresionante que el color era la mirada cuando la fijaba con intensidad. Había veces en que uno se sentía sometido al poder de la *mirada*. Las órbitas de los ojos parecían un ocho tumbado y eso hacía que, de vez en cuando, uno se sintiera confuso, a más de sugerir extraños pensamientos tales como: Ésta es la facultad de ver, la visión en sí misma, aquello para lo que en realidad fueron hechos los ojos. O bien: La luz extrae esos órganos de nosotros, simples criaturas, para sus propios fines. Ciertamente, no cabe esperar que un poder como el de la luz le deje a uno en paz. Así que cuando Benn se quejaba de la complejidad de la existencia y hablaba de los «determinantes sociales», no era posible tomarle en serio, porque al manifestarse con solemnidad, lo que uno veía no era precisamente la mirada de un hombre configurado por «determinantes sociales». Pero él no se manifestaba de esa forma con frecuencia. Prefería aparecer inocente, inocente y perplejo, y hasta con pinta de tonto. Era lo mejor para todos. El asunto de la inocencia deliberada o elegida es bastante curioso, pero no voy a tratarlo aquí.

Es evidente que yo le observaba con mucha atención. Le cuidaba y le controlaba; estudiaba sus necesidades; le protegía de las amenazas. Por tratarse de un prodigio, necesitaba cuidados especiales. Las personas singulares tienen necesidades singulares y mi deber era guardarle en su valiosa singularidad. Yo me había desplazado desde Europa para hacerlo, para estar cerca de él. Estábamos unidos por partida doble, múltiple. En aquel momento, ninguno de los dos tenía otros amigos de verdad y yo no podía darme el lujo de perderle. Por su singular independencia, río iba de prodigio, le disgustaba la ampulosidad y la evitaba. Ni siquiera permitía que le inhibiesen las «leyes» de la física y de la biología. El tío nunca hablaba de la «cosmovisión de la ciencia». Nunca le oí mencionar semejante cosa. Evitaba cualquier demostración de esa «valiosa singularidad» que yo le atribuía y tampoco le hacía gracia que le supervisaran y le controlaran. Solía decir: «No soy un fenómeno de feria.» Esa frase le delataba cronológicamente. Las ferias de carnaval, con sus fenómenos, sus mujeres barbudas y sus ubanguis con labios de fuente, desaparecieron hace mucho tiempo. Algunas veces sospecho que se ocultaron en la clandestinidad y que vuelven a surgir en la vida privada como «tipos psicológicos».

Según uno de sus colegas, y los colegas suelen ser los últimos en decir esas

cosas, Benn era un botánico de «un alto nivel de distinción». No creo que eso impresione a la mayoría. ¿Por qué habrían de importarle las raíces adventicias o la histogénesis de las hojas? Si no hubiese sido por el tío, a mí tampoco me habrían importado. ¿Los científicos? A menos que investiguen sobre el cáncer o que nos conduzcan a través del universo por televisión, como lo hace Carl Sagan, ¿para qué sirven? El público quiere trasplantes de corazón, quiere un remedio para el SIDA, quiere que la senilidad sea reversible. Las estructuras de las plantas le importan un bledo y, ¿por qué habrían de importarle? Claro que puede tolerar a la gente que las estudia. Una sociedad poderosa bien puede darse el lujo de mantener a unos cuantos tipos de éstos. Además, son relativamente baratos. Sale más caro mantener a dos presos en Stateville que a un botánico en su cátedra. Pero los presos ofrecen mucho más en cuanto a emociones: incendios y motines en las cárceles, un guardia agarrotado, un alcaide empalado.

Ser un académico americano es una gran cosa. Pueden creerme, porque yo también lo soy. No digo que serlo me fascine, sólo que lo soy, profesor adjunto de literatura rusa —por el momento, dicho sea de paso—. Para mí es apasionante, pero ¿a cuántos apasionan esos estudios, si se comparan, por ejemplo, con el interés que suscita Bruce Sprinsteen o el coronel Gadafi o el líder de la mayoría del Senado de los Estados Unidos? Enseño en la misma Universidad que el tío Benn. Sí, utilizó su influencia para conseguir mi nombramiento. Pero no pertenezco al auténtico tipo universitario. Hoy en día ya no existe tal cosa en el sentido convencional y tradicional de la «torre de marfil». Sí, hay eruditos, pero no son tan conspicuos. Parte de la Universidad se dedica al negocio de «crear conciencia». «Crear conciencia», supone erradicar inercias. A medida que las viejas inercias desaparecen, la gente puede esperar una vida de conciencia más plena. Por ejemplo, la larga inercia de los negros desembocó en el movimiento de los derechos civiles y se les integró en la comunidad de los conscientes en la que era forzoso desarrollar un «lenguaje de ideas». Sin conceptos es imposible proponer o comunicar públicamente los intereses y las universidades se han convertido en una fuente importante de jergas que fluyen hacia la vida pública por canales como el púlpito, la criminología, los tribunales, las cadenas de televisión, los consultorios de los consejeros de familia, etc. Eso es sólo una parte del panorama. De las universidades fluyen vastos poderes hacia el Gobierno: el Departamento de Defensa, el Departamento de Estado, el de Hacienda, el Gobierno federal, los servicios de inteligencia, la Casa Blanca. La Universidad moderna es también una base de poder en biotecnología, en electrónica, en la producción de energía. Los académicos polarizan la luz para copadoras; consiguen capital de Honeywell, General Mills, GT & E; son empresarios a gran escala: asesores, eruditos importantes, testigos técnicos ante los comités del Congreso para control de armamento o política exterior. Hasta yo mismo, como experto en Rusia, entro en escena de vez en cuando.

Pues bien, mi tío, uno de los sabios estudiosos, se mantenía alejado de todo eso

ignorando casi por completo las actividades de los detentores y ejecutantes del poder, los ingenieros y los tipos de empresariales. Representaba —*parecía* representar— la *antigua* inocencia de los tiempos anteriores a la desaparición de tantas inercias. Aquí sólo hace falta decir que estaba dedicado al estudio de las plantas. A esa realización fundada en las plantas quería agregar ciertas satisfacciones humanas, satisfacciones normales y corrientes. Y eso hizo. Entonces empezaron a aparecer los artículos de su programa de dolor. Unos cuantos hechos sencillos permiten explicarlo con toda claridad. Después de quince años de viudo-soltero, se volvió a casar. Su segunda mujer era muy diferente, más hermosa que la primera, más difícil, más torturadora. Naturalmente, ella nunca se vio así, pero eso había. Era una belleza. La belleza y el encanto estaban en primer plano. No se invitaba a nadie a pasar tras ellos para obtener una perspectiva diferente. El tío estaba perfectamente dispuesto a verla como ella prefería que la viesen. Todo lo que quería era vivir en paz. Dos seres humanos unidos por el amor y la amistad, un objetivo universal que no debiera ser tan difícil de lograr. En Occidente, sin embargo, la gente aún lo sigue intentando a fin de redondear todos los beneficios de que disfruta. No puedo hablar aquí del resto de la humanidad, convulsionado por sus propias luchas en un estadio inferior de desarrollo.

Chalado —lo que el diccionario define en segundo término como «muy enamorado», y en primero como «deficiente mental»—, Benn hablaba de su mujer como si fuese la «amada» de un poema de Edgar Allan Poe: «Tu pelo de jacinto, tu rostro clásico.» La primera vez que le oí decir eso perdí la compostura. Mi respuesta fue un silencio de muerte. Yo había estado fuera, visitando a mis padres en el extranjero y él había aprovechado mi ausencia para casarse con esa mujer sin consultármelo. Sabía muy bien que debía haber tratado el asunto conmigo. Nuestra relación lo merecía. Nunca pensé que él pudiera ser tan irresponsable, tan inconsistente. Después de darme la noticia, que fue como una bofetada, procedió inmediatamente a desarmarme declarando su amor en términos grandilocuentes: ¡«pelo de jacinto» y «rostro clásico»! ¡Por Dios!, ¿qué iba yo a decir? No puedo soportar que me vengán con ese tipo de chorradas y me dio una rabia de los mil demonios. Nunca impido que las personas manifiesten sus emociones. ¡*Que hagan lo que quieran!* Él sabía que para mí era una cuestión de principios no interferir en las emociones y condescender con la estupidez o la vulgaridad en la que pueden caer incluso las personas de mayor perfección, cuando desciende sobre ellas uno de los sentimientos más poderosos. Por amor, hasta un general de cuatro estrellas muy respetado por sus colegas de la OTAN puede cantar el «bububú» de un estribillo de Bing Crosby en un momento de debilidad o de reblandecimiento. ¡El mejor término para definir esa laguna entre el éxito y la ineptitud personal es «barbarismo»! El tío me ofreció la Elena de Poe: «Tu belleza es para mí / como esos antiguos barcos de Nicea...» Tratava de aplacarme. Yo hubiese tolerado mejor a Bing Crosby. No podía

estar más furioso ni más deprimido. Casualmente, conocía a la novia. Era Matilda Layamon. Supongo que hay que conceder lo de rostro clásico, y que, como estudioso de las plantas, el tío debía sentirse naturalmente inclinado al pelo de jacinto. En aquel momento recordé al gélido científico de Woodsworth que herborizaba junto a la tumba de su madre y pensé: ¿Es eso lo que ocurre cuando esos tipos dejan de herborizar en las tumbas y sus corazones vuelven a la *normalidad*?

No era precisamente justo incluir al tío en esa categoría. Él sí era un hombre de sentimientos. Como puede decirlo cualquier adulto experimentado, hoy en día no resulta fácil seguir la huella de los sentimientos originales, esos a los que un sabio chino se refería con el término de «el primer corazón». Cuando el «primer corazón» no se ha distorsionado hasta hacerlo irreconocible, se lo ha echado al homo del ego para que las necesidades pragmáticas se conserven calientes. Pero el tío sí que era un hombre de sentimientos, especialmente de sentimientos familiares, y devoto de sus padres. Una vez me llevó con un pretexto al cementerio y lloró un poquito junto a las tumbas. Había escogido él mismo la planta que separaba los dos lotes, una carnosa en forma de pulgar de color verde oscuro, sin ningún interés científico especial, dijo. Eso fue un inciso, pero también una mención. Cualquier planta le provocaba un comentario. Hasta llegué a pensar que esas carnosas le hacían de intermediarios comunicándole algún mensaje de sus muertos.

Tuve que preguntarme si alguna vez derramaría yo una lágrima sobre la tumba de mis padres, suponiendo que les sobreviva. No tengo una constitución robusta, mientras que a mi padre, un hombre inalterablemente bien parecido, que a punto de entrar en los setenta aún atrae a las mujeres, biológicamente le va muy bien. Hace un par de años se reía de sí mismo sobre el particular diciendo que la vieja balada sentimental «¿Me amarás en diciembre como me amaste en mayo?», debía decir en su caso: «¿Me amarás en diciembre como me amaste en noviembre?» No es frecuente que se observe a sí mismo desde una perspectiva irónica, pero sí que suelta una frase graciosa de vez en cuando. En cuanto a mi madre, aparenta la edad que tiene y más. Físicamente, ha perdido terreno. Nada robusta. Unos diez años mayor que su hermano, no se le parece en absoluto.

Ahora tengo que decirles francamente que yo me acerco al tío con la convicción de que aquello que todos necesitan hoy en día es un nuevo modo de experiencia. Eso se exige como un derecho, virtualmente dentro de la categoría de los derechos humanos. «Deme un nuevo modo de experiencia o lárquese.» No se trata de un asunto secundario de la psicología individual... Y por favor, no me malinterpreten. Me gustan muy poco las teorías y no voy a abrumarles con ideas. Hubo un tiempo en que me cautivaban, pero descubrí que si uno las toma en cuenta indiscriminadamente, no dan más que problemas. Estamos considerando asuntos para los cuales el teorizar no supone remedio alguno. Aun así, no quiere uno perderse lo que ocurre ante sus propios ojos por no reconocer lo decepcionantes que se han vuelto las formas conocidas de experiencia.

Todo esto, para no andarme por las ramas, se refiere al estado de naturaleza caída en que se encuentra nuestra especie. Se espera que una profusión de acontecimientos ficticios nos distraiga o nos compense. La profusión, que a menudo pasa por «información», es realmente un disfraz del entretenimiento *kitsch*. También la muerte, mientras uno la contempla con la inmunidad del espectador, es entretenida, como lo fue en la Roma imperial o en 1793. Como hoy, cuando son asesinados Sádát e Indira Gandhi y el mismo Papa es abatido a tiros en la plaza de San Pedro mientras uno, personalmente ileso, vive para ver más y más hasta que después de muchos aplazamientos, la muerte se vuelve personal hasta con uno mismo. El jefe de pista dice: «Ahora te toca a ti.»

Por curiosidad, le dije al tío:

—Tío, ¿cómo imaginas a la muerte? ¿Cómo la ves en el peor de los casos?

—Bueno, desde el principio ha habido imágenes, dentro y fuera —me dijo—. Y para mí, lo peor que puede pasar es que esas imágenes se detengan.

El tío no se preocupaba por alcanzar un nuevo modo de experiencia porque siempre había interpretado la experiencia por sí mismo. Él había provisto sus propias imágenes.

Siguiendo con este pequeño inciso: Hay profusión de acontecimientos, pero —y esto es lo que significa un «estado de naturaleza caída»— el espacio personal del que disponemos para alojarlos es muy limitado. Un buen observador que conoció muy bien al general Eisenhower sugiere que la invasión de Europa que Ike organizó y supervisó, constituía personalmente para él un acontecimiento externo. No tenía en su interior un teatro que correspondiese al teatro de la Guerra Europea. Tal vez la lucha por Europa no significó personalmente gran cosa para Churchill —y tal vez De Gaulle *se creyó* personalmente a su altura— él podía contener toda la historia de la civilización y era, posiblemente, su receptáculo favorito. Stalin ni siquiera estaba interesado en esa clase de ejercicios. A él le bastaba tener alguien a quien hacer matar.

Dejemos ahora la teorización, que es como un caso benigno de lepra: uno pierde un dedo del pie de vez en cuando; los miembros principales no tienen por qué sufrir ningún daño.

Recomiendo a todos las memorias del almirante Byrd como introducción a este fundamental tema moderno. Me refiero al libro *Soledad*<sup>5</sup>, una obra extraordinaria. Lo leí porque el tío Benn, que había estado en la Antártida, insistió. Hablando de las personas aisladas en pequeños grupos durante la larga noche polar, Byrd dice que, en esas condiciones, no tardaron mucho en descubrirse los unos a los otros. Y, ¿qué fue lo que tan rápidamente descubrieron? «Llega un momento en que uno ya no tiene nada que revelar al otro, en que hasta sus pensamientos se anticipan antes de formularse y sus ideas favoritas se convierten en un balbuceo sin sentido.» Recuerden a Charlie Chaplin en *La fiebre del oro*. Cuando él y su amigo barbudo se



están muriendo de hambre aprisionados en la nieve, Charlie se convierte en un pollo ante los ojos alucinados de su compañero. Aquí entra la fantasía cómica. La estricta verdad es, sin embargo, inmisericorde y Byrd lo dice claro: «No hay escapatoria. Uno está acorralado por sus limitaciones y por las crecientes presiones de sus compañeros.» Así que en el más gélido frío de la tierra, los rayos X se imprimen revelando en gris y negro las deformidades y los males de los caracteres civilizados, y en el centro aparecen los de uno mismo. Si tuvieran que pasar seis meses de soledad en la cara oculta de la luna removiendo su interior, ¿qué tesoros creen que descubrirían?

La versión rusa del asunto, que encontré como enamorado de esa literatura en libros como el *Kolyma*, de Salamov, es algo diferente en cuanto al énfasis. *Kolyma* es uno de los campos de trabajos forzados más septentrionales. Allí, las autoridades jugaban de un modo peculiar con los prisioneros y los mantenían siempre al borde de la muerte. Un par de ellos sale de la gélida tumba de un oficial recientemente enterrado robando los calcetines y los calzoncillos del cadáver que, más allá del *rigor mortis*, está congelado de parte a parte. Esas prendas, cambiadas por pan, pueden prolongarles la vida unos cuantos días. La política de la administración del campo era mantener a los prisioneros sólo unos grados sobre el nivel de supervivencia. De esa forma, uno se enfrentaba al reto de encontrar fundamentos metafísicos que justificasen el deseo de seguir existiendo. ¿Para qué? Y algunas veces uno no tenía completamente claro si en realidad existía. Si a uno le hubiesen exigido una declaración jurada, no habría podido asegurar que estaba verdaderamente vivo. Pero aquello lo había ideado el mismo sistema soviético, y como eran las autoridades las que hacían todo el daño, el obrero esclavo individual no tenía nada que reprocharse. Sólo era su cuerpo, en la historia exterior, el que estaba exiliado y esclavizado. En Occidente, durmiendo en almohadas de plumas y sábanas de percal, hay que enfrentarse a sufrimientos muy distintos.

No puedo decir si verdaderamente vale la pena leer todas las cosas rusas que yo he leído por mi profesión. No me toca a mí juzgarlo. Lo que sí puedo decirles es que a veces ofrecen perspectivas curiosas. Estoy pensando ahora en las declaraciones informales de uno de los amigos de Stalin, Panteleimon Ponomarenko, aún apologista. Dice que las tareas de gobierno se apilan sobre los herederos de la revolución como una montaña de basura; que las sevicias necesarias son tan vastas, tan viles y los crímenes tan pasmosos, que la inocencia de las masas ha de ser protegida por los dirigentes. Ésa es la razón por la cual deben mantenerse «cerradas» tantas operaciones. Los hechos «abiertos» que se le suministran al populacho lo mantienen en un mundo de benévola ilusión, como a la Rebeca de *Sunnybrook Farm*. El sacrificio de la burocracia consiste en asumir todo el peso cuasi sacerdotal del secreto. Así las masas están protegidas en su inocencia y pueden ser ingenuamente felices. Y todos los gobiernos son más o menos así: grandes inquisidores que protegen a la frágil multitud. (Por supuesto, no todos los gobiernos han masacrado a

sus propios inocentes.) Así que «manténgalos en la ignorancia por su propio bien», y eso explica por qué están los rusos absolutamente aislados del resto del mundo. Ese sentimentalismo brutal sobre la inocencia de las gentes es una ficción común a los políticos de todas partes. Lo más probable es que nadie sea inocente y que las masas compartan, en realidad, el cinismo de sus gobernantes. Los hábitos de la astucia están ampliamente distribuidos. Se nos introducen fuerzas externas que penetran hasta el mismo sistema nervioso. Cuando el individuo las descubre dentro de su propia cabeza, su aparición se le hace del todo natural y puede comprender perfectamente lo que dicen esas fuerzas, tal como Hitler y la población de Alemania hablaban un lenguaje común. Desde el aire nos abordan voces, grabadas o en vivo, y nos hablan o hablan por nosotros. Cuando se las escucha en medio de un aislamiento extremo, pueden tener una significación especial. Deprimido, uno marca un teléfono para que una voz le convenza de que no debe suicidarse, para que rece o para que le lleve al orgasmo. Los números aparecen en muchos periódicos. Según las necesidades sexuales de cada cual, una voz estimula, habla dulcemente, dice obscenidades y excita hasta que uno se descarga. Sólo hay que dar el número de Visa o de Amex y le pasarán la factura a fin de mes como por cualquier otro servicio. Uno se acuesta con su instrumento, el teléfono sin cable, y es como volver al estado natural, un segundo retorno a los orígenes. A uno le recuerda en algo a Hobbes y a Locke, sólo que a Hobbes no se le ocurrió nunca qué números podría uno marcar en su nueva soledad.

Casi con alivio, abro uno de los libros del tío y leo sobre las diferencias y similitudes entre la Selaginela y el Licopodio, sobre las hojas liguladas o los tallos polistémonos o cómo el gameto femenino se alimenta del material almacenado en la megaspora. Ahora estoy en un mundo absolutamente distinto. ¡Puro, puro, puro! Pero aquí no diré más. Tengo un proyecto más urgente que desarrollar.

El tío pasó una temporada en la Antártida y sentía un gran respeto por el almirante Byrd. El libro de Byrd cambió su opinión sobre la Marina a la que antes consideraba alta tecnología flotante. En cualquier caso, el Antártico tuvo un efecto benéfico, sedante, sobre el tío, porque el entorno estaba casi libre de plantas. La vegetación abundante podía excitar su imaginación con tal fuerza que llegaba a afectarle el juicio. Pero en la Antártida había que tener mucho ojo. Si uno no se cuidaba, podía perder los dedos o un trozo de nariz, así que mientras la grandeza de los alrededores podía ser de ensueño, el frío asesino actuaba contra toda fantasía. Allí se veían, como en ninguna otra parte, los rasgos del planeta en formas y colores puros. Benn hizo una expedición en helicóptero para recoger líquenes de las laderas del Monte Erebo. Decía que formaban parches brillantes sobre la nieve. Tengo una fotografía del aterrizaje. En ella, el tío está envuelto en ropa aislante como un personaje de ciencia ficción o como uno de los astronautas de la luna. Es una pena que no se aprecien los matices de los líquenes.

De niño, el tío era para mí una persona mágica y, de algún modo, siguió siéndolo. Para mi padre, era el científico loco. Cuando por casualidad cenaba en casa, papá nos mataba de risa con sus ridículas imitaciones de los gestos del tío demostrando cómo Benn rechazaba una objeción con el pulgar o se palpaba bajo la chaqueta para asegurarse de que llevaba la camisa por dentro del pantalón. Papá era un mal imitador, sólo se trataba de divertirnos en familia. Yo me reía, por supuesto, luego me iba a mi habitación y en el diario privado que llevaba durante mi época del *lycée*, dibujaba una raya en tinta china indicando traición. Mamá protestaba algunas veces: «No es justo. Le pintas demasiado retorcido y no es ése el pie del que cojea.» Pero ella también se divertía y sus protestas no eran demasiado enérgicas. Las parodias de mi padre sólo consiguieron aumentar mi lealtad hacia el tío. El tío tenía para mí, ¿cómo se dice?, carisma. En realidad, no me fío de esa palabra. Suena a alguna especie de enfermedad. «¿De qué murió el tipo ése?» «Creo que fue de carisma.» Tan siniestra como el SIDA; y dicho sea de paso, el tío se dedicaba con tenacidad científica a informarse sobre el herpes, el SIDA y otras enfermedades venéreas. Sostenía, en un tono puramente clínico, horribles conversaciones sobre gonorrea rectal y faríngea, citomegalovirus, infecciones protozoarias transmitidas por vía entérica, la inserción de un puño en el ano de la pareja, común en los actos homosexuales. Algunas veces añadía que era posible evaluar una época por la naturaleza de sus enfermedades: que una muerte por SIDA era análoga a la evaluación de la incapacidad humana declarada por Byrd; una metáfora orgánica, rebuscada y aterradora, de lo mismo. Menciono ese interés clínico porque prefigura la preocupación posterior del tío por el demonio de la sexualidad. Trató de ponerse a salvo de aquello en el matrimonio.

Estudiando a la gente que conozco para determinar quién sería capaz de amar de una forma clásica, decidí que el tío Benn se encontraba en primer lugar. Nació con esa capacidad, cada vez más insólita. En realidad, podía enamorarse, eso pensaba yo. Para mí, tenía «magia». Éste es el término por el que he sustituido a «carisma». A Henry James le gustaba «magia». Como la palabra «numerosidad»<sup>6</sup>, que ningún otro escritor ha utilizado, que yo sepa. Para mí, el tío tenía «magia» y su encanto no hacía más que aumentar cuando papá lo dejaba como un trapo.

Papá era, todavía lo es, tan afectado... Y yo, sin poder editarlo, me parezco a él. Los varones están condenados a imitar las gracias y los gestos de sus papáitos. Yo utilizaba sus trucos en la conversación y su amaneramiento antes de saber lo que hacía. Puede que, en lo que sigue, parezca que le ridiculizo. Es inútil negarlo. Uno siempre encuentra bolsas de veneno junto a sus mejores sentimientos, así que para qué pedir peras al olmo. Mi padre era un americano francófilo, originariamente de Valparaíso, Indiana, decidido a convertirse en un parisién. La Segunda Guerra Mundial retrasó su llegada, pero aterrizó allí en cuanto pudo, inmediatamente después. Cuando los alemanes fueron expulsados y la Marina le licenció, eso se

hizo: un parisién. Mi madre también era feliz en París, siempre que pudiese encontrar servicio doméstico. Por mi parte, no veo nada de malo en ello. Los parisienses son tan libres de convertirse en neoyorquinos o bostonianos como los coreanos y los camboyanos, así que parece un cambio razonable que un americano opte por Francia. Se dice que sólo en Roma se han establecido ochenta mil ciudadanos de los Estados Unidos. Algunos parisienses dicen que dejar París es el exilio, si no la muerte y sin embargo, a muchos de ellos les va muy bien en Nueva York. Los motivos de mi padre eran románticos o impulsivos. Como estudiante de literatura y política francesas, puede que se tomara a pecho el antisemitismo psicótico de los franceses o que recordase los motines desencadenados en tiempos del caso Dreyfus por Drumont en *La Libre Parole* contra los «Yids que envenenan a Francia»<sup>7</sup>. En honor a la verdad, no fue Drumont quien le atrajo, fueron Stendhal y Proust. También el Sena, los restaurantes, las mujeres.

Mientras que el tío poseía cierta magia que aún queda por describir, mi padre tenía su magia propia y mi opción por seguir el camino de Benn no fue del todo un acto de valor.

Físicamente, me parezco a mi padre. Soy uno de esos Trachtenbergs delgados. Tengo la cara estrecha, el pelo negro y soy dolicocefalo. Benn tiene una cara redonda, una figura más bien ancha. Papá, en sus buenos tiempos, se pavoneaba. Hacía esa especie de exhibición sexual que se ve en las películas naturalistas, el cortejo de los pavos o de cualquiera de las aves zancudas: las cigüeñas castañean los picos para atraer a las hembras. Papá era un exitazo con las mujeres. Yo, que no lo era, seguí, sin embargo, sus esquemas. Compartía su gusto exquisito por las camisas caras y las corbatas suntuosas, especialmente las rojas de seda cruda. Gracias a mi estatura puedo llevar corbatas con elegancia. En un hombre más bajito, o el nudo queda demasiado gordo o la mitad de la corbata cuelga por debajo del cinturón. El físico medio se ha vuelto más alto de lo que era. Pero yo soy un poco demasiado alto para mi carácter; no tengo el tipo de carácter que exige una estatura tan elevada y esa discrepancia ha hecho de mí una persona insegura. Anteriormente me comparé a una llave inglesa del tamaño de un hombre; le opongo escasa resistencia a la fantasía. Pero muchas veces me han dicho que me parezco al actor John Carradine. En las películas del Oeste, Carradine solía hacer el papel de tísico bien educado. En los viejos tiempos existía la creencia de que si uno era del Este, los aires de Wyoming o de Arizona podían curarle el asma o la tuberculosis y dejarlo apto para convertirse en presidente de la nación. Pero el flaco Carradine no estaba destinado a la vida; era, en parte, un esqueleto, y siempre moría en un tiroteo. Era un asténico extremo. Una atenta comparación entre él y yo no descubriría demasiadas semejanzas. Sí tengo, como él, una melena partida al centro que cae a los lados pesadamente y el mismo andar encorvado. Una diferencia más: el francés, mi primera lengua, desarrolla los músculos de la boca por la exigencia de los sonidos

labiales. Así que imaginen a John Carradine en una versión francesa. Yo debía haber tenido una apariencia más adecuada a un hombre de mis inclinaciones, más similares a las del tío Benn. Además, no soy un actor. Benn tiene una estructura más acorde con su temperamento.

Ya he dicho que el tío tenía un aire ruso como muchos judíos rusos lo tienen. Alguien debiera hacer una monografía sobre las respuestas de los judíos a las diferentes tierras de su exilio, aquellas en las que pudieron respirar sin trabas y aquellas que fueron más severas. Mientras más los rechazaba Alemania, más deseosos estaban de germanizarse. Rusia fue especialmente cruel, pero los judíos, sin embargo, se sentían fuertemente atraídos por los rusos. La idea eslava convenía de algún modo a mi tío. Hasta tenía la espalda ancha y arqueada que destaca con más frecuencia en los rusos y no era el hábito de estudio el que le confería esa interesante curvatura. La he observado en eslavos que nunca habían leído un libro. Parece como si llevaran un élitro bajo las ropas. Y además, está ese aire de timidez con el que fingen adaptación aquellos que tienen esencias potentes y no quieren que los demás se enteren. De niño, en París, los rusos me atraían y los buscaba. Valiéndome de las relaciones de mi padre, solía visitar a Boris Souvarine, el gran biógrafo de Stalin. El modo más rápido de aprender cualquier materia es relacionarse en privado con aquellos que mejor la conocen y hacerles hablar. Alexandre Kojève, el experto ruso en Hegel, también iba a casa. La cultura que tengo me la proporcionó la conversación con grandes hombres y no me daba cuenta de que me estaban formando, simplemente seguía mi interés por los asuntos rusos. Pronto aprendí la lengua y llegué a ser un especialista. Mis padres se enfadaron cuando acepté un trabajo en la Universidad del tío y me mudé a ese Mediooeste que ellos tanto habían ansiado dejar. Parecía una perversión por mi parte, como si su único hijo repudiase la adoración que ellos tenían por Europa. Mi madre y mi tío nacieron en esta ciudad; mis abuelos inmigrantes están enterrados aquí; mi tío abuelo, Vilitzer, era uno de los más importantes cabecillas del aparato Demócrata. Un sitio tan americano... Al llegar, me sentí conspicuamente extranjero. Pero, en realidad, los taxis los conducen iraníes, las fruterías son de sirios y coreanos, los mexicanos son camareros, mi televisor lo repara un egipcio, mis cursos los siguen estudiantes japoneses. ¿Italianos? Bueno, éstos llevan aquí cinco generaciones. Henry James, a quien los italianos conmovían hasta el éxtasis cuando los veía en Italia, se deprimía cuando los encontraba en Connecticut. América ha vuelto todo eso del revés y ha dado un nuevo sentido a la extranjería. Cuya última forma es, probablemente, la muerte.

El caso es que mi tío Benn se había convertido en mi amigo más íntimo; más íntimo no, prácticamente el único. Esas intimidades en el seno de la familia se han vuelto insólitas en mi generación. Los tíos, las tías —hasta los padres—, recogen el polvo en la repisa de la chimenea como viejas tarjetas de Navidad. Uno repara en ellas en julio y se dice que ya es hora de tirarlas, pero nunca encuentra el momento oportuno. A la larga, se marchitan y se ponen amarillas, mueren y van al incinerador.

Por razones que aún quedan por descubrir, el caso entre mi tío y yo era diferente. Lo nuestro era una amistad auténtica, yo diría que devoradora.

Dé pequeño, le llamaba «profesor Clorofila», sin parar mientes en su profesión. Ahora la contemplo con curiosidad comprendiendo que él es un auténtico botánico, comprendiendo también que las plantas son unos seres muy extraños; también le debo a él ese descubrimiento. Por la época en que el tío nació, deben haber venido al mundo en esta ciudad más de un millón de hijos de inmigrantes recién llegados y de todos ellos, sólo él se convirtió en profesor de morfología de las plantas. Otros entraron en el negocio de los licores o de los coches de ocasión o de los artículos del hogar o en el Departamento de Calles y Alcantarillados. Él era un desviado, en el buen sentido del término, y su desviación tuvo sus efectos sobre mí. Ponía en las plantas todo cuanto tenía. Pero no hablemos de tíos; digamos que mi compañero más íntimo, el cohabitante de mi corazón, mi amigo, era un botánico judío. La ciencia aplicada no era su campo, ni la agronomía ni la genética. Hay en el Negev investigadores que trabajan con algas de elevado contenido proteínico. Lo que parece fango de charco puede salvar a la población hambrienta del Chad o de la India rural. Mi tío no tenía una orientación tan provechosa. La postura que adoptó ante las plantas no se puede comprender si no se toman en cuenta sus actividades imaginativas. Aquello a considerar es un judío que se introduce en el reino vegetal y estudia hojas, cortezas, raíces, flores, corazoncillos y mastuerzos<sup>8</sup>, por lo que representan en sí mismos. Había en eso algo druídico. Él no adoraba las plantas, por supuesto, sólo las contemplaba. También hay que describir la contemplación; él veía el interior de las plantas o miraba a través de ellas. Las tomaba por sus arcanos. Un arcano es algo más que un simple secreto; es lo que hay que saber para ser fértil en una investigación creativa, para hacer descubrimientos, para prepararse a recibir la comunicación de un misterio espiritual (Perdonen mi lenguaje; tengo prisa y no puedo detenerme a escoger y elegir entre todos los términos disponibles.) Si fuese pintor —tendría que ser un primitivista del orden de Rousseau, el aduanero— pintaría a mi tío con un árbol como pareja, como socios o amigos. Un silencioso círculo verde, un claro en el bosque y ante un fondo de helechos que llegan a la cintura, un hombre macizo —la imagen del equilibrio, aunque en realidad, sumamente nervioso— en comunión con un árbol enorme, pongamos un arce: viejo, artrítico, corpulento, hinchándose hacia la copa como una tuba gigantesca, un ser antiguo y noble a punto de desplomarse por su propio peso, pero capaz aún de dar vida a millones de hojas. Ese edén moderno de mi pintura combinaría paz, permanencia o consumación con la inestabilidad del siglo xx: impulsos del mundo caído que rodea esa verde soledad.

Desde una perspectiva mundana, ese estado de «caída» es una estupidez, cosas de la religión que las personalidades fuertes pueden considerar de vez en cuando con tolerancia. Un hombre de temperamento se metería en el Gobierno, en los mercados,

en las computadoras, en la justicia, en la guerra, en la acción viril, sobre todo en la vida pública y en la política: el poder armado de las superpotencias, las ambiciones de los herederos de Stalin, el Oriente Medio, la CIA, el Tribunal Supremo. O equivalentes crematísticos de lo mismo. O equivalentes sexuales; un erotismo a juego con la política de las superpotencias. Una mente madura también notaría que en la pintura edénica que acabo de describir no aparece ninguna mujer, sólo mi contemplativo tío, mientras que en la famosa pintura de Rousseau de un claro en el bosque aparece una mujer desnuda en el centro sobre un diván, acechada por los tigres del deseo. Ésta es una visión arcana, pero más próxima a la realidad.

Y eso es, exactamente. Ése es mi asunto.

Volvamos ahora al tío: Un poco más atrás hablaba de una irregularidad influyente y ahora lo explicaré. Empecemos con la infancia. Uno es un niño de barrio pobre, sus padres son inmigrantes, tiene que jugar en el porche con botellas de leche; estudia la estética de las motas de polvo, se sienta en el bordillo. Y poco a poco toma la decisión de ser esto o aquello cuando sea mayor. No estoy hablando aquí de hacer un doctorado o ingeniería eléctrica, ni siquiera de meterse en Calles y Alcantarillados, estoy hablando de elecciones singulares. Uno se decide por algo singular y luego *se hace eso*. ¿Así de fácil? ¿Cómo sabe que en eso hay futuro? No lo sabe. Pero estamos en lo que el profesor Popper llama una Sociedad Abierta, y en una Sociedad Abierta, ¿qué le detendrá? Nada, a excepción de las ideas de regularidad que van ganando influencia sobre uno a medida que se hace mayor y más cauto. ¿Cómo puede uno fiarse de un niño que tiene una inclinación singular? Ni el pequeño Samuel reconocía en el Templo que Dios le llamaba; creyó que era el Sumo Sacerdote quien le pedía en la noche algo de beber. Pues bien, los profetas están asegurados por Dios. Nuestra época tiene más riesgo. El niño ávido de aventuras es como un caminante del espacio al que se le puede romper el tubo que lo une a la nave. Si eso ocurre, puede verse succionado hacia el espacio exterior. Pero pasan tres décadas. El tenaz estudiante está inmerso en la Psilofita, la Artrofito, la Pterofita y en lugar de ser expulsado más allá de la luna, se encuentra en posesión de una cátedra universitaria. Puede que no mereciese sobrevivir. Tal vez le salvó la estúpida suerte.

Algunos ideólogos chiflados dirán que ha sido un logro del capitalismo. Pero eso es como decir que Atenas hizo a Alcibíades. Claro que a Alcibíades le importaba Atenas, pero en un minuto la hubiese cambiado por Persia o por Esparta para conseguir lo que quería.

Pero será mejor que no vuelva a salirme por la tangente. Mi padre interpretó mi mudanza al Mediooeste como un rechazo; disculpen la jerga, tan engañosa. Se convirtió en un doble rechazo porque mi madre, tras años de amenazas, también se marchó. «Se deshicieron de mí», dijo mi padre. Y eso que no era dado a las quejas. Así que se quedó solo en la Rué Bonaparte, un lugar envidiable. Mi madre se marchó en protesta contra la vida que le había dado. Pero decir que estaba solo tergiversa el

caso. Tenía una buena pensión de la UNESCO, además de acciones en la empresa de Pittsburgh que lo había empleado en los comienzos para representarla en los países de habla francesa del Tercer Mundo, donde los funcionarios, educados en Francia, suspiraban por una buena conversación sobre la última obra de Camus o el *Zazie* de Queneau. Dios, se morían por un poco de cotilleo civilizado, y a mi padre, inteligente y cortés, nunca cínico, el asunto se le daba muy bien. Los príncipes y dictadores militares de todo el África y del Sudeste de Asia eran amigos suyos. Esas relaciones exóticas le hacían feliz. Por el hecho de sentirse a gusto, daba gusto a casi toda la gente que conocía. No puedo decir que no tuviese detractores, y a veces se le criticaba por mujeriego y por frívolo. No era, sin embargo, una persona superficial. Simplemente, no se le pueden aplicar viejas categorías como «libertino». Muchos hombres excelentes han tenido gran número de mujeres. El caso es que él tiene su pensión y vive muy bien. No se puede sacar a Rudi Trachtenberg de París y de sus simpáticas calles. Tiene un círculo de amigos y ahí están, además, las mujeres, cuatro décadas de mujeres; una sociedad de auxilio mutuo, un club de *fans*, una organización de excombatientes.

Mi madre se unió a un grupo de voluntarios médicos establecido cerca de Djibuti, donde las víctimas del hambre morían a diario por millares. Llevaba faldas de tela cruzada de algodón, lo más parecido a la arpillera que pudo conseguir. Se acabaron los casimires y las sedas finas, se acabaron las modistas, se acabaron las citas para tomar el té con las amigas de papá según la convención de París. En las cartas que me escribía desde Somalia enviaba recuerdos para su hermano, pero evitaba preguntar detalles de su vida, inmersa en la botánica o metida en harina por señoras que podían freírle como a un pez si se lo proponían. También mi padre me escribía incitándome a volver a Francia con noticias de los disidentes rusos de París y recopilando nombres de antiguos residentes que, probablemente, me resultarían minas de material si aún proyectaba estudiar a Blok, a Bely y a Tsvetaeva. Podía dirigirme al agente que había obligado al marido de Tsvetaeva a trabajar para la GPU<sup>9</sup>. El hombre se estaba muriendo de viejo en una calle detrás del bulevar de Sebastopol. Date prisa si quieres entrevistarle. (Pude imaginarme interrogando sin piedad a ese viejo espía moribundo, apoyando mi cabeza en su pecho para pescar sus últimas palabras.) A mi padre no le importaban personalmente esos rusos, pero me conseguiría las entrevistas. Tal vez podría hacerse un chanchullo para que alguna fundación me subvencionase un año en el extranjero. De todos modos, ¿por qué quería yo vivir en el Mediooeste? Semejante retroceso cultural, inconsciente de su propio filisteísmo. «Ahí ni siquiera saben escribir correctamente el nombre de Mammón, que es precisamente lo que Mammón quiere.» Le contesté que cuando el filisteísmo se me hiciese demasiado opresivo, podría regresar a París de un día para otro. El viaje no suponía ningún problema si no lo mataba a uno la fatiga metálica de los motores Pratt Whitney, si los terroristas árabes no lo abatían a tiros en la pista o



si una bomba sij no lo hundía en el mar de Irlanda.

En ciertos círculos, para respetarse a sí mismo parece necesario estar ocupado, tener la agenda llena, tener la centralita mental colapsada día y noche. Tengo tantos asuntos entre manos que si fuese ion ciempiés, tendría todas las patas ocupadas. Como antes mi padre, viajo mucho. Menos que el tío Benn, que es un demonio viajero, pero demasiado. Si a uno le gusta actuar entre bastidores, el conocimiento del ruso puede introducirlo en política; en el lado oscuro. Tantos institutos, agencias de inteligencia, asesorías. Si quisiera, podría dar una conferencia cada semana. No me viene mal haber conocido en mi infancia al gran Souvarine y a otros como Manes Sperber. Sin ser un kremlinólogo ni cosa que se parezca, he seguido naturalmente la política de la sucesión de Stalin y cosas así. Por estar familiarizado con grupos disidentes, de vez en cuando me piden artículos de fondo. Me mantengo al día con *Syntaxis* y *Kontinent* y con las actividades de Solzhenitsyn, Máximo v, Sinyavsky y Lev Navrozov —personalidades dominantes; algunos de ellos, hombres geniales—. Sigo también los pasos de la derecha rusa —fanáticos, fascistas, el ocasional agente doble—, ¿leal a quién?, ¿traidor a quién? No concedo interés primordial a nada de eso, es sólo «actividad profesional» de segundo orden para mantenerme en movimiento. Mientras tanto, el tío Benn hace también viajes, pero mucho más largos. Va en avión, pero su pensamiento tiene tal atraso —me refiero a la brecha entre sus intereses personales y las pasiones de la vida moderna— que muy bien podría estar dando vueltas al mar Muerto en un burro. Si él no hubiese viajado tanto, yo habría pasado más tiempo en casa —¡tantas cosas serias que hablar con él!—. Mis viajes eran casi todos de un día para otro a Washington o a Nueva York, mientras que él hacía expediciones largas. Y yo había emigrado, me había arrancado de Europa, había elegido el centro de los Estados Unidos —el espacioso continente entre Pennsylvania y el Pacífico— para estar cerca de él. A veces me sentía dolido. Mi sacrificio se diluía. El tiempo se escapaba a través de cien grietas. ¿Por qué no se quedaba quieto?

Bueno, él tenía sus razones. Cuando hace quince años murió Lena, su primera mujer, empezó a dar la vuelta al mundo, como si fuese un campo electrostático, un ciclotrón para activar sus partículas.

Por eso en la comida, cuando estiraba el brazo para coger un panecillo que estaba al otro lado de la mesa, se podía ver un billete de Air India asomando de su bolsillo.

—¿Otro viajecito, tío? ¿Adónde demonios vas ahora?

Sobre sus ojos ultramarinos empezaban a elevarse arrugas explicativas. Se preparaba a callarme con una respuesta digna.

—Ah... El pasado otoño, sin darme cuenta, sin pensarlo, acepté una invitación y la olvidé hasta que me llegó este billete pagado.

Le querían, le halagaban. Esas giras no tenían mucha justificación científica. Había otros especialistas mejor cualificados para sus propósitos específicos y él lo

admitía. Los colegas del Tercer Mundo debían invitarlo como un fenómeno por su increíble memorión. Cuando se lo pedían, podía nombrar con los ojos cerrados todas las partes del órgano de almacenamiento de determinada planta hasta los filamentos. Hacía esa demostración por todo el mundo, en las Célebes o en Bogotá, durante las comidas, mientras un texto pasaba de mano en mano por toda la mesa. ¡Él era más completo que el texto! Su propio departamento veía con disgusto el número de sus viajes. Mal negocio. Habría hecho mejor quedándose en el aula y en el laboratorio. Pero había escrito un montón de libros y artículos, algunos bastante sólidos, otros bastante misteriosos, así que tenía una gran reputación. Mantenía correspondencia con chiflados de todo el mundo que creían que él simpatizaba con sus teorías. Todos esos vuelos a Australia y a la Antártida —aunque sí que sabía mucho de líquenes, eso era auténtico: líquenes, algas, hongos— se habían convertido en parte de su plan de vida.

Mi único objetivo era proteger su maldita vida. Llevaba un curso peligroso. Cada vez que caía un 747, yo revisaba las listas de pasajeros. Mis expectativas, mis esperanzas de llegar a un final significativo, estaban amenazadas. Él y yo teníamos en marcha un proyecto crucial. Sus ausencias suponían para mí una doble privación: una, el descuido de la empresa; la otra, personal. Él también me echaba de menos. Me llamaba desde las Célebes, aun desde la Patagonia. Sí, una vez me llamó desde la Patagonia y le dije: «¿Cuándo vuelves? Haces falta aquí. ¡Estoy *esperando!*!»

No es bueno que un hombre que pasa de los treinta delate semejante dependencia. Tal vez el tío cruzaba los cielos intercontinentales y caminaba por los grandes aeropuertos del mundo para pensar como no podía hacerlo estando quieto. A lo mejor, también escapaba de mí. Eso también debí haber sido capaz de soportarlo. Debo concentrarme en alcanzar una mayor autosuficiencia. Me decía a mí mismo: «¿Por qué seguía el albatros de Coleridge al maldito barco? Debiera haberle bastado la tormentosa soledad. ¿Por qué no se conformó con peces? Esos marinos, con sus horribles galletas inglesas, fueron la causa de su muerte. Además, el anhelo de compañía humana puede ser un error fatal.» De todo esto se deduce, evidentemente, que yo me preocupaba, no sólo de los peligros de los viajes, sino del mismo juicio del tío. Temía que hiciese un movimiento equivocado, algo «poco recomendable», «imprudente». Para ser más franco, que se quitara de en medio cuando yo no estuviese allí para detenerle.

Contestaba a gritos desde la Patagonia —podía oírse el fragor de los océanos intermedios, eso parecía—: «Resiste, Kenneth. Vuelo el sábado.»

Siempre se producía un gran reencuentro. Íbamos a sus restaurantes italianos favoritos, bebíamos hasta muy tarde, reanudábamos la conversación por teléfono a primera hora de la mañana y luego teníamos una larga comida. ¡Tanto de que hablar! Aquellas charlas eran mis días de fiesta y también el meollo de mi vida mental.

Benn, que no tenía hijos, estaba libre los fines de semana. Yo tengo una hija

pequeña con la que solía pasar las tardes de los sábados hasta que a su madre se le metió en la cabeza mudarse a Seattle. Tras lo cual me quedé con los gastos de una hija, sin sus deberes y placeres, que eran, lo admito, placeres más bien mediocres.

Ya no había una niña que llevar al zoo a ver a los osos y a los tigres. Aunque los animales del zoo no tienen modo de enterarse, forman parte del mundo del divorcio.

No es que hubiese un divorcio. Treckie y yo nunca nos casamos. Hablaba de ir al centro a buscar una licencia matrimonial, pero nunca llegó a hacerlo. Y poco a poco empezó a quejarse de la ciudad, preparando el terreno para mudarse a base de argumentos contra ella. Se estaba deteriorando rápidamente, el juego se estaba poniendo violento. Ya no se podía abrir un periódico sin leer que una chica había sido secuestrada, violada, golpeada con una pistola, rociada de gasolina e incendiada. La vida en Seattle tenía que ser más agradable.

Así que en el Mediooeste, exceptuando al tío Vilitzer y su familia, que se mantenían a distancia, Benn y yo éramos los parientes más cercanos.

Éramos más que eso. El «proyecto crucial» en el que Benn figuraba era tan misteriosamente único y extraño que no puede entenderse con una simple explicación. Yo pensaba: ¿Sería posible aportar al mundo humano lo que el tío había aportado a la vida de las plantas? Él mismo lo sugería. Solía decir: «Supón que tuviese con la gente la misma habilidad que tengo en el campo de la botánica. — Pues bien, no la tenía—. Estaría verdaderamente confuso», decía. Ya era evidente una cierta confusión, así que si actuó como si hubiese escapado por los pelos, su alivio era comprensible. Entonces, ¿qué representaba en esto? Bueno, él tenía talento para un reino, así que alguien más podía tenerlo para otro. Suprimir la claustrofobia de la conciencia —eso que sufrieron los compañeros del almirante Byrd—: el clásico desafío moderno. Si uno se formaba el concepto, ya había empezado el camino. Con sólo imaginarlo, uno ya se convertía en posible candidato a obtener ese logro. Tendría que hacerse mediante una fuerza vital. El cálculo y las medidas deliberadas no podrían conseguirlo. Yo descubría a diario esa fuerza vital en el tío y, bajo su influencia, esperaba abrirme camino hasta alcanzarla. Para eso estaba yo aquí.

En cierto sentido, él se había convertido en mi padre. Mi madre había hecho voto de pobreza, por así decirlo. Papá solía vestirla estupendamente para compensar su abandono. No tenía mucho busto, pero llevaba prendas hermosas con elegancia, contenta con sus costosas sedas y sus ropas de lana. Cuando se hizo demasiado vieja para eso, se transformó en una Madre Teresa. No tengo el valor de criticarla. Recuerdo que de niño me llevaron a la modista de la Rué Marbeuf. Ese día mi padre había recibido la noticia de la muerte de su padre. El funeral del abuelo Trachtenberg se iba a celebrar a las once, hora del centro, y mamá dijo: «Tenemos que animar a Rudi. Le llevaremos a un buen restaurante.» Le invitó a una gran comida: sus ostras favoritas, *fines Bélons*, con un buen vino. Luego fuimos a la modista para una prueba. Fue allí donde él se hizo cargo de la situación

comportándose como una autoridad en moda femenina, a lo Proust. Mencionó el problema del *poitrine* de mamá como un auténtico francés y también dedicó tiempo a las chicas. Era un *homme á femmes*, un cazador. De un encanto sorprendente, era capaz de cumplir sus promesas *la ci darem*. La mujer que le diese su mano no tendría que arrepentirse. Ni siquiera lamentaría volver con su marido, porque una persona inteligente comprendía que mi padre era un acontecimiento de una sola vez, como la Caída o el Arca de Noé. Su conversación era limitada, pero tenía un repertorio estupendo para sus fines. Había servido en un destructor como oficial gracias a su carrera universitaria<sup>10</sup>, y había visto a Franklin Delano Roosevelt<sup>11</sup>, a Harry Hopkins, a Churchill y a Montgomery cara a cara. En el mar Rojo. Ibn Saud y su corte habían subido a bordo acampando en popa bajo un toldo, asando allí mismo sus corderos y volcando las borras de café de sus tazas sobre sus magníficas alfombras. Papá había conversado una vez con el Gran Muftí, que llegó a insinuar su visita a Auschwitz, disfrazado, donde inspeccionó las cámaras de gas. En París, papá se había encontrado con Malraux en varias ocasiones. Sartre había acusado a mi padre de ser un espía americano porque hablaba el francés *demasiado* bien. No quiero excederme hablando de mi padre, pero resulta indispensable para comprender mi relación con el hermano de mi madre. Algunas veces, hasta Benn hablaba de papá con un tono de envidia por su éxito con las mujeres. A Benn le gustaba describir o imitar la forma en que mi padre entraba en un restaurante —los dos se imitaban igual de mal—, la entrevista a la que sometía al *sommelier*, los mensajes que le enviaba al *chef*. Si hubiese llevado a Proust a cenar, papá le habría proporcionado un entretenimiento memorable.

Mi padre, maldito sea, era un bailarín consumado, maestro en todos los pasos desde el fox-trot y el charlestón. Vals, rumba, conga, tango —cuando abría sus brazos, una mujer podía sentirse en ellos como en su casa—. El porte con el que se presentaba hacía que un cuerpo que había pasado años en el desierto erótico buscando una señal, espirase hasta quedar sin aliento. A los hombres, la conducta de papá, el estilo de sus proposiciones, les parecía de mal gusto. Pero las mujeres se preocupaban menos por la cuestión artística. Aparentemente, él era único. Yo ni siquiera podía aproximarme. No me pude formar por su patrón. No reúno las condiciones necesarias para ser un donjuán. Puse todo mi empeño en intentarlo mucho antes de los treinta. No pude persuadir a las chicas a que aceptasen mi escala dodecafónica sexual, como decía mi padre. Y dicho sea de paso, su conversación era casta, limpia, sin palabras ofensivas, sin descripciones detalladas del acto. Sí, alguna vez se le escapaban tópicos de fornicadores: «*Elle s'exclama it á mon sujet.*» «Fue como una experiencia religiosa.» Chorradas por el estilo. No era para la expresión que tenía talento. Sin embargo, las señoras no eran nunca las mismas después de conocer a Rudi Trachtenberg, mientras que al separarse de mí, seguían siendo absolutamente como eran, como antes... ¿Por qué no quiso casarse conmigo la madre

de mi hija? ¿Habría rechazado a mi padre?

Ya he dicho que se me contagiaron algunos de sus gestos, que eran afectados. Yo podía empearlos, pero no los podía completar adecuadamente. En mí tenían un significado distinto. Como si en vez de instar a las chicas a que fuesen conmigo, les estuviera pidiendo que me llevaran.

Papá no acabó hecho un *débauché* arruinado, como se describe a Casanova: tumefacto, decrepito, con mal aliento y con desperfectos venéreos. Mi padre está, sencillamente, muy bien. El que tiene los desperfectos soy yo.

Papá nunca cayó en la cuenta de que había vivido principalmente para las mujeres. Se veía a sí mismo como una persona con un interés normal por las chicas. No hablaba de chicas. Leía mucho y hablaba de las principales cuestiones modernas. Gente importante le tomaba en serio. Años atrás, Quenau solía ir a casa. Teníamos *whisky bourbon* del economato militar en los tiempos en que era difícil conseguirlo. A Quenau le gustaba el *bourbon*, pero no hubiese ido sólo para emborracharse. Estaba, además, nuestro huésped frecuente, Alexandre Kojève, y él no hubiese comido con gente vacía. Menciono a Kojève por su descripción de Hegel al terminar la *Fenomenología* en el momento histórico adecuado mientras escuchaba los cañones de la batalla de Jena, una época que culminaba con la victoria de Napoleón y que concluía un edificio de la historia universal desde donde el conocimiento absoluto, *sólo entonces posible*, podría contemplar todo lo Existente.

Ésta es una muestra de los asuntos que se trataban en nuestro comedor: Si el hombre al final de la Historia sobrevive simplemente como animal; si ha llegado el momento de que se vuelva «puramente natural». Eso giraría con otras curvas en el laberinto de los acontecimientos. Crecí oyendo hablar del reparto de Europa entre Hitler y Stalin y luego entre Stalin y las potencias occidentales; del gueto de Varsovia y de la Umschlagplatz. También de los genocidios, «los gitanos de Europa asados por los nazis como granos de café»; de Treblinka y el Gulag entre otros nombres de lugares terroríficos. Un asunto frecuente era si el fin del Tiempo Humano, la creación del Individuo Histórico libre estaban próximos. Sólo asuntos muy serios. Nada de porno, sadomasoquismo o lujuria pederástica en la mesa. Y a menos que uno deduzca su pensamiento de un juicio correcto de la Historia, a menos que uno viva en su propia época, pensar sólo conseguirá confundirle, volverle a uno loco. Una de las causas de nuestra decadencia es el terrible resultado de estar conscientes de un modo hiperactivo, pero desenfocado.

Hay que plantearse así: El hombre iluminado es un microcosmos que incorpora en sí mismo al Ser universal siempre y cuando se encuentre en la cima del edificio del conocimiento universal. No hay que decir que yo mismo no puedo incorporarlo. Sin embargo, uno nunca será capaz de juzgar en lo más mínimo esta época aberrante si desconoce la existencia de la gran perspectiva hegeliana.

Pues bien, supongan que en lugar de ejércitos napoleónicos, uno tiene mujeres; que en lugar de Jena, tiene alcobas; que en lugar de cañones, tiene lo que ya saben;

entonces la vida de papá se puede ver a una luz más auténtica. El asunto histórico que millones de hombres intoxicados de sexo trataban de realizar haciendo una chapuza, lo hizo él con la facilidad de un ganador nato. Sin una lectura correcta del compás histórico, uno está perdido. Y Eros es el polo fijo. El talento de papá consistía en representar a Eros. Eso disgustaba muchísimo a mi madre, pero comprendía que el matrimonio y la vida familiar no podían ser pulcros y ordenados con un marido como papá. Nunca fue violento ni abusivo; personalmente era generoso y considerado; era un padre afectuoso. Pero creo que podrán comprender por qué tuve que marcharme de París. Porque él era algo fuera de lo corriente, un caso especial. No tenía que «formar su alma» como otras personas. Unas fuerzas especiales le formaban la suya. Yo, con mi «alma en formación», tenía que ir a América a esos fines. Esto aún no se ve muy claro, pero se verá, lo prometo.

Mientras tanto, teníamos a M. Kojéve en nuestro comedor explicando su teoría de que la Unión Soviética, China y las naciones comunistas asociadas eran pálidas copias de los Estados Unidos, un lugar en el que las aspiraciones materialistas del hombre moderno se veían gratificadas mucho más de lo que Marx o los filósofos de la Ilustración pudieron soñar. Los ganadores de octubre hicieron el trabajo con los pies. Creo que Kojéve intuía que los verdaderos intereses de mi padre, con todo lo inteligente y culto que era, apuntaban en otra dirección. Además, mi madre ponía una buena mesa. Había una especie de misa culinaria con *rognon de veau* en el altar. Yo no podía soportar los vahos de orina y tengo escaso paladar para el vino. El paladar de M. Kojéve era tan exquisito como todo lo suyo. Comía bien en casa de los Trachtenberg. Naturalmente, le hubiesen recibido bien en cualquier parte. Después de todo, estamos hablando de París, donde un hombre genial aún cuenta para algo. París, aunque la acción ya no se encuentre allí, está preparada para evaluar lo que ocurre en el resto del mundo. París tiene el lenguaje para hacerlo. Junto a Londres y Roma, está en la fase de Tintagel esperando el regreso del rey Arturo. La tercera vuelta de la Edad de Oro.

Estuve en Francia por Navidades —otra vez la Rué Bonaparte, inmutable desde hace varios siglos— y papá caminaba arriba y abajo hablando, enfatizando con los brazos. No es corpulento, es alto y hablando tiene clase. Uno se lo piensa antes de interrumpirle. Dijo:

—No cuestiono tu afecto por tu tío. Supongo que en su campo sí que es una personalidad distinguida, pero en otros aspectos, es un provinciano. De todos modos, he tratado de no interferir nunca en tu vida.

Verdad, en cierto modo. Sólo que como fuerza de la naturaleza o como quieran llamarlo, papá no podía evitar que sus emisiones interfiriesen otras frecuencias.

Se detuvo en ese punto y me echó una larga mirada estudiándome. Como hijo suyo, debo haberle parecido inexplicablemente oscuro. Como la foto de un melencólico nativo de China central tomada por un turista. ¿De qué modo era una persona

semejante su «hijo»? Y fíjense cómo procedo: primero, soy una llave inglesa del tamaño de un hombre; luego, estoy entre el billón y pico de la población china. Papá tenía toda la definición, el acabado de un personaje; yo estaba aún en la metamorfosis.

—No puedo comprender por qué quieres enterrarte en el Mediooeste. París es París aun en tiempos de calma. De vez en cuando sufrimos una explosión y hay problemas con los árabes. Pero donde estás tú, es la barbarie. La anarquía. A una de mis primas, nuestras primas, un asaltante le pegó un balazo a quemarropa. Y era una chica muy bonita. Afortunadamente, sólo fue una herida en la mejilla, aunque sufrió quemaduras de pólvora. A la rata adolescente que la asaltó no le importaba lo que le ocurriese a su apariencia. Atacan a las chicas que van solas por la calle. Ocurre a diario.

—Sí, papá, es cierto.

No importa la imagen desvaída y vacilante de hijo que ve, una mala reproducción de sí mismo; a papá aún le gustaría tenerme a su lado. Abandonado por mi madre, a quien vivía dedicado a su manera. Eso tampoco es del todo falso. El bienestar de mamá siempre fue una de sus preocupaciones. No es que en su vejez no tendría quien le cuidara en caso de sufrir una apoplejía. Él no es la clase de hombre que sufre apoplejías. Y aún le queda una tropa de señoras. Le cuidarían si necesitase cuidados. Jamás le dejarían ir a una institución aunque tuviera el mal de Alzheimer. De todos modos, no eran su familia. Puedo imaginar lo que papá pensaba al respecto, puedo ver en tiernas imágenes el aspecto que debe haber tenido mientras le daba vueltas al asunto. En los años de su decadencia —no es que la acusara demasiado— su mujer y su hijo debían componer el dorado centro de su vida y en vez de eso, eran su margen estrafalario. Pero así pasa con la gente, padre. Cuanto mayores son los éxitos, menos satisfactoria es la vida personal y doméstica. Las esposas, los hijos, los hermanos y otros parientes y asesores de nuestros mismísimos presidentes son borrachos, drogadictos, invertidos, embusteros y psicópatas. No digo nada de las relaciones secretas que a veces surgen trágicamente a la luz y de lo que ocurre en la maleza tras las vallas publicitarias... senadores y otros cargos importantes que jamás pueden borrar sus Chapaquidicks<sup>12</sup>. Los hechos personales son a menudo infames. El científico que no reconoció a su propio hijo, aquel estudiante que trabajaba de camarero, se ha puesto a vivir con uno de sus alumnos graduados. Dejando de lado sus preferencias sexuales —una de las bendiciones de la nueva indiferencia—, la vida privada es casi siempre un ramo de llagas con un aderezo de trivialidades o pura basura. Así que a papá, con sus viejas amigas, su hijo en el centro de América y su mujer dedicada a la beneficencia en el África oriental, tampoco le va tan mal, después de todo. Para papá, Somalia tenía un rango superior al Mediooeste porque al menos era de interés político mundial, es decir, cientos de miles de individuos de las tribus etíopes eran conducidos a la muerte o «relocalizados» en camiones donados

por Occidente para la distribución de alimentos. Eso era preferible a lo que mi tío y yo nos proponíamos en suelo patrio, fuese lo que fuese.

Para papá, Benn era un patoso y un incompetente. Desde un punto de vista compasivo, su lista de fracasos, su confusa relación con las mujeres, hacían de él una figura cómica. ¿Qué se proponía? Decía papá que daba la vuelta al mundo, al parecer por asuntos de botánica, y que mientras estaba en el aire conocía a señoras que no podían explicar, en realidad, qué estaban haciendo ellas a 10.000 metros de altitud y a una velocidad de 1.000 kilómetros por hora. Del modo en que papá lo describía, tenía su lado cómico; y Benn era cómico, desde luego. También era extraordinario y eso era lo que mi padre no podía captar. Pasaba por alto el gran desarrollo de la mente de Benn. El desarrollo de la mente y la fortaleza del cuerpo eran las cosas más importantes en la antigüedad griega. Para medir la mente, tenemos ahora el Cociente Intelectual y los *tests* de aptitud escolar. El cuerpo admirable es más importante que nunca en los clubes naturistas, en los ejercicios de aerobio, en el *jogging*, en las dietas Pritikin. El catálogo de *La imagen más atractiva* que nos llega por correo está lleno de sofisticados aparatos de miles de dólares para desarrollar las caderas, las barrigas, los bíceps y el pecho, creando un físico para desmayarse. Mientras va de gira, el gran Schwarzenegger viaja acompañado de una tonelada y media de equipo de acero con el que se entrena en la suite de su hotel. Para abreviar, la belleza de seres sobrenaturales, pero ahora sin alas, en una interpretación materialista.

A mi padre le irrita que mi perfecto francés se desperdicie en los Estados Unidos. ¿Quién había allí que pudiese conversar en lengua alguna y a quién veía yo?: ¿a la familia?, ¿al tío Vilitzer? Del tío abuelo Harold sólo me enteraba por los periódicos; a él y a su familia les veía un poco. Ese viejo señor de la guerra y de los votos, un antiguo concejal de la organización<sup>13</sup>, era lo más corrupto que puede encontrarse. Los grandes jurados nunca lograron atraparlo, aunque lo intentaron con frecuencia. No exagero al decir que podía llenar las localidades de un estadio de primera<sup>14</sup> con los funcionarios que tenía sobornados, y pensando que eso tal vez divertiría a papá, traté de explicarle algunas de las operaciones de Vilitzer. Tomó mi ofrecimiento con frialdad. ¿Qué era un Vilitzer en comparación con Jacques Chirac? Un vulgar *Youpin* americano.

Pero claro, la familia se había peleado con Vilitzer. Mi madre había entablado un pleito contra él, y aunque el tío Benn participó como demandante, estuvo fuera, en Asam, nunca asistió al juicio y no se había interesado por el caso. Ese toro salvaje de Vilitzer era el hermano menor de la abuela Crader. Ella le había nombrado albacea en su testamento y él se había quedado con una parte del patrimonio que resultó ser muy valiosa. Así que preguntar si había visto a Vilitzer era pura ironía.

Allá en el *Rustbelt*<sup>15</sup>, sugirió papá, yo podía escoger entre el embobamiento intelectual con el tío Benn y el analfabetismo de aquel animal que de tal forma había robado a los de su propia sangre.



Aunque le entristezco, entre mi padre y yo hay un vínculo afectivo. El deseo natural es tener un hijo que continúe el trabajo donde uno lo ha dejado y que avance por el mismo frente. Él no lo diría así, pero sospecho que sexualmente me consideraba una especie de fantasma. Si nos desnudásemos —trato de hacerlo mentalmente— la comparación sería humillante. Para equilibrar la balanza, procuro adquirir más consistencia mental, desarrollar sentimientos de los que él adolece. Eso demuestra cuán bajo hemos caído respecto al modelo griego. Hemos partido las cosas en dos dividiendo el físico de la mente. En París, un padre con una verga internacionalmente histórica; en América, un tío con inmensas capacidades mentales. Papá siempre preguntaba por la hijita que tuve con Treckie. Su única nieta lo pone sentimental. A lo mejor le gustaría entender cómo pude engendrarla. Pregunta por qué Treckie y yo no nos casamos. Ella no quiere, le digo. Mueve la cabeza por no preguntar directamente cuán activo soy en la cama. Para una persona de mundo, un bastardo es un mal asunto. Me sorprendería que él no tuviese uno o dos, tomando en cuenta lo que ha significado para él la aristocrática Francia, el *anden régime*. Me pide las cartas de Treckie. En ese aspecto, ella no me abandona; me escribe a menudo. Si leyese sus cartas podría decirte muchas cosas de ella, dijo. Por lo que pude entender, el móvil de papá era alejarme del tío. Mi necesidad de un tío quedaría reducida al ser marido y padre.

A mamá no le gustaba hablar de mi relación con Benn, mientras que papá indagaba constantemente mis motivos. Dijo:

—Kenneth, tú perteneces a ese tipo de persona que cree en la educación continuada y piensas que Benn aún tiene algo que enseñarte. A cambio, debes ocuparte de él, porque, como diría Aristófanes, tiene la cabeza en el culo —a papá le disgustaban las expresiones vulgares y siempre encontraba una autoridad respetable que las avalase—. Lo que haces por él tendrías que hacerlo por una esposa y por tu hijita.

Pamplinas. Si mi padre hubiese sido tan sensible en cuanto a la familia, no se hubiese tirado a tantas esposas ajenas. Y las esposas, ¿no adoptaban un punto de vista similar? La crisis mundial era el pretexto con que todos encubrían la lascivia y el libertinaje, dos palabrejas que apenas se ven por ahí.

Los sentimientos familiares se vuelven muy frágiles cuando se llega a los parientes colaterales. Tampoco a Vilitzer le importaban mucho. Iba con frecuencia a nuestra Universidad invitado a hablar en seminarios sobre la corrupción patrocinados por el Gobierno municipal. Decía a los estudiantes que la corrupción era cosa del pasado. Con tantos contribuyentes huyendo a los suburbios, con tanto dinero del Gobierno Federal tan escrupulosamente supervisado que robarlo se hacía cada vez más difícil y peligroso, la organización había perdido su poder coercitivo. Fui a una de las conferencias y me escondí en un rincón. El nieto de su propia hermana y él nunca sabría que yo estaba allí; ni le habría importado mucho, de saberlo. Tuve la tentación de preguntarle por qué el FBI tenía en marcha tantas

operaciones de acoso y por qué estaba filmando a los concejales y a otros funcionarios que aceptaban sobornos. Hoy en día, el Departamento de Justicia está persiguiendo a los Vilitzers con arpones. Eso tiene un cierto encanto. En una administración republicana, los mamíferos demócratas —de todos los tamaños— constituyen buena caza. En cuanto a los estudiantes, les encantaba la brusquedad de Vilitzer, era un tipo tan deliciosamente duro... Muy bronceado, tenía bultos en la cara y el pelo blanco peinado hacia delante y rizado hacia abajo en el borde de la frente, al estilo de la Roma imperial. Con tipo de levantador de pesas en su juventud, seguía siendo fornido. Lo que había perdido en altura se le había ido a los lados, y aunque se decía que estaba debilitado por problemas cardíacos, sus ojos azules aún tenían la fuerza suficiente para clavar miradas amenazadoras. Antes de que le reclutasen en la Segunda Guerra Mundial, había tenido contactos de segundo orden con la mafia y era un matón. Le llamaban el *Big Heat*<sup>16</sup>. Decía una leyenda que había llevado a un tipo a un taller de carpintería que estaba en un sótano, que le había puesto la cabeza en un torno de banco y que cuando el tipo oyó cómo le crujían los huesos del cráneo, decidió darle al *Big Heat* la información que le pedía. Cuando iba al recinto universitario, no buscaba a su sobrino ni a su sobrino nieto. El pleito de mi madre le había ofendido violentamente. Benn se lo encontró un día mientras estaba a punto de entrar en su limusina de ventanillas ahumadas. Le saludó y el *Big Heat* dijo:

—Por lo que a ti respecta, me lavo las manos. —Vilitzer tenía el labio superior vuelto hacia dentro, como el flequillo.

—Y, ¿qué le contestaste?

—Nada. Tú eres el ingenioso. ¿Qué hubieses dicho tú?

—Le hubiese enviado una caja de jabones Lady Macbeth.

El tío repetía mis chistes a sus amistades. Admiraba demasiado mis salidas. De todos modos, Vilitzer no hubiese sabido quién era Lady Macbeth.

—¿Quiso decirte que no ibas a heredar de él ni un céntimo?

—Vamos, ¿cómo iba a heredarle? Él tiene su propia familia.

—El hijo mayor no cuenta.

—Cierto, a Fishl le desheredaron. Fishl es demasiado inteligente y su padre le asocia mentalmente a mí, pero hay más hijos.

Venden distribuidores automáticos y seguros municipales. El viejo sistema de los consentidos. Los hijos son excusas para robar. En caso de necesidad, los políticos dirían: «¿Que por qué robo? Es una pregunta estúpida. Lo hago por mis hijos.»

—Os hizo una buena a mamá y a ti —dije.

—Un sobrino o una sobrina es algo distinto. Si un sobrino pide la dirección de un distrito electoral o una sinecura en los parques públicos, puede admitirse. Pero los dólares en efectivo sólo son para los de la propia carne y sangre. Se enfadó con nosotros porque cuestionamos la venta de la propiedad que habíamos heredado de tu

abuela. Hilda y yo obtuvimos una buena ganancia y debíamos habernos sentido agradecidos. La demanda que entablamos lo enfureció. Me llamó y me dijo:

—¡Os haré mear sangre!

Le dije:

—Con semejantes experiencias familiares, no te culpo por preferir las plantas.

—Un momento, nunca he dicho que las prefiera. Aún puedo distinguir la savia de la sangre —dijo el tío.

Pobre hombre, sí que daba importancia a la consanguinidad. A veces eso parecía una debilidad estúpida. Estoy seguro de que se casó con Matilda Layamon, en parte, por conseguir una familia y que tenía la intención de meterme en ella, algo impensable. Además, los Layamon no me hubiesen aceptado ni por ganar una apuesta. Matilda le dijo al tío que yo era una persona maliciosa. Eso, en el fondo, no es cierto. Fundamentalmente me veo como un individuo franco. Sin embargo, para ser perfectamente honesto, hay algo en la delgadez de mi rostro y en lo remoto de mi mirada que sugiere malicia. Algunas personas no se sienten cómodas conmigo y tienen la impresión de que las observo. Sospechan que sospecho. Para suavizar las cosas por Benn, dije:

—Ella no es la primera que me acusa y a veces yo mismo lo he pensado. Soy un «franco-malicioso» o tengo en la cara algo de esa apariencia vacuna.

Benn era emocionalmente intenso *au fond*. Mucha gente rechazaría eso como síntoma de un desarrollo personal defectuoso. («¡Qué época ha escogido ese tipo para tener emociones tan intensas!») Y yo mismo lo rechazo, pero al final admito que esa intensidad me atrae. Pude haber conseguido en París lo que hubiese querido a través de los importantes contactos de mis padres y París está mejorando últimamente: hay un retorno a la cordura, han barrido todo el marxismo de la posguerra y han levantado la maldición que pesaba sobre los bárbaros Estados Unidos de América. Pero yo renuncié a todo para vivir cerca del tío Benn. Para mí, él era la familia. Por los mismos motivos, aún viajo a Seattle una vez al mes para ver a mi hijita, Nancy.

Pero les concedo lo difícil que resulta defender con argumentos convincentes la durabilidad de los vínculos humanos. Todos temen ser embaucados por sus afectos, aunque algunos cínicos aún lo alaben de boca, del modo en que Pomarenko, el lameculos de Stalin, se inclinaba hacia las «masas inocentes». La literatura trata de mantener sus antiguas posturas a este respecto. Philip Larkin, un poeta muy admirado, escribe: «En todo hombre duerme un sentido de la vida conforme al amor.» Pero el sentido *duerme*. También dice que los hombres sueñan con «todo lo que podrían haber hecho de haber sido amados. Eso nada lo cura». Y esto, en efecto, *parece* cierto, aunque puede haber una analogía con Ike: no tienen ningún teatro interior que corresponda al teatro de la guerra europea. ¿Dónde está el espacio para que el amor actúe? Y no resulta muy alentador contrastar esas afirmaciones de Larkin con las proposiciones contrarias sostenidas por un número sorprendente de

personas que renuncian al amor y van solas por la vida: fuertes, saludables, racionales, racionalmente malvadas o al menos personas «no sentimentales» que generalmente son más despiertas que las otras. Excepto en relación con la melancolía, se oye muy poco hablar del amor. Como en un reciente panegírico de la cantante de *blues*, Billie Holiday: el orador dijo: «Nació del amor y sufrió por falta de amor. Toda su música trataba del amor.» Billie estaba bajo arresto en su lecho de muerte, agonizando por abuso de drogas y alcoholismo. Había policías en la habitación del hospital.

Volviendo a Vilitzer, era el albacea del patrimonio de la abuela Crader. Compró la propiedad a Benn y a mamá a través de una empresa fantasma y luego la vendió a *Ecliptic Circle Electronics* que construyó en aquel lugar el rascacielos más alto de la ciudad, casi tan alto como el Sears Tower de Chicago. Del negocio sacó una tajada que ni se puede adivinar. Mamá y tío Benn sacaron juntos 300.000 dólares.

—Harold nos limpió bien —dijo mi madre—. Esperaba comprar con su parte una casa en la Île-Saint-Louis.

Cuando el tío Vilitzer fue a París, años antes del problema, mamá le llevó a ver aquella casa. Él le dijo:

—¿Para qué quieres semejante trasto viejo? Por la mitad de la pasta puedes conseguir algo moderno y limpio. Yo no viviría en un antro tan horripilante como éste. Cómprate al menos una casa donde las cagadas no vuelvan a salir después de tirar de la cadena o que tenga una ventana en la cocina.

Así que demandar a Harold fue una locura. No se puede saber cuántos jueces tenía a sueldo. Jugaba al golf con los según dos de aquellos que no estaban en su nómina.

Le dije al tío:

—Meterse en líos con él fue una estupidez.

—Tienes una gran intuición para esas cosas —dijo él—. Y supongo que fue una tontería.

—Te diré lo más curioso: por ser de la familia, todavía te pone sentimental.

—Yo le quería.

Al oírle decir eso, una sombra pasó sobre mí. Una de esas malditas sombras versátiles que llegan y se van de prisa. Si aún podía querer a Harold Vilitzer, su amor por mí —o por cualquier otra persona— perdía algo de su valor.

Benn continuó diciendo:

—En 1946, Harold volvió de la guerra. Pasaba la edad, pero se alistó voluntario porque odiaba a Hitler. Cuando Hitler se voló en el búnker, Harold estaba en Italia y, en efecto, hizo alguna pasta en Nápoles antes de la desmovilización. *Nápoles*, donde la gente conoce de verdad esos juegos. Vendía excedentes del ejército. Se convertían en excedentes en cuanto él les ponía las manos encima. Pues bien, Harold volvió y solía sentarse en la cocina con su uniforme. Era sumamente divertido. Poco a poco

se introdujo en la calle, en esta misma ciudad, aceptando apuestas, sobornando a la Policía. Como corredor de apuestas tenía tanto éxito al aire libre que una vez que tuvo pérdidas muy fuertes, los policías recogieron 50.000 dólares entre ellos para mantenerle en el negocio. Les salía a cuenta. Al poco tiempo estaba en política.

—Todo el afecto del que me hablas parece proceder sólo de ti. ¿Qué me dices de los demás?

—No puedo decir que en aquellos tiempos Harold fuese un tío indiferente. Me enseñó que las moras eran comestibles. Eso fue cuando teníamos los dos árboles en el patio trasero. Creo que te lo he contado...

—Más de una vez.

—*Donde ahora está el Ecliptic Circle Electronic Tower.*

—Sí, claro —dije—. A la parte filosófica de mi persona no le interesaban los detalles del tío. De vez en cuando me impacientaban sus énfasis en los pormenores. Sin embargo, aun entonces sospechaba con frecuencia que mis sinopsis eran más engañosas que sus especificaciones.

—Esas moras eran deliciosas. El tío y yo pasábamos tardes enteras cogiéndolas. Espantábamos a los mirlos. También me llevaba al centro. Aún había vodevil: Jimmy Savo, Sophie Tucker, titiriteros, magos, perros amaestrados. De vez en cuando, a la revista. También al billar y al boxeo. Le gustaban las dos cosas. Creo que quería hacer de mí un miembro regular, meterme en el guiso. También íbamos a tugurios de apuestas, salas de juego, cines. Por supuesto, yo no tenía un céntimo. El tío me invitaba a todo. Una vez vimos una maravillosa película de autor, un montaje surrealista sobre un chiflado tipo Burbank<sup>17</sup> que sacaba huevos duros de verdad de una berenjena<sup>18</sup>. Durante la guerra, la mujer de Harold se había ido con los niños a California para estar cerca de sus padres. Mientras él esperaba su regreso, se comportaba conmigo de un modo paternal.

—Así que te apegaste a él afectivamente durante unas semanas.

—Claro. Y antes aun, quería a mis padres, quería a mi hermana, siempre trataba de hablar con ellos. A los ocho años me metí en la cama con Hilda una mañana porque la amaba. Tu madre se estaba convirtiendo entonces en una mujer. Me cruzó la cara unas veinte veces para enseñarme lo que era el incesto, aunque era la primera vez que yo oía palabra.

Sonreía mientras recordaba aquello.

—Fue todo tan maravilloso —dije—, aun cuando mamá se portara mal contigo. Tío, me has dicho que de pequeño leías cuentos, todas las colecciones de Andrew Lang: la Verde, la Amarilla y la Azul. Y te diré lo que me parece que has hecho. Tu familia de aquellos tiempos es hoy para ti lo que esos cuentos fueron en tu infancia. Todas las princesas, las Cenicientas, las Bellas Durmientes y las madrastras malvadas. ¿No deberías repensar todo eso antes de hacerte mayor?

No me estaba mofando. Yo tenía una mirada de comprensión y casi no

levantaba la voz pensando que, de algún modo, se había librado de ser poseído por el mundo que experimentamos la mayoría de nosotros. El tío omitía —o desdeñaba— protegerse a un grado que era escasamente compatible con las condiciones —o desgracias— reales de la vida moderna. Cuando su hermana le abofeteó, él no trató de defenderse. Lo menciono porque el hombre fue más tarde objeto de enorme interés por parte de las mujeres, y en el momento en que ese interés tomaba una forma literal, física, no siempre sabía qué hacer con él. Algunas veces pensé que ellas atraían su curiosidad a un nivel peligrosamente ingenuo. La forma en que él les respondía me hacía recordar una antigua copla.

*Cuando un hombre se echa esposa, descubre pronto  
Si están sus piernas y brazos sólo pegados al tronco*

Pero, por supuesto, él no era inocente en el sentido que tan odioso resulta a la gente de mundo. Como si la «experiencia mundana» no fuese una serie tras otra de engaños que se cambian como disfraces durante el proceso de «crecimiento».

Pero yo no estaba equivocado del todo respecto al cuento infantil de los afectos familiares. Él volvía con frecuencia —con demasiada frecuencia para mi gusto— a sus primeros años.

—Cuando tenía siete u ocho años, llegaba de la calle muriéndome por contar a los míos las maravillas que había visto. Tenía cosas tan estupendas que contar y estaba eufórico. Pero en casa, todos estaban ocupados. Tenían que poner la carne y las patatas en la mesa, así que me hacían callar. Generalmente se portaban bien conmigo, sólo que no tenían tiempo. Al fin pensé que lo que yo veía fuera lo debían tener ellos muy visto, así que dejé de intentarlo. Mi madre pensaba que de niño yo era un terrible embustero.

—¿Y es por eso que te volviste hacia las plantas?

—Yo no lo diría así. En la familia no hablábamos el mismo lenguaje. Había caricias, besos, miradas afectuosas. Hasta mi rígida hermana era amable, por lo general. Lo que faltaba eran las palabras.

Benn creía que yo era el único miembro de la familia con el que podía comunicarse a un nivel superior. A lo mejor era mi sordera parcial lo que hacía que pareciese así. Llevo el pelo largo para ocultar el aparato de audición. Los duros de oído tienen que poner doble atención, algunos leen los labios mientras escuchan y una concentración tan poco usual puede tomarse por asentimiento. En general, sí que comprendía lo que él quería decir. Habíamos leído los mismos libros básicos. Hasta que las compañías navieras desaparecieron, el tío Benn y la tía Lena cruzaban el Atlántico una vez al año llevándome siempre libros en un baúl. Al principio, eran cuentos: Leatherstocking, Mark Twain y Dickens. Luego, en cuanto fui un poco mayor, me iniciaron en la lectura de Balzac. La tía Lena, tan rolliza y con una apariencia tan ingenua, una oscuridad misteriosamente perfumada sobre una piel

pálida, era una apasionada de Balzac. Le gustaba más cuanto más sombrío se ponía; cuando golpeaba contra los barrotes de la virtud y el vicio sobre un fondo de matones y de tramposos universales: el entierro de *El tío Goriot*; la tigresa portera robando al músico moribundo, Pons, mientras su propio marido es envenenado en la portería por el terrible Remonencq, que la desea. ¿Quién hubiese imaginado que a una pueblerina como Lena pudiesen gustarle recetas tan fuertes? Pero ella decía: «No se puede comprender a la sociedad si no se ha leído a Balzac.» Hacia el final, agregaba: «Para comprender a Balzac hay que remontarse a Swedenborg. Empieza con la *Séraphita* de Balzac. Lee luego *El amor conyugal*.»

Benn no había leído, evidentemente, lo que Swedenborg había escrito sobre el amor. Me regaló el libro como un recuerdo. (Yo lo leí.) Sin embargo, estaba de acuerdo con Lena en cuanto a Balzac y decía:

—Si ella no me hubiese iniciado en aquellos libros, nunca hubiese sabido por dónde iba. En cuanto a quienes no han leído *El primo Pons* y *La prima Bette*, no sé por qué sistema pueden guiarse. Cuando alguien les da en las narices, no pueden comprender cómo les han golpeado. Sin *La prima Bette*, yo estaría perdido.

De todos modos, se perdía a menudo. Si hubiese leído el *Pons* con más atención, nunca se hubiese casado con Matilda Layamon. Era hija única de padres ricos y Balzac dice muy específicamente que las hijas únicas que nacen en la abundancia se convierten en esposas muy peligrosas. En ese sentido los textos son capciosos. Porque uno ha leído sobre los filisteos, puede pensar que no es posible que uno sea un filisteo. Eso es una estupidez. También cabe la posibilidad de que mientras uno lee un libro, sus residuos tóxicos le envenenen y se vea inflamado inconscientemente por una fiebre secreta, o que no se dé cuenta de las tormentas de sentimientos que se agitan en su interior y que el libro le está ocultando. Que el tío era un lector susceptible que llegaba a veces a la alucinación, lo demostraba su entusiasmo por los libros que me instaba a leer. En el caso de *Soledad*, del almirante Byrd, tenía toda la razón; pero también me hizo leer la *Autobiografía de un yogui*. Ése tenía un cierto encanto, pero había que vencer la incredulidad sobre la levitación y las experiencias extracorporales. Como cuando la mujer del yogui entra en la habitación y lo encuentra, no en el colchón donde lo había dejado, sino flotando cerca del techo. Hacia este tipo de literatura, el tío tenía una actitud agnóstica, es decir, diletante, que no me gustaba mucho.

Pero al ver cuáles eran los gustos del tío, pude interesarle en escritores místicos, gnósticos y herméticos, o en gente como Soloviev y Fiodorov, a los que investigaba para mis estudios sobre el simbolismo ruso. La apariencia del tío era tan sólida que yo tenía la esperanza de que corrigiera mis opiniones más frágiles. Cuando yo era muy joven, le comparaba al cantón de una fortaleza antigua. Como papá, que decía que estaba construido como una iglesia rusa, yo también me decidí por el símil arquitectónico. Esa vieja mampostería es inútil ante los explosivos modernos o ante los sistemas de misiles. (No representaba un gran desafío para la

familia Layamon, en la que entró por matrimonio.) Pues bien, el tío se aficionó a Fiodorov cuya postura es que la muerte yace en el fondo de todos los problemas humanos. La tierra es un camposanto y, el único proyecto de la humanidad es recuperarlo para la vida. Es intolerable que las personas que amamos tengan que desaparecer en la eternidad y no podemos aceptarlo sin cobardía. Hay que empezar con la familia inmediata. Los hijos y las hijas deben devolver la vida a aquellos que les dieron la suya. Aun cuando suponga ir a la luna, tenemos que recobrar cada partícula de nuestros muertos. Los vivos y los muertos forman una única comunidad. No me gustaba esa lucha literal por la restauración física. Sin embargo, persuadí al tío a que viese qué podía sacar de aquello. Lo leyó con avidez, lo devoró. Hubo ocasiones en que, en sentido figurado, se elevó hasta el techo. No debí haberle hecho pasar por eso. Lo hice porque podía contar con que él proveería comentarios curiosos sobre cualquier tema que me interesara.

Tener un tío encantador es una gran ventaja. Fíjense que no digo un *viejo* tío encantador. Desafortunadamente, no era demasiado viejo para líos de faldas. Había sido perfectamente fiel a la tía Lena, nada de engaños. Mientras ella vivió, ni siquiera miraba a las chicas; bueno, mirar, sí que miraba, pero no iba de caza. Después de años de fidelidad, había ciertas dudas sobre su potencia. Me hizo referencia a la *Autobiografía* de Darwin —nunca dudaba en hacerse acompañar mentalmente por los mejores—, a esos pasajes en los que Darwin confiesa que en su juventud, la poesía y la música le habían conmovido, mientras que años más tarde esas cosas le repugnaban, lo que atribuía al descuido de su sensibilidad, embotada y herrumbrada. El trabajo científico, la inmersión en el detalle insignificante, la observación de minúsculas diferencias entre los organismos, le incapacitaron para emociones mayores. (Adivino que la incapacidad de Darwin había comenzado ya y que se volvió a la investigación porque lo había intuido.) La tía Elena era amable, ligeramente rellena en las caderas y en los muslos, oscura, envuelta en un misterioso perfume. En su cara colgaban, por así decirlo, unos ojos negros, y yo albergaba insistentes pensamientos —una peculiaridad masculina ampliamente extendida— sobre cómo Benn se las había arreglado con ella. Él se comportaba de un modo extrañamente protector, de verdad. Además, había influencias swedenborgianas. Ella no podía persuadir a Benn a que leyese a ese gran visionario, pero el tío conocía sus conceptos sobre el amor entre los sexos. La mujer está dotada de mayores poderes de volición, lo que para Swedenborg significa afecto. La tendencia del hombre es más abstracta. Entre el hombre y la mujer se produce un intercambio. El amor y el pensamiento se completan en la pareja humana y ocurre algo similar a un intercambio de almas según el plan divino. Aun así a Benn le preocupaba el embotamiento darwiniano y las consecuencias que tenía sobre su capacidad de encenderse eróticamente. Le preocupaba tanto como para provocar conversaciones oblicuas con Lena. A ella no le importaba hablar del asunto.



Benn, el viudo-soltero, con su tipo pesado, no parecía tener ascendente romántico sobre las mujeres. Sin embargo, en los años anteriores a su segundo matrimonio, tenía siempre entre manos algún asunto de faldas: flirteos, cortejos, anhelos, obsesiones, deserciones, insultos, laceraciones, esclavitud sexual; el panorama completo desde la felicidad hasta la depresión. El matrimonio debía acabar con aquellos tormentos.

—Al menos dejaré de errar por la faz de la tierra —dijo justificando el haberme engañado. No me tomé a bien su matrimonio; debía habérmelo comunicado con antelación.

Pero, ¿por qué corría tanto por ahí? Bosques indios, montes chinos, selvas brasileñas, la Antártida. Él aceptaba que su inquietud tenía una causa erótica, pero nunca pudo determinar el modo de interpretar aquello. Había deseos contradictorios en juego. En una época en que tenemos a Eros por un lado y a Thanatos por el otro enfrascados en una disputa jurisdiccional, es mejor hacer las maletas y dirigirse al aeropuerto que quedarse a esperar el resultado. ¿Mejor mantenerse en movimiento? ¿Correr para mantener la libido activa? Eso nunca se le ocurriría a un auténtico gato macho. Piensen en el barón Hulot, de Balzac, ochenta años, que hace una proposición a la criada mientras su santa mujer aún puede oírle desde su lecho de muerte. Igualmente curioso fue el caso del abuelo de Stravinski: con ciento un años se rompió el cuello trepando una verja para asistir a una cita de medianoche. El tío ni siquiera entraba en el mismo saco con hombres de esa estampa: los vehementes Yeats, tipos que solían ir a Suiza en los años veinte para que les trasplantasen glándulas de mono. No, quince años de marido fiel, ése era su talante. Y no podía entenderse con mujeres de exigencias lujuriosas y opresivas.

Sí, tenía auténticos problemas sexuales, peí o no de los que incapacitan; depósitos de libido sin descubrir que podían haber hecho las delicias, en términos sexuales, de una mujer inteligente que tuviese la perspicacia y la comprensión para poner orden (y también placer) en esas confusas idiosincrasias. Y no puedo decirles qué le llevó a arriesgarse al juego del matrimonio con Matilda Layamon. Todavía me desconcierta. Si, según Macaulay y Winston Churchill, el Imperio británico se adquirió en un ataque de despiste, lo mismo es aplicable a la segunda mujer del tío Benn. Sólo que en el caso de mayor envergadura, había una voluntad imperial que iba cobrando forma gradualmente, mientras que en el otro, se expresaba la opinión de un hombre sobre su propia persona, un juicio sobre sí mismo. Pero no pienso ponerme profundo sobre sus motivos. Cada vez me fío menos de la psicología. Lo veo como uno de los subproductos menores de la inquietud o de la oscilación del estado de conciencia moderno, una terrible agitación que valoramos como «perspicacia». Digamos solamente que el mismo tío comprendía la irracionalidad de poner un anillo en el dedo de Matilda diciendo: «Sí, quiero.» ¿No había a su alrededor suficientes matrimonios destrozados, siniestros de amor como Boeings que no pudieron salvar los picos? Cuando llegó el momento en que los dos tratamos

el asunto, me habló con suficiente franqueza del «panorama sexual». Todos esos locos y locas compartiendo la cama. Dos psicópatas bajo un mismo edredón. ¿Sabe uno, alguna vez, quién yace a su lado, los pensamientos que se ocultan tras la pantalla de la «consideración»? Un golpe de termostato y estalla el calor del amor, una bomba de llamas que nos quema. Mientras uno sale de las cenizas flotando hacia el mundo etéreo, no debe sorprenderse, al oír los sollozos de dolor de quien lo ha destruido.

Pero será mejor que baje el tono, que no ceda a mi gran debilidad.

Resumiendo más sobriamente: puedo comprender por qué el matrimonio debió haberle parecido un proyecto incitante. Las plantas la histogénesis de las hojas o lo que sea— absorbían la mayor parte de Benn; yo, en realidad, le veía como una especie de místico de las plantas; pero lo que de él quedaba, era afectuoso. Los de su profesión eran con frecuencia, como ya he dicho, gente afectivamente yerma y a nadie le parecía mal que lo fuesen. Él no estaba dispuesto a seguir el ejemplo darwiniano, a aceptar la atrofia total. Solía decir:

—Me estoy volviendo demasiado autosuficiente.

Se me podría convencer de que estaba cansado de cuidarse a sí mismo, aunque las tareas de la casa no eran una carga para él. Más bien, le gustaban. Le echaba Vanish azul al inodoro. Prefería 409 a cualquier otro limpiador de cocina. Se lavaba los calcetines con Woolite. Tareas que desesperan a otros hombres, como pelar patatas, limpiar el rallador de queso, restregar los cazos pringosos, fregar los suelos de rodillas, no le molestaban en absoluto. Nunca se le ocurrió pensar que eran tareas inferiores, indignas de un hombre que había corregido algunos de los conceptos básicos de la morfología de las plantas. Para mi padre, esa voluntad de ser la criada para todo era señal de una estupidez esencial; papá estaba un poco mimado porque como americano en Europa, se lo había pasado divinamente. Ningún europeo podía haber disfrutado tanto de la vida europea. La Europa posthitleriana se había deshonrado a sí misma. Lo que quedaba de los privilegios tradicionales se estaba desvaneciendo. En la época de las criadas, las cocinas eran horribles. Cuando la señora de la casa tuvo que hacer las tareas, se instalaron comodidades de estilo americano o alemán occidental. Pero los Trachtenberg siempre tuvieron criada. Los intelectuales no friegan suelos. Al tío, sin embargo, no le importaba lavar la ropa, planchar, coser botones, fregar. También mantenía limpio su laboratorio. Papá decía:

—Bajo esos aires suyos, es una vieja.

Falso. Era su modo de decir: «No pertenezco a vuestra elite.» Hacia cualquier cosa por proclamar la igualdad. En mi opinión, se pasaba. Como sugería un amigo parisién, esa actitud es un poco exceso de cortesía. Me contó ese amigo que Marcel Proust, a quien estaba estudiando, no escatimaba esfuerzos al elaborar sus respuestas a las preguntas de una señora que sólo pretendía sostener una conversación intrascendente durante la cena. Proust respondía en detalle y con paralizante

prolijidad cuando ni se requería ni se esperaba semejante respuesta. La gente se veía abrumada de información por aquel compañero de mesa guapo, pesado y con cara de yogur. Era para morir. Bajo todo aquello estaba la cortesía de la igualdad o de la supuesta igualdad.

Dar crédito por motivos igualitarios donde no hay que hacerlo —es decir, a personas cuyos procesos mentales son completamente distintos a los de uno—, honrar a otra alma por potencias que puede o no tener —como aplacar al dios de un volcán que lleva extinto cientos de años. El dios ni siquiera está allí. Dirige una cadena de volcanes— como los Hyatt Houses<sup>19</sup> y de éstos se ocupa, de los activos.

También conviene tener en mente que el tío era un instrumento muy afinado y que él mismo ejecutaba porque estaba afinado. En cuerdas tan tensas, la exhibición era inevitable<sup>20</sup>. La super-cortesía mitigaba la molestia que imponía a los demás, sus oyentes. Una ingenuidad y una energía como las suyas eran compulsiva. Por ejemplo, abre un frasco de Vitaminas durante la cena y su acompañante le pregunta qué son. Él empieza a describir los estudios avanzados sobre el cáncer que se realizaron en Valhalla, Nueva York, y la teoría de los «radicales libres», neutrones peligrosos que se liberan durante el proceso metabólico causando, probablemente, tumores malignos. Esas vitaminas maravillosas dilatan los capilares de la glándula próstata y evitan que se inflame. Le habían curado una uña que llevaba años astillada. (Trata de enseñársela a la dama, pero la llama de la vela está demasiado débil.) Un curioso efecto secundario, prosigue, es que las vitaminas estimulan el crecimiento de las bacterias intestinales causando una cierta hinchazón. El remedio para eso consiste en seguir el ejemplo de los primates superiores cuyos tractos digestivos son maravillosamente similares a los nuestros y cuya dieta de fibras mantiene limpios los intestinos... Lamentando haber hecho la pregunta, la señora espera que ese excitable bodrio termine su conferencia. Otra ofrenda no deseada.

Así que al tío, volviendo a eso, no le importaba cuidarse a sí mismo. Para variar, sin embargo, sería agradable tener a alguien que por consideración lavase los platos de la cena. ¿Por qué se casó, entonces, con Matilda Layamon? El rostro clásico, el pelo de jacinto, ella no iba a fregar los platos. Bajo todo eso está la relación amo-esclavo. El amo es amo, por que está dispuesto a enfrentarse a la muerte con tal de mantener los privilegios del amo. El esclavo no quiere arriesgar su vida... No es necesario que entre en esto explicando por qué el tío Benn no se avergonzaba de fregar los platos. Pero no puedo menos de recordar que en Moscú, al principio de los años veinte, el poeta simbolista Andrei Beli perdió el control en un mitin porque había tenido que hacer cola para conseguir un trozo de pescado. ¡A un poeta se le debe dar el arenque servido y en plato limpio! Hacia el final de su vida, hablando de las mujeres que había conocido, también dijo: «Ni una sola de ellas me merecía.» No imagino a Benn diciendo eso.

Esas palabras serían imposibles en su voz. Y sin embargo, se habría justificado

que lo dijese. Muchos pensadores modernos coinciden en que el secreto del amor es la «sobrestimación». También para Rousseau se trataba de un engaño del que las sociedades libres no pueden prescindir. Bajo todo esto está otra vez el descubrimiento que hiciese el almirante Byrd en el Polo Sur. Allí los hombres se calaban los unos a los otros. Por ahora, basta mencionarlo sin destacarlo demasiado.

Si hubo autoengaño, el tío debía saberlo. No era tonto. Era un hombre ampliamente admirado por sus conocimientos, por su exactitud, por su retentiva y por la capacidad de su memoria. Si me lo preguntan, un poder de esa índole se confiere desde arriba, desde lo alto. La «cosmovisión científica» frunciría el ceño ante esta aseveración. Eso no puede evitarse. Y esto no es una discusión, sino la confesión de un corazón abierto. Nunca me satisfarán las explicaciones corrientes que tienen su origen aquí abajo, en el mundo del sentido común. Para mi, el tío era un prodigio, tenía «magia». Ese tipo de talentos que no se han solicitado, buscan a tientas la plenitud humana. Pero, ¿cuánta plenitud necesitan? ¿Tiene que ser una plenitud complicada? ¿No bastaría una plenitud esquemática? Sí, para aquellos que son afectivamente yermos. Los tipos afectivos, los corazones amantes como mi tío, los caracteres de exuberante energía fácilmente agitados, necesitados, ambiciosos; éstos no pueden comprender por qué a un don elevado no le sigue otro, una sucesión de dones. Entonces, lo que se pedía era alguien que los compartiese una mujer encantadora, una mujer como la que describe Swedenborg: hecha por Dios, paja instruir al hombre, para conducirlo al intercambio de almas. Tal vez para instruirle sobre el amor como Diotima instruyó a Sócrates?

Después de revisar todos los hechos, el balance indicaba que al tío lo habían apaleado. Volviendo al maldito poema de Poe, en esa época se sentía un viajero hastiado, cansado del camino. En mi opinión, era un hombre que había sufrido abuso sexual. Ese término se reservaba en los periódicos a los niños y puede que parezca inadecuado meter en esa categoría a un hombre que pasa de los cincuenta. Un famoso botánico cincuentón en el parvulario, ¿qué cuento es éste? Sin embargo, hay hombres maltratados. A ellos también se les explota. Y en mi opinión, el tío Benn era un hombre maltratado por las mujeres. Ustedes me dirán: «¿Un hombre de su envergadura?» De acuerdo. Eso es, exactamente. Buscaba protección y en cualquier test de asociación de palabras, la respuesta americana a la palabra «protección» sería «chantaje»: «extorsión»<sup>21</sup>.

Lo que no resulta del todo claro es por qué el tío Benn aceptaba tan pasivamente el abuso cuando sabía cómo evitarlo. Ahí está la clave del misterio. Y cuando considero el asunto del modo en que se estudia una pintura abstracta, buscando pistas para relacionarlo con el mundo real —¿es un jarrón?, ¿es una antigua pieza de artillería?, ¿es un tubo de dentífrico?— veo a Benn en el fondo, el hombre de verdad, un tipo alto, grueso, pálido, con una curvatura rusa en la espalda. Camina pesadamente. Del diafragma para arriba es sosegado. Luego, la cabeza

redonda, la cara llena, un par de ojos en una curva que parece un ocho tumbado. Uno de mis filósofos rusos dice que los ojos humanos se dividen en dos categorías: los receptivos y los que irradian voluntad. Los unos están muy abiertos para reflejar la luz y los otros lo escrutan todo a la caza de la presa; ojos para los que la tierra es un jardín del Edén, un eterno *ahora*, y otros de los que surge un electrizante flujo de voluntad. El tío pertenecía a la primera categoría, por supuesto. El hombre es lo que ve. (No lo que come, como decía Feuerbach, el maníaco literalista alemán.) No; uno es como ve. ¿Qué otra cosa podían significar esos ojos suyos? Su cabeza, configurada para su profesión, era un observatorio de plantas. Los tipos de voluntad electrizante, los que no paran, los que van a por todas, aquellos a quienes están destinados a servir los que reflejan la luz, sus sirvientes, sus presas, su comida, podían, por lo tanto, tomarle por memo, por lerdo.

Pero en algún lugar del laberinto de su carácter, el tío era también astuto. Tras el hecho consumado, sí que era astuto, capaz de comprender en qué se había equivocado, cómo le habían tomado el pelo, cómo había colaborado con los listos y los predadores. Pero sólo tras el hecho consumado. Parecía equilibrado, pero eso no era más que una apariencia. Sin embargo, él era lo auténtico, una auténtica excepción. Por miedo al elitismo —¡que horrible superchería!— nos obligamos a despreciar las excepciones.

¡Imagínense! Nuestra única esperanza de liberación y ni siquiera debemos mirar.

Solía preguntarle al tío cómo era que se había enamorado de la botánica un niño de las aceras de la calle Jefferson. No había plantas en ese barrio exceptuando los cardos y los hierbajos, el ailanto enano y las otras cosas que crecen en los patios de carga y descarga. El abuelo Crader ni siquiera comía lechuga. Se enfadaba cuando la abuela la ponía en la mesa. Levantaba esa inteligente cara suya enloquecida por prejuicios e ironías inquietantes y decía:

—Dale eso a los animales<sup>22</sup>. Aunque el hombre enseñaba hebreo, no era un judío observante. Sí tenía cierto interés, sin embargo, por la tradición mística y le gustaba hablar del Árbol de la Vida y del Árbol del Conocimiento<sup>23</sup>. Curiosamente, eran los gentiles<sup>24</sup> los que poseían el Árbol del Conocimiento —en forma de Ciencia—, mientras que el Árbol de la Vida era propiedad judía al ciento por ciento. A la larga, la Ciencia y la Vida se unirían. Yo me preguntaba si esos árboles habrían ejercido alguna influencia sobre el tío a la hora de elegir su profesión. Que él supiera, no, decía.

Ahora bien, al tío no le gustaba dar apariencia de misterio. No quería hablar de sus talentos ni pensar en ellos. Los aceptaba agradecido y prefería callar. Yo, por mi parte, tenía que pensar en esos misterios por lo mucho que me afectaban. Cuando intenté sonsacarle sobre el Árbol de la Vida, todo cuanto pudo decirme fue que su padre tenía un libro cabalístico sobre la materia escrito por Haym Vital, un místico

del siglo xvi. Yo no tenía tiempo entonces de profundizar en eso —demasiadas cosas entre manos—, pero tenía que considerarlo porque en el último análisis, influyó en mi decisión de trasladarme al Mediooeste. No estaba dispuesto a echar mi vida por la borda. Podía entregarla, pero no tirarla sin más. Así que a menudo me he preguntado por qué no seguí los pasos de M. Kojève. Mientras escuchaba sus charlas en el comedor de París, algunas veces imaginaba rayos de luz surgiendo directamente de su cabeza. Me hacía sentir como un pipiolo mental. Trataba del espíritu y de la Naturaleza, barajaba la historia como si fuese un mazo de cartas. Yo le escuchaba extasiado. ¡Qué tipo! Sin embargo, también notaba que me iba llenando de sospechas acuciantes. De jovencito, cuando apenas comenzaban mis esfuerzos por alcanzar el *bachot*, con mi admiración por su dominio del pensamiento oscurecida cada vez más por las sospechas, le comparaba mentalmente a mi maestro de conversación rusa de la Rué du Dragón: su habitación helada con iconos y trozos de alfombra Bokhara, la monda calvicie de su cabeza, la delgadez de su voz. Era un ruso pasmoso, me advertía contra el encanto del pensamiento, contra el intelecto calculador y sus interpretaciones, contra sus ficciones ajenas al poder de la vida. Había dos clases de verdad, una simbolizada por el Árbol del Conocimiento, la otra por el Árbol de la Vida; una, la verdad de la lucha; la otra, la verdad de la receptividad. El conocimiento divorciado de la vida equivale a la enfermedad. El tío sabía montones de cosas sobre las plantas, pero su conocimiento era, en cierto modo, involuntario.

—Entonces, tío, ¿dónde está ese libro?

—¿Ése sobre el Árbol de la Vida? Ni idea. Se quedaría enterrado cuando demolieron el edificio. Mi padre me lo leía y lo comentaba. Nunca lo estudié yo mismo.

—¿Qué leías por ti mismo?

—Le compré un libro al trapero por cinco centavos. Era *Great Mother Forest* de Attilio Gatti. Debió haberlo sacado de una bañera y puesto a secar al sol porque estaba inflado y manchado. Me dejó aturdido. También me gustaba el libro de Bartram, sus viajes por los territorios de Georgia y Florida hace doscientos años cuando aún estaban intactos, completamente solo, recogiendo plantas extrañas y durmiendo a la intemperie.

He oído en Francia la inteligente opinión de que el gueto es una réplica del desierto de Judea y de que los judíos se libran de la decadencia porque no tienen elementos vegetales. No dependen de la savia y, por lo tanto, no se marchitan. No es tan estéril el gueto como las mentes de los intelectuales franceses que produce ese tipo de fórmulas ostensiblemente compasivas. Ésa es una de las cosas que me alejó de París. Los judíos han rezado durante siglos en ruinosas sinagogas de barriada pidiendo rocío —*tal*—. Pero esto sólo interesa con referencia a la vocación de mi tío.

—Entonces, ¿fueron esos libros exóticos los que te hicieron un trotamundos?

—Yo no lo creo. Hay un montón de 747 esperando para llevarnos a todos a otra

parte. Uno siempre puede tomarse un corto permiso. Y hay fondos para proyectos especiales, además de tipos de cambio favorables. El tiempo se pone feo, diez días consecutivos de aguanieve. Te pones de mal humor. Te deprimes. Es una estupidez quedarse quieto, hasta puede perjudicar tu estructura mental. Así que empiezas a mirar por el escritorio y te encuentras con un montón de invitaciones sin contestar. Entonces piensas, ¿por qué no a la India? Ésa es la mejor época del año. En Madrás está esa complaciente señora alta y oscura que siempre se pone tan contenta de verte. Es una compañía tan agradable...

Se refería a Rajashwari. Era bibliotecaria y una notable ejecutante de esa guitarra india de tonos profundos y enorme barriga. Cerca estaba la Universidad de Annamalai con su famoso departamento de botánica en el que el doctor Singh daba serenatas experimentales a las mimosas y aumentaba así el número de sus estomas; los datos de Singh estaban muy lejos de convencer al tío.

—Pero, volviendo al niño de la calle Jefferson —dijo—, no fue *Great Mother Forest*, y no fue el encanto de Bartram, esas perfumadas noches subtropicales. Parece que yo tenía adentro una segunda persona que actuaba por mí. Ése fue el que me dijo que le diera al traperero los cinco centavos. Creo que esa persona estaba a la expectativa y cuando vio pasar la botánica, pegó un salto y se la tragó de golpe. Mi personalidad normal habría deliberado y vacilado como una mujercita histérica. Hay ciertas decisiones que simplemente acaban conmigo.

—La cuestión es, entonces, cuál de las dos o más personas decide por ti. O, ¿no sería mejor decir un demonio o un genio<sup>25</sup>; un espíritu interior?

No esperaba que me respondiese a esa pregunta.

El tío y yo hicimos un largo viaje juntos. La pasada primavera me llevó al Japón.

Casualmente, yo había ido a Seattle una vez más a ver a mi hijita y a tratar de persuadir a la madre para que se casara conmigo. Eso preocupaba mucho al tío. Me llamó al hotel, uno de esos lugares ultramodernos. Las habitaciones tenían cristales por todas partes. Pasé horas leyendo el *Times* mientras la lluvia de Seattle corría y corría sobre el cristal. No dejaba de llover.

No sólo llamaba por mí. Dijo:

—Me voy a Tokyo mañana y si quieres venir, te pago el pasaje.

—¿Qué ocurre? ¿Es el tiempo? ¿Hay aguanieve?

—Ya lo creo, y la que caerá.

—Es la primera vez que me hablas de Japón.

—Bueno, me esperan en Kyoto dentro de dos días.

—Cenamos juntos antes de marcharme y no me dijiste ni una palabra.

—Ha surgido algo, Kenneth. Si me dices dónde tienes el pasaporte, te lo llevaré.

—Está en mi maletín, aquí mismo. Puedo ir contigo.

—¿Cómo van las cosas en Seattle? Estoy preocupado.

—No llego a ninguna parte. ¿Qué podía esperar?

—Ya me lo figuraba. Esa tiquismiquis te está propinando la paliza de costumbre. Primero te da un hijo y luego te da un palo. No tienes que ser un padre tan superconsciente. Nunca te negaste a mantener a la niña...

En los peores momentos, los amigos te dicen que te subas la cremallera cuando llevan la suya abierta. De algún modo se las apañan para escabullirse y aparecer luego en el púlpito.

Dije:

—Está bien, tío Benn. A los dos nos va mal con las mujeres, somos bastante estúpidos. Te acompañaré con mucho gusto y no diremos que se trata de una fuga. ¿De acuerdo? Serán unas vacaciones.

Respondió molesto. Conmigo no se hacía el digno. Eso nunca. Pero huir de una mujer y más aún, de una mujer como aquélla, tenía un algo de vileza. Cierto que ella lo había elegido a él. Pero, ¿no había aceptado él esa elección?

—Voy a darte el número de vuelo de las Líneas Aéreas Japonesas <sup>26</sup>. Te hice reserva y puedes recoger el billete en el aeropuerto. Seattle-Tokio-Seattle.

Yo dije:

—¿Así que Caroline viene a toda velocidad y está a punto de alcanzarte?

—Llega mañana.

—Y, ¿no le has dicho que no? Desde el principio, es ella quien te empuja.



—Hablaemos de eso en el avión. El antiguo Kyoto te encantará, y tienen una botánica de primera. Hablé por teléfono con el viejo profesor Komatsu. Ahora es emérito, pero en el departamento lo tratan todos con deferencia. Empezó a describir el departamento y las conferencias que daría, pero le dije que tenía que marcharme en seguida para llevar a Nancy al cine (en realidad, aún era demasiado pequeña para eso).

Caroline Bunge era la heredera de unos grandes almacenes de Cleveland a la que el tío había conocido en las playas de Puerto Rico, un escenario propicio a la promiscuidad. Más próxima a su edad que la mayoría de las mujeres con las que se había relacionado, era una señora alta y guapa, generalmente simpática y vestida con gusto, aunque fuertemente perfumada. Una grieta vertical entre los ojos le confería un aire pensativo, pero, en realidad, su mente volaba en espiral a demasiada altura para pensar y cuando abría la boca, uno se daba cuenta de que había estado a la caza ardiente y temeraria de cosas inmencionables. Tenía, sin embargo, la apariencia de dignidad, la compostura y el acento de una mujer que había sido educada en el extranjero en buenos colegios ingleses y franceses. Hablaba de caballos irlandeses, de saltos, de cacerías de zorros y de whisky. Al saber que yo había crecido en París, me describió su amistad con Jean Genet y Marguerite Duras. De ellas no podía decir nada peor de lo que ellas mismas habían escrito. Además, ¿hay algo en esos círculos que no pueda decirse? En cuanto a su compostura, creo que la mantenía a base de litio o el Valium con los que se medicaba. También le daba bastante a la botella. Hablaba con mucha fluidez, raras veces callaba. Pero no estaba tan dopada como para no darse cuenta de que el tío era un hombre extraordinario, y como hacía ya tiempo que estaba dispuesta a establecer una relación permanente, en seguida le advirtió que haría un supermarido. Le dijo:

—Las mujeres de mi clase tienen pánico de un matrimonio tipo von Büllow<sup>27</sup>.

El era, no sólo un hombre digno de confianza, sino, además, deseable en otros aspectos.

En las actuales circunstancias, las decisiones de ese tipo resultan cada vez más problemáticas. La libertad personal se ve acosada por los tormentos de la elección. Esto se comprende más fácilmente a un nivel inferior. Un catálogo de artículos del hogar puede ser para ciertos temperamentos una prueba de fuego. Planchas de vapor, sábanas, utensilios para el horno, gabinetes de cocina, tapicerías. La elección del papel para las paredes del baño de huéspedes le puede tomar todo un año a una mujer nerviosa. Cualquier buena tienda le ofrece una estantería de tres metros llena de catálogos. En cuanto a decidirse por un hombre, piensen el esfuerzo que supone examinar a los elegidos para seleccionar un marido. ¡Qué tormento! ¡Y luego convencer al hombre que se ha elegido! El dinero debiera facilitar las cosas. Pero no es así, porque donde hay dinero hay negocio y el negocio implica acuerdo contractual. No bien se empieza a leer un contrato, uno ya piensa en la forma de

librarse. Aun antes de firmarlo, ya se preparan vías de escape. Todos son cálculos secretos, cada cual en su sistema separado. En Francia se le llama *le petit système á parí*. En las relaciones humanas, eso atenta contra la permanencia. Supone una ardua tarea dar a cualquiera de nuestras elecciones un carácter de necesidad o de inevitabilidad. El amor —ese amor «fuerte como la muerte»— no puede tener un fundamento contractual puesto que el reto consiste en quebrantar el contrato. El *système á parí* pide a gritos la ruptura. Los términos contractuales son meramente humanos, mientras que el egoísmo es divino.

El tío no tenía por qué meterse en eso. Tenía su ciencia. El problema era su ambición. Pedía demasiado. La felicidad de un solitario no le bastaba, ni le bastaban sus poderes telepáticos con las plantas. Puede que yo también haya tenido la culpa por agitar continuamente sus pasiones.

Sea como fuere, en el problemático panorama aparece, se configura, se materializa, la sonambúlica forma de Caroline Bunge. Al encontrar al tío, ella empieza a hacer planes para casarse con él. ¿No era lo más natural? Ella es guapa y rica; él es un viudo culto y, aunque judío, un caballero. Ella habla de los judíos como maridos. Me dice *a mí* una vez —en un bar, mientras esperábamos al tío Benn— que sí que es posible hacer un buen matrimonio con un judío. Dice que a Mary Logan Smith le fue muy bien con Bernard Berenson, aunque Berenson era un tramposo y un estafador en obras de arte. Claro que aquéllos eran tiempos eduardianos de salvaje excentricidad. En aquel círculo había una señora inglesa que llevaba ranas en un bolso enorme, entrenadas para saltar hasta su boca abierta y volver luego al bolso. Tal vez las incitaba con moscas muertas. Los ingleses y los judíos siempre se habían llevado bien —¿no me lo parecía?— porque unos y otros practicaban la usura, dice Caroline. En cuanto a la situación aquí, éste es uno de los países anfitriones al que los judíos no han perjudicado y eso porque la Mano Invisible del Capitalismo cuida de América. América es la querida de la Mano Invisible. Me doy cuenta de que Caroline no hace más que repetir las conversaciones escuchadas en los cócteles o en los probadores de Bergdorf Goodman.

En cualquier caso, estaba cansada de los tipos duros. Su deseo era establecerse. Le dijo a Benn que él le convenía. Ella le convendría a él. Él aceptó por cortesía. No habría sabido cómo expresar su desacuerdo. Ella le anunció su llegada y le pidió que la recogiera en el aeropuerto. Iba a traer un acuerdo prenupcial que había preparado su abogado. Una limusina les llevaría al Ayuntamiento. Un capellán de la Marina oficiaría la ceremonia.

En cuanto ella colgó, el tío puso una conferencia a Kyoto. En media hora había resuelto el asunto; le había dejado una nota al jefe de su departamento, había hecho las maletas, había reservado los billetes. Cerró su piso y pasó la noche en mi habitación de la residencia. Así que en el momento en que Caroline aterrizaba en la sección de vuelos nacionales, el tío entraba en la terminal internacional y salía disparado hacia el mostrador de Aerolíneas Japonesas.

Ahora les pido que consideren brevemente mis propios problemas con Treckie en Seattle.

Cuando un hombre serio conoce a una mujer atractiva se pregunta: ¿qué podríamos montar con carácter permanente?

Cualquiera diría que ese hombre merece una elevada puntuación ética por hacerse esa pregunta. En el noventa y nueve por ciento de los casos, con ella empieza uno a hacerse daño.

Algunas veces me he planteado el caso de Treckie en términos subatómicos: La partícula A lleva la carga que la partícula B necesita específicamente. Auténtica afinidad. Eso, además, elimina el peligro contractual. Aunque el matrimonio empieza con un contrato, debe dirigirse hacia una esfera más elevada. De todos modos, hasta el día de hoy no he perdido la convicción de que Treckie y yo teníamos partículas afines, idealmente adecuadas para toda una vida de intimidad.

Esa Treckie, una joven redonda, es tan receptiva, tan agradable. Su pelo negro, rizado, le rodea casi siempre la cabeza, pero algunas veces le cae hacia un lado. Yo estaba especialmente prendado de su figura, corta y firme. Puedo admirar a las chicas de piernas largas, pero en realidad, no son el tipo que prefiero. La palabra *petite*<sup>28</sup> en la moda, refiriéndose sólo a la estatura, resulta inadecuada, puesto que no dice si la figura es plana o llena. Treckie tiene exactamente el pecho —el mejor de los mejores— que yo prefiero. Desde el principio, respondí sobre todo a las protuberancias de su figura por lo que me parecía su relación con las fuerzas físicas... y por físicas quiero decir planetarias o, en un sentido más amplio, gravitacionales, fuerza por fuerza. Sintiéndome flaco y hecho de cualquier manera, respondo a las fuerzas compactas. Treckie es una mujer pequeña, en realidad, diminuta y yo admiro la condensación combinada con la madurez femenina. Esa chiquilla sensual, con su cara pequeña y sus sonrisas en miniatura junto a su pecho bien desarrollado y su figura plena, me entusiasmó. Era como una pálida niña aborígen. Puede que tenga una obsesión por las mujeres niñas —al igual que Edgar Allan Poe y la chica subnormal con la que se casó—. Con permiso de su madre, la señora Clemm, que le entregó a esa joven de ocho años de edad mental. En mi caso, no tuve esa suerte. Treckie es una chica inteligente con una licenciatura en biología. Cuando la conocí, trabajaba en el hospital de la Administración de Veteranos<sup>29</sup> y vivía en nuestro vecindario.

La mujer de Poe parecía ser verdaderamente simple, mientras que Treckie era inteligente —o era muy inteligente o aplicaba reglas muy inteligentes, esas reglas distintas basadas en las presunciones, para mí extrañas, de una nueva generación de jóvenes mujeres. Seré más específico. La primera vez que dos amantes se desnudan es un acontecimiento muy especial. El *prise de possession*. En esto aún tengo una significativa opinión residual sobre lo que es un hombre y lo que es una mujer. Pues bien, Treckie no me decepcionó —le pareciese yo lo que le pareciese: flaco,

huesudo, el chino de pelo largo fotografiado por un turista autorizado a recorrer el interior del país. Ella era todo lo que yo esperaba, sólo que sus piernas estaban desfiguradas por moretones. Tenía las pantorrillas negras y azules. No, círculos azules y verdes como los de las plumas de un pavo real —eso es más exacto. Yo no podía hacer la pregunta natural: «¡Dios mío!, ¿cómo te hiciste eso? ¿Quién te hizo eso?» Dadas las circunstancias, no podía exclamar: «¿Quién fue?» Aún hoy en día existen ciertas normas de conducta entre etcéteras que consienten<sup>30</sup>. Cuando vio que la miraba fijamente, encogió sus hombros desnudos, echó la cabeza hacia un lado y sacó su labio inferior suavemente hacia mí. Había en el gesto un desafío, un: «¿Qué vas a hacer al respecto?» Parecía sentirse orgullosa de esas lesiones. Bueno, no eran realmente graves, no pasaban de mordiscos amorosos, sólo que eran mordiscos de otro hombre. Y, ¿quién podía ser tan bruto con una mujer tan pequeña —¿un celador de la telefónica o algún otro tipo de duro? ¿Algún entusiasta o extático que había trepado por Treckie con las botas puestas? Pues bien, ella parecía preguntar cómo iba yo a proceder. ¿Mantendría la boca cerrada? ¿Consentiría callando en su «manera de hacer las cosas»? Si la trataba con delicadeza, puede que no le gustase. En esas circunstancias, sólo pude hacer lo que sabía y no sé cuán satisfactorio resultó. Hay mujeres a las que les gusta dejarle a uno en duda.

La última vez que estuve en París, le hablé de esto a mi padre y se interesó mucho, contento de que le consultase como experto. Apoyándose en toda una vida de experiencia y paternalmente solícito, abordó el asunto en detalle. ¿Qué tenemos aquí, mujeres adultas en el gremio de los niños? Comprendió de inmediato. Las chicas de ese tipo, criaturas pequeñas, sentían un gusto especial en demostrar que eran mujeres sexualmente completas. Podían hacerse obedecer por matones y gigantes. Sin miedo a ningún hombre, tan ardientes y capaces como cualquier sueco o africano de dos metros. Papá las llamaba «diminutas dominadoras». «A ver quién manda aquí.» Me preguntó si había sido brusco con ella. Y él mismo dio la respuesta inmediatamente.

—No eres de ese tipo... Y hay gente que sólo disfruta el sexo cuando le deja señales. Una vez conocí a una persona bajita de una pequeña ciudad de Ohio, una mujercita curiosa. Uno de sus amigos le había puesto un ojo morado. Me lo contó con un orgullo especial. ¡Qué miniatura tan dulce que era! Pues bien, entró a tomar café con ese ojo morado en una parada de camioneros y, si lo que me contó era cierto, los camioneros dejaron de comer para mirarla. Me contó que había entrado llevando un sencillo traje chaqueta de hilo color crudo y el pelo recogido estilo maestra. ¡Pero ese morado sensacional! Los tipos se morían de envidia y de admiración. ¡Calentó a todo un comedero de hombres fuertes! Bueno, Ken, ¿cómo interpretas eso? Una sesión de sexo se convierte en una proclamación. Otros hombres, por docenas, captan el mensaje y se ven afectados por su poder erótico... No conocemos a las mujeres, hijo. Ni siquiera tras toda una vida de observación,

prácticamente de investigación. En este campo del conocimiento, hasta la ciencia es ignorante.

Estaba haciendo conmigo el papel de sabio a la francesa. No le bastaba ser un excelente jodador; necesitaba elevarse al nivel teórico. Ese hegeliano —cómo le llamaría, ¿Espíritu Magistral?— que había ido desde las tropas de asalto napoleónicas a los regimientos de mujeres sensuales, era, sin embargo, verdaderamente instructivo en ese apartado. También he de decir que ha sido un buen padre, afectuoso. Ningún padre monógamo podía haber sido más atento. Quiero a mi padre. Estaba y no estaba allí —pensándolo bien, no era diferente de otros padres. No le dije que adoraba a Treckie; hubiese intentado quitármelo de la cabeza. Me habría llamado masoquista y me habría teorizado— desde *l'amour propre a l'amour passioru* *Amour* esto y *amour* aquello. Él estaba tan lejos de lo que yo entendía por amor, como yo lo estoy de la apicultura. Y la verdad es que soy un tío mucho más duro que mi padre y que apuesto mucho más alto. Emigré a los Estados Unidos porque es aquí donde está ahora la acción, la verdadera acción moderna. Él no podía enseñarme en su coto parisino lo que yo necesitaba comprender. Es cierto que en el campo del sexo me faltaba mucho para alcanzarle y que en ese apartado el tío no podía servirme de mucha ayuda en ninguna de las dos riberas del Atlántico. No fue lo que se dice ejemplar con Matilda Layamon ni con sus predecesoras.

Algún día Treckie estaría dispuesta a escucharme y entonces llegaría a conocer al verdadero Kenneth Trachtenberg.

Mientras tanto, yo no podía hacer otra cosa que aguantarme. Ella no tenía nada contra mí, yo le gustaba, tenía una hija mía. No aceptaba mi ofrecimiento de matrimonio y puede que eso fuera lo correcto puesto que no me entendía en absoluto. El amor mago, *el amor brujo*<sup>31</sup>, le llegaría con el tiempo, cuando viese claramente la estupidez y la vanidad de ser un «nuevo prototipo», así que me senté a esperar. Conservó su trabajo en el hospital de veteranos durante todo su embarazo. Al séptimo mes, me mudé a su casa. Se alegraba de que viviese allí, siempre y cuando se entendiera que iba a ser por un tiempo: no un marido, sino un huésped. La ponía de buen humor, y por estar de buen humor, me divertía con las anécdotas cotidianas de aquel hospital que ella consideraba una casa de locos. Los pobres excombatientes estaban casi todos chiflados e incapacitados. Gracias a abundantes subsidios, el hospital tenía unos jardines preciosos y su propio campo de golf. Los pacientes, atontados, podían ver desde sus ventanas a los médicos que corrían en sus carros de golf viviendo a lo grande de sus abultados salarios federales. Sobre un fondo de pesadilla de pobres monigotes, los doctores llevaban una vida de ensueño, en su mayor parte recreativa.

El nacimiento del bebé, una niña, puso un componente nervioso al buen humor de Treckie, pero se produjeron pocos cambios importantes. Siguió viviendo en el mismo apartamento, un antro de estudiante en un sótano inglés —es decir, las

ventanas a nivel de la calle tras una pantalla de arbustos de hoja perenne. Estaba equipado con una nevera, un horno microondas, una caja de inodoro sin la cubierta de porcelana para que uno pudiera meter la mano y tirar de la cadena. La cocina, de tren, no era más que un armario. Y sin embargo, recibía dividendos por correo; tenía acciones de AT & T y otras de ese tipo. También recibía estados de cuenta de Meryll Lynch. Con diplomacia y oblicuamente, a mi manera franco-maliciosa, me enteré de que tenía una madre rica con la que se llevaba mal y a la que no informó del nacimiento de Nancy. Las acciones y las cuentas de corretaje eran un regalo de su difunto abuelo. «Sólo lo suficiente para proporcionarme un apoyo.» Infantil, con una cara que parecía como si acabase de salirle la segunda dentición, era, sin embargo, dueña y única operaría de una prodigiosa máquina de voluntad. Para cenar, tenía que sentarse sobre listines telefónicos, pero traía historias truculentas del hospital. Un técnico del laboratorio de hematología trabajaba a altas horas de la madrugada y mientras sus cultivos servían o giraban, se quitó la ropa y se puso un par de patines. Los pasillos vacíos eran ideales para patinar. Otro trajo alfombras de su casa para limpiarlas al vapor. En nómina por ochenta mil dólares, el ginecólogo tenía por pacientes tres viejas WACS<sup>32</sup> enfermas, y unos cuantos excombatientes de la guerra de Corea se rellenaron de almohadas y entraron en la consulta gritando que estaban embarazados. Todo el mundo hacía bromas y travesuras excéntricas e imaginativas, como hace el resto del país: novedades, juegos, cosas raras.

—Y, ¿sabes lo que pasó anteayer?

Los empleados lo hacen en todas partes. La puerta del ascensor se abrió y estaba absolutamente a oscuras, así que Treckie buscó el interruptor. Los dos que estaban tirados en el suelo empezaron a maldecir. «Blanca de mierda, no toques esa luz.» Pero ella lo hizo y vio que en un rincón de la cabina se amontonaban varios viejos excombatientes aterrorizados.

—Y no pienses que esos dos no se quejaron al jefe.

—¿El iraní?

—Me echó un rapapolvo. «¿Por qué demonios los molestaste?» «¿Cómo quieres que te proteja si vas haciendo esas cosas por ahí?»

—¿Tanto poder tienen?

—No seas tonto, Kenneth. Todo eso es servicio civil con un sindicato muy fuerte. Una burocracia gigantesca.

—También es un bazar —dije.

Treckie dijo:

—La premisa es que al más alto nivel de la estructura de poder, en Washington<sup>33</sup>, la gente comete asesinatos impunemente, se hace regalos del gobierno por valor de cientos de millones, así que, ¿por qué no podemos hacer tonterías nosotros, divertimos mientras trabajamos?

Adultos en guardería. Treckie decía muchas cosas agudas. Tenía el instinto de

un campeón y superaba a todo el mundo. Podía ganar la carrera sin tener que romper la cinta en la meta porque era lo bastante diminuta como para pasar por debajo. Pero no estaba dispuesta al matrimonio, todavía no. Aunque recibió bien a la niña. Como las chicas adolescentes que tienen un promedio de hijos ilegítimos del noventa por ciento en esta ciudad, ella no veía la necesidad de procurarse una licencia matrimonial.

Cuando contaba sus historias del hospital, Treckie reía a carcajadas con toda la fuerza de su pequeño cuerpo hinchando la garganta y sacando toda la plenitud de sus pechos, actuando conmigo de un modo francamente sexual aun cuando estaba sentada sobre los listines. No me negaba mucho, daba hasta aquí y no más allá. «No estoy dispuesta a un compromiso total», decía. Y pidió el traslado a Seattle.

Le advertí que se mudaba al territorio elegido por los neonazis para establecer su república separada, exclusivamente de blancos. Todo lo que comentó arreglándose los rizos con sus dedos provocadores fue:

—Ésa es la clase de información que siempre parece tener.

—Sólo estoy diciendo...

—Lo entiendo. Estás diciendo que nuestra hija es medio judía. Bueno, siempre serás bien recibido en Seattle por Nancy. La niña necesita un padre y tú lo haces muy bien. Estando tan unido a tu tío Benn, no nos echarás tanto de menos.

—Sí que os echaré de menos.

—Tú eres una persona muy autosuficiente, con un plan de vida propio.

En eso daba en el clavo. Especialmente en estos tiempos, uno no tiene razón de existir a menos que crea que puede hacer de su vida un punto decisivo. Un punto decisivo para todo el mundo —para la humanidad. Eso requiere un cierto descaro. Unos le llaman ambición, otros frescura. Si lo explicase en una reunión del sindicato a los empleados de la Administración de Veteranos, votarían para que me pusieran una camisa de fuerza. Pero si uno cree que las fuerzas históricas están enviando a todo el mundo derecho al infierno, puede ir resignado con la procesión o resistirse, no por orgullo o por otros motivos personales, sino por amor y admiración a las potencias y capacidades humanas a las que, sin exageración, se pueden aplicar las palabras «milagro» y «sublimidad». Inconscientemente, mis intereses se habían desarrollado en líneas que, con la madurez, revelaron un diseño cuyos elementos pueden enumerarse como sigue: a) lo que son los americanos; b) lo que son los rusos; c) lo que son los judíos, puesto que soy uno de ellos; d) lo que significa decir que uno es —¡o no es!— un Ciudadano de la Eternidad. Mencionar al azar el número de esos Ciudadanos revelará lo que significa la palabra «Eternidad»: Moisés, Aquiles, Ulises, los Profetas, Sócrates, el Edgar del *Rey Lear*, Próspero, Pascal, Mozart, Pushkin, William Blake. En éstos pensamos y, si es posible, por sus almas nos configuramos. Con ese objetivo estudié ruso en Francia, emigré a los Estados Unidos y establecí una relación con mi tío Benn. Si Benn aún no era un Ciudadano; si la Eternidad aún no estaba dispuesta a darle una segunda nacionalidad, sí estaba

más cerca de ella de lo que yo había podido llegar. En cuanto a papá, a pesar de su maravilloso talento sexual, no estaba realmente en la carrera. Lo que tenía era una bendición especial. En esta era de deseo, disfrutaba de la gratificación erótico que todos —pero que todos— buscan. Eso era envidiable, era alentador; todo el mundo —casi— le quería por eso. Puede que me hubiese hecho feliz heredar de él esa felicidad. Pero no la heredé. Así que tuve que hacer mi propio camino que había de llevarme mucho más allá de mi padre. La premisa de su erotismo era la mortalidad. El abrazo del sexo tenía sabor a muerte. Él, por Eternidad, traducía Muerte. Repetidamente interrogué a mi alma que siempre respondía: «Tu padre no es eso que buscas, y si te parecieses exactamente a él, no llegarías más lejos de lo que él mismo ha llegado.»

A esas alturas, para dar cuenta exacta de su estado, mi padre estaba resbalando. Hace un par de meses me dijo que después de estar con una señora danesa en el Meurice, descubrió tras el volante de su coche, que no podía reconocer los alrededores. La plaza de la Concordia era muy hermosa, era una maravilla, pero no sabía cómo salir de allí ni por qué tenía que girar a la derecha o a la izquierda. Estaba perdido en el mismo centro de París y no tenía idea de dónde estaba su casa.

—Mientras estuve con esa chica adorable, sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero en cuanto la dejé, perdí el sentido de todo. Tampoco podía regresar al Meurice. Había olvidado también el nombre de la chica y el número de la habitación.

—Debes haberte asustado. Pobre papá.

—Estoy seguro de que me puse muy pálido. Pero al anochecer, recordé dónde vivía. No tuve miedo. Sólo pensé que ya era hora de cambiar mis hábitos. Pero París es noble y vale la pena contemplarla aun con una parte de la conciencia perdida.

Para mí, aquello fue una primicia. Mi padre no me había hablado nunca antes de las tardes que pasaba con las señoras. Ahora quería notificarme que su decadencia había comenzado. También es significativo que, cambiando el tema, me preguntase por su nieta.

A menudo tengo a la niña en mi pensamiento. Es una Trachtenberg dolicocefala con la cara estrecha y la apariencia de Niño Jesús de su papá. Tengo algunas ideas sobre su futuro, pero aún no ha cumplido los tres años y es demasiado pronto para profetizar.

Con esta aclaración, están más completos los motivos de mi viaje a Seattle. Fui para saber si Treckie me había echado de menos. Tal vez mis posibilidades habían mejorado con la separación. No, no habían mejorado. Otra vez tenía moretones en las pantorrillas y eso era difícil de soportar. Se sentó con suficiencia estirando sus hermosas piernas para que pudiese ver por mí mismo —yo, el hombre que la amaba— lo que alguien había estado haciendo con ella. Quería asegurarse de que no me perdiera esos iridiscentes círculos de pavo real. Se me cayó el alma a los pies. Para



ocultarlo, puse una apariencia de compostura que tenía su origen en mi padre. Posiblemente la apariencia que él tenía mientras estuvo en la plaza de la Concordia. Tal vez ella se dijo a sí misma que hacía aquello por mi propio bien —la verdad es un tónico maravilloso. No estaba dispuesta a aceptarme. Aún no conseguía captar todo su interés. Yo no la había tratado mal y no estaba dispuesto a hacerlo. Simplemente, no hay suficientes sádicos de primera para ir por ahí. Tal vez intentaba respetarme, admirarme, y, sencillamente, no lo conseguía. Aparentemente, yo había hecho una secreta solicitud de respeto basada en mi tácita ambición de hacer una vida que fuese un punto decisivo. Creo que esto le repelía. Puedo entender por qué. Y ella me respondía tácitamente dedicándose a trifulcas sexuales con hombres abusivos— de perspectivas más simples. Celadores de la telefónica, tal vez madereros. Yo tenía una fantasía hasta del alpinista que había escalado el Ecliptic Circle Electronic Tower en mi ciudad, un intrépido temerario que llevaba succionadores o adhesivos plásticos en las manos y en los pies. En la cima del rascacielos le estaban esperando los policías y los equipos de televisión. Puede que ella hubiese preferido a un hombre como ése. Yo era un hombre abrumado por fantasías sexuales y metas vitales —como mi punto decisivo— demasiado difíciles de interpretar. A ella, ¿qué habrían de importarle —o por qué— las imaginaciones, las imágenes sexuales de su riqueza femenina que yo tenía en la cabeza; las trompas de Falopio como las serpientes gemelas de un caduceo o como los atriles ornados que salen de los trombones y de las trompetas en las bandas que tocan marchando? Me temo que esas preocupaciones identifican al individuo auténticamente moderno. (¿Puede decirse de alguien algo peor?) Y mientras más candoroso sea ese individuo, más pervertidas serán las mujeres que le atraigan. Persigue a chicas lascivas que podrían tener el remedio para su ingenuidad intrincadamente decorativa. Supongo que ella sabía que mientras más difícil se me hiciese, más la desearía. Y para ella, como para papá, puede que yo sólo fuese un fantasma sexual.

Al hablar de Treckie con mi padre, en París, en el viejo piso de la Rué Bonaparte, dije:

—Se supone que una mujer ha de querer tener un hijo del hombre que ama. Así que, puesto que ha tenido el hijo, supongo que de algún modo, en alguna parte, ella me quiere.

—¿Cómo te permites esas ideas?

—Estoy dispuesto a apostar, hasta a jurar que aún pueden encontrarse mujeres que alberguen esas emociones.

Papá me respondió con impaciencia:

—Entonces vete a buscar una. —Y me cogió por sorpresa. Su estancia en la Marina como oficial gracias a su carrera universitaria (teniente j.g.)<sup>34</sup>, le había convertido en un caballero, pero entonces se expresó como un soldado raso<sup>35</sup>—. Como te dije antes, tienes la cabeza en el culo, que decía Aristófanes.

Los dos nos reímos, pero por diferentes motivos. Éste no es el momento de explicar de qué me reía yo, pero puedo mencionarlo de pasada: Hace seis meses, comí en el club de profesores con el jefe de urología de la Universidad y él me preguntó si estaría dispuesto a participar en un estudio que estaba haciendo con la más reciente tecnología. En el grupo de control necesitaba a un hombre de mi edad y quería saber si podía servirle de voluntario, así que lo hice. Entonces tuve la experiencia, en su laboratorio, de verme sentado en un aparato endoscópico — resonancia electromagnética o alguna cosa de ésas. Dentro de mí se infló un globo con agua, giraron hacia mí un aparato de televisión y allí pude ver mi propia próstata, mis propias vesículas seminales, mi propia vejiga cuyo fluido parecía un tanquecillo con la superficie quieta. La próstata entró en pantalla como la mitad superior de un huevo. Todo eso estaba en tonos grisáceos y blancuzcos. Se puede hacer una expedición al desierto de Kalahari o al Valle de los Muertos, pero ningún viajero podrá contemplar jamás el panorama de su propio interior.

Así que cuando mi padre dijo que yo tenía la cabeza en el culo, ésa fue la visión que me hizo reír. ¿Qué vería uno allí? ¿Era así la apariencia de la Atlántida —ese panorama en calma, quieto (cortesía de la resonancia electromagnética)? A eso conducía la mágica tecnología. Presionando hasta la frontera de la literalidad, uno entraba en áreas visionarias de las que la ciencia no quería saber nada.

Me hubiera gustado hablar de eso con M. Yermelov. En los viejos tiempos, habría ido a la Rué du Dragón y habría llamado a su puerta, pero hacía una década que estaba muerto. Ese Yermelov fue el primero de mis maestros rusos. Un anciano exiliado —desde los años veinte— que conocía la tradición mística. Mi abuelo materno, Crader, la había tocado un poco —los Árboles de la Vida y del Conocimiento. Pero Yermelov estudiaba a Trismegisto, el Zohar, Eliphas Levi, Giordano Bruno, Paracelso. A lo largo del bulevar Saint-Germain había tiendas especializadas en ese tipo de literatura. Yermelov trató de instruirme un poco. Yo tenía voluntad y receptividad, pero era demasiado joven. De todos modos, el viejo parece haber dejado una huella imborrable en mi mente, puesto que aún recuerdo lo que decía. Me explicó que cada uno de nosotros tiene su ángel, un ser encargado de prepararnos para una evolución más alta del espíritu. Ahora estamos esencialmente solos, primero en el sentido de que la cosmovisión imperante nos impide reconocer a los ángeles y, segundo, por nuestra defectuosa aprehensión de la existencia de los demás y, consecuentemente, de nuestra propia existencia. En la soledad que esto nos impone, cada uno de nosotros se da cuenta de que tiene un pequeño glaciar en el pecho —como cuando Matthew Arnold escribió que tenía treinta años y que tres cuartas partes de su corazón estaban congeladas. Este glaciar debe descongelarse, y el calor necesario para conseguirlo debe, para empezar, desearse. El pensamiento empieza con el deseo y debe ser calentado y coloreado por el sentimiento. La tarea de los ángeles es instalar calor en nuestras almas. Bueno, la habitación de la Rué du Dragón estaba helada; el viejo llevaba capas de jerseys durante las lecciones y

también se envolvía en mantas. Podía comprenderse que el calor fuese para él un motivo de preocupación. Debemos asistir a los ángeles haciendo las preparaciones necesarias. Aquí, la dificultad estriba en que el despertar de la conciencia es, hoy en día, muy exiguo. El ruido del mundo es tan horrible que sólo podemos soportarlo cubriéndonos con el sueño. Cuando los ángeles tratan de instilar calor dentro de nosotros —el calor del amor—, podemos ayudarles muy poco desde dentro. Y, además, los ángeles son falibles. Una vez fueron humanos<sup>36</sup>, es por eso que están sujetos a la confusión. Y, decía Yermelov, la pifian. Nuestra conciencia, al despertar, estropea sus esfuerzos y, puesto que tienen órdenes de transmitir su impulso a toda costa, lo envían cuando estamos durmiendo. Lo que ocurre entonces es terrible —Yermelov, horrorizado, levanta hacia el techo sus manos enguantadas. Puesto que se les niega el acceso al alma, los ángeles trabajan directamente en el cuerpo que duerme. En el cuerpo físico, ese amor angélico se corrompe transformándose en carnalidad humana. Ésa es la fuente de toda la sexualidad perturbada de nuestra época. «¡Animalizados!», decía Yermelov. El *prise de courant* conducía directamente a la carne y a los intestinos, mientras que la corriente debía haber ido al alma sensible. En su lugar, los demonios planetarios de la electricidad nos penetran desde abajo saliendo del interior de la tierra. Llenan el fluido vertebral con sus corrientes de lujuria. Ése es el verdadero panorama de la sexualidad humana mientras el milenio llega a su fin. Eros mismo es asaltado por la electricidad y, al mismo tiempo, por la esclerosis. El amor puro es derrotado por la perversidad. Nos obsesionamos con los órganos sexuales. Los ángeles fracasan y los médicos toman su lugar, como predijo Platón en *El banquete*. El amor es remplazado por la Salud y la Salud se obtiene por medios anatómicos. Freud mismo escribe la receta, *penis tiormalis, dosim*. Entonces, a medida que la farmacología sigue a la medicina, nos llenamos de drogas, de hormonas, de narcóticos; nuestras almas se brutalizan; los seres humanos se vuelven impermeables a los impulsos más elevados. Las obsesiones eróticas, la concupiscencia, la impudicia —las furias sexuales— corren tras nosotros. También hay que compadecer a los ángeles. Al no poder penetrar nuestro húmedo sueño, también degeneran. M. Yermelov insistía en eso.

Y era así como recibía mis primeras lecciones de ruso. Había otros asuntos, además del sexo, por supuesto. El viejo Yermelov era tío abuelo de Ilya, mi amigo del *lycée*. A menudo visitaba la casa para practicar el ruso con su familia y con eso recibía lecciones extras.

Puede que parezca que todo esto versa sobre mí. En realidad, no. Es sobre mi tío Benn, sobre las circunstancias de su matrimonio con Matilda Layamon, sobre la lucha con Harold Vilitzer que resultó de ese matrimonio. Lo traigo a colación sólo en cuanto se relaciona con él. Pero, por supuesto, yo estaba afectado por esos pensamientos sobre el problema sexual y tomé parte en todo eso. Benn confiaba en mí y conocía mi modo de pensar.



El tío paró en Seattle a recogerme y salimos para Tokyo y Kyoto.

A pesar de que el tío era bastante cuidadoso con el dinero, me pagó el viaje. Desde que reconocí la paternidad, yo estaba sin blanca y, por supuesto, tenía que contar los centavos para mantener a mi hija. No podía darme el lujo de un viajecito como ése. El tío me llevó porque se lo estaba pasando especialmente mal. Se sentía humillado por haber escapado de Caroline de una forma indigna —un hombre tan distinguido y en ese momento de su vida. Sólo podía hablar conmigo. A mí me iba tan mal con Treckie que él no tenía por qué avergonzarse de hablar. Éramos un par de idiotas. Además, yo era un oyente más que dispuesto y un apasionado consejero. Creo que hubiese sido un buen sacerdote. Se podía acudir a mí con problemas. Muchos lo hacían. Muy pocas veces me negaba a escuchar y nunca rehusaba dar consejo. O es que era muy curioso, o estaba hecho para la cura de almas.

Había advertido al tío contra Caroline Bunge. ¿Quién no lo hubiese hecho? Era muy guapa, pero presagiaba problemas. Era una señora alta, elegante —al viejo estilo—, coqueta, rica, vistosa, de movimientos lentos, una personalidad de protagonista. De edad mediana, aún sobresalía como la diosa de una extravagancia de Zigfield<sup>37</sup>, del tipo de la Venus de Oro, una de esas figuras que salían del suelo del escenario mientras los músicos se retiraban con reverencias. Llevaría plumas de garceta, perlas en el cuello, diamantes en los pechos, e iría de pie en una venera. La nota del pasado, de los veinte y de los treinta, era una de las extrañas cosas agradables de Caroline. Hablaba por la nariz de un modo que había sido atractivo —al estilo de Jean Arthur. Pero yo disfrutaba con la compañía de Caroline, tengo que admitirlo. Cuando se la observaba bien, se llegaba a la conclusión de que ese aire de pertenecer al pasado se debía, sobre todo, a su distanciamiento del presente. Puede que aquello que la distanciaba fuese el litio. Mantenerse a base de píldoras para modificar el ánimo es algo ciento por ciento moderno. Si uno no está al día, no es completamente real. Pero los locos siempre son actuales, como corren siempre los andarríos en las playas por delante de la línea de espuma.

Entonces, ¿por qué Benn no se había dado cuenta de que la pobre señora estaba *détraquée*?

La había conocido en Puerto Rico, en un gran hotel con casino junto a la playa. Unos colegas de Río Piedras<sup>38</sup>, donde estaba de conferenciante invitado, le habían llevado a ver el panorama. Puesto que no estaba interesado en las mesas de dados o blackjack, le aparcaron en la piscina mientras iban a probar suerte en el casino.

El tío comentó que la piscina del hotel era un escenario de 007 para la intriga sexual y criminal... Caminó por ahí tratando de ponerse en un lugar sombreado desde donde pudiese respirar aire de mar. Una de sus más fuertes impresiones fue que el

olor a cloro de la piscina, combinado con el olor a humedad de los periódicos que se secaban en las sillas, soltaba el vapor que se huele cerca de una destilería. Un poco más allá del griterío demencial, de la música rock que martilleaba, de los niños que chillaban, de los aviones que pasaban arrastrando carteles de anuncios, de los tipos de altos vuelos y de los adoradores del sol, había un tranquilo palmar. La belleza del Caribe había retrocedido unos cuantos metros playa arriba.

Casualmente, Caroline Bunge estaba echada al sol cerca de la sombra que él había encontrado. ¿Fue el lugar fresco, el asiento disponible lo que determinó su elección? ¿No fue, más bien, la figura de Zigfield? Ella estaba forrada y el tío no era el tipo de hombre al que eso pasaría desapercibido. Entre los niños de la piscina, había varios de Caroline. Nunca fueron identificados. No se acercaron a su madre en ningún momento. Benn se sentó en una silla blanca con enrejado de plástico y empezó la conversación. Recordaba que el césped parecía de papel, casi artificial. Sacó una navaja y lo examinó. La textura era estriada, no manufacturada.

—Traen rollos de césped y los ponen como una moqueta. No me gusta esa inquietante sensación de incertidumbre en el límite entre la Naturaleza y la manufactura —me dijo. Comentó seguidamente lo pesado del maquillaje de Caroline. Para el colorete, la sombra y el carmín prefiero la palabra francesa *fard* con todas sus connotaciones —algo que embellece, pero que también carga.

Ella empezó la conversación preguntando al tío qué hacía en una playa tropical con ropa de ciudad nortea. Él le dijo que estaba de visita, en un viaje rápido. La botánica le interesaba —me dijo—, hasta tenía una cierta noción. Parecía distante, pero no era tonta.

Su manera de hablar era deliberada. Componía anticipadamente las oraciones. Se podía percibir la elaboración antes de pronunciar cada frase. Mientras ponía en orden sus pensamientos, los ojos se le movían hacia un lado y aquello tenía un cierto encanto. Dijo que el traje de lana del tío Benn «constituía una manifestación» en aquel clima. Alguien le había dicho que Beckmann, el pintor expresionista, iba a la playa con un atuendo formal. Puede que las personalidades poderosas se reafirmen de esa manera. Benn dijo, sencillamente, que no se le había ocurrido traer otra ropa. Ella tenía curiosidad por las motivaciones de las mentes avanzadas. Siempre se había sentido atraída por la filosofía, dijo, y asumía que, como profesor universitario, él debía sentir algún entusiasmo por la metafísica. Durante algún tiempo, ella le había dado vueltas a un importante comentario hecho por Buckminster Fuller. Estaba entre el público y lo había oído ella misma. Fuller había dicho: «Dios es un verbo.» Ella había tomado la frase como mantra para la meditación. La Palabra estaba con Dios. La Palabra era Dios. Fuller insistía en que el *Logos* no podía ser un sustantivo. Mencionó que en *Fausto* se decía: «En el principio estaba el Acto.»

El tío dijo:

—Muy bien, siempre que uno sepa lo que hace.

Probablemente, él le daba más sentido al contarlo del que habían tenido las palabras de Caroline. Esa conversación, tan estimulante en apariencia, debe haber sido, en realidad, embrutecedora. Otra vez su insólita habilidad para describirse a sí mismo probablemente enraizada en su veracidad habitual:

—Empecé a sentirme motivado sexualmente —dijo—, y al mismo tiempo, se apoderaba de mí una parálisis soporífera mientras ella hablaba. No era desagradable. Era como la droga griega *nepenthe*. Ella siguió hablando.

Por alguna razón, él siempre veía en la gente más de lo que los otros estaban dispuestos a ver. Yo mismo era uno de esos otros reticentes, así que me intrigaba esa habilidad especial.

Caroline le contó a Benn que llevaba varios años divorciada. Dijo que tenía un piso en Londres y también una casa en East Hampton. Habló de los niveles de la vida social de Long Island —los pintores que eran, también, multimillonarios: los multimillonarios que preferían vivir entre pintores. Los domingos, pintores y millonarios jugaban sóftbol<sup>39</sup> juntos. De Manhattan llegaban multitudes a ver jugar a esos famosos. Los visitantes de la ciudad comían un trozo de pizza o de quiche y volvían a casa. Cinco horas de carretera sólo para echar un vistazo. Siguió hablando de las intrigas entre los marchantes de arte, los críticos, los abogados especialistas en impuestos, describiendo el escándalo del patrimonio Rothko del que no estaba enterado el tío. Los marchantes siempre habían sido personajes turbios. Nadie sabía cuántas falsificaciones habían sido colocadas por los Duveens, los Brensons y otros estafadores. Habían engañado a los Mellons, los Morgans, los Altmans, los Fricks, los Gardners y a muchos más, así como también a los expertos de los museos. Yerkes, el magnate del tránsito, y Thompson, el restaurador de Chicago, habían comprado piezas falsas. Empezó entonces a hablar con cierto detalle de las fusiones hostiles de las empresas y del dinero que estaban haciendo sus amigos en acciones y arbitraje. Dio una lista de peces gordos de las Naciones Unidas, gurús, jesuitas, estrellas de cine y músicos de rock que acudían a los Hamptons; sus fiestas, sus drogas, sus prácticas sexuales, sus enfermedades —SIDA, herpes y lo demás. Algunos agentes de bolsa amigos suyos eran activistas que financiaban a los revolucionarios de Centroamérica. Estaban «en política», decía ella.

Caroline había sido íntima amiga de Libby Holman Reynold, la fallecida cantante *torch* a la que una vez habían absuelto del cargo de asesinar a su marido, heredero de la fortuna de los cigarrillos Camel. Aquella hermosa señora había sido una heroína de la época del jazz. Caroline había sido su confidente y también una buena amiga de Shanker, el marido. Él era célebre por sus tallas en madera de tamaño mural. Casi siempre se le veía con un cuchillo en la mano. Era, sin embargo, muy bondadoso y toleraba la debilidad de Libby por los jóvenes guapos. Los necesitaba para seguir siendo en su vejez la belleza dramática que había sido. Caroline admiraba a Libby, no como modelo a imitar, decía, sino por su valiente

actitud ante la vida y por la organización ducal que dirigía —grandes casas, Rolls-Royces, aviones alquilados, un cuerpo de sirvientes; una y otra vez (con señas de profunda emoción) se refería a sus extravagancias eróticas, a sus tragedias: la muerte de un hijo, el abandono por un amante al que de verdad quería.

Observé que Caroline había querido impresionar al tío y que al describir a Libby, se había retratado, en parte, a sí misma.

—Cantaba como una sirena y dio resultado, te encantó —dije. No dije lo extraña que habría resultado una sirena que tomase litio y Elavil.

El tío comentó que posiblemente ella había adoptado los gestos de Libby, los gestos de una estrella de cabaret, verosímil sospechosa de asesinato. Dramáticamente vindicada, pero marcada de por vida por el escándalo. Sólo que Caroline, tal como el tío la describía, ocupaba su butaca en la playa echada hacia atrás con una especie de laxitud, hablando de un modo confuso y, con frecuencia, de forma incomprensible. ¿Qué vio el tío en ella? Bueno, como dijo Joyce, no todos los asuntos humanos resisten ser escritos en blanco y negro, y ella le atrajo por su retadora lejanía.

El mismo tío volvía de lugares muy remotos —de sus elucubraciones botánicas. El sexo le hacía volver. Puesto que conmigo no podía hablar realmente de la ciencia, a menudo quería hablar de mujeres.

—Me dijo que comprase pantalones tropicales. Yo estaba sudando a chorros. Dijo que sería estupendo que pudiese bañarme en el mar. Podía alquilar un traje de baño al encargado. Y, ¿era necesario que volviese tan pronto al invierno?

En el vuelo a Japón tuve que dejar que el tío analizase lo que sentía por ella.

—¡Te estaba pescando! —dije—. ¡No perdía el tiempo!

—Eso no es exacto... ¿Qué hacía yo dando vueltas por los terrenos del hotel? Estaba buscando una Caroline como ésa, una mujer adecuada: guapa, sensible, madura.

—Explícame eso de madura.

—Tenía edad suficiente para valorar a un hombre como yo. Podría perdonar mis limitaciones y admitirme en conjunto.

—El amor es un tema más difícil que los líquenes. Pero, ¿qué tenía que ver la edad con eso?

—La infelicidad mete la sensatez a golpes y eso lleva tiempo y el tiempo desfigura. Ella había tenido piernas muy bonitas una vez. Caroline no es una jovencita. Cuando un hombre mira a una mujer, tiende a olvidarse de que tampoco es un chiquillo. Tengo la perspectiva de los dieciocho años o por ahí y no puedo evitarlo.

Tenía una debilidad especial por las mujeres bonitas y en Caroline encontró una que lo *había sido*. Pensó que podría conformarse con eso.

De todos modos, ella llevaba casi siempre la conversación y decía cosas muy curiosas. De vez en cuando, me decía el tío, su conversación era como la rápida



sucesión de las viñetas en esos libros que los chicos animaban con el pulgar para que las ilustraciones corrieran produciendo acciones cómicas. Sin embargo, Caroline le atraía, aunque no podía definir del todo esa atracción. Claro que pocas veces se puede. En este caso, puede que el tío calculara que una mujer que no sabía lo que hacía, tendría una actitud menos crítica hacia un hombre inseguro de sí mismo. Una mujer que estuviese siempre en babia<sup>40</sup> podía ser lo más adecuado. Pues bien, se rebajaba, se estafaba a sí mismo. Pero me corregí con otro pensamiento: algunos hombres se sienten apasionadamente atraídos por las mujeres idiotas. En la literatura rusa hay algunos ejemplos. El padre Sergio, aspirante a santo de Tolstoi que pudo resistir la seducción de una mujer de sociedad, sucumbió más tarde a una chica imbécil. El viejo Karamazov abusó de una idiota y la dejó embarazada. ¿Fue porque estaba borracho o porque la estúpida criatura tenía un poder peculiar para excitarle?

Como siempre, iba demasiado lejos en mis especulaciones. Caroline no era una imbécil. A menudo actuaba como si estuviese flipada. Me dijo que en los sesenta había consumido LSD. Puede que intentase experimentos desenfrenados —eso quería ella que uno creyese cuando hablaba del culto de Manson y de los suicidios y asesinatos de Jonestown. Pero, hasta cierto punto, su compañía era agradable. Iba muy arreglada a cualquier hora del día y tenía el olor y la apariencia de una colección de artículos de las tiendas más elegantes, de Bonwitt, Gucci, Tiffany —la gente sofisticada sabrá nombres más selectos y sonreirá ante mi ignorancia.

—Tío, ahora que ya has visto su casa de los Hamptons y sus cenas en los East Seventies, ¿verdaderamente quieres actuar en la escena de Caroline?

—Ella sólo quería enseñarme aquello de lo que necesitaba que yo la rescatase, lo poco que hay en una existencia así digno de tomarse en serio. Está harta. Piensa vender su propiedad de East Hampton y mudarse a un nuevo ambiente en la otra ribera del Sound; Mystic, tal vez Connecticut. Comprará dos Mercedes Benz.

—¿Uno para cada uno? Y, ¿qué hay de tu relación con la Universidad?

—Podría reducirla a la mitad de tiempo.

—¡No estarás dispuesto a retirarte de la botánica para vivir en Mystic o en Oíd Lyme!

—Sus abogados establecerían una pequeña fundación privada de investigación para que yo pudiese continuar mis estudios sobre los líquenes del Ártico<sup>41</sup>. Estoy en la pista de algunos detalles citológicos..., no voy a cansarte con eso. —No le gustaba ponerse técnico conmigo—. Y en el departamento ya no podrían quejarse porque paso tanto tiempo fuera. Ahorrarían dinero.

Por entonces, él y Caroline mantenían relaciones íntimas. Ella había ido al Hotel Westbury donde él se alojaba cuando iba de visita a Nueva York. Me contó que cuando se acercaba a la cama en la que estaba acostada, ella encendió la lámpara para poder mirarle y dijo: «Lo compro.» A él le hizo gracia. De hecho, se sentía infantilmente complacido y no podía ocultarlo. Después de conocer tanta variedad

de hombres, ella le consideraba aceptable.

—Así que no estoy tan mal.

—Eso te lo dijo la mujer bengalí —le dije.

—Rajashwari, sí. Pero las mujeres orientales no juzgan por patrones occidentales.

—¿Quién te ha dicho que tienes que ajustarte a patrones occidentales? Yo llegaría más pronto a un trato con la señora india que con Caroline.

—No. Para mí es importante el sentido del humor occidental.

—Tienes que pensar qué es lo que tomas por humor, si es Xanax, Elavil, litio con alcohol y, posiblemente, cocaína. Dosis suficientes para calmar el océano Indico.

Dejemos el sentido del humor. Cuando Caroline encendió la lámpara de la mesa de noche, puede que no haya visto un hombre en pelotas, sino tres, y que estuviese dispuesta a comprarlos a todos.

—Te preocupa que ella se interponga entre nosotros, que me entierre en Old Lyme y que no se me vuelva a ver. Pero eso nunca podría ocurrir, Kenneth.

—Suena como si estuvieses pensando en casarte. No te culpo. Y tampoco espero que te aguantes aquí por mí. Te falta algo fundamental. Lo comprendo. Hasta Adán, que tenía al mismo Dios con quien hablar, pidió una compañía humana. Yo me casaría con Treckie, si pudiese. Y a tu edad, te gustaría una vida doméstica. Hemos trillado muchas veces este terreno, con los pros y los contras, con Chejov diciendo: «Si tienes miedo a la soledad, no te cases»; y Akim Tamiroff respondiendo en *El gran MacGinty*: «Un hombre sin mujer es como una chaqueta sin pantalones, como el gato del dicho sin la liebre.» Entonces dices: «Me estoy volviendo demasiado autosuficiente. No necesito a nadie. Me hiela la sangre reconocer lo poco que me importaba este individuo o aquel otro.» Pero, ¿por qué ha de ser Caroline quien te importe? Si te casas con ella tendrás que ser el doble de autosuficiente. Pues bien, ¿qué prefieres? ¿Dos seres humanos unidos por el amor y la benevolencia o autosuficiencia doble con una chiflada por esposa?

Me escuchó, sí, y entendió bien lo que le decía. Sin embargo, permitió que Caroline continuase con sus planes. Ella le dio, a plazos, una completa descripción de la vida que llevarían juntos. Él tendría su propio laboratorio. Ella le acompañaría en sus expediciones —en mi irresponsabilidad pictórica, veía a Caroline viajando por vastos campos de nieve en una litera con cuatro portadores. Benn me dijo una vez que cuando había aterrizado en helicóptero sobre la ladera del Monte Erebo para recoger muestras, había sentido que estaba muy cerca del final de la tierra, del límite de los límites.

—Claro que no existe semejante cosa —dijo—, pero se siente.

Pues bien, Caroline producía la sensación de ese límite de límites.

Permítanme decirles que había mucho de piedad en aquello, desde el punto de vista de la piedad divina. Y, ¿por cuánto tiempo podemos nosotros, débiles y

mudables criaturas, sostener un punto de vista semejante? La fantasía ayuda, de hecho, nos prestamos a la fantasía porque hacia ella nos arrastra eso que llamamos el mundo vulgar del sentido común, mediante las absurdas mareas que han penetrado en él. Hoy en día se han vuelto corrientes los contactos sexuales libres, gratuitos y liberales, y por eso, al enamorarme de una chica como Treckie, me encuentro involucrado en la cuestión sadomasoquista. Comportamientos que una vez fueron desenfrenados, no son ahora más excepcionales que poner la mesa para la cena familiar. El tío me dijo, por ejemplo —y no se refería a menudo a sus contactos privados por autocensurarse al recordarme de niño— el tío me dijo que Caroline no utilizaba la píldora para evitar el embarazo. En vez de eso, se taponaba de manojos de papel —papel de tocador o trozos rotos de servilletas de papel. Empezaba hacia el final de la cena. Sentada en el extremo opuesto de la mesa, empezaba a desgarrar servilletas casi distraídamente.

Le había costado contarme aquello.

—¿Te sugiere de algún modo que está haciendo algo fuera de lo corriente?

—No —dijo Benn.

—¿No será lo que llaman los sexólogos un juego amoroso?

—Como si se hubiese estado lavando los dientes —dijo él.

Yo dije algo sobre un sentido del humor occidental. El tío se limitó a encogerse de hombros.

No pretendo decir que el tío fuese un inocente —ni siquiera lo intentaría. Estoy convencido, sin embargo, de que guardaba, como en un santuario interior, el sueño de una intimidad permanente. Esas esperanzas de amor y benevolencia. Sólo que las buscaba en los lugares más extraños. No era sólo que soñase con fulanas altas y guapas —en contraste con mi preferencia por lo breve y lo compacto—; a la belleza en sentido formal, debía añadirse alguna dificultad. Ésta es una de las cuestiones más enredadas que existen; desafía los esfuerzos más persistentes de los dedos más hábiles. Pues bien, Caroline, aunque parecía estar en otro planeta —*dans la lune*—, estaba cercando al hombre que había elegido. Se había comprado un equipo para casarse. Su «gente» había arreglado lo de la licencia matrimonial. Le preguntó al tío qué había hecho con la alianza de Lena. Estaba en la caja del banco junto a sus gemelos de oro, el guardapelo de su madre, la estilográfica de su padre.

—Pensándolo bien, será mejor una alianza nueva —dijo ella. Le dio su número de vuelo y la hora de su llegada. Le expuso el programa completo—, tenía la obsesión de programar. Se reservó una *suite* en el Hilton. No hubo ninguna expresión de amor, ni siquiera una palabra de ternura. En cuanto el tío colgó el teléfono, le pareció que transcurría una eternidad hasta que escuchó el tono de marcar y pudo obtener el código para hacer una llamada directa a Kyoto.

En el aeropuerto de Seattle me dijo:

—¿Crees que he actuado bien?

—No creo que tuvieses otra alternativa.

Me estudió. El ocho horizontal de sus órbitas me transmitió un pensamiento que creí poder interpretar: Ahora que había renunciado a Caroline Bunge, yo, Kenneth Trachtenberg, era su único recurso humano. Eso no era muy bueno y en seguida hice un movimiento para apoyarle.

—Puede que haya sido esa segunda persona que tienes dentro de ti —le dije—. La que decidió que tenías que hacerte botánico.

—Tal vez. No puedo estar seguro de que esa persona sea buena. Pude haberle dicho por teléfono que no viniese.

—Huida ridícula de una mujer que lo está persiguiendo a uno. Después de todo, no es tan insólito.

—Esa segunda persona que a veces actúa como un demonio.

—Hay una obrera de Gogol, *La bada*, en la que el novio salta por la ventana en cuanto decide casarse. Se lo piensa racionalmente y luego huye. Está bien, ¿y qué si hubiese un demonio dentro de ti? ¿Preferirías tener una niñera? No merecerías más rango que el de niñera si fueses el inocente botánico por el que esas señoras te toman. Ellas acuden al profesor Clorofila. Es inofensivo. Podría confiársele un bebé. No es como los hombres malos que las han hecho sufrir tanto.

—Sí que soy como ellos. ¿Qué me dices del caso de Della Bedell?

—¡No salgas con eso, tío! Fue una desgracia, pero no culpa tuya. Ella también tomó la iniciativa.

—Pero yo acepté. Eso, para mí, no es excusa.

La señora Bedell, vecina del piso que estaba justo encima del de Ben, bajó y llamó a su cocina. No utilizó la puerta principal; no quería que la vieses los vecinos de la planta. Bajó por las escaleras de atrás. Della Bedell era digna de compasión. Esposa divorciada de un alcohólico, bebía también un poco. Decente y desgraciada, era, sin embargo, competente y tenía un cargo de importancia en la ciudad —jefe de personal de una gran empresa. Estrictamente reprimida en el trabajo, se permitía desmelenarse los fines de semana y algunas noches. Una mujer atractiva en algunos aspectos; se había dejado engordar más de lo que le convenía y llevaba el pelo al rape —a la moda, pero no le sentaba bien, *punk* modificado.

Llamó al timbre sacando al tío de su butaca. Eran las diez de la noche. Debía haber estado luchando durante algún tiempo consigo misma. Pero, según decían en la tele y en las revistas de mujeres, ya no era una indecencia tomar la iniciativa.

Y, ¿cuál es el pretexto de la señora Bedell? Se le ha ido la luz en la cocina y no puede sacar la pantalla del techo. Necesita la ayuda de un hombre para cambiar la bombilla. El tío le pregunta si no puede llamar al portero. Tiene la camisa por fuera de los pantalones. Ha estado poniendo al día su material de investigación. A ella no le gusta molestar al portero a esas horas de la noche. De todos modos, le diría que esperase al día siguiente. Y hay en el piso de abajo un hombre soltero, como ella, no un círculo familiar que pueda perturbarse. El tío no sugiere que lleve una lámpara de

la habitación de al lado si quiere hervir agua para su té. No es té lo que ella ha estado bebiendo. Así que, en su simplicidad —tal vez—, se pone los zapatos y la sigue hasta su piso. Ella no tiene escalerilla, así que él tiene que subirse a una silla tapizada del comedor. Ella le sugiere que se quite los zapatos. Al final, se lo quitan todo.

Ella resulta ser una personita gorda. Físicamente inadecuada para semejantes deseos. A él le da vergüenza hacerle el amor y, hablando de libertad y esclavitud, ¡tiene que hacerlo! No tiene preparada una postura que le permita retroceder cortésmente por la fuerza de sus principios. Puede muy bien ser un Ciudadano de la Eternidad. Y tengo el presentimiento de que lo será. Tiene poderes imaginativos que le permiten ver lo que otros no ven, y el calibre de un hombre es la *calidad* de lo que puede ver. Si puede hacer acopio de sus fuerzas, la tierra se convierte entonces en su paraíso. Pero ni eso evita que sea un tonto. La firme superficie que Benn presenta al mundo está minada en todas partes por deseos, anhelos, necesidades atroces, hambres. En este aspecto no difiere mucho de Della Bedell. Ella también ha sido minada interiormente a un grado peligroso. Sea como fuere, él es incapaz de decirle: «Usted es una mujer muy atractiva, pero no me siento a gusto en la cama con una extraña»; o «sólo porque yo soy un hombre moderno y usted es una mujer moderna...»; «el accidente de que seamos vecinos no es razón suficiente para esto. A menos que tengamos algo más en común que este momento carnal, éste será otro callejón sin salida». Pero él es como uno de esos bancos de la antigua Kansas que cualquier ladronzuelo podía asaltar. Las mujeres necesitadas le atracan. Ella lo abraza como una chica de dieciséis años, fingiéndose más borracha de lo que está y exigiendo sus derechos biológicos. Surgen dificultades técnicas. Encontrar el lugar adecuado es un problema. Al final, el acto se consuma. El tío consigue marcharse, volver a su propia cama y olvidar el asunto, si es que puede. Pero, por supuesto, no puede. Esa noche, dormir es imposible.

Ella espera que ahora sea él quien llame a su puerta. Él no lo hace. No envía una nota cortés, algo torpe por su parte, y también insultante. Unas cuantas noches después, ella baja y llama otra vez al timbre de su cocina, furiosa y exigente. Le pone mensajes en el buzón: «Finges no estar en casa. ¿Cuándo llegará mi oportunidad de vivir?» Y: «¿Qué tengo que hacer con mi sexualidad?»

Por entonces, Benn está profundamente deprimido.

—¡Por qué lo hice! —exclama.

Della Bedell tenía la excusa de la borrachera y de la desesperación. Él no tenía excusa alguna. Una y otra vez repite:

—Fue inconveniente para ambas partes.

Trato de explicarle las actividades más recientes, de consolarle con ideas más accesibles a los miembros de mi generación. Digo:

—La gente busca un remedio sexual para cualquiera de los problemas que se

encuentra por el camino. Ya se trate de negocios, de la carrera, de dificultades de carácter, de dudas sobre su cuerpo, hasta de metafísica, recurre al sexo como analgésico.

—No, no, Kenneth, una aspirina no. Eso lo trivializa demasiado.

—Está bien, entonces digamos que hace el acto por el cual se transmitiría el amor *si lo hubiese*.

—Eso está mejor.

—Además, ahora se permite a las mujeres que sean más agresivas. Pero cuando se las rechaza, es terrible para ellas. Ocurría a la inversa, eran las mujeres las que decían a los hombres que no. Los hombres se acostumbraban a eso.

—Debí haberla rechazado de inmediato sin probar. Lo que le dolió fue que probase.

—Ella se arregla como para que le tomen el pelo; la manera de vestirse, su peinado, el modo de hablar. No daba la impresión de ser una mujer que se toma en serio a sí misma. ¿Cómo podías tú tomarla en serio?

En este caso, las consideraciones teóricas no llegan lejos con el tío. Le digo:

—Si damos importancia a absurdas pequeñeces, acabamos teniendo un problema serio.

—El absurdo fui yo —dice el tío.

Le da la murria, se culpa, compadece a Della Bedell. Ella va entonces a la puerta principal y golpea la aldaba. El edificio del tío es un lugar decoroso, no uno de esos edificios alegres donde las mujeres viven con dos maridos y los inquilinos trafican con drogas y se disparan los unos a los otros con armas de fuego —la típica escena de los barrios del centro. Así que el tío hace como de costumbre. Escapa a Brasil donde da unas conferencias de morfología.

Entonces ocurre lo peor. Mientras está de viaje, la señora Bedell muere de una crisis cardíaca. Él no logra sobreponerse.

—Cuando abrí la puerta y la vi con una bombilla en la mano —dice—, su vida ya estaba vacilando. Claro que después de aquello, resultó ridículo que dijese: «¿Qué tengo que hacer con mi sexualidad?»

—Cuidado, tío, no exageres.

—Fui yo quien tuvo relaciones sexuales con ella. Yo sé lo que me sé.

—Más que hacer el amor, fue histeria. Y la primera vez que me lo contaste fuiste tú quien hizo que pareciese ridículo.

—Bueno, sí. Tal vez lo hice. Si no me lo hubiese tomado como un chiste sería demasiado horrible para enfrentarme a ello... pero ahora está muerta. Eso me afecta, Kenneth. La veo ahogada por anhelos inflamados. Pobre mujer, su corazón se rindió.

—Tú no fuiste la causa.

—Pude haberlo prevenido, pero probablemente tampoco sirve de nada darle vueltas. Un periodista me pescó por teléfono hace unos días. Vullian, el director del departamento, se libró de él pasándomelo a mi. Quería una declaración sobre la vida

de las plantas y el aumento del nivel de radiación. También sobre el aumento de dioxina y de otros residuos perjudiciales. Tenía un tono desafiante. Bien, estuve de acuerdo en que eso era malo. Pero, al final, le dije: «Por supuesto que es un asunto muy serio, pero creo que son más los que mueren de desamor que los que mueren de radiaciones.»

—Debe haber pensado que eras un gili. Supongo que tenías en mente a Della Bedell.

—Precisamente, no... no, no.

Seguí ayudándole. Es horrible cómo nos fastidiamos los unos a los otros diciendo todas las cosas adecuadas al caso.

Le dije:

—Tienes que establecer un principio de proporción. No puedes sufrir rabiosamente por todo el mundo que se cruza en tu camino. Ella era una gordita que le daba a la botella. ¿Por qué no verlo de esa manera? ¿Por qué convertirlo en un acto de las tinieblas? ¿Por qué no considerarlo un número de vodevil? Tú fuiste el manitas que cambió la bombilla. En la habitación, ella apagó la luz. No quería que la vieses.

De todos modos, él siguió sufriendo por ella.

Después de que el avión despegase, no hablamos de Della Bedell. Nos elevamos sobre la vasta nube de lluvia de Seattle y entramos en la pura luz del sol. Mientras subíamos, el sol me daba justo en la cara, lo que me hizo imaginar al Kenneth que el tío tal vez veía con sus ojos de un azul oscuro. Por su longitud, mi pelo tiende a caer hacia delante en dos curvas sobre las sienes. Mis ojos están muy altos en mi cara.

—Me pregunto qué es lo que causa estos problemas —dije—. Tal vez un orden de otros tiempos, presunciones de una época diferente. Como si uno aún estuviese cultivando la tierra con un buey. Figúrate en un Estado como Nebraska, tú arando con tu buey mientras tus vecinos, sentados en sus máquinas de cien discos, se mueren de risa al ver tu anticuado esfuerzo.

Para lo que yo lo necesito, su avanzada tecnología no me sirve de más ayuda que el buey.

Si el tío hubiese sido insignificante, no hubiese tenido semejantes problemas. Si Della Bedell hubiese sido una belleza, si Caroline Bunge hubiese jugado con todas las cartas, el tío no se hubiese fugado por la ventana como el Podkolyossin de Gogol. Hay mujeres que se ven forzadas a la invención temeraria y salen con sorprendentes iniciativas. Otras, con miedo a que las dejen atrás para que se hundan o se ahoguen, hacen movimientos desesperados, pero sin sentido. Algunas veces, aquellos que no pueden arreglárselas miran a la naturaleza a través de sus ventanas. Allí ven crecimiento, equilibrio, belleza, todos los resultados de billones de años de desarrollo gradual y eso los avergüenza, les hace verse miserables. Se quedan quietos mirando como monigotes torpes y vacíos. Pero entonces se les ocurre

pensar: «Es mi mente la que percibe este orden, esta belleza, etc.» Puede que hasta sea mi mente la que lo creó. Es posible que la naturaleza ni siquiera exista. Pues bien, si estoy dotado de una mente así, ¿por qué estoy tirado con el corazón estremecido como una cría de puerco espín acosada por los perros?

El piloto anunció que habíamos alcanzado la velocidad de crucero. Creo que dijo que estábamos a once mil metros. Podríamos imaginar que habíamos dejado la tierra atrás. Aún estábamos, sin embargo, dentro del huevo del mundo donde todas las criaturas, todos los seres, viven de la muerte, infectados por la muerte en su mismo deseo de amor, la única fuerza que da una esperanza de no ser completamente devorados. Como escribió Swedenborg, la Naturaleza por sí sola es el infierno —les pido que recuerden que la tía Lena me había dejado su colección de libros de Swedenborg. Puesto que el sexo se identifica con la Naturaleza, la lógica euclidiana es sencilla. En el placer sexual —o en aquello con lo que la gente está dispuesta a conformarse en este aspecto— hay mucho dolor incorporado. Y mientras más grande sea el bloque de acciones asignadas a la «pura Naturaleza», más infierno hay en él. Resumiendo, como pueden deducir de estas reflexiones, me daba una gran lástima mi tío, y, puesto que le había tomado por mi precursor, mi *avant garde* personal, sentía un cierto pesar por mí mismo. Ya sé que el interés por uno mismo está en el centro de la ética capitalista, pero la más simple experiencia demuestra que las personas son, a menudo, más duras consigo mismas que con cualquier otro.

Tratando de aliviar al tío de la humillación de huir a Oriente, le hablé de Treckie y utilizando escuálidos gestos gálicos para ampliar el horizonte —al estilo de mi padre—, señalé cuán problemático resultaba ese asunto y pregunté si Eros podía con los poderes de las tinieblas, sosteniendo que la gente equilibrada y práctica había dejado todo eso largo tiempo atrás.

No sirve de nada compadecerse uno mismo por imposibles a escala mundial. ¿Por qué dijo Swedenborg que la Naturaleza por sí sola era el infierno? Quería decir la Naturaleza desde un punto de vista literal, desde una interpretación mecanicista. No quería inmiscuirme en sus impresionables sentimientos, pero cuando Della apagó la luz fue porque temía ser vista con un ojo literal. Ser visto literalmente le despoja a uno de su Humanidad. Aun así, cuando una mujer apaga la luz, ¿debe imponerse uno la tarea de interpretar el mundo en su totalidad? Eso implica que se es un microcosmos para siempre responsable ante un macrocosmos. Entonces, uno se la está buscando de verdad. El macrocosmos lo dejará hecho un cisco. Es mucho más razonable ponerse a pensar en qué fondo de inversiones va uno a poner sus ahorros. No se debe tratar de vencer al mercado en solitario. Los grandes inversores tienen montones de computadoras. Esas sibilas electrónicas son infalibles. Allí, a escala inferior, aún hay otro macrocosmos —la Bolsa de Nueva York. Hay que mantenerse alejado de todo eso... Yo mismo me sentía ligeramente confuso. Lo que quería decir literalmente era que la literalidad agota pronto el interés de los seres humanos. Lo horrible de la observación que el almirante Byrd practicó sobre sus compañeros en la



Antártida, era su literalidad. Esa literalidad, desde un punto de vista sexual, es mortífera. Cuando se convierte en asunto de extremidades, miembros y órganos, Eros se enfrenta a la aniquilación.

—Oye, Kenneth, una moratoria para la pesadez. Vamos a Kyoto de vacaciones.

—Lo siento. Volvamos a Treckie.

—Le gustabas lo suficiente como para tener un hijo tuyo.

—Eso no demuestra nada. Ella quería tener un hijo. Y una mujer bajita dio a luz a la criatura alta que ahora tenemos. Tú dirás que me eligió a mí. Bueno, me acogió brevemente. Lo comparo a un vagabundo en el Día de Acción de Gracias. La gente caritativa le da cobijo y una estupenda cena de pavo. Pero el trato es sólo por el jueves<sup>42</sup>. Que no vuelva el viernes.

Otros hubiesen sonreído, el tío movió la cabeza seriamente.

—Puede que esté esperando a que empieces algo.

—¿Qué es lo que debería empezar?

—Pues... algo que ella considere importante.

—No tengo idea de lo que Treckie espera. No hablamos de mí. Durante estos últimos días, hablamos casi siempre de ella. Me quería contar sus progresos en la autorrealización, los errores que está corrigiendo, sus nuevas ideas sobre sus antiguas ideas y las decisiones que ha tomado en consecuencia. Lo bien que ahora se encuentra...

—Es difícil escuchar esas cosas.

—La forma de cambiar para mejor consiste en empezar diciéndoselo a todo el mundo. Uno hace el anuncio. Repite sus intenciones hasta que otros empiezan a repetirlas. Cuando uno se las oye a los demás, puede decir: «Sí, yo también pienso lo mismo.» Mientras más repites la intención, más verdadera se vuelve.

La clave es la fluidez de la formulación. Aun así, ella es tan encantadora, tan dulce, tan amable.

—Y, ¿qué hay de los moretones?

—Puede que sólo sea una fase. La gente tiene sus fases. A menudo se les pasa.

—Puede que entre en una fase maternal.

Dije sin convicción:

—Tal vez —y añadí—, me preocupa la niña. ¿En qué se convertirá cuando sea mayor? Lo siento especialmente por ella, porque se parece a mí en el carácter. Creo que ha heredado de mí ciertos presupuestos básicos.

—¿Y eso hace que le tengas lástima?

—Me temo que sí. Y creo que tengo un instinto paternal.

—Podrías persuadir a Treckie si lo intentas. Si pudiese verte como eres en realidad, sus sentimientos serían diferentes.

—El obstáculo es su psicología ultramoderna. Es como si no hablásemos el mismo lenguaje.

—La gente no está dispuesta a dejarle a uno concluir, a dejarle alcanzar sus objetivos. Parece de ley el que estén obligados a retener lo que uno quiere. Al final, la retención puede ser por nuestro propio interés, porque no queremos lo que deberíamos querer. Físicamente, de todos modos, estás loco por ella. ¡Qué bueno es eso! Imagina que Caroline hubiese sentido lo mismo por mí.

—Algo debes saber del asunto. Hace sólo seis semanas, como recordarás, fuiste a recogerla al aeropuerto. Estabas esperando en la salida y ella te pasó por el lado sin verte.

—Uno puede ir absorto en sus pensamientos. Ocurre con frecuencia.

—Absorta, ya. Estaba dopada. Si esa novia tuviese un arcón, estaría lleno de cocaína. Oye, tío, ¿recuerdas *La hija de Rappaccini*, de Hawthorne? ¿Ese cuento sobre la hermosa chica que era inmune a las plantas mortales porque había crecido entre ellas? Pero a su amante le supuso la muerte. Todo lo que hizo fue echarle el aliento y el tío la diñó. ¿Le besó? No puedo recordarlo. De todos modos, él murió de aquello.

—Plantas mortales, ¿eh? Un caso bastante extremo.

No habría importado el tema sobre el que habláramos. Se sentía culpable por haber plantado a Caroline en lo que debía haber sido el día de su boda y respondía con lentitud a mis intenciones de levantarle el ánimo. Yo había ido a América para completar mi educación, para absorber del tío ciertos poderes esenciales y en ese momento me di cuenta de que él recurría a mí en busca de ayuda. En aquellos apartados en que era maestro, no necesitaba a nadie, por supuesto. Era uno de esos tipos especiales que están bien hasta que se introducen en la vida ordinaria. Una vez en la corriente, sin embargo, no pueden seguir sin protección.

Bueno, yo quería a mi tío y no esperaba que fuese perfecto. Él tema la magia, pero en el dominio de la corriente, no llegaba a ninguna parte. Hablando en sentido amplio, puede que hubiera en ello una decisión política, un sacrificio deliberado de la astucia. Sospecho que, por naturaleza, era tan astuto como otro cualquiera. Esto no lo aceptarían los intensamente astutos. No se lo creerían. Dirían que el hombre estaba fingiendo y le endilgarían motivos diabólicos. Dirían que operaba tras una pantalla de inocencia y que era un superhipócrita. ¿Cómo se puede esperar que gente así acepte la magia y la incluya en sus cálculos? Por otra parte, el tío no se debía haber desarmado unilateralmente dejando que los astutos conservaran la iniciativa. Su política estaba equivocada. Necesitaba más fibra política en su constitución.

Esto se verá con claridad a su debido tiempo. Mientras tanto, me encontré en situación de consejero y descubrí que yo era «consultivo» por temperamento a un grado de fanatismo; porfiado hasta en lo más nimio. Sólo había un modo de poner la mesa, de quitar las grapas de los paquetes, de recalentar el café. Tal vez la pasión por meterme en todo llegase a mí por vía hereditaria de mis antepasados<sup>43</sup>, quienes por miles de años prescribieron normas para cualquier cosa, bendiciones<sup>44</sup> para

partir el pan, para ir al lavabo, para regresar de un funeral. Un vicio menor, cierto, pero puede que me haya perjudicado con Treckie. Ella arrancó el papel con el que yo le había forrado las repisas de los armarios de la cocina. «Siempre sabes cómo deben hacerse las cosas.» Rechazaba mi estética. En Somalia, mi madre dijo que nuestro asunto se habría quemado solo si Treckie no se hubiera hecho preñar.

—Ella lo hace todo como ella quiere.

La «elucidación útil» era otra de mis inclinaciones. A menudo, puede que también me diese una conferencia a mí mismo. En el avión, por ejemplo, le hablé a Benn de las características de las mujeres que tantos problemas nos estaban causando.

—Una mujer mira a un tipo como tú —dije—, e intuye que en ti hay un cierto valor. Probablemente se dice: «He aquí un hombre que se propone algo especial.» Eso va con lo de «formar el alma», un curso de vida que muy pocos siguen. Produce emanaciones y estas emanaciones afectan especialmente a las mujeres cultivadas. Es por eso por lo que tantos románticos prefirieron a las campesinas y a las prostitutas antes que a las damas refinadas. Pues bien, el campesinado está desapareciendo y quedan muy pocas putas que no tengan dos años de Universidad. Otra inercia que se rompe y más pedazos que se lanzan a la caldera del estado de conciencia moderno. A lo que uno se enfrenta, entonces, es a mujeres modernas que están orgullosas de su educación y de sus mentes desarrolladas, pero que temen en secreto no tener lo que hace falta para conservar el interés de un hombre que está poderosamente activado por una tarea importante... No tienen por qué preocuparse tanto, no hay mucha gente que se dedique a cosas importantes con miras a una vida más elevada. Pero sí que se preocupan. Y lo que temen es aburrir a un hombre así. Él acabará pronto por descubrir las. De modo que se visten y hablan y se mueven incitadoras. Actúan con ligereza, pero se sienten pesadas. Mortalmente tristes y deprimidas. Sus padres, especialmente sus madres, les predijeron tantas cosas: esas chicas eran tan encantadoras, graciosas, talentosas, preparadas para esperar grandes resultados. Pero, ¿dónde están? En las tinieblas exteriores donde se destrozan los pobres corazones. Y ese dolor y esa desilusión femeninos pesan mucho sobre los hombres. A menudo se sienten llamados a restituir la autoestima perdida.

El tío no podía haber estado escuchando con atención porque salió con un *non sequitur*.

—¿Le dijiste algo a Treckie sobre los moretones de sus piernas?

—Le dije que me sugería abusos a menores y que pensaba que ella tenía un talento especial para escoger a ese tipo de abusadores.

—¿Eso le dijiste? No creo que a ella le gustase ese tipo de chiste.

Estaba algo decepcionado con Benn. Había tratado de decirle algo sumamente fundamental y no me había seguido. Pero la gente tiene que estar preparada para escuchar y uno tiene que esperar el momento propicio. De todos modos, el sonido de mi voz le había levantado el ánimo, aun cuando no atendiese a mis comentarios.

Mientras nos acercábamos a Japón, no me gustó *su* chiste sobre la posibilidad de perdersnos en aguas coreanas y de que nos derribaran el avión.

—Tus amigos los rusos —dijo.

Al aterrizar en Tokyo, nos inclinamos ante la gente inclinada que habían enviado a recibimos. Nos fuimos a Kyoto inmediatamente en el tren bala y nos registramos en el Tawaraya Inn. Un gran sitio. Allí se lleva kimono y se duerme en el suelo y se toman baños de agua hirviendo en una bañera de madera. El ambiente producía placer por su desnudez: ni sillas, ni mesas, ni papeles, ni libros; eso ya constituía, de por sí, unas vacaciones.

Una mujer entrada en años servía el desayuno. Por la mañana, se sentía un ruido en la puerta de papel. De rodillas, una criada se inclinaba sobre la bandeja esperando permiso para entrar. Llevaba el pelo estirado hacia atrás con una tensión que sugería penitencia o castigo. Sus pasos eran rápidos y cortitos. Mi habitación miraba a un jardincillo. En otro país, ese espacio se hubiese desperdiciado, un pozo de ventilación en el que los turistas echarían botellas de whisky y cajas de leche. Tenía una musgosa, un árbol enano. La tierra estaba cubierta por piedrecillas blancas. El efecto era de una curiosa continuidad, ni el jardín estaba verdaderamente afuera ni mi habitación completamente adentro. No había nada en que sentarse más que el suelo. Si uno quería hojear el *Times*, tenía que llevárselo al baño.

Para el tío, todo eso era cultura antigua y le ponía de buen humor. Como morfólogo, prefería estructuras permanentes, que era lo que allí tenían en abundancia. Además, ya no le remordía la conciencia. Fui capaz de aliviarle algo la culpa por lo de Caroline. Él había huido de Caroline y de sus mantras de Bucky Fuller como David había huido de Saúl. En mi mente, ella era como las figuras que se forman en un edificio en llamas, llamas de sexo saliendo del tejado y, sobre él, una nube de humo en forma de mujer tranquilamente acostada. Estaba dispuesto a decirle al tío que tal vez al final habría tenido que ingresarla en una institución y luchar luego con la familia porque era difícil imaginar la cuantía de su patrimonio y la cantidad de litigios en los que podría verse envuelto —finalmente acusado de intentar asesinarla, como en el caso von Bülow. Pero no hubo ocasión, porque después de llegar a Japón, el tío casi nunca habló de Caroline.

Insistía en que era conveniente dormir en una esterilla. El cambio de perspectiva le introducía a uno en un mundo mental diferente, y en el suelo, se tenían sueños más interesantes.

El diario privado que Swedenborg llevaba durante los años de su crisis registra sueños que van de la «sexualidad angélica» a la terrenidad erótica. Me preguntaba si era eso a lo que el tío se refería cuando hablaba de sueños interesantes. Sospechaba que era o que alguna vez había sido un sensualista. Es estúpido decir eso de «alguna vez había sido». El que lo es, continúa siéndolo toda la vida hasta cierto punto, no exageradamente, como el barón Hulot de Balzac o el abuelo centenario de

Stravinski. Benn no habría sufrido el abuso sexual de las mujeres si no hubiese tenido la fortaleza camal para atraer a los tipos abusivos o para soportar —¿incitar, tal vez?— los abusos.

Más tarde, aquel mismo año, cuando visité a mi madre en el África Oriental, traté de que me contase cuanto sabía sobre su hermano. Negó haberle abofeteado años atrás admitiendo, sin embargo, que era un sinvergüenza con un gran atractivo sexual y que las madres de la calle Jefferson no dejaban que sus niñas jugasen con él. Pero tuvo un cambio en su adolescencia, dijo. No estaba dispuesta a hablar de eso conmigo. Le parecía extraño hablar de la historia sexual del tío en aquel ambiente de hambre y muerte. ¿Era ése el lugar apropiado? Tomando en cuenta su propia historia con mi padre, la que la había llevado a ese campo de refugiados, no podía culparla. Sí mencioné, tratando de parecer circunspecto y objetivo, que aun en aquel momento, esas multitudes afligidas estaban concibiendo y dando a luz.

—Bueno —dijo ella—, eso no es lujuria, eso es procreación, resistirse a la extinción. No como en Occidente, donde lo hacen porque están asquerosamente mimados.

Era vieja y frágil, arriesgaba su vida en el campo de refugiados y pensaba que no era serio por mi parte hablar del tío Benn en su pequeña habitación. Aun así, cuando abrió la caja de golosinas que yo había traído de Fauchon y se hubo bebido dos vasos de aguardiente o calvados, me contó que a la edad de diecisiete años el tío había perdido la razón, tal vez un episodio esquizofrénico. Era imposible mantenerle en cama. Se levantaba constantemente para acostarse en el suelo. El médico de cabecera no podía explicarlo.

—Puede haber sido esquizofrenia —dijo mi madre—. El doctor Clurman lo mencionó pero en aquellos tiempos, ¿qué iban a saber en la calle Jefferson? Habría sido igual que el doctor nos hablara de la Muralla China.

La causa, aparentemente, era el amor. Benn se había enamorado de la hija de Cohén, el sastre. Era delgada, pálida, bonita, dijo mi madre.

—Sólo la desnutrición puede dar esa apariencia maravillosa. Después de unos meses aquí, te lo puedo decir.

La chica Cohén tenía un exceso de tiroides y una deficiencia de hierro. Para tener esa clase de encanto hay que vivir en la parte trasera de una sastrería y dormir en una habitación sin ventanas.

—¿Y qué? —le dije—, él la amaba. ¿No le amaba ella?

—La niña era una calentorra —dijo mamá—. Y creo que él no se decidió a hacer lo que ella quería que le hiciese. Alguien menos idealista fue más complaciente. Ella empezó a salir con el nuevo tipo. Tu tío perdió la cabeza de dolor, de desgracia sexual. Benn era tímido con las chicas, no sabía cómo comportarse.

Mamá dijo eso con más impaciencia que compasión. Es una de esas mujeres nerviosas, desafiantes y agudas. Si uno cumple sus requisitos, le querrá mucho. No

obstante, tendrá que superar algunas pruebas duras, como ella lo había hecho y lo estaba haciendo. Como anfitriona de dos o tres generaciones de intelectuales franceses de alta potencia, observando cómo comían, cómo bebían, sus gustos en el vino y en el sexo, sus ideas atrevidas, sus tácticas cobardes con objetos de amor, hembras o varones, perdió su femenina timidez del Mediooeste en cuanto a las «Ideas». Estaba acostumbrada a oír discusiones sobre épocas y naciones. Historia universal, categorías existenciales, nada de eso la deslumbraba. Había superado la impresión que uno pudiese causarle con sus pensamientos.

Temo que muchas veces era precisamente eso lo que yo trataba de hacer. Como si ella estuviese dispuesta a permitir que su único hijo volase sobre las cabezas de tantos sabios, académicos, autores de libros sobre la *Existenz* y la geopolítica. La madre es el único portero al que uno nunca consigue meterle un gol.

Mamá y yo estábamos sentados en la pequeña habitación prefabricada. Afuera, la gente moría cada minuto. Los alimentos que podían salvarla eran robados por funcionarios, vendidos en lugares remotos, Aspromonte, Moltalbán, Bizerta, Catay y quién sabe dónde más. Gran parte servía de comida a las ratas y a los pájaros o se la llevaban los insectos o, simplemente, se pudría.

Descubrí que muchos de los etíopes eran personas de singular belleza. No dejaba de admirar la forma elegante de las cabezas, los vivos ojos oscuros. Por entonces tenía en mente la idea swedenborgiana de las correspondencias de que la creación es uno de los lenguajes en que Dios se comunica con el hombre. Algunos de mis simbolistas rusos la habían heredado de predecesores franceses como Baudelaire y Rimbaud, o la habían sacado directamente de Aksakov, el traductor ruso de Swedenborg. Así que el campo era, en parte, como un sueño, como lo era la presencia de mi madre, con la apariencia de Madre Teresa, haciendo todo lo posible por atender a los enfermos y a los hambrientos.

Pero con todo, yo seguí hablando del tío Benn y tratando de sacarle información a mamá. Al poco tiempo, se enfadó conmigo y con razón. Dijo:

—Cariño, no debes estar en tus cabales. ¡Mi hermano y sus amigas! Tu padre, bien. Pero él tenía cierto gusto. Tu tío no distingue el revés del derecho. Con Lena tuvo suerte, la que merecía. Era una mujer decente, pero bajo cualquier criterio, un espantajo. Cuando murió, él hizo tanto drama que se hubiese podido pensar que era una especie de santa. Debería limitarse a sus hojas. O a la savia o a lo que sea eso que hace.

Naturalmente, yo no estaba de acuerdo. Cuando se pone furiosa, se muestra poco compasiva. No se puede culpar a un hombre porque al fin quiera escuchar de su propia madre algo instructivo sobre el sexo femenino. Alguna joya brillante de sabiduría, la única herencia que me podía interesar. Pero ella no pensaba darme nada. Estaba decepcionada, hasta furiosa conmigo. Ella había querido que yo fuese un hombre importante. Debía haber sido el número uno del *Times* en París o *chef* de

*bureau de Le Monde* en Washington, o el jefe de la NBC en Europa Occidental con treinta personas a mi cargo, o *porte parole* en la Embajada de Moscú. ¿Hubiese sentido más la tragedia de los refugiados si hubiese sido un reportero de primer orden? Estaría pensando únicamente en fotos y en télex y en cómo ganarle a la competencia.

Ella no tenía ni idea del auténtico significado de su hermano, no sabía que era un Ciudadano de la Eternidad, en una jerarquía inferior a la de los Grandes que mencioné anteriormente, pero, de todos modos, una persona de primerísima importancia.

Culpaba al tío por desorientarme. ¿Por qué no me dejaba en paz? Tampoco quería que yo fuese como mi padre, aunque eso lo entendía mejor: cortejo, danzas sexuales de historia natural, un par de pavos desnudos haciendo sus cosas en una cama de París. Al menos, Rudi Trachtenberg respondía a un talento y esconder un talento puede causar la muerte. Por eso mi madre le dejó hacer, se sometió, hasta se humilló y, posiblemente con un cierto orgullo por el talento de su marido, colaboró con él. ¿Qué otra cosa podía hacer con una fuerza de la naturaleza? Pero su hermano, según ella le veía, no entraba en la misma categoría que su marido. Su talento botánico no significaba nada para ella. Culpaba a mi tío de conducirme por mal camino. ¿De qué iba todo ese asunto académico? ¿Por qué tenía que convertirme en un asqueroso profesor? Compartía la ducha de la residencia con estudiantes cuya música de rock me volvía loco. Mi docilidad con Treckie la disgustaba. Un hombre como mi padre jamás hubiese soportado a una chica así. Ella no quería que yo fuese un *homme á femmes* como papá, pero tampoco tenía que ser todo lo contrario. Mi obsesión por el tío me iba a atrasar una o dos generaciones. Amarga vejación para una madre enérgica que tanto había sufrido por mí; hasta el momento, yo no valía nada.

En Somalia, cometí el error de intentar exponerle mis puntos de vista. Sucumbí a esa debilidad obsesionante de querer que ella supiese lo que su hijo estaba pensando. No pretendía ser un Kojéve, ni siquiera un Georges Bataille, pero mi propósito era llevarla más allá de mi apariencia de estúpido y víctima de una chica estúpida, y hacerle un esbozo rápido o un bosquejo general de mi proyecto. No hay razón para existir a menos que nuestra vida sea un punto decisivo. No sirve de nada unirse a la marcha general de la humanidad decadente. Le había enviado una copia de mi artículo —en *The Russian Review*— «El amanecer del acmeísmo, desde Gumilyov y Gorodetsky a Mandelstam», subrayando la cita: «Ser, ése es el mayor orgullo del artista. No quiere otro paraíso que la existencia...», etc. En mi ensayo discutía las similitudes entre ese aserto y el punto de vista casi idéntico de Paracelso, Swedenborg y Blake. Puesto que es una mujer inteligente, le di la oportunidad de desarrollar por sí misma la indicación de que yo estaba unido a mi tío porque —y esto podrían haberlo visto ustedes por sí mismos si alguna vez le hubiesen observado entre sus plantas—, claramente, él no deseaba ningún otro

paraíso. Y debiera ser posible hacer en otra parte lo que él había hecho con el carpelo estigmático conduplicado, me refiero a la investigación que le valió la fama hace algunas décadas. Él me dio la esperanza razonable de alcanzar una vida de elevada energía. Naturalmente, yo no quería ser como nadie más que como yo mismo. Pero fue una tontería esperar que ella ampliase una sugerencia contenida en un trabajo de erudición. Antes cabría imaginar a esa persona frágil de más de sesenta años esperando en un apeadero para saltar a un tren en marcha que corre a 250 kilómetros por hora.

De todos modos, si uno tiene una madre inteligente, no renuncia con facilidad a la esperanza de una comunicación esencial.

Era de noche, los refugiados acampaban bajo sus matorrales, no se podía ver su sufrimiento. Las condiciones eran favorables para una conversación sobre temas más amplios. Esa noche no teníamos que cenar el rancho del campamento. Abrí algunas latas de *charcuterie* de Fauchon y terminamos un calvados de primera. Me olvidé de mí mismo y ensayé con ella algunas de mis ideas sobre el Este y el Oeste. La combinación de hambruna y paté me lanzó. Pero, después de todo, Boccaccio tenía jovencitas y caballeros que se entretenían mutuamente durante la peste, contando chistes e historias de amor, así que después de acabarnos los manjares y de ponerme a tono con el buen *calva*, empecé a hablarle de la literatura rusa de los campos de concentración, del trabajo de Solzhenitsin, Shalamov y otros. Dije que en el Este, la humanidad sufría los rigores de la privación. Se eliminaban muchas de las funciones humanas más elevadas. En los Estados Unidos había, por el contrario, una población confinada a los más bajos intereses humanos. El énfasis en Rusia estaba en la abolición de lo más alto; en América, en la satisfacción de lo más bajo. Puede parecer así desde una perspectiva superficial. En los Estados Unidos, la opinión culta envidia al Este sus oportunidades de mayor cultura y desarrollo porque allí se sufre más profundamente. Aquí el sufrimiento es trivial. No descuartizan a nadie por sus ideas. Eso significa que uno igual puede jugar backgammon. Bueno, puede ser. Pero el *homo sovieticus* es un ente aburrido. No por su culpa, eso lo concedo. Sólo es cuestión del modo en que el espíritu humano fue derrotado por la llamada Revolución. Sin embargo, hay una especial ventaja en Rusia, la creencia de que es la patria de las emociones más profundas, más sinceras. Dostoievski, entre otros, promovió esa fama de pasión sin límites. Occidente no es más que un hospital para amputados de congelación emocional y otros paralíticos. Pues bien, algunos rusos nos dicen que nos han dado el timo. Lev Navrozov, que no sirve de tonto a nadie, dice que en cuanto a comportamiento irracional y puramente emotivo, América es, en el siglo xx, lo que era Rusia en el xix. Hay más exhibición de sentimientos aquí que en la Unión Soviética. No son sentimientos completamente agradables, pero sí abundantes. Hasta acusa a Dostoievski de ser un ideólogo que personalmente era un racionalista frío y calculador bilioso en un noventa por ciento. Pero si quieres,



mamá, podemos pasar eso por alto.

Ella no estaba de acuerdo con nada de lo que yo decía. Creía que estaba tronado.

Por lo tanto, en vez de echar atrás, hice otro intento. El Este sufre la tragedia de la privación. Occidente sufre la tragedia del deseo.

Eso también le chocó. Pensando tal vez en la carrera amorosa de papá, dijo que yo estaba loco. ¿Qué tragedia? ¡No era la tragedia de *él*, era la de *ella*! Ella había aguantado los líos de mi padre durante años y ahora venía yo a decirle que quien sufría era él. Ya era malo que yo hubiese nacido un poco sordo, pero no tenía por qué ser, además, idiota.

—¿Intentas comparar Londres, París y Nueva York con Magadan y Kolyma? ¿O con este mismísimo campo en el que estamos sentados? No debí haberme comido todas esas cosas finas que trajiste.

De pronto, papá desfiló ante nosotros con todas sus chicas en diversos estados de desnudez. ¿Era eso una tragedia?

Hay aflicciones y aflicciones. Ella no había leído el poema de D. H. Lawrence sobre la tortuga que gritaba «crucificada al sexo». Tampoco había leído a Proust, aunque los estantes de casa estaban llenos de Proust. Creía que al urdir teorías y concederme paradojas en un ambiente como aquél, yo demostraba no tener corazón.

Podía haberle dicho —en un espíritu de cortés corrección— que el sufrimiento de Rusia, desde una amplia perspectiva histórica, era el sufrimiento en su forma clásica, el sufrimiento que la humanidad ha conocido siempre mejor en la guerra, la peste, el hambre y la esclavitud. Esas formas monumentales y universalmente familiares del sufrimiento deben hacer a los supervivientes humanamente más profundos. Tuve la tentación de hacer comprender a mamá que también había que tomar en cuenta los sufrimientos de la libertad. De otro modo, estaríamos concediéndole un valor más alto al totalitarismo al decir que sólo la opresión puede mantenernos honestos. Las personalidades libres que no reciben ayuda ni del cielo sordo ni de la tierra neutral, se enfrentan a elecciones mortalmente peligrosas que determinarán el futuro de la civilización. Aquí mencioné como inciso el programa de dolor del tío.

Mamá me observaba con auténtica preocupación, como si yo hubiese perdido la chaveta. No era tan vieja como parecía. Se echó años encima cuando dejó de ser una mujer elegante. De lo que ella quería hablar era del hacinamiento de cuarenta mil refugiados en un campo preparado para dos mil; del agua que tenía que traerse en camiones desde una distancia de quince kilómetros; de la escasez de las tiendas; de las familias que trataban de cobijarse bajo un techo de ramas; de la milicia etíope que en el otro lado de la frontera secuestraba a los niños de los cromos y violaba a las niñas; de los funcionarios somalíes que trataban de obligar a los refugiados a volver para que las tropas de Mengistu, organizadas para atrocidades aún mayores, pudiesen terminar el trabajo. En cambio, su único hijo llegaba para darle una conferencia. En este aspecto, era como su padre, en cuya lista de placeres, dar

conferencias aparecía inmediatamente después del sexo. El hijo visitante hablaba hasta por los codos de 1905, del miedo ruso al mogolismo en los últimos años del antiguo régimen; de la Rusia medieval que rechazó a la Horda Dorada de asiáticos en la batalla de Kulikovo. Blok había escrito un gran poema sobre eso. Bely admiraba apasionadamente su significado profético, el peligro de hundirse en las profundidades primordiales del caos a menos que brillase un sol espiritual, a menos que el Caballero de Bronce hubiese salvado con éxito el obstáculo de la historia. El significado de la Revolución era que Rusia había intentado aislarse de la lucha del estado de conciencia moderno. La Revolución la cerró herméticamente. Dentro del país herméticamente cerrado, Stalin virtió la *antigua* muerte. En Occidente se padece una muerte nueva. No existen palabras para lo que ocurre al alma en el mundo libre. Olvidemos los «derechos en alza». Olvidemos el lujoso «estilo de vida». Nuestro sepultado juicio va más allá. Todo eso es detectado por remotos centros de conciencia que luchan contra la completa vigilia. La completa vigilia nos haría enfrentarnos a la *nueva* muerte, la peculiar tragedia de nuestra parte del mundo. La apertura de la conciencia a lo que realmente está ocurriendo, sería un purgatorio.

—Nunca debí haberte dejado estudiar ruso con aquel viejo de la Rué du Dragón —dijo mamá—. Te marcó de por vida.

Supongo que no debí haber llevado mis preocupaciones a aquella tierra de hambruna y genocidio. Mi madre estaba escandalizada de oírme teorizar. Cuando yo hablaba, ella aún escuchaba al chiquillo medio sordo. Pude verlo a su manera. Ella hubiese preferido con mucho que, como señal de que al fin había crecido, le dijese: «Tengo un plan para sacar a Flora Lewis de la página editorial para quedarme con su puesto.» Yo era demasiado tonto para hacer eso. Tal vez el viejo Yermelov —y mi tío— me habían incapacitado para una vida productiva.

Pero no voy a quedarme en Somalia.

El tío y yo estábamos en Kyoto —me voy de una parte a otra de la tierra— y el anfitrión del tío, el profesor Komatsu, otro gigante de la botánica, fue al Tawaraya Inn para llevarnos a recorrer los santuarios famosos y los jardines del templo.

Era un caballero de unos ochenta años, flaco y oscuro; llevaba un kimono que distaba mucho de ser nuevo y sandalias. Unas manchas de melanina cubrían su cuero cabelludo. Sus gafas de metal eran de una época pretérita. Había estudiado en Oxford en 1925. La limusina alquilada en que llegó, también pertenecía a esa época. Creo que era una Vauxhall y, excepto en películas mudas, nunca había visto nada igual. El ánimo del tío había cambiado. Hacía comentarios triviales y no dejaba de expresar su felicidad. Parecía como si quisiera proteger las cosas con sus manos sin llegar a tocar los objetos que le gustaban. Era primavera, el tiempo era húmedo, pero suave, nada parecido a las lluvias torrenciales de Seattle. Caía una llovizna intermitente de un cielo luminoso, nada triste. Cuando se estaba bajo los árboles, se

la oía caer a través de las transparentes hojas nuevas. El profesor Komatsu había traído un gran paraguas marrón.

No había horizontes amplios, sólo colinas de bosques, pequeños campos. El Japón industrial estaba completamente fuera de vista. Sabía cuál era su lugar que, por supuesto, era enorme, pero no llegamos a ver ni el pestañeo de la ventana de una fábrica.

El profesor había preparado un agasajo especial. Había traducido algunos de sus poemas y cuando estábamos encerrados en la vieja Vauxhall, pidió permiso para leerlos. Sus versos tenían un tema único: la niñera del viejo, su ama de cría a quien había amado profundamente hacía setenta y cinco años y que había muerto en 1912 cuando él tenía seis o siete.

—¿El amor de su vida?—preguntó el tío.

El viejo Komatsu no podía aceptar esa formulación occidental.

El chófer disminuyó la velocidad durante la declamación. Yo me cambié al asiento de enfrente para quitarme de en medio. La cara del tío se contraía con atención cortés. Ambos observamos el juego de los dientes inferiores del viejo, trozos de dientes como semillas de granadas secas y marrones. Cuando me presentaron al profesor, el tío me aseguró en la voz profunda con la que hacía sus afirmaciones más *auténticas*, que Komatsu era un biofísico que había dado al mundo estudios de un gran valor científico. Que una persona así escribiese versos dedicados a una mujer que llevaba tantos años muerta demostraba que el amor tenía un valor elevado entre los científicos —gente entrenada para leer en el libro de infinito misterio de la naturaleza. Así como subió la popularidad de Dios cuando Einstein lo mencionó, así el valor crediticio del amor, ahora en una baja sin precedentes, subió al ser avalado por el profesor.

El coche antiguo, construido a base de líneas perpendiculares —mucho antes de que el tráfico aéreo fuese comercial—, entró en un claro del bosque donde un grupo de mujeres, todas de marrón oscuro, realizaba tareas manuales. Aquellos que conozcan las cadenas de montaje americanas donde la gente a veces realiza sus tareas cubierta por el humo de la marihuana, tendrán un concepto muy distinto del trabajo en Japón, donde la gente parece sumergirse en él sin reservarse nada para sí. Esas mujeres bajitas inclinadas sobre caballetes en los que descansaban unos troncos de árboles, habían quitado las cortezas y estaban restregando, lavando, rascando y puliendo la madera. El viejo Komatsu explicó:

—Ésos son postes de especial significado en la construcción de viviendas tradicionales.

—Ah, ya. Cultivados especialmente, supongo —dijo el tío.

—Inspeccionados y madurados. Preparados luego por estas mujeres con material prescrito, probablemente piedra pómez y aceites. Todo a mano. Es una especie de rito.

El comentario del tío fue espontáneo:

—Las mujeres que hacen ese trabajo podrían ser excelentes esposas.

El rostro de Komatsu cambió gradualmente de forma palpable a medida que lo iban surcando grandes arrugas de admiración. Levantó la cara hacia el techo de la limusina y rió. Creía que iba a coger el tubo para traducirle el chiste al chófer, pero cruzó los brazos —tenía el regazo lleno de poemas— y dijo:

—Ése es uno de los comentarios humorísticos por los que tiene usted fama, doctor Crader. Transferir ese tratamiento de postes a maridos. Si el marido estuviese dispuesto a ponerse en el lugar de un tronco.

—Ay, profesor, en ciertos momentos lo haría con gusto. Hoy me parecería edénico.

Cosas que Caroline ciertamente no le hubiese hecho. Ni la pobre Della Bedell.

—Esas señoras tendrían las manos callosas —dijo Komatsu—. Llevaría tiempo ablandárselas. Creo que se ha descolgado usted con una idea de cuento de hadas, como en *La flauta mágica*, donde una criatura fea y vieja se transforma en una esposa joven y hermosa.

—Aun así, las elecciones planeadas, racionales, no parecen ir bien —dijo el tío. Yo conocía bien sus estados de ánimo. ¿Que el tío hablaba de elecciones racionales? Es que estaba eufórico, se divertía.

El viejo profesor Komatsu se puso a bromear con él.

—Nuestro feudalismo les seduce mucho a ustedes, pero los americanos que vienen aquí a buscar mujeres dóciles, a menudo salen decepcionados. Después de un año, más o menos, en los Estados Unidos, las señoras se americanizan. Los roles se invierten. En poco tiempo, profesor Crader, usted podría convertirse en el sirviente que diera masajes a una esposa supina cada vez que ella se lo ordenase.

Sí, bueno, pero aun eso habría sido mejor que lo que le ocurrió a Benn más tarde. Supongamos que le hubiese pedido a Komatsu que me recomendara una casamentera japonesa de confianza. No habría habido entonces ni Matilda ni familia Layamon.

Un pueblo gracioso, quiero decir el nuestro, no el japonés. Bueno, también el suyo es bastante gracioso. Tokyo y Osaka son *villes fourmillantes*; bullen. De cualquier puerta que uno tire, salen disparadas cientos de personas. No se puede abrir un armario sin encontrar alguien sentado dentro. Se levanta la tapadera de una cloaca y salen a borbotones. Pero en nuestro país, somos más graciosos, con esa búsqueda para gratificar tantos deseos, libres por el mundo para vivir plenamente. O para conseguir el dinero con que vivir plenamente. O para demostrar que uno puede vivir plenamente con el dinero de los demás. Poniendo el dedo en mi propia llaga, Treckie me había dicho en Seattle: «Me he acostumbrado a elecciones múltiples.» ¿Qué quería decir?

Me hizo pensar en ese amigo que Stendhal mencionaba en sus memorias para quien el acto sexual era placentero sólo una vez con la misma mujer. A lo sumo, dos.

Pero estamos en Kyoto en medio de una excursión con guía.

La limusina aparcó bajo un antiguo templo y subimos a los jardines parando a menudo para descansar. Yo acusaba el cansancio del viaje. El tío, trotamundos más experimentado, no sentía el esfuerzo.

Nada resultó luego tan agradable en Japón. Mis mayores, los dos botánicos, intercambiaban información sobre las hojas y las flores mientras caían de los árboles pesadas gotas de lluvia sobre el paraguas del profesor con la rapidez del código Morse. Finalmente, salió el sol. Cuando las nubes se retiraron, recordé la forma en que Treckie se cepillaba el pelo hacia un lado sobre la frente. Cuando aparecen de esa forma las imágenes de una chica, señal del cielo de que lo han elegido a uno para tener problemas. O que se ha elegido uno mismo, como si los demás no causaran ya suficientes dificultades.

El viejo profesor japonés me dijo, mientras Benn caminaba delante, que el tío tenía un talento especial para la observación. Puede que no fuese un talento científico en el sentido aceptado del término. Había algo de «visionario» en la claridad con que las plantas aparecían ante él. Uno podía tener un pensamiento absolutamente claro, pero había un estadio más allá en el que no sólo está el pensamiento absolutamente claro, sino que además se hace visible como si fuese dibujado o pintado ante el ojo interior.

No estaba yo muy seguro de entender aquello. El profesor tampoco estaba muy seguro de poderlo entender. ¿Podía un pensamiento ser también un objeto? Bueno, Euclides hizo diagramas del pensamiento. Los franceses tienen unas flores a las que llaman *pensées*, dijo. Eso no cuenta, es una costumbre sentimental. ¿El lenguaje del amor en las flores? Es conmovedor en la escena de la locura de Ofelia, pero aparte de la pena amorosa y del dolor filial, no hay en eso nada más que folklore. Tuve cuidado de no ofender a Komatsu que tal vez utilizaba lenguaje floral en sus poemas. Lo que el viejo sí confirmó fue mi corazonada de que el tío no veía las cosas como las veía el resto de nosotros. No era extraño que a menudo me dijese que, desde su perspectiva, las plantas eran seres extraños, una rama de la vida para la cual uno necesitaba poderes especiales, casi adivinatorios. Muy bien estructuradas, no daban señales de tener conciencia tal como la entendemos nosotros. Sobre un mundo de roca, eran suculentas, respiraban, se extendían al exterior. Nosotros, por el contrario, nos plegábamos hacia dentro; por ejemplo, los intestinos o el cerebro.

Junto a aquel templo, el tío estaba ocupado y feliz. Yo le observaba mientras se inclinaba a inspeccionar las hojas y las flores. Su espalda rusa tenía más y más la apariencia de encubrir un élitro bajo la chaqueta y, de apetecerle, habría podido quitarse algo de ropa y echarse a volar por el jardín de ese santuario. Pero no habría sido correcto dejar atrás a sus amigos humanos. Él era muy cortés.

Otra vez surgió la pregunta: ¿Y si hubiesen poderes similares para penetrar en el interior de las personas? ¿Y si él mismo los tuviese? Puede que hubiera una influencia, una especie de superposición verde, por así decirlo, cuando las caras

humanas entraban en su campo de visión. Sin embargo, él no podía hacer la transferencia psíquica a las relaciones humanas. Eso se puso rápidamente de manifiesto en su segundo matrimonio.

Me ocuparé de eso muy pronto al presentar a Matilda Layamon.

Antes debo describir un panorama muy diferente en Kyoto.

Algunos de los colegas jóvenes del viejo profesor nos llevaron a pasar la noche en la ciudad. Dijeron riendo que nos resarcirían de los poemas de niñera con los que Komatsu fastidiaba a todo el mundo, y preguntaron si el doctor Crader tenía algo que objetar a un espectáculo de chicas. Así que imaginen esto: un vidente del reino vegetal invitado a un espectáculo de *strip-tease*.

—Caliente de verdad —dijo uno de ellos.

El tío comentó:

—Creí que ésta era una de las ciudades sagradas de Asia.

Aquello les pareció muy gracioso. Pude darme cuenta de que la reputación de mi tío como humorista podía basarse en una mala interpretación cultural. Los colegas jóvenes se rieron mucho, tal vez por cortesía —otra vez la cortesía; la cortesía se vuelve más meticulosa mientras más se desintegran las reglas del orden.

La experiencia del tío en espectáculos impúdicos era muy limitada. Esas exhibiciones no eran santos de su devoción. De hecho, aquellos académicos lo estaban poniendo a prueba. Querían ver cómo reaccionaba el famoso botánico americano ante las chicas. Yo mismo tenía curiosidad por saberlo. Aun ahora, no puedo decir realmente cuán sensual era el tío por naturaleza. Sabía que tenía a las mujeres en su mente, pero no sabía para qué estaban allí. No tenía los intereses de papá, eso podría jurarlo ante un notario. ¿Tenía gustos paganos? ¿Estaba motivado eróticamente en el sentido griego, era dionisiaco? Bueno, para empezar, era judío, un judío de apariencia rusa. Supongo que siempre ha habido judíos como él. Y como papá. También como yo, oscuros y flacos, agudos para llegar al fondo de las cosas, mezcla de candor y astucia. Pero, sexualmente nunca hemos tenido un momento histórico como éste: distinto al de Babilonia o al de Roma, diferente al de la India antigua. Valdría la pena hacer de eso un tema de investigación. Hay tan poca gente con suficiente inteligencia para encontrar un tema de verdad.

El teatro al que nos llevaron los colegas jóvenes después de cenar no tenía asientos. Sólo se podía estar de pie. En el mismo centro, había un escenario rodeado por una multitud de hombres. La habitual numerosidad japonesa. La densidad de la muchedumbre. La mayor parte del público la formaban jóvenes ejecutivos vestidos como sus homólogos americanos, con esos trajes de negocios que los ingleses llaman *lounge suits*<sup>45</sup>, como si hubiese alguien ocioso en IBM, Mitsubishi o Sony. Una multitud de lo que parecían ser japoneses de elevados ingresos, bien vestidos, con pelo negro, de lo más intenso, pero también de lo más reprimido, miraban fijamente el escenario. Las chicas llevaban carteles que las identificaban como Miss

Osaka, Miss Tokyo, Miss Nara, Miss Yokohama, Miss Nagasaki. Llevaban kimonos de brocado y obis ceremoniales, zuecos y unas sombrillas de papel; el pelo alto y las caras blanqueadas y pintadas. Cada una, con la apariencia de jovencita de colegio, cantaba un dulce trémolo. Después de este número preliminar, fueron directamente a su asunto como todas las chicas de *strip-tease* del mundo entero. Aquéllas eran particularmente hermosas y delicadas. Entonces, esos entes jóvenes entraron de dos en dos en una jaula de plexiglás. La jaula fue elevada hasta el techo donde quedaba conectada a un monocarril. Mientras circulaban por el teatro, unos focos de luz seguían a las artistas que retozaban, se agarraban, se abrazaban, se besaban, sacaban la lengua, morían de éxtasis. Para ellas, era un juego. Eran los hombres, con todas las cabezas recién salidas de la barbería vueltas hacia arriba, los que estaban sombríos. Abajo, la cosa estaba que ardía, especialmente cuando la celda de amor de plexiglás volvió al escenario. Entonces, cada una de las chicas por turno, se inclinó, abrió las rodillas y se acarició con los dedos. Silencio mortal. Una especie de locura extática descendió sobre la casa. Podían haberse dibujado las líneas de fuerza, directamente de los ojos de los hombres al centro interior del deseo, con el casto tesoro completamente abierto. Todos tenían que ver, ver la cosa de las cosas, el pequeño órgano rojo como un acerico de satén. Los hombres estaban apelonados, demasiado disciplinados para empujar. Esos magos de los negocios y los laboratorios que rivalizaban con los alemanes, los ingleses y los americanos; esos tipos de administración y de alta tecnología, ninguno de ellos borracho, habían ido a ver lo que esas chicas estaban exhibiendo. Miss Osaka y Miss Nara se lo ponían a uno delante, tan literal como podía serlo, y mientras más literal, más misterio parecía encontrarse en él. Los colegas jóvenes que habían llevado al tío allí para estudiar sus reacciones, no le miraban en absoluto. A todos esos botánicos, ingenieros, inventores de instrumentos visuales maravillosos, desde microscopios electrónicos al equipo que había enviado las fotografías de las lunas de Saturno, no les importaba otra cosa que esas aberturas tensas. No se cansaban de mirar. Las chicas sentían sobre ellas el peso de la atención y parecían saber cuánto sufrimiento estaban causando y cuán turbado estaba el público. Yo también estaba turbado. No se podía evitar. Y el tío, voluminoso, con su elegante traje gris claro, estaba con los nervios de punta.

Era más de lo que podía soportar. Perdió mucho terreno en Kyoto. No se anduvo con rodeos. A la mañana siguiente, dijo que estaba dispuesto a marcharse.

—¿No dormiste bien?

—Me tomé una cápsula de Dalmane. Ahora ya estoy listo para marcharme. Míranos, desajamando por el suelo. Con una semana de esto ya tengo suficiente.

—Tú ya habías visto espectáculos de chicas. Un hombre con más de cincuenta años como tú. Ésas no eran las primeras *artistas de strip-tease* que veías.

—Claro que no, pero no me gusta la forma en que me sentí ayer.

—¿Cuántas veces has dado la vuelta al mundo?

—Más que Julio Veme.

—¿Cómo te sentiste ayer?

—Como si me encendieran y me apagarán y luego me volvieran a encender y me volvieran a apagar hasta el punto de la desintegración.

—La visión japonesa del sexo es intrincada. Sus premisas son diferentes.

—Estoy seguro de que eso es cierto, pero no es asunto mío.

—Los hombres de negocios japoneses se montan excursiones internacionales de sexo. Las mujeres se quedan en casa y los maridos viajan a Latinoamérica en busca de entretenimiento especial.

—Eso resultaría muy interesante para un antropólogo, pero no es mi especialidad. Que hagan con eso lo que les plazca. Para mí, es demasiada tensión.

—Nuestros amigos de anoche quieren llevarnos a un cabaret. Hay un artista allí que se hace un nudo en la verga.

—Bueno, pues yo no quiero verlo —dijo el tío—. Cuando la gente decide dedicar su inventiva a un campo especial, cualquiera que sea, siempre va demasiado lejos. Puede transformarse en una especie de infierno.

Tenía que estar muy nervioso para expresarse de un modo tan fuerte. Debía haber sentido que buscaba protección. Tal vez recordaba —como yo mismo— a esas doncellas japonesas cuyos vellos púbicos crecían rectos hacia delante, un negro abundante y sedoso alrededor de las lustrosas grietecillas.

El tío no tenía distancia irónica, carecía de humor mundano. Todos tienen ahora al mundo entero ante su juicio con la implicación: «Mala suerte si no lo entiendes.» Pues bien, entonces la mala suerte es universal porque nadie lo entiende bien. En cuanto al sexo, el tío no era uno de esos jugadores verdaderamente cualificados. Nunca sería un auténtico contendiente. Y no es que fuese un inocente. No existe tal cosa. No hay más que pensar en los niños de guardería que testifican en los tribunales contra matronas ancianas en casos de abuso sexual, tal vez enviando personas respetables a la cárcel. ¿Cuál es el origen de los ardidés de esos niños? Y las prácticas decadentes de *Remy de Gourmonts*, los vicios «ingleses» del grupo Sinburne, los *Jardins des Supplices* del siglo pasado. Todo eso es tan común y divertido como el cereal seco en el desayuno. En cuanto a la «inocencia», no me trago nada de eso desde que me enteré de lo que dijo Ponomarenko, lugarteniente de Stalin y jefe de Bielorrusia, sobre la preservación de la inocencia de las masas. La «pureza» es el camuflaje favorito de las variedades más profundas de criminalidad —y de ciertas formas de demencia también.

Así que, volviendo al tío, él no era un inocente. Era extrañamente delicado, hasta cierto punto quisquilloso; difícil de interpretar, eludía las categorías a las que yo podía acceder. Por supuesto, había leído a clásicos como Forel y Havelock Ellis, Kinsey y el otro Ellis sexual —Albert, el Thomas Paine de la revolución sexual— además de Master y Johnson y todo eso. Estoy seguro de haber mencionado las



molestias que se tomaba por estar al día en cuanto al herpes, el SIDA y otras infecciones venéreas. Y, ¿podría yo imaginar sin fingimiento que a él no le gustaban las Dellas, las Carolines y otras más? Una vez me dijo que en el abrazo sexual, Caroline gritaba: «¡Ay, eres un ángel!» ¿Por qué iba a contarme eso a menos que tuviese el propósito de caracterizarse a sí mismo? Era ella la que estaba chiflada. Él era el científico y el hombre-niño, el inocente, el ángel que se prestaba a sus necesidades... Yo no podía estar de acuerdo con eso en modo alguno.

Él había estado auténticamente unido a la tía Lena y había sido un marido fiel. Pero me permito consignar aquí una de sus confidencias, ahora ya no hay nada de malo en ello. Una vez, cuando estaba por los treinta años, hizo un pequeño experimento, no con otra mujer, sino con una droga. Uno de sus colegas de la facultad de medicina le había puesto varias inyecciones de testosterona. Experimentalmente. Durante un tiempo, no notó ningún efecto, pero un día —Lena estaba de compras— se sintió atacado por violentas sensaciones sexuales.

—Me acosté sin saber qué hacer. De pronto me puse infantil. Un par de puños pequeñitos, un par de pies de niño y todo el resto de mi cuerpo como un solo bulto, nada más que tumescencia para transformarte en un bebé que llora, llora porque no puede hacer nada para aliviarse.

—¿Qué hiciste?

—Esperé a que pasara. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nunca más volví a ponerme esa cosa.

En mi opinión, no la necesitaba. Y ahora estaba en los cincuenta y aún atormentado, un ejemplo a gran escala del sufrimiento del deseo. Yo lo tenía en mente al hablar con mamá. En la última mitad de la vida, la gente aún vive encantada por los brillantes fuegos artificiales del sexo, de los que se apartaba en otras civilizaciones al llegar el momento. Entonces, se tomaba la vida por etapas, con dignidad —eso me han dicho—, sin sollozar de dolor como hacen algunos de nuestros poetas, hasta los más grandes, en este período de anarquía sexual. Pero también, cada época tiene sus grandes peligros: hay muchas probabilidades de que al ganar ímpetu, esos peligros acaben con uno. Piensen en la Muerte Negra o en las guerras mundiales o en los trabajos forzados. Cuando se desatan, pocos tienen esperanzas de escapar. Puede parecer extraño que junto a la guerra o a los trabajos forzados se de una lista de nuestros grandes peligros, los eróticos, por ejemplo, pero cualquier cosa que se lleve a las almas por cientos de millones se tiene que tomar en cuenta. Esto hay que decirlo en un momento en que los «observadores inteligentes» advierten a América de que, para dejar de ser un monstruo superficial, debe prepararse para malos tiempos. América requiere, por lo tanto, un sufrimiento de mayor envergadura. Un sufrimiento al estilo antiguo. Si los ángeles de M. Yermelov vienen a infundirnos el más elevado amor y, por no encontramos preparados, nos lo inyectan directamente en el cuerpo físico de modo que caemos de inmediato en las formas más brillantes, pero terribles, de corrupción —¡que en nuestra ceguera

tomamos por placer!—, la única excusa para no considerarlo un sufrimiento es que no estamos conscientes de ello. De esto pueden deducir por qué me fíó tan poco de los «observadores inteligentes», de los intelectuales. Un pobre hatajo de individuos con inteligencia, pero sin idea de los fundamentos.

Pero no voy a seguir aquí con esto. Aquí me limito a exponer el hecho de que el tío estaba profundamente disgustado por una sucesión de desgracias sexuales. No había ninguna razón para que Miss Yokohama y Miss Nagasaki le dejaran tan abatido, le causaran tanto dolor como para decidirle a establecer su vida de una vez por todas. En ese asunto, no se confió a mí. Supongo que no quiso ponerse en mis manos. Ésas son elecciones que cada hombre debe hacer por sí mismo. Puedo comprenderlo. Puedo comprender por qué el hablar de matrimonio con Kenneth Trachtenberg podía volverle loco. Lo que no puedo comprender es por qué tuvo que elegir una mujer como Matilda Layamon si lo que quería era *calme* u *ordre*, por no hablar de *volupté*.

Sea como fuere, en Navidades, mientras yo estaba en el extranjero, se casó con esa señora en una ceremonia privada que se celebró en casa de sus padres, el doctor William Layamon y señora.

Yo había ido al África Oriental a ver a mi madre, y a la Rué Bonaparte a ver a mi padre. Cuando volví, después de año nuevo, me encontré con la participación de boda. Indicaba: «No se haga seguir.» Pues bien, las participaciones de la calidad de aquélla tienen que encargarse con meses de antelación. Esas invitaciones estilo Tiffany no se improvisan. Estaba suficientemente claro que las habían encargado antes de que yo me fuese. Cuando el tío me llevó al aeropuerto, ya estaba todo planeado. Y sin embargo, no se dijo ni una palabra de Matilda Layamon. Yo ni siquiera sabía que estaba saliendo con ella. Y él había conocido a esa mujer por mí. Mi madre me había presentado a Matilda. A mamá le gustaba asesorar a las chicas americanas que vivían en París y Matilda era una de sus protegidas. Después de vivir tantas décadas en Europa, mamá era una valiosa fuente de información y consejos, también de contactos útiles. Si uno lograba congraciarse con ella, le presentaba gente, hasta daba pequeñas fiestas para sus favoritas. Al abrir sus puertas a mujeres hermosas, puede que mamá también le estuviese demostrando a mi padre lo temeraria que era. Quién sabe. No creo que tuviese en mente ser su cómplice. Ella sabía, naturalmente, que se había casado con un genio, un genio amoroso que aún sigue siéndolo. ¿Cuántas personas auténticamente excepcionales conoce uno en su vida? El caso del tío Benn ofrece un paralelo. Él también era excepcional, aunque en este preciso instante de mi relato, no tenga muchas ganas de reconocerlo. De algún modo, aún estoy dolido porque me traicionó, rompió las reglas de nuestra relación.

Matilda, dicho sea de paso, nunca se lió con mi padre. Estaba de parte de mamá, aunque no se le había pedido apoyo. Las relaciones de mamá con papá entraban en la categoría de secretos oficiales. Matilda le escribió a mi madre al África Oriental, pero en ninguna de sus cartas mencionó a Benn y la invitación a la boda no le llegó a mamá hasta febrero, lo que significaba que Matilda quería asegurarse de que no hubiese interferencias por ese lado. Mamá se había burlado con frecuencia de los problemas que Benn tenía con las mujeres. Como Crader que era, había heredado su parte del ingenio familiar, y una vez había dicho: «En el amor, mi hermano es como un hemofílico que se afeita a oscuras con una navaja.» Cuando, finalmente, Matilda informó a mamá de que ella y Benn se habían enamorado y de que la boda navideña había sido hermosa, también dijo que era una bendición especial haberse convertido en la cuñada de tan buena amiga. Hasta mamá, con su debilidad por la adulación, pensó que aquello era excesivo, y cuando me lo refirió por carta, rechazó toda responsabilidad concluyendo: «Nunca se me pasó por la cabeza que una chica como Matilda viese posibilidades de matrimonio con Benn.»

En una larga posdata, mamá comentaba el matrimonio con animadversiones sobre mi relación con el tío y mi tendencia a imitarle. Creía que el tío dependía de

mí. «Te ha atado mediante las emociones —y los engaños— y te ha impedido desarrollar tus ambiciones. Ahora no os veréis con tanta frecuencia y tú también puedes tener la tentación de casarte. Treckie *no* sería la esposa adecuada. Pertenece a la cultura del ácido de Ken Kesey y de toda esa locura que ahora está *passé* y que no quiere reconocerlo. No ha creado *avant garde* alguna, lo que hubiera sido su única excusa. Cuando estuviste aquí, hablaste de una joven llamada Dita Schwartz. Tal vez no te das cuenta de lo mucho que la mencionaste. Evidentemente, a ella le gusta escucharte por el bien de su propia formación. Tú tuviste en París toda clase de oportunidades, mientras que ella no es más que una chica americana y, encima, del Mediooeste, así que tiene todas las de ganar. Esto puede significar, en consecuencia, que tú tienes todas las de perder. Decirle al único hijo que sea prudente provoca, de costumbre, más temeridad. Pero ahora tu tío te necesitará mucho menos que antes...

Esa última afirmación demostraba que ella estaba en Somalia no sólo geográficamente; mentalmente también. El tío no me había necesitado nunca tanto como entonces.

Volviendo atrás brevemente, a fin de situarnos: Matilda había ido a París a recabar información sobre las actividades culturales que tuvieron lugar bajo la ocupación nazi. Estaba interesada especialmente en las grandes figuras como Ernst Junger en el bando alemán y Céline en el francés, junto a Drieu La Rochelle, Brasillach y Ramón Fernández, una lástima que Fernández, un hombre de talento, se aliase a los fascistas literarios. Mamá pudo presentarle a Marguerite Duras —mucho antes de que la Duras se hiciese famosa—, y Matilda pasó semanas enteras tomando notas para su tesis doctoral. Para ser una estudiante graduada, hablaba francés extraordinariamente bien; para ser americana, tenía referencias de primera; era una mujer hermosa y también uno de esos oyentes que dedican toda su atención a quien les habla, el tipo perfecto para un informador locuaz. No se cansaba de recoger información y por ser ella misma algo exaltada, se ganaba la confianza de las personas histéricas que entrevistaba, casi todas ellas criminales con la extraña idea de reconciliar las atrocidades de la guerra con los objetivos más elevados de la civilización francesa. Por ejemplo: para obtener información para la resistencia, uno tenía que acostarse con un colaborador o, cuando mataban a un traidor, uno podía descubrir que, a pesar de todo, le amaba de verdad, de esa manera, lo conseguía todo: pornografía, *douleur* de corazón, amor corrupto, patriotismo y un elegante estilo literario, preservando así la pureza de la cultura francesa. Podrido de arriba abajo. Ninguna persona sensata se dedicaría a ese tema.

Cuando Matilda regresó a su base —su padre era un médico muy importante y muy rico— me buscó y fue a través de mí que Benn llegó a conocerla. Ambos la llevamos a cenar juntos. Él hizo la observación de que era guapa, un comentario objetivo sin ninguna emoción particular. No es posible que haya intentado despistarme. En aquellos momentos, la idea del matrimonio aún no le había penetrado en la cabeza. Era a comienzos del verano y estaba trabajando en sus

líquenes árticos, aliviado por haber dejado atrás las duras experiencias sexuales del año anterior. Ocasionalmente, y evitando complejidades técnicas, me explicaba cómo los líquenes podían nutrirse de la atmósfera a medida que las masas de aire se desplazaban de una zona a otra llevando una mezcla de sustancias nutritivas y tóxicas. Me gustaba verle de nuevo en su trabajo; no sospechaba nada. Él estaba a salvo en medio del verde. No había muchas cosas que pudieran perjudicar a Benn el botánico. El día que la invitamos, Matilda me dijo durante la cena que seguía manteniendo correspondencia con la Duras, aunque había abandonado su investigación. Se había dado cuenta de que estaba fuera de su alcance a menos que estuviese dispuesta a sumergirse en el tema durante cinco o seis años. Deduje que, con anterioridad, debía haber abandonado un cierto número de proyectos semejantes. Llegué a suponer que no necesitaba concluir esas empresas. Su verdadero propósito era la exploración social. Pasaba de los treinta, no se había casado nunca, no era demasiado vieja para tener hijos y lo que estaba buscando era un marido. Nunca se me pasó por la cabeza que aquella brillante y nerviosa afrancesada del Mediooeste pudiese considerar al tío como candidato para el matrimonio. Ahora comprendo que el peso académico del tío y su fama científica le ofrecían una base estable de operaciones. Había corrido mucho, demasiado para casarse impulsivamente como una joven enamorada. En cualquier caso, le había pedido al tío que no me hablase de sus relaciones. Le resultaría embarazoso que tratáramos el asunto entre nosotros. Le horrorizaba pensar que el hombre que amaba hablase de ella. Yo podía ser muy buena persona y era evidente que el tío me adoraba, pero nadie podía negar que yo era un poco raro y notorio por lo enrevesado de mis teorías. Hasta mi madre había sugerido —más que sugerido— que yo era un poco desequilibrado.

—Y en el amor, un hombre debe hacer su propia elección sin que nadie le influya —dijo Matilda al tío—, y seguir sus instintos más profundos.

—Así que no me dije nada —dijiste como admirando su habilidad. No iba a decirle que me había traicionado, que había violado un acuerdo que era el mismo fundamento de nuestra relación. Que estaba indignado.

Bueno, y, ¿qué es eso de una «relación» y su fundamento?

Para decirlo tal como yo lo entiendo y tan brevemente como sea posible, se trata de la monotonía de lo que Swedenborg llamaba «la pura naturaleza»; el aburrimiento del encierro eterno en un círculo fijo, sea cósmico o personal, que nos hace prisioneros. Un mundo fijo de materia y energía, ¿no lo ven? La sabiduría salomónica del «nada nuevo bajo el sol» o de la «recurrencia eterna» —un círculo cerrado, y un círculo cerrado es una cárcel.

Mis padres, con todo mi respeto filial, eran prototipos de círculo cerrado. De ahí la atracción que el tío ejercía sobre mí. Aparentemente, él no estaba dentro de la habitual circunferencia; hacía incursiones en el reino vegetal y, algunas veces, más allá. Pues bien, hicimos un pacto. A un nivel elemental, ninguno de los dos

permitiría que el otro se encaminase hacia un motor que tuviese las aspas en movimiento. Y nuestro hábito, desarrollado a lo largo de los años, era decirnos mutuamente —con una naturalidad liberadora— todo cuanto nos ocurría a cualquier nivel. Para empezar con un ejemplo elemental, el tío me decía:

—No puedo librarme de este *pruritus ani*.

—Prueba baños de seltz.

Pues bien, sorprendan a un Otelo hablando de sus picores.

Pero ya no estamos en el glorioso escenario de las grandes guerras. Empezamos por el extremo opuesto. Sin embargo, sigue siendo el mismo poder humano de penetración, tanto si se empieza *por* arriba como por abajo. La intervención de un Yago lo baja a uno al triste nivel de los monos, pueden contar con ello. Sea como fuere, el tío y yo tratábamos de cubrir entre nosotros todo el espectro de los intereses humanos.

Nosotros, las criaturas, tendríamos que jugar ante el Señor; mientras más elevado sea el juego, más agrada a Dios. Dudo que a Él le puedan interesar mucho los juegos de los mierdas. No me refiero ahora al tipo Yago, sino a la gente que tiene atrofiadas sus potencias imaginativas ordinarias. La tarea de la psicología es explicar y excusar a esos mierdas, pero el Espíritu Santo sabe que las condiciones principales son epistemológicas y metafísicas y se relacionan con la cárcel, con el infierno del círculo cerrado. «Antes de que la tierra fuese creada», dice el libro de los Proverbios, yo estaba con el Señor «formando todas las cosas y me deleitaba cada día jugando ante Él a todas horas, jugando con el mundo. Y hacía mis delicias estar con los hijos de los hombres».

—Tuve que restarle algunas horas al trabajo —dijo el tío retomando sus bien ensayadas racionalizaciones—. La recogía de su clase de baile o después de su psicoanálisis y pasábamos una hora en el invernadero del parque o en el laboratorio de genética de Frankenthaler.

—Lugares en los que nunca os encontraríais conmigo.

—De veras que no pensaba en eso.

—Alguien lo pensaba.

—No tienes por qué sentirte traicionado, Kenneth. O como si yo tuviese tres años y me hubieras pescado jugando con cerillas.

Eso lo encajé bien. Cambié el tono. Me sorprendió la irritación, la vejación, lo volcánico de mi reacción. Me sentí como un padre que hubiese soltado la mano de su hijo y el chico se hubiese lanzado inmediatamente al tráfico para ser arrollado por un camión. Con dolor y furia desproporcionados no era la forma de tratar con el tío. Pero al volver a casa, la participación de boda me había dado un golpe muy fuerte. Reaccioné con una «dignidad» anticuada. *Hice que le llamasen*. Por la secretaria de su departamento, me enteré de su nuevo teléfono y dejé un arrogante mensaje en su contestador automático. Estaba viviendo con sus suegros en el ático dúplex de un edificio recientemente construido en una zona que en esta ciudad pasa por ser un

«elegante barrio antiguo», un conjunto de edificios residenciales, muchos de ellos de un rosa leonado, de modo que cuando el sol les da de frente, recuerdan a los Hijos de la Mañana que gritaban de alegría (alegría por toda la pasta que han amasado). Por el lado de papá, tengo otros tíos que hubiesen encajado bien allí. Sin embargo, aquel tío en particular no tenía nada que hacer en un lugar como ése. Me devolvió la llamada muy pronto. Naturalmente, se había pensado bien mis reacciones, había dedicado muchas horas de insomnio a decidir cómo arreglar el asunto conmigo.

No quise verle en su antiguo piso, justo bajo las habitaciones en las que había muerto Della Bedell. Él fue a mi habitación de la residencia, desnuda y desprovista de comodidades. Mientras le esperaba en mi estropeada butaca, no estaba simplemente disgustado, estaba agresivo, preparando y corrigiendo acusaciones y acorralando al tío en un rincón tras otro de culpabilidad. Por todos los demonios, ¿quieres decirme qué has hecho? ¡Si hubieses pensado que sabías lo que estabas haciendo, no me lo habrías ocultado...! Pero de pronto, me sorprendí aprovechando al máximo aquella oportunidad para vapulear a un hombre que ya tenía bastantes problemas. Cansado del viaje en esos momentos, en una habitación sin alfombras ni cortinas, tal vez las publicaciones rusas que cubrían el suelo me tentaron a adoptar la postura rusa de vivir y dejar vivir. En la Unión Soviética, ésa habría sido una vivienda de lujo... la habitual diversión con las privaciones, jugando con ellas sólo porque mi ánimo estaba por los suelos. La sensación que tenía de mí mismo era la de una figura en un boceto, entre Cruikshank y Rembrandt, flaco, con la cara larga, amarillenta y verdosa (reflejos del canal holandés). La vida moderna agota si uno se la toma en serio, y yo sólo estaba traduciendo la pobreza interior en pobreza exterior debido a que ciertas esperanzas habían sufrido un revés. Si hubiese sido una jovencita, me habría puesto a llorar para aliviarme. Además, esa mañana todo parecía ir mal. Hasta mi aparato de audición se había desconectado y cuando metí el dedo bajo mi pelo largo y le di un golpecito, algo parecido a un bombazo sónico me estalló en la cabeza. Entonces —no sabría decir por qué— me acordé de un viejo chiste sobre un programa de Ed Sullivan. Probablemente no es más que leyenda. Era aquél de una pobre chica espástica. Sullivan había recogido fondos entre el público americano de buen corazón para pagarle la terapia. La chica había recibido tratamiento e iba a mostrar su mejoría en televisión. Para demostrar los progresos realizados y lo bien que coordinaba, Sullivan le entregó un helado de barquillo. Ella le dijo, «gracias, Ed», y cogió el barquillo. Pero en lugar de llevárselo a la boca, se lo metió en un ojo. Un poco de diversión cruel dirigida, no contra los compadecibles espásticos, sino contra mí mismo, contra mi deteriorada audición; una ráfaga de ingenio enfurecido.

Al llegar, el tío confirmó que me veía verde por el cansancio del viaje, tal vez la bilis. Sólo iba a quedarse unos minutos para que yo pudiera dormir. Se quedó bastante rato.

—¿No te pondrías enfermo en Etiopía?

—Ese campo de refugiados no está en Etiopía, está en Somalia, en Tug Wajale. Veo que no recibiste mi postal.

—Ah, sí, la recibí.

Por lo común, el tío no se mantenía al tanto de la política internacional y, desde luego, no sabía lo que Mengistu estaba haciendo en Etiopía. Para empezar, Mengistu era un terrorista. Había hecho asesinar a los hijos adolescentes de sus opositores dejando los cadáveres en las puertas de sus padres. Después de eso, organizó otra clase de infierno. Mientras tanto, allá en el Medio-oeste, el doctor Benn Crader se casaba con Matilda Layamon, la hija de un médico prominente. (Hay sufrimientos y sufrimientos.) Ahora bien, mi objetivo es ser completamente veraz sobre el tío. A menudo le había envidiado su vida en el campo de la ciencia. Estaba envuelto por la Naturaleza. Todo el reino vegetal le servía de atuendo —era su bata, su abrigo—, y eso, para mí, significaba verse fundamentalmente libre de la vileza humana, significaba universalidad. Aun así, el atuendo del tío estaba incompleto, no abotonaba bien. En París, durante un concierto de música rusa moderna, escuché un cuarteto de Shostakovitch, el catorce, que me hizo sentir cuán incompleto era el atuendo del arte. El lecho de estar incompleto lo expone a uno de un modo trágico. El ser humano simplemente no puede abotonarse ahora el atuendo elegido. Los compromisos con sus semejantes tal vez impiden que los artistas puedan abotonarse por completo. Es así como interpreto los gritos de las cuerdas en el catorce, los pasajes rotos, la imposibilidad de concluir o cerrar. ¿Cuántos pueden llegar tan lejos en su trabajo o en sus palabras?

Dejando de lado reflexiones más remotas, el tío no estaba envuelto ese día en la Naturaleza, llevaba un traje a la medida —ochocientos dólares, por lo menos. Y cuando empezó a hablar de Matilda, no era el tipo que podía reclamar un lugar decente entre la más alta jerarquía, era simplemente un arribista<sup>46</sup>. El genio que le había inducido a darle la moneda al traperero por *Great Mother Forest* estaba de permiso o algo así. Lo que Benn decía sobre Matilda era lo que podía leerse en la columna de Ann Landers<sup>47</sup>. Vi cómo estaba luchando, pero en esos momentos me sentía implacable.

—¿Así que amas a esa señora?

—Sí, la quiero de verdad. Es única.

No es que sea cínico en cuanto al amor, todo lo contrario. Quería investigar aquello detenidamente por el bien del amor, para cerciorarme de que el amor del tío era un ejemplo auténtico. Aquel hombre había estado casi comprometido con una señora (Caroline) que llegaba a la ciudad con una maleta llena de vídeos X que luego él veía pasivamente, sin comentarios. Ciertamente tuvo cabeza suficiente para escapar cuando ella lo acorraló; después de todo, resultó que no era tan pasivo, pero yo habría tenido que ser idiota para tragarme lo que decía Matilda. No era que él fuese



incapaz de amar a una mujer o de que estuviese mutilado por esta época mezquina y egoísta. Era que tenía muy poca experiencia. Esa gente, los Layamon, no eran, precisamente, personas de una película de Bing Crosby —las campanas de Santa María o algo así de sentimental.

—Durante todo este tiempo, tú y yo hemos tenido un proyecto, tío.

—¿Lo he olvidado alguna vez? Para mí ha sido la máxima consideración. Pero hay cosas que no puedes consultar con nadie. Imperativos diferentes, eso podrás comprenderlo. ¿Y si hubiese dejado que esta oportunidad se me escapase de las manos sólo porque tú estabas en Etiopía?

Por el momento, era mejor asumir que él respondía con honestidad, de lo contrario me hubiese visto obligado a sospechar que Matilda le había proporcionado las excusas. O estaba realmente entusiasmado o quería creer con toda su alma en lo que estaba diciendo. Esto debe enfatizarse porque el tío poseía la profunda capacidad de saber exactamente lo que sentía. No debía forzarle, por lo tanto, a hipocresías insoportables.

—Bueno, pues si era tan imperativo, está bien, un imperativo es un imperativo. Ahora, dime, ¿has dejado tu antiguo piso?

—Todavía no.

—Así que lo del ático dúplex de los Layamon es sólo una visita.

—Para conocernos mejor. Es su única hija y todo eso.

—Quieren inspeccionarte de cerca.

—¿Para ver lo que Matilda ve en mí? Puede. Yo también los estoy observando.

—Se supone que eres un morfologista genial, pero con las plantas.

—También tengo una cierta intuición con las personas. Contigo, por ejemplo...

No se puede negar algo así, sería demasiado cruel.

Pero si había encontrado la felicidad con Matilda y los Layamon, faltaban algunos signos externos. El traje hecho a medida no le sentaba cómodo. Estaba pálido y sus mejillas estaban cargadas de problemas y dudas. Cuando le examinaba, caía en frases hechas. Y durante un intervalo de silencio, lo que leía en las luces y las sombras de su cara —traducido aproximadamente— fue: no puedes quedarte quieto; hay que hacer algo. Todos tenemos que morir, unos antes que otros y, como hombres condenados, es natural que busquemos la paz —dos seres humanos unidos en el amor y la benevolencia y todo eso. No le gustaba oírme decir que había sufrido abuso sexual, que era una simple víctima de las Della Bedells y Carolines, por no mencionar a las Rajashwaris y a otras señoras del tercer mundo. Nunca le hubiese dicho eso. Muchas causas le habían forzado a buscar refugio en una esposa, del modo en que uno corre a meterse en la fresca iglesia del matrimonio en medio de un tórrido verano sensual de Sicilia.

—Y, ¿no te parece que Matilda es un buen partido? —preguntó.

—¿A mí? Yo no he dicho nada contra ella.

—No puedes negar que es hermosa... Aunque las mujeres delgadas no son tu

tipo. Ahí tienes a Treckie, de estructura contraria. Y tu amiga, Dita Schwartz.

—¿Quién ha dicho que la vida sea un concurso de belleza?

Pero le concedí que Matilda era una mujer muy hermosa. No era su belleza lo que yo cuestionaba, era la tabarra que me estaba dando sobre ella con lo de Edgar Allan Poe —la antigua barca de Nicea en mares perfumados. Demasiada estatua de mármol en nicho de cristal coloreado. Se lo pasé por alto una o dos veces, y luego dije:

—Es contraproducente, Benn. Poe en prosa es un maníaco en cuanto a las mujeres. Además, esa chica con la que se casó, Clemm, nunca llegó a la pubertad. Me estás citando el autor equivocado.

—¿A quién recomendarías en su lugar?

—A William Blake, por ejemplo. «Anublada de plagas, la fúnebre carroza del matrimonio...»

—¿A eso llamas tú apropiado?

—No. Lo retiro. *Je rétracte*. Pero no me has dicho nada de la vida con tus suegros en ese ático tan elegante. ¿Cuántos sirvientes tienen?

—No más de los que tu madre tenía en París.

—Puedes apostar a que éstos cuestan mucho más que los nuestros.

—Tienen una cocinera y una criada para todo: una, polaca; la otra, mexicana. A mí me resulta muy incómodo que me sirvan. De todos modos, nos vamos dentro de unas semanas.

—¿Adónde?

—A Brasil, por una temporada corta.

—¿Otra vez corriendo? Creí que el matrimonio significaba que ibas a establecerte. Y la primera vez que fuiste a Brasil no te gustó.

—¿Que no me guste *todo un país*? Habría que estar muy mal para rechazar un trozo tan grande del continente. De todos modos, debo haberme portado bien allí, porque tengo en pie una invitación para volver.

—Matilda quiere ir —dije.

—Para huir del invierno. Para pasar la luna de miel en un clima cálido.

—También para tenerte dos o tres semanas para ella sola.

No añadí: «para quitarme de en medio».

—Y, además, hay que arreglar el nuevo piso —dijo él— y estaríamos viviendo en un desorden.

—¿Tienes que dejar tu antiguo piso después de veinte años?

—Ha llegado el momento.

—Un cambio en tu posición social. También para alejarte de los fantasmas de las señoras que entretuviste allí.

—Ésas son cosas que no he dicho a nadie más que a ti —dijo el tío.

—No tienes por qué preocuparte, aquí se respetan tus confidencias. ¿Adónde te

mudas?

—A esa enorme comunidad de propietarios, el Roanoke. Una tía vieja de Matilda se lo dejó en su testamento.

—¡El Roanoke! Dieciséis palacios venecianos, uno encima del otro en una pila altísima. Es bastante atrevido, barroco estilo corredores de bolsa de hacia 1910. Como el cielo de los burgueses. Unas veinte habitaciones por piso, ¿no?

—No las he contado. Todavía no he estado allí. De todos modos, nos vamos a Brasil. Podrías quedarte en mi piso y librarte por un tiempo de estas desnudas paredes de residencia.

—Podría regarte las plantas.

—Eso no es justo, Kenneth. Eso lo hace mi asistente.

—Claro. Me he adaptado a esta desolación. A pesar de la música rock de abajo, ésta es mi guarida.

—Sería estupendo que cogieses mi piso. Se quedaría en familia. Me dirás que no puedes pagar el alquiler. Pero voy a echarlo de menos.

Yo observaba al tío con mucha atención. Conocía su cara de arriba abajo. Cuando él se encontraba bien, era como la luna antes de que aterrizásemos en ella; cuando no, su mirada se veía perturbada por una especie de burbujeo o efervescencia y por la hiperactividad de su ojo tumbado, de sus órbitas de diablo que trabajaban y parpadeaban. Lo interpreté como un intento de hacer pasar su delirio por estabilidad. Ahí estaba el significado de las respuestas que él daba a mis preguntas. Lo que yo tenía que determinar era si ese delirio —o llamémoslo mejor, la realidad fantástica— era agradable, desagradable o una mezcla que aún estaba por probar. Por ejemplo, quería que me quedase su piso, ¿pensando en la fuga?

—No puedo mudarme ahora —dije—. Mucho menos a tu antiguo ambiente.

—¿Por la historia de todos los errores que cometí allí? Pero a ti también podría resultarte en un matrimonio feliz.

—No somos exactamente iguales. Tú te las apañabas para conceder igualdad de tiempo a todas las señoras que te lo pedían. Yo no hago eso.

Después de pensarlo un momento, dijo:

—No todo fueron errores. Muchas fueron relaciones humanas importantes. Caroline me gustaba.

—Una mujer que se rellenaba de papeles y se maquillaba toda antes de meterse en la cama contigo.

—Eso es una exageración.

—No he dicho ni una sola palabra que no saliese de ti. Más aún, durante el mismo acto, ella aparecía y se comportaba como si estuviese en la platea de la ópera y tú fueses el tenor protagonista.

—Y, ¿qué me dices de las veces en que ella decía: Eres un ángel? —se atrevió a preguntar el tío.

—Eso tendrás que explicártelo tu mismo. A muchos hombres les tiene sin

cuidado cómo se comporte la mujer, les importa un bledo. Pero tú no eres uno de éstos. De todos modos, Caroline ya no es una opción real. Ahora eres un hombre casado. Felizmente casado, por una especie de milagro, tomando en cuenta lo quisquilloso que eres.

Cuando dije «felizmente casado», me escuchó con atención para cerciorarse de si era eso, en realidad, lo que quería decir, de si aceptaba su propaganda. Puesto que soy un conversador errático, era posible que yo mismo me la hiciese tragar con un poco de incitación por su parte. Trataba de que mis preocupaciones actuasen a su favor.

Pero yo aún no había llegado a ese punto, de ninguna manera.

Dije:

—Así que ahora vives en Parish Place. Es un barrio de lujo. ¿Cómo te sientes allí?

—¿Dónde se siente más fuera de lugar un trotamundos?

—¿En su propio país?

—En su propia ciudad —dijo el tío—. Para los chicos de la calle Jefferson, Parrish Place estaba fuera de sus límites. Teníamos que tomar tres tranvías para llegar allí y ver cómo vivían los ricos.

—Eso era antes de que construyeran esas altísimas residencias de ventanas oscuras.

—Los edificios antiguos aún están intactos: entoldados, porteros. Han agregado vídeo-monitores de seguridad. En los viejos tiempos, cuando saltábamos de los tranvías, los policías no nos quitaban los ojos de encima para asegurarse de que no estropeásemos las cosas y de que no nos orinásemos en el paseo. La mañana después de la boda, al despertar en su habitación, le dije a Matilda: «Esto es todo un acontecimiento para alguien que procede del otro lado de las vías.»

—¿Qué te dijo ella?

—Bueno, me miró con los ojos muy grandes.

Matilda, con su cara delgada, tenía los ojos enormes, tan notables como los ojos del tío —monstruosamente grandes, ojos impresionantes. Benn no estaba equivocado en lo del rostro clásico. A uno le podía gustar o no, pero su belleza era indiscutible.

—¿De qué color son esos ojos? —dije—. Ese loco de Poe dice «pelo de jacinto». El jacinto es una clase de amatista o de zafiro.

Al tío le complació esa señal de interés, quizás un prólogo a la aceptación o a la cordialidad.

—Son de un color liláceo.

—Lila esmerilado. Un lila pálido. Es una mujer de una apariencia extraordinaria —dije.

—Eso de las vías... probablemente lo repetí con más frecuencia de la que debía

y a ella no le gusta que diga cosas extrañas. Mejor dicho, no le gusta oírme decir que las cosas me parecen extrañas.

—¿No le interesa la imaginativa música de tu pasado?

—No hay nada tan imaginativo en el punto de vista de un niño pobre. Ella me lo recordó. «Las vías han desaparecido. Ya no existe un lado malo de las vías.»

—No le interesan las cosas de mucho-tiempo-atrás-y-lejos-muy-lejos.

—Eso es —dijo el tío.

La ciudad es la expresión de la experiencia humana que ella encarna, y eso incluye toda historia personal. Pero a Matilda no le gustaba que el tío mirase atrás y se aferrase al pasado. No era como para llamarla una futurista —aquello del primer Mussolini sobre la era de la máquina y de la alta velocidad—, pero parecía tener una orientación progresista.

El tío estaba sentado en mi incómoda silla de lona con sus macizas rodillas ampliamente separadas.

—Dijo que conocía, por su padre, esos disparates sobre los desaparecidos tranvías. El doctor creció cerca del viejo mercado de hortalizas. «Créeme, amigo —me dijo—, ésta no es la ciudad en la que creciste.» Claro, el viejo Mediooeste urbano se ha terminado. Yo le contesté: «Si buscas lo auténticamente moderno, la ciudad modelo de hoy en día es, probablemente, Beirut.»

Me tomé el trabajo de anotar las conversaciones de Benn sobre su otra vida —la vida Layamon— a medida que se producían y he conservado las notas. Al principio se mostraba reservado, resuelto a causar una determinada impresión; con el tiempo, sin embargo, empezó a dar más detalles en consistencia con su forma de pensar habitual.

Matilda empezó rápidamente a corregirle. Le dijo:

—Te gusta verte como un forastero, como un auténtico recién llegado. Y no es que hayas venido como emigrante, fueron tus padres. Pero tú tienes esa mentalidad de entrepuentes, cargas con todo el número ruso-hebreo-araméo y eso incluye Egipto y el cautiverio de Babilonia. Tratemos de ser un poco más reales. Claro que mis padres tienen aquí un tinglado de lujo. Son propietarios absolutos de este dúplex y cada pocos años lo reforma un decorador por billetes largos. Y, ¿qué? Cuando estabas dando las conferencias en el Hochschule de Zurich y nos hospedamos en el Gran Hotel Dolder, te observé. Con todo y esas colchas de seda y ese lujo y esos oros y esos brillos y un funicular privado para los huéspedes, no te impresionó ni un poquito. Estás tan lejos de los barrios bajos como cualquier otro. Te crees obligado a recordarte que aún eres un niño pobre...

Matilda no estaba completamente equivocada. Se negaba a dejar que el tío se mantuviese distante o que hiciese el paleta: «¡Caray!, no entiendo como viven estos ricos.» Le decía:

—No sigas haciendo el mismo número, Benn.

Y era absolutamente cierto que Benn no se sentía intimidado por el ático de los

Layamon. Vagaba por interminables extensiones de muebles; un ambiente extraño, sí, pero no estaba tan impresionado como la señora Layamon posiblemente esperaba que lo estuviese. No era la diferencia de posición social lo que le impresionaba, ni la idea de clase: «Son burgueses»; su mente no operaba de esa forma. No eran los objetos lo que le molestaba, sino la persistente sensación de encontrarse en una situación falsa. Eso era lo que simbolizaban para él aquellos muebles. Registraba todo eso con el objeto de contármelo, lo desvalorizaba, pero estaba excitado por la novedad de su ambiente. Confesaba que allí tenía que «vivir a la altura» de aquello, es decir, que no salía de su habitación sin bata o sin afeitarse. Ese día llevaba un traje que le había hecho el sastre del doctor, un *tweed* irlandés color de espesa salsa de carne con hilos de verde hierba por todas partes. Por una vez, la tela se adaptaba a sus hombros de modo que la joroba de élitro no sobresalía cuando se abotonaba la chaqueta.

—Es cierto que mis suegros me miran con lupa —confesó.

Yo mismo no puedo llevar esos *tweeds* lanudos que irritan la piel. En pisos con exceso de calefacción, pueden resultar un infierno.

—Todo cuanto intentaba explicarle a Matilda era que de niño yo estaba afuera mirando hacia adentro. De pronto, estoy contemplando la ciudad desde la cumbre, en Parrish Place, mirando hacia abajo desde el piso cincuenta. Y la ciudad está mejor cuando se la mira que cuando se está en ella. Las calles huelen tan mal en todas partes. El agua de las cloacas está baja; es eso lo que las hace fétidas. He desistido de encontrar la calle Jefferson. Todo lo que puedo ver es ese Ecliptic Circle Electronic Tower dominando todos esos kilómetros de cascotes. Y todo el mundo está tan orgulloso de ese edificio.

—Construido en tierra que era nuestra y con la que Vilitzer hizo un montón de dinero —dije.

—Eso dicen siempre los Layamon. Es tema obligado en la cena. En cuanto a ese edificio, les conté una vez cómo nos mudamos allí desde la calle Jefferson y cómo era la vida cuando papá murió y mi madre transformó el lugar en una residencia para ancianos inválidos. Eso me ayudó a pagarme los estudios posgraduados. Y ahora, ese rascacielos de propiedad japonesa se yergue en ese lugar. Esas torres dobles de televisión que emiten programas a toda la región. Pilares de fuego en la noche, como aquellos que veían los hijos de Israel<sup>48</sup>...

—Ése no es el tipo de lenguaje que los Layamon utilizan en la cena —dije.

—No, pero no puedo sentarme ahí y reprimirlo todo. Si lo hiciese, no podría sostener una conversación en absoluto. Parecería tonto.

—¿Cómo podías esperar interesarles, tío, con la visión que tienen de la vida?

—No me digas que no tenemos nada en común. ¿Nada? No puede ser.

—¿En común? Tú y Matilda os casasteis por amor. Eso de partida.

El tío no quiso cuestionar ese comentario. Parecía nervioso. Aún no había

empezado a comprender que al entrar por matrimonio en la familia Layamon, me había llevado consigo. Yo había esperado desarrollar mi personalidad a través de mi relación con Benn. Por el contrario, nos movíamos en direcciones opuestas. Yo no tenía intención de discutir con él ese aspecto de las cosas. No debo aumentar sus problemas: ésa fue mi política durante aquellos días y aun después.

Él dijo:

—A menos que se corran las cortinas, el Electronic Tower te mira desde arriba durante toda la cena. Así que es tema obligado. Yo tengo mi propia relación con él. Les cuento que yo era el manitas de mamá en los cincuenta. En aquel lugar cómodo y destartalado, yo me ocupaba de la caldera de la calefacción. Algunas veces dormía en el sótano.

—Y ahora, en ese espacio está esa enorme construcción y tú te refieres a la extrañeza de la experiencia humana.

—Sí, eso es lo que dije. Yo tenía plantas en muchas de esas habitaciones. Algunos de nuestros inválidos las detestaban, a otros les gustaba tener una gloxínea y algunos tiestos de lirios.

Al tío nunca le sentarían los *tweeds* irlandeses tan bien como le sentaba la «extrañeza de la vida». Matilda objetaba levantando ambas manos y mirando al cielo. «¡Otra vez con la extrañeza!» Esos enormes ojos suyos con frecuencia producían al tío una sensación estremecedora precisamente de esto: de «fuentes incognoscibles». Y esa reacción frecuente estaba definitivamente relacionada con la botánica. Ante una planta que absorbiese su atención, a menudo decía:

—Ahí tienes una existencia curiosa. Trata de concebir esa planta, no como un resultado de la evolución, sino como el invento de alguien. ¿Qué clase de mente soñaría eso?

Cuando me describió la ceremonia de la boda, mencionó que se había realizado cerca del árbol de Navidad de los Layamon. Aunque empolvado con nieve de plástico, el árbol era natural. Al tío no podían engañarle en materia de árboles. Era un bálsamo de Canadá y con esa erizada plantita estableció una especie de relación. Fue como la hermana del novio, lo más cercano a un pariente que tuvo en su boda. Pensándolo bien, era una transferencia significativa, la sangre de sus venas salía hacia el fluido de una conífera. Si Benn cerró los ojos y se balanceó ligeramente mientras él y Matilda eran unidos por el juez, fue porque su imaginación estaba ampliando en la cabeza la epidermis fuertemente cutinizada de las hojas de aguja, las estomas bajo la superficie, la mesofina, las proyecciones trabeculares, los canales de resina, el procambio. Si uno no le conociese bien, podría preguntarse por qué un hombre con tan amplias simpatías hacia un reino diferente de la naturaleza tenía que convertirse en un novio y ofrecerse en matrimonio. La pregunta es justa y tengo que contestarla. Para él, los vínculos humanos tenían una clara prioridad. Si uno se lleva a la cama un árbol de Navidad, éste no responde cuando se le abraza. Olvidemos que las relaciones, también conocidas como enredos humanos, solían ser

melancólicas, inconstantes, caprichosas, demoníacas, calculadoras, sin corazón — todo eso hacía que las afinidades desapasionadas (con las plantas) fuesen más atractivas de lo que debían ser. El tío creía firmemente que la naturaleza tenía un interior y que un jazmín trompeta podía tenerlo de igual modo que un perro; de eso estaba seguro. Piensen en las náuseas que la música provocaba a Darwin; o en Mathew Arnold, con sus tres cuartas partes congeladas; o en M. Yermelov insistiéndome en que hay en cada uno de nosotros un pequeño glaciar que pide ser descongelado. Llevando un glaciar así en el pecho, uno puede sentirse atraído por las savias de la flora. El tío lo decía con frecuencia. La savia es una tentación porque no tiene pasión. ¿Qué exigencias puede hacerte? Limitadas. La sangre está cargada de anhelos. La sangre roja es egotista, tiene poderes terribles, impulsos y deseos perversos y extraños deseos que exigen purgación. La sangre es aquello en lo que habita el Yo. Uno de los factores de la «extrañeza» del tío era mantener los diferentes reinos en equilibrio. Supongamos que los contenidos vitales se vierten en la personalidad y tienen que ser asimilados. Debe haber algo dentro que realice ese trabajo. Era por eso por lo que el tío ponía un énfasis especial en lo «extraño». Con el tiempo, dejó de repetirlo cuando vio que ponía a Matilda de malhumor.

—Así que el arbolito te dio las fuerzas para soportarlo.

—Había una turba en la recepción: doctores, abogados, agentes de bolsa, constructores, gente de la prensa, políticos.

—¿Invitaste al tío Vilitzer?

—Naturalmente, estaba en la lista de invitados y fue una especie de estrella ausente. Por lo que a la gente se refería, era la boda de Matilda L. con el sobrino del jefe Vilitzer. El maldito Electronic, al otro lado del distrito del centro, se fue acercando sigilosamente hacia nosotros hasta que pareció estar en la calle de enfrente. Al oscurecer, cuando lo encienden, se suelta y flota hacia Parrish Place.

—El padre de Matilda, el médico, parece estar también en política —dije.

—Es un hombre poderoso. —El tío tenía un concepto elevado de sus suegros. Estaba impresionado, entusiasmado. Ellos lo estaban presentando en sociedad como si fuese una debutante. El doctor Layamon pertenecía a la gran red de influencias de la ciudad. Se relacionaba con los agentes del poder. Algunos eran amigos suyos—. Las relaciones del doctor son fantásticas. No pongas esa cara de escepticismo, Kenneth.

—¿Quién, yo? No tengo ni una pizca de escepticismo. Leo los periódicos. Probablemente, estoy más al tanto que tú, tío. Si no siguiese las noticias de Wall Street, los deportes, la televisión, Washington y el escenario político desde aquí mismo, no podría comprender mi propia asignatura. —Quería decir, el San Petersburgo de Blok y Bely en 1913. Y sus preocupaciones: la oscuridad satánica, el abismo del Anticristo, las horribles islas de tristeza, hielo y granito; el inminente Juicio Terrible, los crímenes de Immanuel Kant contra la conciencia humana y todo



lo demás. Tengo un gran interés por seguir el curso de la América triunfante. El complejo dinero-y-poder del doctor no me sorprendía en absoluto.

—Está bien, tío —dije—. Quieres que capte tu nueva situación. La capto. Te has casado con una mujer hermosa que tiene unos padres ricos de elevada posición. Te montaron una recepción de todos los demonios. Pero no te sentiste exactamente en casa con todo su bombo, así que te aferraste al árbol de Navidad.

—Cuando te hago una confesión, se entiende que no la volverás contra mí. En cuanto a la parte rica del asunto, no te equivoques, los Layamon no piensan soltar la pasta. Tenían planeado el presupuesto de la boda hasta el último centavo.

—Todo lo que tienes que hacer es vivir un poco más que los viejos. Ya llevas los mejores *tweeds* de la ciudad y una corbata de verdad, no uno de esos trapos de cuarto de máquinas.

Hubo un intervalo de silencio mientras ambas partes consideraban cómo entenderse mejor. Durante un rato, nuestros ojos quedaron cautivados por la exhibición de nevada que ofrecía el invierno. Copo a copo, las partículas blancas hacían todo lo acrobáticamente posible; los copos más grandes sugerían la tormenta astral de uno de los cielos nocturnos de Van Gogh.

—¿De verdad esperabas que el viejo Vilitzer fuese a la boda?

—Pensé que podía darle un voto de confianza para variar. No es que le echase de menos.

—Te tiene por un científico mentecato y por eso te ha repudiado. Tu mayor preocupación es eso que le da el color verde al césped. Imagino que es ése el argumento que utilizaría un tipo de esa índole para repudiarte.

—No creo que me haya repudiado personalmente. No nos ha perdonado por demandarle. Ahora tengo un hecho más que contarte.

—¿Sí?

—El juez que nos casó, bueno, era el mismo juez del pleito, ¡el mismo juez!

Ante eso, mis piernas se cayeron de la extensión de la butaca y me incorporé y volví la cabeza para oír mejor.

—Eso no puede ser, tío Benn, debes haber entendido mal.

—No. Puedes creerme. El mismo tipo. El juez Chetnik.

—¿Estás seguro? ¿Uno de los jueces de las cuadras de Vilitzer? ¿Le reconociste?

—Olvidas que yo estaba en Assam y nunca fui al juicio. Pero el nombre era Amador Chetnik. No habría olvidado algo así.

—¿Lo descubriste antes o después que hubiese atado el nudo? ¿Estuvo amable?

—Esa gente siempre es superamable sin importarle lo que ha hecho o lo que está a punto de hacer —dijo Benn—. Estaba pomposo. Una cara vulgar: especialmente la nariz, desfigurada, pero por más toscos que se vean, todos ellos tienen modales suaves.

—¿Conocían tus suegros el asunto?

—Bueno, no estoy seguro. Todo lo que puedo suponer, siendo justo con las partes, es que no relacionaron el nombre con el hecho. Me gustaría estar en situación de hacer una conjetura probable.

—Bueno, si me dejas a mí, tío, yo diría que al menos tu suegro lo sabía.

—¿Es ésa la manera de empezar una época de cordialidad?

—Puede que su intención fuese velar por tus intereses desde una amplia perspectiva. No podemos adivinar las interioridades del asunto. Aun así, no se me ocurre otra forma de encajar las piezas. De hecho, el hombre falló contra vosotros, y a ti y a mi madre se os birló una gran cantidad de dinero. Era un caso arreglado. Mamá lo supo de muy buena tinta. El término legal para eso es cohecho. Si fue eso lo que ocurrió, ¿cómo te explicas que estuviese dispuesto a realizar la ceremonia? ¿Nada de hostilidad? ¿Nada personal? ¿Sólo la forma en que las cosas se han hecho siempre en esta ciudad?

—No estoy, precisamente, en situación de interpretarlo. Comprendo que tendré que hablar de esto con Matilda más adelante.

—Si lo sabía su padre, ¿no lo sabría también ella?

Aunque eso tenía que decirse y debía esperarse, el tío parecía febril, inquieto. Se estiró la correa elástica de su reloj, luego tiró de la manga hasta cubrirlo. Murmuró entre dientes: «Burocrático.»

¿Era burocrático mirar la hora? Pero quedarse bruscamente clavado en una sola palabra sí que era el tío Benn en su quintaesencia. Lo que demostraba que, en el fondo, él se daba cuenta de los hechos reales. Dijo:

—Antes de que pueda sacar temas desagradables, ella y yo necesitamos poner en orden la parte agradable del matrimonio. Antes hay que establecer buena voluntad.

—Espero que sepas cuidarte —dije sin creerlo—. Bueno, esperemos que eso de Chetnik no obedezca al concepto que tiene el doctor de lo que es una broma.

—El doctor es, en efecto, una especie de humorista. No es un tipo fácil, en absoluto. Pero puede que eso tenga un significado tácito que aún no podemos ver. Una especie de reparación de la valla<sup>49</sup>.

—Espero que no sea la clase de valla que el abuelo de Stravinski estaba trepando cuando se rompió el cuello.

El tío no se encontraba del todo bien. Estaba bajo influencias extrañas. El blanco de los ojos tenía un tinte de medicamento. Al convertirse en el marido de esa mujer elegante y extraordinariamente deseable —como una fotografía de *Vogue*— estaba entusiasmado, como ante un desafío. Era ambicioso, reclamaba poderes que no habían sido convocados nunca antes y quería que yo comprendiese que él era capaz de mantenerse firme contra aquellas influencias. Le ayudé pidiéndole que me describiese la recepción.

—Supongo que había más de cien personas. Una empresa de primera preparó el

banquetazo.

—Bastante concurrencia. Para la ciudad, debe haber sido un enigma durante mucho tiempo con quién se casaría Matilda a la larga y la gente sólo fue a ver cómo era el tipo. Una muñeca tan delicada...

—Con bastante experiencia. Una mujer moderna con más de treinta años, ¿qué se podía esperar?

—Bueno, derrotaste a todo el equipo, así que algo debes tener.

El tío bajó la cabeza para ocultar su sonrisa —con la sombra de la tristeza en ella.

—En la fiesta, deben haber estado antiguos amigos. Me di cuenta de eso.

—¿Y la novia?

—Llevaba una cosa larga, verde con reflejos dorados, y la cara blanca con reflejos dorados también. Estaba en toda su potencia. Contra...

—Bien, ¿contra qué?

—Un fondo de dudas, probablemente. Es natural que una mujer las tenga en un caso como el mío.

—No veo por qué. Es una señora inteligente. Las señoras inteligentes nunca pierden los nervios. Puede que tiemblen, pero son resueltas. Supongo que los padres estarían contentos, ¿verdad?

El tío dijo:

—No creo que tengan mucho contra mí. El padre sí que habla de los matrimonios que ella pudo haber hecho y no puedo engañarme a mí mismo suponiendo que yo era el marido que deseaban.

—Vamos, tío, sueñas como Jean Austen con tus matrimonios.

En lo que respecta al período histórico, marcaste el número equivocado. ¿Por qué no cuelgas y vuelves a marcar?

—Es la actitud de los padres. Me pediste que la describiese.

Bueno, la boda había quedado atrás, pero la magnificencia continuaba y allí estaba el tío en aquella fantasía de opulencia, vagando cada mañana por las largas habitaciones de alfombras persas y cortinas de diseño, gabinetes iluminados de Wedgwood y Baccarat y pinturas *schlock* del siglo XVIII de personajes no identificados —y yo diría que no circuncidados— de Austria o de Italia. ¡Eso sí que estaba fuera de lugar! Y el tío estaba tal vez más desplazado que los individuos de esos retratos, adquiridos por compra. Por sensaciones, de todos modos, a juzgar por lo que contaba del «estilo de vida» de los Layamon.

—No puedes imaginarte lo gruesas que son las toallas de baño —dijo con la intensidad propia de una confidencia— y la fuerza de los grifos. Todos los asientos de los inodoros están tapizados, asientos de plástico rellenos. Los gabinetes de la cocina son color canela con un borde rojo y hay un foco de luz sobre el bloc de notas.

—¿Dices que la cocinera es polaca?

—Una persona decente, con sentido común. No sabe mucho inglés. Y la mujer mexicana tiene un marido que atendió el bar en la recepción.

Benn no se sentía cómodo con sirvientes. Le pesaba estarse sin hacer nada o leyendo mientras ellos trabajaban. Cualquiera persona bien informada, al presionarla para que defina «burgués» y «posburgués», dirá que «burgués» implica una clase de sirvientes. Pero a los Layamon no les importaba mucho lo que eran. Tenían pasta y no escatimaban, eran pródigos, al menos con el Baccarat y con la decoración interior. Estaban pensando, sin duda alguna, en un buen partido para su única hija. —Olvidemos mi broma sobre Jane Austen y los comentarios del tío sobre la gente que ignora a Balzac y que no habla, por lo tanto, el mismo lenguaje que los lectores cultos. Básicamente, él ni siquiera deseaba lo que deseaban ellos: el dinero—. Ellos no tendrían suficiente ni con todos los billetes necesarios para llenar el Gran Cañón. A él le satisfacía la morfología de las plantas. Entonces, ¿cómo iban a comprenderme? A mi modo de ver, él era, simplemente, el último problema que la hija les había llevado a casa.

Tratarían de hacerle encajar en sus vidas si al menos mantenía la boca cerrada.

—¿Cómo se portan contigo? —dijo yo.

—De un modo absolutamente amistoso. La señora Layamon es reservada, pero correcta. Bueno, es considerada. Pero recuerda, ella sólo me lleva ocho años, tiene casi la misma edad que tu madre. En vez de yerno, podría ser su hermano. No espero que demuestre afecto hasta asegurarse de que saldrá bien.

—¿Y el doctor Layamon?

—El doctor se muestra afectuoso, pero en él, eso es más bien cosa de estilo personal.

—Tienen que analizar tu mente. Eso es natural. Al mismo tiempo, no es nada agradable.

—Yo no diría que es desagradable. Su conversación no es la que yo acostumbro. Tengo que prepararme para eso y si no hojeara el *Times* o el *Wall Street Journal* tendría que sentarme ahí a tragar sin nada que decir. Afortunadamente, no tengo que hablar mucho porque el doctor es un gran parlanchín. ¡Cómo habla! Gracias a Dios que habla tanto. Sobre la clínica privada de la que es socio principal, sobre el hospital, sobre los pacientes que son tan importantes: promotores, banqueros, expertos en *junk bond*, «green mail raiders», por cierto, ¿qué son éstos?<sup>50</sup>. Matilda se mantiene a la expectativa y me cubre. Tiene eso que siempre llamas «distancia irónica» con sus padres y me está enseñando cómo sentirme divertido y no oprimido. Pero estoy adquiriendo conocimientos. ¡Qué país éste! Debí haber sabido estas cosas hace tiempo.

—Tío, si estuviese en tu lugar, antes que nada trataría de averiguar por qué trajeron a ese juez corrupto para que te casara. Me gustaría hablar de eso con Fishl Vilitzer.

—Dudo que su padre le dijese algo sobre jueces. No quiere ni verle.

—Pero no hay mucho que valga la pena saber del viejo que Fishl no sepa. Habiendo invitado al tío Viltzer, no habrás invitado a tu primo, eso se supone.

La justificación del tío para todo era que se estaba educando en una nueva rama del conocimiento y la «educación» podía reconciliarse con casi cualquier especie de abuso. Creo que el doctor Layamon lo descubrió intuitivamente y exhibió de inmediato sus inclinaciones y sus potencias confundiendo, hasta cierto punto, la cortés y atenta «experiencia de aprendizaje» con la inercia o la sumisión. Layamon era, a su modo, un hombre listo y agresivo. Tenía mucho que exhibir. Fíjense en el cuadro: un ático dúplex de doce habitaciones; una residencia de invierno en Palm Springs. Entre los conocidos y compañeros de golf del doctor estaban Bob Hope y el presidente Ford. Norman Lear había invitado a los Layamon a cenar. Matilda, ligeramente sarcástica al respecto, dijo que el doctor se había visto obligado a dar una contribución a la Unión de Libertades Civiles. «Como soborno.» Aun así, era un contacto espectacular. Tilda, por lo tanto, hubiera podido elegir marido en cualquiera de esas esferas. Según el doctor, le había dado calabazas al *ancorman* de una cadena de televisión nacional, luego a un tipo que ahora estaba en el Tribunal Federal de Apelaciones y además, a un genio en la asesoría de impuestos que había sido consultado por Richard Nixon. La lista era bastante larga.

La señora Layamon, al aceptarle a prueba, ofreció a Benn toda su cortesía formal. El doctor era más afable con su yerno y yo le veía más problemático. Físicamente, era enjuto, delgado, de movimientos más mecánicos que orgánicos, de construcción plana, casi bidimensional, de hombros amplios, con un toque febril en su color, casi hipertenso, con una movilidad y una inteligencia perentorias en la expresión de su rostro y con una tendencia a apabullar en la conversación, casi como si estuviera sometiendo a uno al interrogatorio previo al juicio. Tenía la boca fina y parlanchina y cuando no hablaba, tenía a veces una apariencia de violenta tensión, como un actor en un drama de Bernard Shaw que se ve obligado a escuchar brevemente al otro, pero que está pensando en la forma en que habrá de cortarle al cabo de un minuto.

—Lo suyo es sacarte la grasa a golpes —dijo Benn—. Se enorgullece de ser recto, aun en lo referente a su hija. Dice que quiere informarme. Es una cuestión ética. Su responsabilidad hacia su hija está terminando, la mía empieza; es justo, por lo tanto, que se sincere conmigo. Matilda sabe que lo está haciendo y lo tolera porque comprende los principios de su padre, su sistema de honor. Todo por delante. No debe haber sorpresas desagradables más tarde ni ocasión de reproches.

Era perfectamente correcto que Benn compartiese aquello conmigo. El tío dijo que ni siquiera podría entender los fenómenos —la lógica del doctor y su sinceridad— hasta que los describiese. Así que por eso los sometía a mi juicio. Benn daba la impresión de estar contento con su nueva familia, orgulloso de ellos. Esa gente tan interesante y bien colocada le tomaba en serio, le daba la bienvenida a su círculo, le

invitaba a participar de sus fascinantes vidas.

Él y el doctor habían tenido varias conversaciones privadas de hombre a hombre. Había, o había habido, un constructor de Texas que había volado desde Houston en su *jet* privado sólo para llevarla a cenar. ¿Y qué pasó? Que en aquellos momentos ella estaba liada con un macho croata que necesitaba una tarjeta de residencia y prefirió a ese loco inmigrante ilegal. ¿Cómo se entiende? Algo debe haber tenido que el tío del sombrero no podía igualar. Pero es que Matilda atraía naturalmente a los hombres. Hay que considerar sus cualidades —no sólo su figura, sino su gusto en el vestir—. Sustituye a la naturaleza por el Cajero: tienes en tu poder una bomba atómica de belleza y en lugar de una estúpida superpotencia, eres una mujer brillante e independiente. Al principio, ella no se daba cuenta. No tenía por qué deambular por París con toda aquella chusma de la posguerra. Esa chica tenía suficiente inteligencia para ser el más alto ejecutivo de una empresa de *blue-chip*. Con su mentalidad, uno podría dirigir la NASA. Cuando Mórdale se anunció como candidato a la Presidencia ella le envió un anteproyecto de campaña y si él hubiese sido lo suficientemente inteligente como para darle la dirección, ahora podría estar en la Casa Blanca. Su cabeza es como un banco de datos y sólo la ha utilizado para buscarse problemas personales; para sus padres, una migraña que había durado más de tres décadas. Por si la educación superior le ofrecía menos problemas en los que meterse, la enviaron a las mejores instituciones. El resultado es que tiene más grados que un termómetro; todos inútiles, mierda. Fue admitida a las escuelas de Derecho de Harvard y de Yale, pero prefirió aventuras croatas, hablar francés a toda velocidad y escribir ese libro que nunca terminó. Toda la noche en vela golpeando su minúscula máquina de escribir en la madrugada y saturando las cortinas de tabaco y de porros. Y de paso, ¿qué pensaba el sobrino de Benn de su francés?

El marco de todo ese modelo libre de conversación era la jactancia. Primero, el doctor se jactaba de sí mismo, de su fortuna, de sus contactos y luego se jactaba de su hija. Echaba jactancia a raudales. Cuando la corriente se ponía demasiado fuerte, perdía temporalmente el control. Volvía a su hija y empezaba a quejarse de ella. Desde la infancia —¡qué demonios!, ¡desde su nacimiento!— ella era exigente, veleidosa, terca, enojadiza, quejumbrosa e intrigante. En el bachillerato ya era bastante mala, pero cuando la enviaron a Vassar se lió con *punks* de la ciudad en Poughkeepsie e hizo todas esas cosas que se leen en la prensa —por prensa quería decir el *National Enquirer* y otras publicaciones sensacionalistas—. Podría jurar que en Italia se habría unido a las Brigadas Rojas. La gente normal como tú y como yo no podemos ni imaginar la clase de actividades sexuales que tenían. Nosotros nunca combinamos el sexo con el LSD. Mientras que los jóvenes apenas empiezan a tener visiones cuando llevan dos horas con el ácido. Era así como los asesinos de Manson practicaban en un saco los apuñalamientos y los sacrificios humanos. Parece que

también los Gobiernos están en eso y es así como un turco tipo Manson dispara contra el Papa. Bueno, volviendo a Tilda, gracias a Dios que finalmente ha dejado todo eso atrás. Cuando digo atrás, no estoy haciendo un chiste de doble sentido. Sólo soy franco. Al elegirte a ti demostró que por fin quería estabilizar su vida. Por fin. Así que Dios los bendiga y buena suerte.

Ésa no era la conversación que Benn y yo debíamos haber tenido allí, en la residencia, en semejante ocasión. La charla del doctor, aunque era divertida, también era insidiosa. Inyectaba temores. Benn tenía que haberme descrito su gozo, radiante de felicidad, o, si la «felicidad» resulta algo demasiado romántico para estos tiempos de angustia, al menos radiante de madura satisfacción. Benn y yo hubiésemos podido reírnos de la forma en que se sacó de encima a su escéptico sobrino y luego vendrían unas copas y las felicitaciones/Sólo que ya estoy harto de ver a gente de gran valía cagarla en su vida práctica para satisfacción de los vulgares./Pero no, la gente de calidad siempre está metida hasta las rodillas en la basura de su vida personal. Qué, ¿el tío también? Pero tal vez me amargaba prematuramente, adelantaba conclusiones.

Mis pensamientos privados: Swedenborg separaba estrictamente el Bien del Mal, el Cielo del Infierno. La visión de William Blake era que el bien y el mal estaban mezclados. Su radical declaración al respecto puede encontrarse en *El matrimonio del cielo y la tierra*. El angelismo conyugal no es lo que generalmente experimentamos nosotros, las criaturas. En cualquier caso, yo no estaba dispuesto a darme por vencido con el tío en base a aquella primera evidencia. Ni se rendía él, de ninguna manera. Después de todo, había hecho bien en casarse, en librarse de la tiranía del abuso sexual. Era demasiado pronto para juzgar a Matilda —a pesar del doctor— y tal vez nunca llegaría ese momento. Como dijo algún sabio romano —tal vez Cato—: «Sólo el marido, el hombre que lleva el zapato, puede decir dónde le hace daño.»

Mientras tanto, en unas cuantas sesiones, el tío me dio una versión más completa sobre el juicio ambivalente del doctor Layamon sobre su hija. Layamon no podía resistir la doble tentación de jactarse de ella y de echarla por tierra después. Alababa a su madre, se alababa a sí mismo, tenía buenas cosas que decir sobre Benn. Entonces se desquiciaba un poco. Su fluidez era embriagante y empezaba a soltar halagos que no tenían una referencia específica, como un virtuoso que tocara todas las variaciones posibles cruzando las manos sobre el teclado, cabeza abajo, con los hombros en el respaldo de la silla, como el Mozart borracho que entretenía a las furcias con sus trucos en aquella película. Las fanfarronadas, las diatribas y las quejas seguían los movimientos internos del carácter y de la manera de pensar del doctor, y a la larga se veía surgir la realidad —un cierto tipo de realidad— del modo en que los granos de arena siguen al viento en ondas y forman dunas y desiertos ondulados. Antes de que uno se lo esperara, antes de que él mismo pudiera darse cuenta, el doctor, ese individuo de edad, elegantemente vestido, se encontraba

haciendo confidencias, profesando amor y admiración, haciéndose superíntimo, acercando a Benn con su brazo a medida que hablaba. Era muy físico con la gente. Le ponía a uno la mano en la rodilla, le cogía las mejillas, le ponía la mano en el hombro. Tocaba todos los instrumentos emotivos de la banda. No se podía, sin embargo, confiar en la música. De repente, un ruido estrepitoso rompía la melodía. Alababa a Benn por su eminencia en botánica. Y luego decía: «¡Qué pena que no te corrigiesen esos dientes que te sobresalen!» O: «Llevas una camisa demasiado apretada, o es que tu pectoral mayor está subdesarrollado; en otras palabras, tetas grandes.» En la cena, cuando el doctor pasaba por detrás de Benn tomándose su tiempo, el tío no podía dudar de que le estaba inspeccionando su punto de calvicie. Y cuando en el club utilizaron unos orinales de los antiguos, el doctor puso la mejilla en el tabique y miró a través de sus caídas gafas para ver cómo tenía el tío lo que le colgaba. Su comentario fue: «El equipo de extinción de incendios parece adecuado, a pesar de todo.»

Benn quedó lo suficientemente turbado como para comentarlo con Matilda que se rió a carcajadas. Ella le dijo:

—Me di cuenta de que te seguía muy rápidamente a los lavabos. —Un poco más seria, añadió—: Los genitales son una fijación común entre los médicos. Así que muchos están obsesionados con las herramientas de los hombres y con las cosas de las mujeres.

Benn se preguntaba: «¿Será así? Ésa era una de las cosas con que Matilda le fascinaba: puntos de vista inesperados, nuevos horizontes. Además, le daba a Matilda la satisfacción de hacer comentarios y frases ingeniosas, memorables, como las debe hacer una criatura estupenda.

—¿Cómo son los botánicos en ese sentido? —le preguntó.

—Es cierto que los órganos reproductivos de las plantas tienen nombres ginecológicos, pero algunos de nosotros nos preguntamos si esa proyección no será engañosa.

—Papá tiene curiosidad sobre mi sexualidad. ¿Te ha preguntado cómo soy en la cama?

—No, todavía no.

—Siempre he sido el canal de sus fantasías turbias.

Las ocurrencias rápidas eran su estilo. Su inteligencia complacía a Benn y lo que más le intrigaba era el aspecto sexual de esa inteligencia. Puede haber pensado que se casaba para librarse de distracciones perjudiciales —riesgos de salud, abusos. Yo tenía una opinión diferente. El tío se había metido en el movimiento del «nuevo modo de experiencia» que mencioné anteriormente. Se sentía compelido a explorar materias camales. En aquello había algo especialmente patético, puesto que era un hombre que verdaderamente tenía algo que hacer que no fuese a causar problemas a los demás, como parece ser la razón por la que exclusivamente estamos aquí tantos



de nosotros. Él era una persona noble, íntegra y apasionada. La cuestión era si valoraba sus propios talentos y si por ellos sería capaz de defenderse a sí mismo. La defensa propia ni siquiera constituía la principal consideración para un individuo como él. La autopreservación darwiniana me parece una ideología vulgar. Sus principales exponentes son sádicos que siempre están diciendo que para el bien de la especie y en conformidad con la ley de la naturaleza, tienen que cargarse a los espíritus amables que se encuentran en el camino de la vida.

El comentario del doctor en el lavabo escoció a Benn y a Matilda, en vez de teorizar sobre las fijaciones de los médicos, debía haberle dicho unas palabras de consuelo y apoyo. La Elena de Edgar Allan Poe, desde su nicho, no tenía nada que decir. La representante de la belleza era muda, una estupenda ventaja para un sensible devoto de las figuras clásicas. Especialmente, si el devoto tiene planes de correr en la gran maratón moderna del sexo.

Yo recurro al tío buscando la guía del maestro y, ¿qué es lo que me da? Me da vulnerabilidad en un campo en el que mi padre obtuvo los mayores triunfos. Todo lo que puedo hacer ahora es tratar el fenómeno Layamon como un lapso, predecible, venial y que requiere paciencia. (Y la paciencia no es mi punto fuerte.) Si lo que yo necesitaba eran clases de maestría erótica, no tenía que haber venido a los Estados Unidos. Podía haberlas recibido de mi padre. En ese apartado, un americano encuentra sus mayores ventajas en Europa. De todos modos, no importuné a Benn con mis opiniones. Al final, él me lo diría todo voluntariamente. Una vez empezaba, ya no era capaz de ocultarme nada. Hasta predije que me llamaría por teléfono a media noche para agregar alguna trivialidad al dossier. Así que no pude estar mejor informado.

Benn insistía y repetía:

—Soy feliz con esta mujer.

—Muy bien. Me alegro mucho por ti.

Lo que le había dicho a Benn sobre Treckie ahora se aplicaba a él: el poder de la declaración repetida. Uno anuncia lo que va a hacer. Luego lo hace. Entonces lo publica. Al fin, se convierte en un hecho. En el lenguaje de los abogados es cosa juzgada.<sup>51</sup>

Mientras tanto, el doctor martillaba sobre Benn y no había nadie que le hiciera de escudo al pobre tipo.

—Tú eres un científico de primer orden y yo soy un médico experimentado. No sólo podemos hablarnos libremente, sino que debemos hacerlo. Las mujeres no lo harán nunca. Es importante que lo hagamos nosotros. Tú quieres a Matilda.

—Claro que sí.

—Por supuesto. Te veo como un follador que al final tuvo cabeza suficiente para dejar la caza. Tal vez un día me cuentes de las mujeres a las que les metiste los goles.

La difunta Della Bedell con su bombilla.

—Mi hija te montará una vida ideal para tus últimos años. Es capaz de actuar como una auténtica perra, pero sus perrerías obrarán a tu favor. ¿Qué más puedes pedir? Ahora toca la luna de miel. Vais a pasar unas estupendas vacaciones en Brasil. Deja que te pregunte: ¿Hay alguna razón particular para que no quisieras volver? ¿Hay alguna mujer en Río que pudiese montar un escándalo?

—No, no tengo que hablar con nadie en Brasil que tenga mis intereses especiales.

El doctor dijo:

—Puede hacernos bien intercambiar opiniones. Puedes decirme lo que piensas. Tenemos intereses en común. Unamos nuestros dolores de cabeza. Es lo más inteligente que podemos hacer.

—Se lo agradezco —contestó el tío sin convicción. Lo que había dicho el doctor sobre los últimos años, lo había angustiado. Recién casado, volvía a empezar una nueva vida y el doctor Layamon ya suponía su decadencia. ¿Había visto señales? ¿Hablaban en sentido general o de diagnóstico? ¿Se refería a una apoplejía? ¿A la enfermedad de Alzheimer? ¿A la impotencia?

—Matilda dice que la vida por todo lo alto te hace hablar del otro lado de las vías. ¿De qué lado crees que vengo yo?

El problema no era la opulencia, el baño Jacuzzi, la vajilla Rosenthal, los artículos de baño de carey. La Matilda del ático era muy diferente a la mujer que él había cortejado. Durante el noviazgo, él la había creído madrugadora, pero luego, en su propia habitación, dormía hasta muy tarde. Nunca salía de la cama antes de las once. Él mataba el tiempo esperando que ella se levantara. Se encontraba con el repartidor de periódicos en la puerta y leía el *Wall Street Journal* en la cocina hasta que llegaba la cocinera polaca. Entonces vagaba por la sala de exhibición de muebles y, mientras duró el árbol de Navidad, se sentaba junto a él con su periódico. Luego, buscaba las flores cortadas. La señora Layamon tenía tiestos de plantas en su gabinete. La entrada en aquella habitación le estaba prohibida.

—De vez en cuando miro su azalea.

—¿Qué hace ella en ese gabinete?

—Escribe notas, concierta sus citas, ordena la comida y graba poemas para pacientes de las clínicas de reposo.

—Puede ser útil —dijo.

—A ellos les sienta bien ponerse unos auriculares y escuchar a Robert Frost.

—O a William Blake.

Me imaginaba a los moribundos prisioneros de la televisión. Debía ser mejor para ellos escuchar las palabras de los Salmos. Recitados del Libro de los proverbios, del Eclesiastés, extractos de Shakespeare, *Cantos de la experiencia*, mientras los iban trenzando en el telar de la eternidad.

—¿Qué les lee?

—Se lo preguntaré a Matilda. La señora Layamon tiene en su gabinete una azalea hermosa de verdad. Obra maravillas en mí. Quiero decir, que cuando las cosas se ponen feas, me pongo en la puerta a mirarla. Una de las curiosas normas de esa casa es que nadie entra en ese gabinete privado.

Cuando dijo lo de la azalea, un giro de su mirada alteró todo su rostro, nuevamente una peculiaridad fisonómica de una de esas naturalezas apasionadas que anhelaban encontrar y ver lo que tal vez no existe en esta tierra. Así lo expresó Blok, el poeta ruso, en un caso similar. También observó que, en esas personas, un ojo — generalmente el izquierdo— es más pequeño que el otro. (Las curvas del ocho no son de tamaño idéntico.) Tal hambre de ver dura toda la vida, hasta la tumba, quizá más allá. Por esas señales, yo entendía que el Ciudadano de la Eternidad no está desconectado de sus fuentes interiores. Aun no podía entender por qué el tío Benn necesitaba estar en ese sitio, en el ático de los Layamon, como no entendía a los montes chinos, a los bosques indios, a las selvas amazónicas que solían llevarse cuando le perdía durante meses.

Pero allí estaba. Esperaba que Matilda se levantara y leía periódicos. Que me aspen si entiendo qué sacaba en claro de aquellos Gadafis, Imeldas y Waldheims, o de los trillones presupuestarios de Washington. La única incuestionable afinidad que tenía en ese lugar, era con la azalea que estaba a sólo 2.5 metros de distancia. La otra afinidad, con Matilda, estaba —eso esperábamos— en sus estadios de formación. Ella necesitaba ahora dormir y había que tolerárselo. Él procuraba no molestarla y por eso colgaba los pantalones en la puerta del baño para que el tintineo de las llaves y las monedas no la alcanzasen. Durante toda la mañana, la cocinera cocinaba, la limpiadora limpiaba, la señora Layamon grababa a Marianne Moore o a Wallace Stevens, y Matilda, en su habitación de soltera, yacía envuelta en su edredón de seda. Mientras dormía, sólo podía verse su perfil; la criatura de la fortuna purificada, al fin, para el descanso total. Después de mucha agitación, de desafíos, de vagabundeos pródigos o neuróticos, se había reconciliado con su hogar. Era aquí donde entraba el tío Benn. El matrimonio con B. Crader la había restablecido. Encontró la paz. Reasumió su modo de vida anterior y sus privilegios, sean los que fueren. Dormía. Era una durmiente extravagante y lujuriosa, totalmente abandonada al sueño. Se podía pensar en Psique abrazando a Eros en una ciega oscuridad. Para mi sorpresa, así fue cómo el tío la describió. Psique también era de ese poema de Poe que tenía al tío obsesionado, como más tarde se obsesionaría con la viñeta de Charles Addams. Al principio, pensé equivocadamente: «Otra vez ese loco de Edgar Allan Poe con su Psique de mármol. Sólo que este pobre tonto, que casualmente es un tonto al que quiero mucho, podría volverse loco con ese poema. Todas esas imágenes de segunda clase, tanta autocomplacencia. Y lejos, tan lejos de la botánica en la que debiera invertir lo mejor de sí mismo.

En cuanto a eso, yo estaba completamente equivocado. Él tenía un destello de la

verdad. Si ella era Psique, el Eros que abrazaba en sus sueños no era su marido. Él me lo decía indirectamente. Él era la causa de ese descanso, pero la sustancia bien podía ser otra cosa. ¿Otro hombre? No, claro que no. Algo, no alguien. No había otro hombre. Sólo que esa cosa, su Eros, no era Benn Crader. Claro que la Psique de Poe era toda de mármol y representaba la belleza ideal. La señora de Poe estaba para ser contemplada, no abrazada, la Belleza en contemplación. (Sea como fuere, ¿qué hacen unos judíos metidos en todo este asunto griego?)

—Bueno, déjala que recupere su sueño. Veo que lo necesita. No quiero preguntarle: ¿por qué duermes tanto?

—Eso te da la oportunidad de ponerte al día de lo que pasa en el mundo —dije.

—Déjala que duerma todo lo que quiera —dijo él—. En sentido último, nadie descansa todo lo que le hace falta salvo con la muerte. Así que cuando ella recupere el sueño perdido, yo espero obtener algún beneficio.

Sin embargo —tal vez por el momento— no tenía un despertar feliz. Durante el café, estaba malhumorada e irritable. Sus grandes ojos aún estaban en el mundo del sueño. Se hablaba poco. Antes de que hablara, mientras abría la boca, Benn notaba lo afilados que tenía los dientes. Pero no puede culparse a la gente por sus dientes. Cuando el hecho de que una mujer hermosa abra la boca se transforma en un acontecimiento notable, puede que la culpa corresponda más al observador que a la mujer. Aun así, siempre tomé los originales poderes de observación del tío por una de sus virtudes. Todas sus observaciones estaban preñadas de perspicacia. Desde que le había pedido que me echase una mano en mi estudio de los simbolistas rusos, había estado absorto en autores con los que yo no tenía mucha paciencia. Contaba con él para que me extractara sus argumentos y se transformó en un gran lector de Soloviev —sobre Platón, Fiodorov, Berdiaev, Viacheslav Ivanov—, Dostoievski y la vida trágica. Basándose en esas lecturas, decía cosas sobre fuerzas del interior de la tierra que actúan magnéticamente sobre el líquido espinal. Decía —dando sus referencias rusas— que la tierra estaba cargada de electricidad luciferina. Después de todo, resultó que, en efecto, su primera mujer lo había influido con ideas swedenborgianas. La teoría de la correspondencia, por ejemplo: un árbol no es meramente un objeto natural, es un Signo. Hay correspondencias. Los objetos, bellos o feos, son comunicaciones. Una cara humana suministra información como lo hacen los colores, las formas, las fragancias. Así que Matilda abre la boca, ¿no?, y el tío Benn descubre que una mujer de gran belleza puede tener cuatro protuberancias en las encías, en la base de los caninos. Ese defecto, si es que era un defecto y no más bien una indicación de perversidad en el que lo percibe, un impulso de pelearse con la perfección o una peculiaridad que indica resistencia al poder de la belleza; ese defecto puede ser una señal de debilidad. Una gran belleza puede ser un tormento. Nos destroza el corazón —a algunos de nosotros— y entonces luchamos frenéticamente contra ella. Sobreponemos a una Medusa en la inocente cara de una niña.

¡De qué sirve hablar!

Siendo por naturaleza un hombre diurno, Benn estaba más vivaz cuando se despertaba. Luego trataba de ayudar a Matilda en sus dolorosos esfuerzos por despertarse. Leía el *Times* y el *Wall Street Journal* seleccionando artículos para ella, temas de conversación para el desayuno.

—El terrorista al que Crazi liberó se fue a Yugoslavia y lo metieron en un avión para Oriente Medio. O, Reagan dice que es correcto que los investigadores de la Guerra de las Galaxias se beneficien privadamente de los descubrimientos obtenidos mientras recibían subsidios federales. Claro, con su fe en la libre empresa... y hablando de eso, aquí hay algo gracioso sobre Milton Friedman. Alguien le pregunta: «¿Está seguro de que el Hombre Económico es completamente racional, se puede uno fiar de él? Muchos pensadores cualificados han declarado que el comportamiento del *Homo sapiens* es inequívocamente paranoico, y algunos llegan a decir que hay una enfermedad psíquica, ampliamente extendida, que se describe como esquizofisiología. El argumento es de Koestler. Ahora bien, ¿cómo encaja esta locura incontrovertible con su teoría del Hombre Económico?» Friedman contesta que no importa cuán loca esté la gente; en lo que respecta al dinero, conserva su cordura. A ti qué te parece, ¿esto es un hecho o es una creencia? Bueno, él no Yo habla del Bien y del Mal. Ni siquiera habla de psicología, lo que le honra. Todo lo que parece decir es que entre la humanidad y el caos total, sólo se encuentra el mercado libre. La creencia en lo invisible se reduce, para él, a la Mano Invisible.

¡Aquí Friedman me sonaba a Caroline Bunge!

—Ya, ya —dijo Matilda cortante. No se tomaba en serio las opiniones de Benn. Y es cierto que él intentaba engatusarla para que su humor mejorase. Hacía esos esfuerzos con un espíritu de puro apaciguamiento. Pero ella detestaba el despertar, lo detestaba.

—Como un brillante nubarrón, un cargado cúmulo de furia desciende sobre ella —dijo Benn con cierta admiración—. ¡Una mujer apasionada, admirable!

Los panecillos del desayuno estaban helados en el centro y ella estalló.

—Es el maldito microondas. ¿Por qué demonios no utiliza, Irina, el gas? —Furia, belleza, culpa. Benn lo percibía en la cara, por así decirlo.

—Llevaré los panecillos a la cocina —dijo.

—Y un cuerno... ¡Irina! —gritó.

No le gustaba que Benn estuviese en buenas relaciones con el servicio. Él no tenía ni puñetera idea de cómo había que tratar a los sirvientes y había que enseñarle.

Esos desayunos eran más molestos de lo debido. ¿Estaba ya, Matilda, disgustada con él? ¿Se estaba arrepintiendo? Yo, en su lugar, no me habría molestado por ella. Habría evitado el desayuno definitivamente, me habría ido al laboratorio, habría pasado la mañana en un invernadero. No debía haberse quedado

dando vueltas por ahí.

Más o menos por aquel tiempo, Benn me dijo (lo había dicho a menudo):

—Me pregunto cómo hubiese sido mi vida de haber tenido con los seres humanos el mismo talento que tengo con las plantas.

Tomen, por ejemplo, el tema del sueño de Matilda que, en algunos aspectos, le recordaba al mundo vegetal. El sueño profundo carece de todo tipo de conciencia, así también el crecimiento de las plantas, evidentemente. En los cristales y en las plantas, la complejidad del diseño se produce sin rastro alguno de inteligencia consciente. Sin embargo, las transformaciones complejas sugieren una intención inteligente. Uno puede sentirse tentado a suspender la conciencia en un esfuerzo divinadorio por introducirse en esos extraños —¿silenciosos?, pero es que no pueden emitir sonidos— organismos de las plantas. En cuanto al tío, supuse que la penetración había precedido a la tentación. Por otra parte, la potencia del sueño de Matilda puede haber llevado la imaginación del tío hacia la analogía de las plantas. Quizá la veía como un haz de helechos envuelto en las orlas de satén del edredón y desplegándose en la parte superior; frondas de largos cabellos que descendían sobre irnos ojos cerrados.

Pero él no se había casado con una planta. Matilda podía recordarle a uno un helecho o un lirio del campo, y tal vez el elemento vegetal fuese en ella muy fuerte —la dificultad que tenía en realizar la transición del sueño a la vigilia «sugería una lucha entre dos naturalezas—, pero ella, de hecho, se despertaba, aunque de mala gana, y al fin salía en su hermosa bata de casa, un brocado con diseño del Lejano Oriente. Algunas veces hacía callar a Benn del todo. Decía:

—Por Cristo, Benn, no empieces con conversaciones profundas antes de que me despierte. Me da dolor de cabeza.

Pues bien, él ya estaba triste, fuera de su medio, de su profundidad y con órdenes de no hablar. Sentado en el *office*, todo lo que podía hacer era mirar la ciudad que tantos kilómetros llena. Todas esas industrias abandonadas esperando la resurrección electrónica, el cuerpo colosal del *Rustbelt*, los tallos de las altas chimeneas, hoy sin brotes de humo. Uno de los privilegios del muy rico, es dominar una amplia panorámica de esa devastación. Desde la cima del Electronic Tower, la vista era aún más impresionante. La opinión de la señora Layamon, comunicada en la cena, era que aquella torre constituía una «muestra importante de la belleza moderna». Benn no lograba ver la belleza por ninguna parte, pero no estaba como para disentir; durante esas conversaciones en la mesa, mantenía la boca cerrada. De vez en cuando, repetía durante la cena aquello a lo que no le habían prestado atención la primera vez:

—Nosotros vivíamos en ese lugar. Nos mudamos allí desde la calle Jefferson cuando yo tenía unos doce años. El ayuntamiento les quitó la casa a los antiguos propietarios por no pagar los impuestos y mi padre la compró siguiendo el consejo del tío Harold. Creo que pagó setecientos pavos. Tenía un buen patio. Había dos

árboles de moras y en junio atraían muchos mirlos.

Se prestaba muy poca atención a esa historia natural.

—Muy buenos árboles, de los que tienen la fruta blanca. Las moradas tienen mejor sabor.

Los Layamon intercambiaban miradas expresivas. El tío las notaba, pero las interpretaba como signos de aburrimiento. Como veremos, se equivocaba por completo.

Desde el *office*, pues, Benn tenía una vista privilegiada de la ciudad, de sus calles con socavones y de sus bloques de pisos en ruinas. En el centro, había edificios en construcción, programas de renovación.

—Me pregunto dónde escuchó mi suegra eso de la «muestra importante de belleza moderna». Una o dos veces he tenido la tentación de decirle: «Eso es lo que es su hija», pero no quería pegar un patinazo refiriéndome a Matilda como una «muestra».

Quizá tampoco hubiese sido completamente sincero al decirlo. Y durante la cena, había un remanente de las órdenes de mantener la boca cerrada mientras Matilda se tomaba el café del desayuno, una taza tras otra del más fuerte café expreso. En aquellos precisos momentos, él no debía observarla desde un punto de vista estético. Más bien se preguntaría: «¿Es que he hecho algo malo?» Y tal vez hasta: «¿Hay algo que ella quiere que yo haga y que no estoy haciendo?»

—La primera luna de miel fue de cuatro días en Aruba —dijo Benn—. El hotel en que nos alojamos pertenece a un grupo de socios. El doctor es uno de ellos.

Los pacientes y amigos del doctor eran promotores y esa gente, con la que jugaba al golf o al nimmy de vez en cuando, le daba una participación en la tarta, un nuevo edificio de oficinas en Dallas, un centro comercial, un condominio de lujo, un aparthotel en Florida, un estadio en Oklahoma, un contrato municipal para remolcar coches abandonados. Un porcentaje aquí, un porcentaje allá, decía Matilda. La fortuna de papá estaba hecha de trozos y trocitos de esas empresas. Aunque el doctor se negaba a suministrarle información, Tilda había logrado montarse una idea global de sus posesiones. El doctor le dijo a Benn:

—En ese sentido, ella constituye un desafío de todos los demonios. No se le puede ocultar nada. Se va por ahí y habla con la gente, toma copas con ellos y antes de que uno se de cuenta, se ha enterado de todo el negocio. Siempre está observando desde su satélite. Nunca se ha dejado absorber tanto por la basura francesa como para perder el rastro de la economía. Por otro lado, eso supone una cierta tranquilidad. Cuando Jo y yo nos muramos, no habrá oficial de un departamento de fideicomiso que pueda tomarle el pelo a Matilda. Compadezco al tipo que lo intente.

Dije yo:

—Quiere que sepas que Matilda es una heredera rica.

—Todo es Matilda. Yo apenas aparezco en la película, pero ni falta que me

hace.

En aquel momento, antes de que ella saliera para Brasil, Matilda y su madre estaban ocupadas todas las tardes eligiendo entre los artículos de la lista de bodas, decidiendo entre Lalique y Baccarat y seleccionando también la mantelería y los artículos de cocina. Benn, un amo de casa más experimentado que las dos, tenía ideas propias sobre ollas y cazos y lavavajillas. Sostenía opiniones curiosamente sólidas en muchos asuntos alejados de la ciencia. Se llamaba a sí mismo «metomentodo». No obstante, ni se le consultó ni trató de meter baza.

—En este caso, vamos a suponer que Matilda sabe lo que está haciendo —dijo—. No espero que sea un ama de casa, pero está comprando como si se preparase para abrir un pequeño hotel.

Recién afeitado, Benn aparecía en la cena cada noche en el rol de botánico magistral, marido y yerno, doctor Clorofila. Estuve allí una noche y observé. Matilda y el viejo Layamon llevaron toda la conversación. Después pusieron un vídeo de mañosos, *El padrino II*. Y pude ver por mí mismo lo que Benn me había contado del Electronic Tower. Se acercaba por la noche, una masa de ventanas iluminadas más grande que el *Titanic* y los mástiles encendidos como una señal para los Hijos de Israel. Esa noche, Matilda estaba muy animada, sin rastro de la furiosa belleza de difícil despertar que luchaba en silencio contra la luz del día y la recuperación total de la conciencia. Tuve que admitir que era —en términos objetivos— atractiva, ingeniosa, con una elegancia mordaz. La lección que enseñaba era que no se encuentra con frecuencia belleza que no cause alguna aflicción al espectador. El tipo de mujer que prefiero —no lo he mantenido en secreto— está más cerca del suelo. Para mi gusto, Matilda tenía demasiada altura. Diré, por no guardarme nada, que me preguntaba constantemente: «¿Hasta dónde llegan esas piernas y dónde y cómo se unen al tronco? ¿Qué ocurre en el punto de unión?» Uno no vive conforme a la realidad si omite esas conjeturas masculinas y verán que hasta el tío, con todos sus ensueños vegetales, había concebido imágenes análogas. De todos modos, me preguntaba yo, cómo obtenía Benn su felicidad de aquello que yo estaba imaginando. Pero aquí, tratando de adivinar, hasta el más entusiasta sólo conseguiría agotarse. La única señal que tuve de Benn en aquellos días fue ésta, que me dijo:

—Debería ser posible cumplir los deseos de una mujer. Haremos lo que ella quiera. Sólo puedo enterarme dejándome llevar por su voluntad. Entonces puede que llegue a alguna parte.

Fue de compras con ella y mantuvo la boca cerrada cuando la vio comprar un lavavajillas General Electric<sup>52</sup>.

—Por sólo cien pavos más, el Kitchenaid es mil veces mejor —me dijo—. No le voy a decir «te lo dije».

Matilda necesitaba medidas del piso del Roanoke, la casa que había heredado



de su tía, y llevó a Benn para que la ayudara con la cinta métrica. Fue la primera vez que el tío vio el lugar. Me dijo que mi comparación con un palacio veneciano le cuadraba perfectamente. Un edificio como el Roanoke —barroco burgués— también podía imaginarse en Viena o en Río. Hasta la llave de la casa parecía veneciana. La puerta del piso tenía, fácilmente, 30 centímetros de espesor y estaba adornada con relieves de lanzas y plumas. Los goznes eran superpesados.

—El aire que salió olía a habitación de enfermo —me contó.

La anciana tía había muerto hacía más de un año y el piso se había mantenido cerrado. O Matilda no notaba lo viciado del aire, o la alegría de ser propietaria lo convertía en fragancia. Había trabajado para conseguir esa herencia desde la muerte de su tío, hacía cosa de unos quince años, derrotando a otras dos sobrinas intrigantes. Así que era una victoria considerable.

—Matilda me ofreció una excursión con guía. «Aquí es donde viviremos. ¿Qué dices de la distribución?» No quise preguntar si la vieja era incontinente, si tenía gatos o perros. Todo lo que pude decir fue que era bastante lujoso.

—¿Tratas de imaginarte aquí, tan lejos de la calle Jefferson? —dijo Matilda.

Y empezó a enumerar las ventajas del Roanoke: muy cerca de la Universidad. Benn podría tener un laboratorio allí mismo, en casa, si quería; todas las tuberías estaban en su lugar. Todo lo que tenían que hacer era arrancar unas cuantas piletas viejas. Me dijo que el espacio que ella le ofrecía podía haber sido ideal para el cuarto oscuro de un fotógrafo. Él le dijo que era una idea estupenda, pero que estaba acostumbrado a trabajar fuera de casa. Además, necesitaba ese paseo hasta el recinto universitario para reflexionar.

Ella le preguntó si le dolía dejar su antiguo piso, escenario de su feliz primer matrimonio.

Él le dijo, con tacto, que ahora había empezado un segundo matrimonio feliz.

—Entonces, dejar el lugar donde entretuviste a tantas chicas guapas incluyéndome a mí.

No había razón alguna para mencionar a alguien como Della Bedell y cómo había golpeado la puerta gritando: «¿Qué tengo que hacer con mi sexualidad?» Tal vez los vecinos estaban agradecidos por no ser ellos los que tenían que contestar. Pobrecilla. Ahora que estaba muerta, era de simple cortesía, de caridad, olvidar cómo se había comportado.

Aquí estamos, sin embargo, los vivos, inspeccionando nuestro gran legado residencial. Benn midió a ojo la escala de las habitaciones, la extensión de las arañas. Asimiló el papel de las paredes y los tejidos, algunos colgando a tiras, la gruesa e inflada porcelana de las bañeras donde revoloteaban los lepismas; los desagües chapados en plata alemana —todo de primera en sus buenos tiempos. Era diferente a la riqueza que había admirado Scott Fitzgerald, riqueza de casa de campo establecida, poneys de polo en los establos, rubios jugadores musculosos, los mejores colegios, Lafayette Escadrille. No, el Roanoke era el tipo de riqueza de

puertas adentro, tapada, de judíos alemanes a quienes los ricos de Long Island habrían llamado advenedizos<sup>53</sup>. El tío Benn ni siquiera había empezado a pertenecer a ninguna de las categorías de ricos. A medida que Matilda le enseñaba el piso, se fue quedando sin comentarios.

—Ésta es la sala —le dijo ella.

Y él dijo:

—Es del tamaño de un prado. Es magnífica. Esta alfombra, ¿es blanca o color de valva de ostra? Es como de lana, sólo que se está poniendo amarilla.

Ella le dijo que irían limpiadores a quitarle la decoloración con vapor. Y continuó:

—Este edificio es seguro, hay guardas y porteros a todas horas. El jefe del departamento de física vive arriba y la mujer cuyo padre inventó los edulcorantes artificiales, abajo. Ahora déjame indicarte una característica que seguramente te gustará. Aquí estamos tan abajo como para que nos lleguen los ruidos del tráfico del bulevar, pero las ventanas miran hacia las copas de los árboles.

Tenían razón. Benn inspeccionó los plátanos que bordeaban el edificio. Allí tendría la compañía de las hojas durante la mitad del año. Matilda, que se divertía con él, estaba, sin embargo, en lo correcto. Los gruesos plátanos que él contemplaba eran pálidos y marrones. Los sistemas de las raíces, como hirsutos mamuts, se extendían sobre la acera alrededor de las alcantarillas y de otras instalaciones, trabajando bajo la superficie y atraídos hacia el centro de la tierra. Me hablaba de eso a mí, el atento sobrino de rostro severo que intentaba sonsacarle información. De vez en cuando, me hacía confesiones, casi confidencias, sobre las plantas. Un verdadero hombre planta, difundía su esencia personal en las hojas, en los tejidos internos y se enviaba a sí mismo, desde la tierra apretada por las raíces hasta las puntas más altas. Hablaba como para sí de fuerzas del centro del planeta afines al sufrimiento que conducían impulsos verdes a su superficie y hasta el sol, acto que era aplaudido por las hojas. No estoy seguro de que supiera verdaderamente lo que decía. Confiaba en mí lo bastante como para divagar, como para expresar en palabras pensamientos insensatos, ideas inadmisibles. Conocedor como era de la anatomía de esos organismos, tenía de ellos un concepto especial. Y antes dije, al hablar de las largas piernas de Matilda y de su unión al tronco —en el punto del marido—, dije que uno no vivía conforme a la realidad si rechazaba esas conjeturas. En este espíritu, no puedo omitir el último comentario que Benn me hizo sobre los plátanos. Mientras los contemplaba, le pareció oír un gemido que venía de atrás, de la habitación del tamaño de un prado que tenía tras él. ¿Por qué gemiría? (No era un sonido humano). La única interpretación sensata era que se trataba de una pura y simple proyección inspirada por los plátanos desnudos. Eso arroja dudas sobre las «interpretaciones sensatas» *per se*.

Si no se hubiera estado portando de la mejor manera, él mismo hubiese hecho

ese sonido. Pero en aquella visita a su futura residencia, estaba actuando como el marido ideal. Ese vasto lugar erigido en 1910 por príncipes del mercado de almacenes, sus habitaciones, me dijo, le hacían pensar en cisternas de egolatría que se habían secado, ahora que los inquilinos originales se habían mudado al cementerio. Pero era perjudicial abandonarse a semejantes fantasías, así que empezó a examinar los muebles, cantidades de sofás y otras piezas muy grandes.

—La tapicería ya no aguanta más, está saturada de olores.

—Yo no huelo nada.

—Sí, definitivamente, malos olores...

—La tía Ettie dejó unas cuantas piezas buenas. Pero su testamento ordenaba que después del funeral, sus amigos y parientes volviesen aquí de inmediato. Había rótulos en cada objeto y la gente que heredase tenía que llevarse la propiedad en ese mismo momento.

—¿Inmediatamente?

—Eso es. Y algunas primas obtuvieron antigüedades hermosas.

Recordando eso, dijo él, a Matilda le brillaban los «filamentos» de furia.

—Alguien fue más lista que tú.

—Sí. Estuvieron dándole coba a la vieja.

—¿Hubo peleas?

—No. Inmediatamente después del funeral, no, pero hubo bastantes contactos afilados mientras se llevaban el botín. Así que lo que estás viendo es lo que no estaba rotulado, que era todo mío. Se perdieron montones de piezas de valor. Para la vieja, estos sofás estaban hechos para durar una eternidad. Hay que sustituirlo todo. El economato del hospital de papá vendrá a buscar estos escritorios y estas butacas.

—Volver a amueblar esto va a ser un gasto de todos los demonios —dijo Benn—. Podríamos llevar a las habitaciones principales todos los objetos pasables. Tal vez podríamos hacerles fundas.

—No, querido, no —dijo ella.

Ese «querido», el «querido» de la contradicción, le salió como un bloque de cemento, me contó Benn. El gordo de ojos azules no parecía sensible, aunque era un auténtico aparato de compleja notación equipado con innumerables fibras.

—¿Dónde encontrarás muebles adecuados? Aquí no iría bien un diseño escandinavo.

—Tal vez en Río. Deben tener cosas maravillosas —dijo ella.

—Y, ¿qué hay de los gastos de embarque? Son cinco mil millas marinas o algo así.

—Puede que el porte aéreo sea más barato. Y se pueden hacer algunos tratos. Por ejemplo, tú das una conferencia pública para la Agencia de Información de los Estados Unidos. Así también veríamos el país.

—Veo que ya lo has pensado. ¿Cómo nos agenciaríamos un pasaporte diplomático?

—Estás irónico. Tú eres una personalidad internacional en tu campo, una especie de monumento. Un pez gordo. Harían cualquier cosa por ti. Tú mismo no lo sabes...

Aquél era un riguroso día de invierno, los cielos grises hacían que la naturaleza exhibiese sus huesos pelados. Pero el edificio tenía una forma gorda que cubría todos los huesos, en la que uno podía ignorar el ambiente exterior. Los radiadores emitían cantidades de calor, demasiado, de hecho, y con él, antiguos olores y sonidos, exhalaciones de la materia que constituye nuestra propia mortalidad y que recuerda los gases íntimos que todos difundimos. El mensaje de ese lugar era: «No te preocupes, aquí cuidaremos bien de ti.» Pero el Roanoke no era simplemente un piso. No se podía simplemente vivir en él. De intentarlo, uno se marchitaría. Era, verdaderamente, como yo había dicho, un palacio. Había que dar fiestas allí —cenas, conciertos privados—, de otro modo, el ambiente tendría efectos desmaterializadores y uno se convertiría bastante pronto en un fantasma vagando por la despensa. Lo que Tilda decía mientras guiaba a Benn a través de las habitaciones y las dependencias de los sirvientes, dejaba muy claro que ella tenía la intención de recibir bastante. ¿A quién? Relaciones deseables de esta ciudad. ¿Con qué propósito? Benn no lo preguntó, pero lo pensó. Visitantes de paso, gente como Dobrynin, Kissinger, Marilyn Horne; bailarines de ballet, Günter Grass —de viaje y sin ningún sitio mejor donde matar una noche— descubrirían un paraíso civilizado.

—Y, ¿eso no será caro? —preguntó el tío como si no lo supiera. No era más que un profesor con un salario de sesenta mil dólares o, como antes dije, más o menos lo que cuesta mantener a dos presos en Stateville. De eso, él había ahorrado unos diez de los grandes por año, así que tenía un capital de unos doscientos mil dólares más o menos, además de su pensión que, afortunadamente, no podía tocar hasta el retiro y el seguro de Lena que no hubiese sido correcto derrochar en el Roanoke, entreteniendo a Henry Kissinger o a Pavarotti, los amigos de su sucesora. Matilda se limitó a sonreír ante su preocupación. Obviamente, tenía un plan magistral.

Incitado por mí, Benn reconstruyó la conversación que había tenido con Matilda en aquellas habitaciones vacías.

—Tienes que aproximarte a este lugar con más imaginación —dijo ella—. Parece ostentoso y sucio<sup>54</sup>. Pero tengo recuerdos de sus mejores tiempos y te diré: si estuviese en la Quinta Avenida valdría varios millones y para poder comprarlo tendrías que ser un Lehman o un Warburg. Es, probablemente, el edificio residencial más grandioso entre Pittsburgh y Denver. Por no decir más. Aun aquí, es patrimonio protegido y no se puede demoler. El mantenimiento es bajo y los impuestos son relativamente triviales.

—Estoy completamente de acuerdo, si tú lo quieres —dijo Benn—. ¿Por qué no? Aun así, necesito saber en qué nos estamos metiendo, cariño. Nunca me ha importado mucho el lugar en que vivo. —(Eso no era completamente cierto. En su

viejo piso se había sentido en su casa durante treinta años más o menos.)—. ¿Puedo mantenerlo? Ésa es la cuestión. Este leviatán de quince habitaciones se va a tragar todo mi sueldo y más.

—Un momento, tranquilízate y no te asustes —dijo ella.

—No, si no estoy nervioso. Sólo pregunto.

—Naturalmente, he pensado en eso desde todos los ángulos —dijo ella sonriendo—. Creí que apelaría más al Quijote que llevas dentro.

Benn dijo:

—Don Quijote era soltero.

—Quise decir que la irracionalidad del asunto te atraería.

—Lo que podemos hacer al principio es arreglar el frente, la parte que se ve, y tú y yo podemos vivir en la parte de atrás.

—¿Alimentándonos con comida de bote? —estaba de un humor socarrón—. ¿O pidiendo, tal vez, cupones de alimentos? \*

Él dijo:

—Suponiendo que lo vendieras, ¿qué precio podrías sacarle?

—Sería un mal negocio. Antes de ponerlo en el mercado habría que arreglarlo.

En su estado actual no se sacaría ni su valor aproximado.

No se molestó porque él preguntase. Sonrió con ironía mientras bajaba la cara tirándose de los elásticos de la ropa interior a través del vestido. Durante la conversación, solía hacer eso en la cintura o en la espalda y muy pronto se hizo evidente que trataba de camelarle y que no tenía ninguna intención de renunciar a aquel lugar espléndido.

—No te engaño —me dijo el tío—. La sala podría servir de hangar a dos o tres aviones privados. Su plan para la felicidad matrimonial incluía lo que a mí me parecían salas de museo. Es el triángulo amoroso: Matilda, el Roanoke y yo. No me había dado cuenta de eso. Pero, ¿cómo iba a darme cuenta de antemano? Aun así, recordando cómo el doctor alababa su cerebro y decía que habría podido llevar a Mórdale a la Presidencia, empecé a preguntarle de qué recursos disponíamos. Como por ejemplo: «¿Esperas que tus padres echen una mano? ¿Te dejó tu tía Ettie dinero para esto?» Pero eso no me llevó a ninguna parte. No podía creer que esa gente tan astuta de Parrish Place no hubiese hecho cálculos. Pero no pude sacarle ninguna respuesta directa. Bueno, todo lo que puedo hacer es establecer mi propio techo de gastos. Y creo que va a tomar bastante tiempo entender todo el diseño, la figura de la alfombra.

—Seguro que han hecho cálculos —dije—. No tiene ningún sentido que con tu sueldo tengas que pagar semejantes instalaciones, y esos listos lo saben. No pueden esperar que te mates por complacer a la mujer que amas. Y puesto que, ciertamente, ella te quiere, no querrá acabar contigo. Así que creo que la mejor actitud por ahora es tomarte el asunto como un misterio encantador. Éste es mi consejo.

—Bueno, sí. La conclusión de nuestra discusión financiera fue que yo trataría

todo el asunto con el doctor Layamon. Ella nos ha concertado una comida en la ciudad.

—Para hablar de las finanzas.

No creí que el tío representase sus propios intereses con mucha habilidad durante la comida. Era una lástima que se hubiese enredado en esos asuntos. Antes cité a Churchill con respecto al Imperio británico, eso de que se había adquirido en un ataque de despiste, y tracé un paralelo con el matrimonio del tío Benn, pero no me fío mucho de esa teoría. El motivo secreto del despistado es ser inocente mientras es culpable. El despiste es inocencia espúrea. En él caso de un hombre como mi tío, a quien nada se le escapaba de verdad, no era una rúbrica aceptable. En cuanto a la figura de la alfombra, el tío no podría descifrarla mientras estuviese acostado en ella<sup>55</sup>. En mi opinión, admitidamente torpe, en aquel momento no estaba en sus cabales. Repasé los hechos tal como los conocía por entonces: una mujer hermosa se une a un botánico de fama mundial. Puede que él piense que eso cubrirá sus necesidades. No, ella piensa constantemente qué es lo que puede hacer con él. Y yo me imagino a mí mismo de regreso a la Rué Bonaparte analizándolo todo con Kojéve, solos los dos. Lo elijo a él porque es un razonador incansable e implacable. Benn era un botánico que buscaba una esposa y encontró una esposa que quería precisamente a un botánico así para anfitrión de personalidades: el marido a juego con el piso. A él le movía el anhelo. ¡Qué anhelo! No se puede esperar que un anhelo de tal profundidad tenga o encuentre objetos definitivos. Por su parte, Matilda tenía objetivos bastante claros. Ella sabía lo que quería y lo consiguió. Él no sabía lo que quería e iba a conseguir que se la dieran.

El trabajo estaba hecho a mi medida. Tenía que ayudar a mi querido tío a defenderse. No suponía que los Layamon tuviesen la intención de hacerle mucho daño; sólo que no era posible que respetasen su magia o que tuviesen la idea de protegerle por sus talentos. Había allí mucho en juego. No puedo explicarlo continuamente. Como por ejemplo: el curso del empobrecimiento humano tal como se le reveló al almirante Byrd en la Antártida; la dormición del amor en los seres humanos referida por Larkin; la búsqueda de los encantos sexuales como el único proyecto que verdaderamente vale la pena acometer y mi rechazo personal del existencialismo que me llevó a emigrar y que me hace tan severo en el análisis de los motivos. Eso ya se ha indicado.

Le dije al tío:

—Como un favor personal; soy tan curioso... Esta vez pregúntale al doctor Layamon sobre el juez que celebró la ceremonia. Dijiste que lo harías.

—Sí que lo dije. Y voy a anotarlo ahora.

Sacó su cartera buscando un trozo de papel. No encontró otra cosa que una factura de American Express. Destapó su pluma y escribió AMADOR C. en la parte de atrás. El próximo abril, su contable le preguntaría si se había llevado a ese sujeto

a cenar y si podía desgravarse. Lo volvió a meter junto a otros trozos de papel con las esquinas manchadas y yo pensé que nunca volvería a mirarlo. Me dije a mí mismo escépticamente, estaba aprendiendo a no fastidiarle: «Ahí acaba el asunto.» Pero sí que se acordó de sacar el tema durante la comida. Eso me complació, señal de que se tomaba en serio lo que yo le decía y también de que podía tomar la iniciativa.

El doctor llevó a su yerno al Avignon, que servía *nouvelle cuisine*. Otra cima de rascacielo, dijo Benn. Aparentemente, al doctor Layamon le gustaba estar en lo más alto. Entraron en el comedor de cristal del piso setenta y cinco de uno de los más nuevos rascacielos, las ventanas con un tinte color ciruela para amortiguar el resplandor del sol. El doctor, recién salido de la barbería, tenía el escaso pelo lavado y partido al medio; acababan de hacerle la manicura. Entró como un comandante de una división acorazada, con los hombros rígidos —demasiado bidimensionales, esos malditos hombros, decía Benn repetidamente—. Esos atributos eran importantes para él. (Así como un árbol no era solamente un árbol, sino también un signo.) Y me dio la descripción característicamente detallada del hombre. El doctor tenía el cuello delgado y móvil que «forzaba» la cara hacia uno cuando quería que se aceptase un punto en cuestión. Siguiendo con la cara de Layamon, agregó que era pequeña en relación con el largo del cuerpo y que tenía en el medio algo comparable a un cristal de reloj reflectante cuando le daba el sol, un punto resplandeciente. Pero cuando uno buscaba la fuente de aquello, no podía encontrarla.

La comida no empezó bien. El doctor quería que Benn apreciara aquel agasajo de cinco tenedores y que respondiese adecuadamente.

—La *nouvelle cuisine* —dijo más de unas cuantas veces. La *nouvelle cuisine* está ahora en retirada. Y Benn no pudo alcanzar un brillante tono televisivo en sus respuestas. Por el contrario, en seguida se tiró una plancha. Al entrar, enseñaban las especialidades del día, cada plato arreglado tal como lo servían —pescado o chuleta, puré de zanahoria o zumo de naranja— y los artículos en francés y luego traducidos al inglés. La exposición estaba cubierta por un material de plástico brillante. —Creo que era Saran Wrap —dijo Benn.

Al doctor le pareció muy elegante, pero Benn dijo que le recordaba aquello que le enseñan a los deudos cuando van a elegir un ataúd para sus padres<sup>56</sup>. El doctor se sintió ultrajado.

—Se puso tan tieso como las varillas con las que se refuerza el hormigón —dijo Benn.

Si algo no podía soportar el doctor de su yerno era aquella anarquía asociativa. Debajo de los ojos del doctor apareció un color de pimentón. Caminó de prisa y Benn le siguió tras el *maitre*. El tío dijo que no había podido evitarlo. La ternera y el *solé meunière* expuestos allí en frío. Pero se habían tenido que cancelar visitas y si se sumaban las horas de consulta que el doctor estaba sacrificando y el precio de esa

comida, salía un buen pico. Además, como luego comentó Matilda, el doctor detestaba que sacasen la muerte en la conversación, especialmente durante las comidas.

—Por un minuto —dijo Benn—, podía haberme matado, Kenneth.

Vi cómo todo se le presentaba de golpe. Él se estaba esforzando por mí y no servía de nada porque todo lo jodo por naturaleza. Pero recuperó su control. La paternidad pudo más. Y también las fuerzas del pensamiento positivo.

—¿Él cree en eso?

—A menudo dice que sí.

Los instalaron en un reservado tapizado de cuero, como un Porsche o un Lancia, y el doctor cogió la carta de los vinos.

—¿Blanco o tinto, Francia o California? Es una ocasión especial.

Se pidió una botella de espumoso Vouvray y el brindis del doctor fue:

—Bien venido a la familia. Jo y yo estamos orgullosos de la elección de Matilda. Creemos que quieres a la chica.

—La quiero —declaró Benn.

—Claro que sí. Y tienes la intención de serle fiel.

—Lo fui con mi primera esposa.

—Lo sé. Lo que hiciste entre la primera y la segunda no es asunto de nadie.

Después de una copa de vino, el doctor volvió a ser él mismo; se repuso del ultraje por la ocurrencia del ataúd. Tenía predilección por la proximidad física y en el reservado del Avignon estaba encima de Benn. No era una proximidad corriente, no se podía distinguir el aliento del uno del aliento del otro.

—Si yo hubiese sido una chica, me habría enganchado por el cuello y me habría mirado por el escote —dijo Benn. Las gafas del doctor no estaban equilibradas y sus miradas también eran torcidas. Los dos lados de su cara, a lo largo de un eje vertical, no cuadraban por completo. Su piel era árida, su boca larga y parlanchina, sus ojos descoordinados. En el hospital le llamaban «boca motorizada». Abrazaba a Benn como un ganadero efusivo, tocando y apretando—. Tal vez recopilaba información médica —dijo Benn—. Hasta apretó sus dedos por debajo de mi muslo, justo por encima de la rodilla, donde ponían la mano para jurar en el Antiguo Testamento.

Benn reconocía que, físicamente, no estaba a la altura de Matilda. El tío pertenecía a un tipo somático anterior, aquél de los inmigrantes y de la primera generación de sus hijos. En un país que cría y vitaminiza —a los pollos y al ganado— y asombra al mundo con los dientes de sus hijos, con su piel saludable, con sus brazos y piernas desarrollados aeróbicamente, Benn, con su cabeza de cúpula y la curvatura rusa de su espalda, era como la ilustración de un libro sobre la evolución de la forma humana: unas tres o cuatro figuras por debajo de la cumbre. Matilda era la cumbre, la niña 10 del doctor. (Veremos que Benn, en algún atrio inaccesible de su mente laberíntica, no estaba realmente de acuerdo con esto.) Entonces, ¿por qué



había elegido Matilda aquel bicho?<sup>57</sup> Eso era lo que el doctor deseaba saber. Terminaron su primera copa y pidieron la comida. El camarero sirvió más Vouvray y el doctor piaba como en la casa de los pájaros, tantas familias aladas sin nada en común más que los ruidos que hacen.

Dijo el doctor:

—Volviendo a nuestro asunto del otro día —no lo había dejado en ningún momento—, prácticamente he abandonado el intento de mantenerme al día con la revolución sexual.

—Pero, ¿por qué habría de mantenerse al día? —dijo Benn.

—Ponte en el lugar de un padre fundamentalmente anticuado ante su hija y, encima, su única hija. Como médico, además, tratando con pacientes que traen a la consulta síndromes complicados. Uno está obligado a tratar de comprender el contexto. ¿Cómo esperas que reaccione un médico ante los hechos de la vida? En la consulta, luego en casa.

Podía imaginarme a Benn muy lejano (no distante), observando al doctor de lejos, desde cierta altura.

—Los chicos viendo programas de televisión lascivos sin la supervisión de los padres —continuó el doctor—. O escuchando rock porno. «¡De rodillas! ¡Te voy a clavar el culo al suelo!» Discos que se venden por millares. Cifras cercanas al presupuesto nacional...

—Realmente, no había pensado en ello.

—Vosotros, los tipos de la ciencia pura, no tenéis que hacerlo.

El tío dijo:

—Eso está entre las cosas sobre las que el ciudadano privado no puede hacer mucho; la bomba, por ejemplo. Después de la atómica, nos tiraron encima la orgiástica.

El doctor le sonsacaba, como de costumbre, tratando de pescar información sobre su hija; una queja, una confesión, un escándalo.

—Tú no te has sumergido en un refugio —dijo el doctor—. Has tenido tu parte. —Al ver que Benn se preparaba para protestar se apresuró a decir—: No te culpo. Trajo algunos beneficios y no hay razón por la cual tú no tuvieses que sacar tu parte de goces y placeres. Siempre aconsejo a mis pacientes que no lo dejen nunca, aun aquellos que se están haciendo demasiado viejos para eso. Te sorprenderías de cuántos vienen a decirme que ya no pueden más con eso y que qué pienso yo sobre las inyecciones de hormonas para que puedan seguir satisfaciendo a sus mujeres. Yo les digo: «Miren, mientras tengan una rodilla, un codo, su nariz, su dedo gordo del pie, suponiendo que tengan una mujer afectuosa y siempre que hayan cumplido sus deberes con ella en los días en que se les levantaba, ella aceptará cualquier cosa que ustedes tengan ahora y no le deben más que eso.» Claro que esos viejos estúpidos tienen miedo de que algún instructor de karate les robe a la vieja y empiezan a

preguntar sobre prótesis. O tal vez un pequeño bulbo de aire que les infle el miembro. Como un aparato de tomar la tensión, ya sabes.

Benn, de eso podemos estar seguros, tenía la apariencia de estárselo pensando, pero en realidad, no podía encontrarle sentido a toda aquella charla sobre el sexo. Sospechaba que el doctor estaba tan enredado con su hija que no podía dejar el asunto. Benn tampoco estaba en condiciones de afirmar que no había tenido problemas en ese campo. Hubiese sido una protesta, una defensa, no una declaración de valor neutral.

—Escuche, doctor Layamon.

—William.

—Está bien, William. ¿Por qué me dices eso de las hormonas y de inflarse el genital? ¿Crees que te voy a hacer alguna confesión médica?

El doctor se sonrojó, no con un rojo ordinario; con un rojo anaranjado, el color de una de esas lagartijas que se ven en las carreteras del campo.

—¿Por qué iba yo a...?

—No sé por qué, o si se supone que estas indirectas me den pie. O si Matilda te ha planteado ese tema.

—Nada —dijo el doctor—, no te sulfures.

—Puedes estar seguro de que hoy en día las mujeres no se casan sin un período de prueba. Matilda estuvo conmigo un mes en Suiza el verano pasado.

—No fue un secreto. Nos envió fotografías.

—¿De qué?

—Postales de Zurich y Ginebra diciendo que era muy feliz. Me has malinterpretado, Benn. Jo y yo tenemos una opinión bastante buena de ti en ese sentido. No te enfades, pero te investigamos un poco, algo estrictamente privado y absolutamente discreto. No puedes culparnos. Vivimos en una época de perversión y Matilda es nuestra única hija y recibirá una herencia bastante considerable. A Matilda no le gustó y dijo que no era necesario, ella ya había averiguado tu pasado a su manera. Tenía una idea bastante correcta sobre las mujeres que antes te habían interesado. —¿Así que contrataste a un investigador para descubrir si había mujeres abandonadas o hijos ilegítimos por todas partes?

—Joder, chico, te mueves tanto que hubiésemos necesitado a la CIA o a la Interpol. Si hubiese habido algo feo no estaríamos ahora sentados en el Avignon. Además, si hubiese habido algo serio en el informe, el tipo habría tratado de vendértelo a ti primero. Ése es el chantaje acostumbrado. Uno lo espera. Contratas a un investigador y el hijoputa le saca todo lo que puede al tipo que está investigando.

—Espero que te haya sacado un buen pico. ¿Leyó Matilda el informe?

—No quise enseñárselo. Además, ella no quiso verlo. Dijo que vosotros habíais hecho el trato de no indagar en el pasado.

—Creo que el tipo no hizo más que recoger los chismes que corren por la Universidad.

¿Habría ido el investigador a Caroline? Aun entonces, el tío continuaba misteriosamente apegado a Caroline. Ella tenía ciertas peculiaridades femeninas que él valoraba: una especie de onda subcutánea en la parte inferior de la garganta y de los pechos. No la echaba de menos, ahora admitía que era un caso de demencia. Pero precisamente por esa razón, ella se disgustaba fácilmente. Puede que estuviese completamente chalada, pero él la había dejado en ridículo y lo sentía por ella — pobrecita—, palabras suyas según las he encontrado en las notas que hice después de nuestras conversaciones. Dijo que en nuestras mentes, la mayoría de nosotros, la mayoría de las personas que conocemos están mentalmente en la fila de los perdidos. Un desgraciado tras otro. El doctor Layamon mismo, por ejemplo, ese estupendo médico de primera. Casi nunca controlaba lo que decía. De cada diez frases, sólo tres parecían salir de su conciencia y el resto procedía de otra fuente.

—¿Como el segundo yo que te dijo que le dices la moneda al trapero? —Sigo con mi cuaderno de notas.

—Algo así —dijo el tío—. Eso que te gusta llamar genio. Lo busqué en Platón donde dice que Eros era un espíritu intermedio entre los dioses y los seres humanos. Pero no veo por qué tenemos que meter al pobre Eros en una cosa tan repugnante.

Así que el doctor no era responsable de lo que decía. Era un Charlie McCarthy, un monigote de las fuerzas inconscientes. Excepto cuando hablaba de dinero. Eso prueba la opinión de Milton Friedman de que los dólares y los centavos son los que nos mantienen racionales. Pero entonces, piensen en los océanos de dinero que se gastan con fines sexuales. ¿Se puede decir que ese gasto es racional? ¿Tan racional como hacer el asunto? El tío siempre estaba tratando de recordar el nombre de uno de mis rusos, el que dijo que el sexo podía ser una forma diabólica de recobrar el paraíso, un «sucedáneo envenenado», una parodia de lo bello y lo sublime, una luz falsa derramada para nuestra destrucción por el sexual Lucifer, si es que en verdad los grandes espíritus como Eros o Lucifer todavía se molestan por nosotros, los dementes humanos.

Todo se reduce a que los hombres y las mujeres están decididos a sacarse mutuamente —o a arrancarse— lo que simplemente no se puede conseguir por ningún medio.

En cuanto a Caroline, el tío no tenía por qué sentirse tan mal por ella. Obviamente, su fuga en el día de la boda no estaba entre los acontecimientos más pintorescos o asombrosos de la vida de esa mujer.

—No te enfades, Benn —dijo el doctor—. La gente de posibles tiene que hacerse preparar informes especiales de inteligencia. Lo de contratar investigadores es una rutina.

—Depende de las preguntas que el tipo hiciese —dijo Benn fríamente.

—¿Crees que soy tan estúpido como para mandar un tipo a que averigüe lo que una mujer sintió contigo? He practicado medicina durante cuarenta años,

demasiados para no saber que las mujeres tienen reacciones completamente distintas que están mucho más allá del horizonte de un farsante con pasado en el FBI. No soy un estúpido total, sólo un poco irregular en mi manera de hablar.

—No me gusta estar a merced de terceras personas —dijo Benn. (¿Qué quería decir con eso? ¿Que sólo las segundas tenían derecho a acabar con él?)

El doctor dijo:

—Escucha, hijo, tú consigues de mí más información, y correcta, que la que conseguí yo pagándole a aquel farsante. Yo mismo te he dicho lo perra que puede llegar a ser Matilda. O que podía serlo hasta ahora. El matrimonio con el hombre adecuado va a cambiarla, ya la ha cambiado. Tú eres una personalidad especial y no creas que no me doy cuenta de eso. Esos *ancorman* peinados por estilistas que aprendieron todo lo que saben en cursillos de comunicaciones, es cierto que ganan salarios impresionantes, pero antes casaría a mi hija con una lasca de quiche. Al cabo de un mes, ella vomitaría sólo de verlo. Es diferente con un hombre como tú. Siempre podrá verte con admiración, aprender de ti, atraer gente a su casa por ti.

—¿Por qué atraer?

—Porque tú conoces las plantas al derecho y al revés. Eso es una gran atracción... ¡Al fin! Aquí está nuestra comida. Qué forma tienen de perder el tiempo en estos restaurantes finos... La ternera para mí y el lenguado para mi invitado... Te garantizo que tendrás una vida agradable si consigues que te guste la compañía. Eres un poco solitario, pero Tilda es muy sociable. En ese aspecto es como su madre, y una esposa, especialmente la mujer de un médico, puede hacer a un hombre o destruirlo. No importa si uno es un genio del diagnóstico; si la esposa es una de esas neuróticas egoístas que no se acercan a la gente con simpatía y no recibe en su casa, nunca llegará a tener una consulta de primera. Acabará tomando la presión en una compañía de seguros o dando masajes en la próstata a los mineros del carbón. Una mujer tiene que ser capaz de atraer a la gente adecuada y proporcionar conversación. Si aún no te has dado cuenta, ya lo verás cuando montes tu casa. Matilda es estupenda con gente brillante y podrá invitarla por ti. Eres un gran nombre en tu campo. La primera vez vendrán por ti y después por ella. No es que tú seas tan antisocial, pero un hombre al que le gusta la gente, no acaba en la Antártida.

—No me fui por eso...

El doctor, cortando su *paillard de veau*, dijo:

—¿Qué es lo que estabas haciendo allí, si no es información secreta?

—No. Tenía un proyecto especial sobre los líquenes. Extraen sustancias nutritivas de la atmósfera y yo trabajaba con los meteorólogos que estaban estudiando las corrientes de aire del mundo.

—Siempre hablas de un modo diferente cuando te refieres a la Antártida.

—¿Sí? Siempre había querido ir allí. El fin de la tierra. ¿Por qué...?

Y el tío, en silencio, enumeró sus razones: Porque es una tierra épica explorada por héroes como Shackleton, Scott y Amundsen. Porque allí los hombres

sacrificaban sus vidas los unos por los otros. Porque el Polo Sur ofrece un anticipo de la eternidad, cuando el alma tendrá que dejar el cuerpo caliente, y allí se puede practicar la indiferencia a la temperatura que uno va a necesitar cuando llegue ese momento. El tío nunca intentaría dar una respuesta así. No podría ser, no sería comprendida. El doctor desearía con impaciencia cualquier cosa que se le ofreciese si no aliviaba lo que le corroía por dentro. Si uno le hablaba del alma que abandona el cuerpo lo miraría como si estuviese chiflado. Si no le hablaba, si se quedaba uno en silencio, parecería antisocial.

Habían llegado a la mitad de la comida. Comían. Su restaurante, a la altura del cielo, estaba en una situación impensable.

A tanta altura sobre las calles como vigas de acero pudieron ensamblarse. La ingeniería hacía «fácil» aquello; la conversación, sin embargo, era difícil. Los conceptos incomunicables, las extrañas expresiones espontáneas como «bomba orgiástica», los platos de la *nouvelle cuisine* cubiertos de Saran Wrap comparados a una exhibición de ataúdes, desconcertaron al doctor. Aún tenía la cara contraída. Pero, fundamentalmente disgustado, aún seguía hablando.

El doctor decía que había aparecido en los periódicos un curioso artículo sobre una pareja que había solicitado permiso para casarse en la Antártida de modo que la novia pudiese tener una boda absolutamente blanca.

—¿Qué es el Polo Norte? Cualquiera puede ir al Polo Norte. Hay expediciones regulares en helicóptero, uno puede ir allí a comer y volver a la civilización para las copas de la tarde. Pero el Polo Sur es una proposición diferente. Aún tiene misterio y romance.

Y hablando de romances, no sólo era maravilloso que Benn y Matilda se hubiesen enamorado, también había ocurrido en el momento providencial. Ése era el momento de casarse. De dejar la caza. Los contactos sexuales fortuitos eran más peligrosos que nunca ahora que la medicina estaba temporalmente confusa por virus como el SIDA —una epidemia en formación, una plaga regular— y otras infecciones venéreas con menos publicidad. La monogamia volvía. Esperaba que Matilda proyectase quedar embarazada en Brasil.

—Hijo, ésta será tu última oportunidad de tener una familia. Hasta ella es demasiado mayor para primípara. Siempre he sentido curiosidad por la biología de Matilda. En la sala de partos, cuando ella nació, y lo recuerdo muy bien, los médicos quedamos confusos con el bebé. ¿Era un niño o una niña?

—Tienes que estar de broma —dijo Benn.

—Sólo digo que al principio nadie estaba completamente seguro. Algunos niños son tersos y muy hermosos al momento de nacer. A otros parece que los hubiese traído una avalancha.

Vestido con extrañas ropas, comiendo en extrañas alturas, con su apariencia normal alterada por el estilista al que Matilda lo había enviado, el tío no las tenía

todas consigo. Aun así, tuvo suficiente presencia de ánimo como para decir:

—Pues bien, ya puedes quedarte tranquilo, doctor; es hembra de los pies a la cabeza.

Allí en el Avignon, el Electronic Tower estaba otra vez muy cerca, la siguiente gran estructura que se elevaba sobre las demás, y en la vista desde el ático, después que el Avignon se había detenido, su compañero o hermano mayor aún seguía remontando el vuelo.

—Ahí está otra vez tu antigua casa —dijo el doctor gesticulando con su copa—. Nunca pensaste en los viejos tiempos, cuando tu madre regentaba aquella residencia para incurables, que un día se convertiría en ese magnífico monumento, ¿verdad?

Aquello indignó a Benn y dijo:

—Esa descripción no es correcta. Era un lugar familiar y la mayor parte eran amigos de la calle Jefferson.

—No tienes que decírmelo. Yo hice el internado en ese barrio. Esas anticuadas mujeres inmigrantes se levantaban las faldas hasta la cara cuando las examinaban para que uno no viese cómo se sonrojaban. Qué diferente es ahora, en los estribos...

Pero el tío no estaba dispuesto a dejar que el doctor corriese otra vez con la conversación. Recobró la iniciativa y clavó su mirada azul cobalto en su suegro con el tenedor y el cuchillo en los puños.

—Quiero saber por qué llevaste a ese tipo, Chetnik, para que nos casara.

—Pues porque Chetnik es un viejo amigo de la familia; hicimos el bachillerato juntos. Fue pasante de Bonaccio, el portavoz del sindicato en los grandes días de la Prohibición.

—No me interesa la parte histórica del asunto. Fue juez en nuestro caso contra Vilitzer.

—Ya lo sé.

—Entonces la cuestión es, por qué le pediste que lo hiciera. Nos hicieron una trampa.

—Tienes que tener cuidado. Haciendo esas declaraciones podrías meterte en un problema gordo.

—Estoy haciéndolas a un miembro de la familia, no en una conferencia de prensa. Descubrí quién era durante la recepción.

—Y te chocó —dijo el doctor con un punto de sátira.

—Me dolió. Él debe haberse divertido mucho. Primero me asesta un tiro en la sala del tribunal...

—Y ¿qué?, ¿te puede disparar por segunda vez?

—¿Te das cuenta de cuántos años tardamos en pagar las facturas legales por ese asunto?

—Agradéceselo a tu hermana y a los estúpidos abogados que contrató. Por cierto, ¿qué firma era?

—No estamos hablando de eso.

—Bueno, el abogado era un idiota o no hubiese llevado el caso de Vilitzer al tribunal de Chetnik. Debería practicar Derecho en Tasmania, aquí no tiene nada que hacer. Pero para cobrar sí que era bueno, ¿eh? Bueno, por eso fue que Moshe Dayan llevó abogados a la primera línea de ataque, porque cuando gritaba «¡Carguen!», chico, nadie les puede a esos abogados a la hora de cargar.

Benn me dijo que ese chiste malo no le había detenido.

Entonces el doctor le dijo:

—Esperaba que te me echaras encima por aquello y en cierto modo me gusta que te interese mi reacción. Me alegra ver que te defiendes.

Abajo, desde las regiones sublimes donde no se podía acceder a él. Ahora, gracias al interés propio, se podía contar con el tío. Los Layamon se habían propuesto hacerle entrar, es decir, volverle a traer a esa gran cosa que tiene América y que es lo *americano*. No puede uno tener junto a su fuego americano a un yerno que tenga otro hábitat, extraterrestre o alguna cosa por el estilo. Y lo que es aún más importante, Benn quería bajar, tenía un deseo especial de entrar en los estados de ánimo predominantes.

—¿Sabía Matilda que Amador Chetnik era aquel Chetnik? —preguntó Benn.

—Puede que haya tenido una idea, aunque él ha sido un amigo de la familia durante tanto tiempo que para ella sería natural...

—William, no me vengas con esa chorrada.

—Bueno, sí. Me costó persuadirla, pero cuando uno le hace a esa chica una proposición ventajosa, la entiende en un minuto. No se hizo daño a nadie. El pasado, pasado está. No se trataba de jactarse de un triunfo a tus expensas. No quería preocuparte con ese tipo de cosas en medio del idilio. El mismo Chetnik está en medio de un cambio de lealtades. Todavía insiste, sin embargo, en que el bestia de tu tío tenía un buen caso.

—¿Qué? ¿Como albacea testamentario de mamá, comprándonos la propiedad a través de una compañía fantasma que le pertenecía?

—Siento que un científico prominente como tú tenga que tener relaciones familiares tan indeseables como Vilitzer. Estaba en la comisión de urbanismo y sí tenía información de antemano sobre el lugar —dijo el doctor—. Es cierto que tu tío hizo juez a Amador y que durante años pudo haberlo destituido borrándolo de la lista judicial en las elecciones.

—Todavía estoy esperando que me digas cuál es la ventaja de meterlo en nuestra boda —dijo Benn.

—No abandonas —dijo el doctor bastante satisfecho—. Implacable. Eso me gusta. No me extraña que no te llevases bien con el tío Vilitzer. Está acostumbrado a los lameculos y siempre los tiene en cantidades. Bien, como te habrás figurado con un cerebro como el tuyo, el objetivo es recobrar el dinero que te quitó el tío Harold. Ése es el plan del juego en líneas generales.

—¿Con el propósito de arreglar el Roanoke?

—Correcto. Y algo más. Ettie dejó un poco de dinero para el mantenimiento y eso. Pero su idea de las finanzas se remontaba a los días de la riqueza antigua, cuando los precios eran bastante bajos y los servicios baratos. La vieja regateaba hasta el último centavo. Modernizar ese sitio puede salir en trescientos de los grandes. No podías esperar que Matilda fuese a Brasil y dejase esta responsabilidad en el aire. Tiene que tener alguna solución. Ésa es su forma de ser. ¿Te das cuenta de lo que Harold sacó por el Ecliptic Circle a ese conglomerado multinacional, casi todo japonés, que compró tu tierra?

—¿Cómo podría darme cuenta de una cosa así? Tal vez Chetnik se da cuenta. Él no hizo eso sólo para quedarse en las listas.

—No puedes esperar que Amador le diga a alguien cuánto le pagaron por echar abajo el caso, si es que le dieron algo. No puedes esperar que me aborde en la entrada del club y me diga: «Harold Vilitzer es mi amo.»

—Bueno, no tengo experiencia con gente que lleva esa clase de vida, pero ahora que tengo que pensar en ellos descubro que sí tengo cierta aptitud para eso. Así que lo más rancio de la comunidad sabe que Vilitzer es el amo de Chetnik. Naturalmente, Chetnik no puede decirlo.

—No tiene por qué. Además, yo lo pondría en pretérito: Vilitzer *era* el amo de Chetnik. En cuanto a tu aptitud, la posees de un modo natural. Hasta podría ser un talento... hereditario. Bien, no voy a revelar mis fuentes, pero el precio que se pagó por la vieja propiedad ruinoso de tus padres fue de, al menos, quince millones.

Benn pasó eso por alto. La suma no importaba, sólo era una de esas sumas que siempre se están citando, como el número de adictos a la cocaína en el país o los muertos de la Gran Guerra o la cifra de la pérdida diaria de células cerebrales.

El doctor dijo otra vez:

—Quince kilos, ¿no me has oído, hijo? —Lo que buscaba era comprensión.

—Sí que te he oído. Dijiste que Vilitzer *era* el amo de Chetnik. ¿Cosa del pasado? ¿Cuándo dejó de ser su amo?

—Cuando el fiscal federal para este distrito fue a por Chetnik con auténtico entusiasmo. Los enterados podrían decirte que de aquí a unos meses caerá una acusación federal. Amador tiene que proteger su propio culo. El departamento de Justicia..., y es la vieja historia, un Gobierno republicano lanza sus garras contra los demócratas locales. Así que sería ventajoso que en este momento hablases del asunto con el tío.

—No, no, yo no puedo hacer eso. Tiene más de ochenta años.

El doctor Layamon, con las arrugas recompuestas —una configuración diferente—, apenas parecía haberle escuchado.

—Cuando un fiscal inteligente está en su mejor momento, dirige el gran jurado y a la prensa, dosifica los anuncios filtrando información a los tipos de la tele, tiene una llave Nelson completa en el otro tipo y le puede romper el cuello al pobre



desgraciado. De esa forma llega al Congreso del Estado mientras que el malhechor acaba en chirona. Así que, si uno manda a Vilitzer a la cárcel, se despeja el camino al Senado de los Estados Unidos. O se convierte en gobernador y se le menciona tal vez para la Presidencia. Así es como lo hizo nuestro gobernador actual.

El doctor hubiese podido dar una lección magistral sobre miradas significativas. La ternera y el Vauvray fueron retirados. Miraba a Benn esperando un elogio especial. Eso demuestra dónde estaban sus auténticas pasiones. Nunca pedía tanto por sus logros médicos como por su agudeza política.

—Bien, ¿qué es lo que se supone que hable con mi tío? —preguntó Benn.

—Le indicaría que es un mal momento para que vuelvas a abrir el caso contra él.

—Ya veo. Y con Amador Chetnik, ahora en marcha atrás, entrenándonos en el aspecto legal. Sí, lo entiendo. Y por eso le pediste al juez que nos uniera a Matilda y a mí.

—Muy bien, lo pescas en seguida —dijo el doctor uniendo las manos dos veces en un aplauso.

—Pero yo no quiero hacerle daño a Vilitzer; es mi tío. Claro que se ha portado mal. Aun así, es mi tío, es el hermano de mi madre.

—Un momento extraño para sentimientos familiares.

—Tú tienes sentimientos familiares por Matilda —dijo el tío.

—Mi propia hija, eso es diferente, y aun así, si ella me hiciese una mala jugada, tan mala como la que Harold Vilitzer te hizo a ti, se vería con una pelea entre manos y ella lo sabe. Y ella, créeme, es una mujer dura. Contigo no, naturalmente, el amor es la gran excepción. Tú eres su niño grande. Lo que quiero decirte, sin embargo, es que podrían utilizar una mente como la de ella en el Colegio de la Guerra<sup>58</sup>. Entonces no habría fiascos como el de Granada, en el que chocaban todos los blandengues de los servicios rivales. Matilda es un cerebro gris. Con qué chica te has casado, ¿eh?

—Eso de Vilitzer y Chetnik, ¿es idea de ella?

—Claro que no. ¿Qué quieres decir? La consideración principal es la justicia. Te robaron millones. Y ha dado la casualidad de que tu nueva familia está protegiendo tus derechos y por derecho deberías establecerte en un lugar como el Roanoke. Tienes derecho a vivir a lo grande, como un científico rico y no como una rata de investigación.

—Y, ¿ella quiere que le tuerza el brazo a Vilitzer? Tengo que hablar todo esto con ella. —Harold sería el primero en entender tus motivos, un intrigante tan experimentado como ése.

—Doctor Layamon, no me sentiría bien amenazándole. Especialmente porque no entiendo todos los ángulos, los escondidos. Tengo que pensármelo mejor.

—Yo empezaría pidiendo a Vilitzer cinco millones, dispuesto a bajar a tres. Yo

estimaría su fortuna neta en cien millones.

—Eso no es asunto mío —dijo el tío—. Lo que tú quieres que haga equivale a una amenaza. No estoy de acuerdo en que a él le resulte tan perjudicial que yo reabra el caso. No le haría mucho bien, pero ¿por qué habría de perjudicarlo en cinco millones de dólares? ¿Y si se me riese en la cara? Y, ¿crees que yo podría disfrutar viviendo a lo grande con el dinero de una extorsión?

—¡Qué extorsión! Di más bien que estafó a los hijos de su hermana. Y si ciertas personas dan la orden, la acusación federal va a hacer que se cague. Y entonces, ¿qué pasa si te citan a declarar? Tu testimonio jurado le enviaría a la cárcel y tú no sacarías ni un centavo del asunto.

—También tendría que acusar a Amador Chetnik de cohecho.

—Bueno, el perjuicio principal sería que el tío Harold le sobornó. Y nos estamos complicando demasiado. Tú no podrías demostrarlo con pruebas documentales. Volvamos a lo fundamental. Matilda quiere para ella una situación brillante, no más de lo que ella se merece. Tú ganas, ¿cuántos? ¿Sesenta de los grandes?

—Bastante adecuado.

—Pero eso es una tontería. Hace poco Margaret Thatcher dijo que si en Estados Unidos bajaban los impuestos al veintisiete por ciento, mientras que Inglaterra le sacaba a todo el mundo un riñón, los científicos creativos de Gran Bretaña escaparían a América. Estarían dispuestos a dejar su país. Mientras, tú ni siquiera estás dispuesto a exigirle a tu tío lo que por derecho es tuyo.

—En morfología de las plantas, sesenta de los grandes es un buen sueldo. Ahora bien, yo quiero a Matilda. Haría por ella cualquier cosa que fuese razonable. Pero no quiero que el tío muera en la cárcel mientras yo vivo en un museo como el Roanoke. Estoy dispuesto a abordar a Harold pacíficamente.

—¡Pacífico! Ve con una rama de olivo y Vilitzer te la arrancará de las manos y te la meterá en el culo —dijo el doctor.

Su cara se contorsionó de risa. Más que nunca, le ardía desde adentro por su temperamento hiperactivo o por el color de la connivencia. Por dentro estaba supercaldeado, necesitaba un superconductor muy por debajo del cero absoluto.

—¡No! —dijo poniéndose otra vez severo—. Tendrás que irle con un argumento fuerte si quieres dinero, dinero de verdad, dinero en grande. Con la rama de olivo sólo conseguirías *zilch*. Tal vez sería mejor enviar a una persona, como un abogado listo, por ejemplo.

—No, gracias. —Benn estaba firme. Estableció una línea definitiva—. Pase lo que pase, yo mismo me haré cargo. Nada de terceras personas, no consentiré a nadie.

—Bueno, es tu tío. Veo que estás exaltado. En ese caso, vas a necesitar bastantes instrucciones.

Las instrucciones no iban a servir de nada. Además, nada iba a impedir que el doctor enviase sus propios emisarios a Vilitzer. Tenía muchos agentes para el

propósito, que era meterle a Harold los pies en el fuego. Podrían decir, y dirían, que estaban haciéndolo por Benn, con su consentimiento.

Aunque muy brevemente, me permitiré meter baza: En tanto me convertí en partícipe de estos acontecimientos entrevistándome con Fishl, el hijo de Vilitzer, informando de la entrevista al tío y todo eso, no estoy de observador desde un satélite teórico. Lo que hay que decir es que desde el punto de vista del doctor Layamon, el tío era completamente incompetente en negociaciones de este tipo. Era como darle una moto Yamaha a un aborígen melanesio con un manual del consumidor y soltarlo en medio de una autopista. No podría ni arrancar, mucho menos detenerse. El tío era, por lo tanto, para el doctor, más o menos el equivalente de las masas rusas tal como las veía Ponomarenko, el jefe de Stalin para Bielorrusia; un inocente por cuyos intereses, históricamente inevitables, tenían que cometerse crímenes necesarios. El tío era un idiota: no digo que el doctor haya pensado en todo eso, lo estoy pensando yo por él. Y es evidente, el tío era un profesor, igual a otros profesores; operaba, por tanto, desde una moralidad blanda: la moralidad del rebaño, en términos nietzscheanos; blanda, miserable, estúpida, lo que no significa que el doctor se hubiese lanzado en alguna ocasión a hablar de la degradación del hombre y de la moralidad de la timidez. No voy a perder el camino en eso, no teman. El doctor se veía a sí mismo como alguien que estaba por encima de las cosas, no hacía el tonto con nadie. También había un ángulo sexual y creo que él hasta lo sabía. Oscilaba entre el amor y la ira cuando trataba con el marido que Matilda había elegido para que se le acostara encima. Benn había solicitado ese privilegio atroz y el doctor iba a cerciorarse de que pagase el precio. «Si tú vas a compartir la cama de esta chica deliciosa de elevada educación y a refocilarte con ella, tendrás que conseguir el dinero que vale. Y da la casualidad de que el inmueble más valioso de esta ciudad era tuyo hasta hace cinco años, cuando te lo jodieron, idiota. Creemos que se te puede arreglar. Así que apáñatelas.»

Todo lo demás se deduce de esto.

Aquí podría alabarme —como hace siempre la gente— diciendo que no quería interferir en los asuntos del tío. Pero eso, simplemente, no es cierto. Las complicaciones eran formidables y yo no podría haber sido eficaz. Además, aunque hubiese sabido darle el consejo adecuado, él no lo habría seguido. Así que, más por mi propio bien que por el suyo, concerté una entrevista con Fishl, el hijo de Vilitzer.

Fishl compartía el despacho en el centro de la ciudad con otro personaje errático y aparecía en el listín como Vilitzer Asociados, Capital para la creación de empresas. En la opinión del tío Benn, que a mí me parecía correcta, Fishl hubiera hecho mejor dejando la ciudad cuando su padre rompió relaciones con él. No había acceso al viejo Vilitzer a través de su hijo; el padre no quería saber nada de él y no intentaba ocultarlo. Durante quince' años, más o menos, Fishl había vivido por su cuenta y se había montado unos cuantos fracasos pintorescos, alguno de ellos rozando el delito. No hacía mucho tiempo que había concebido una combinación estilo yoga y aventura comercial. Describiéndose a sí mismo como el representante local de un maharishi de la Costa Oeste, sacó un manual del inversionista y lo envió a un número importante de suscriptores. La idea general era jugar en el mercado desde una base espiritual. Reduciendo las oscilaciones de la conciencia, la meditación lo convertía a uno en un inversionista más capaz. Tuvo algún éxito hasta que se le ocurrió la idea de decir a sus clientes que consiguieran un gran número de tarjetas de crédito, unas quinientas, como mínimo. Cogiendo un crédito de mil dólares con cada tarjeta —a corto plazo— obtenían medio millón de dólares sin intereses o con intereses muy bajos. Con este capital, entraban en el mercado de opciones, y puesto que la meditación expulsaba los nervios, podrían hacer un montón de dinero, al menos mil por cada mil invertido. Por seguridad, se traficaba día a día evitando los riesgos de compromisos a largo plazo y en el término de un mes, tendrían medio millón de dólares propios. Los Bancos que se vieron afectados tomaron acción inmediata para bloquear esa fuga de fondos en efectivo, y sus abogados cayeron con dureza sobre el servicio de asesoramiento de Fishl en un caso que recibió amplia cobertura en la prensa. También entró en escena alguna agencia del Gobierno —tal vez el SEC—, y antes de que el asunto terminase, el viejo Vilitzer, que ya tenía bastantes problemas, había dicho a la prensa: «No es hijo mío.» Desmoralizado durante un tiempo por ese fracaso, Fishl estudió luego acupuntura china y con el tiempo abrió una consulta especial para realizar abortos por acupuntura. Otra vez fue demandado, en esa ocasión por una mujer que había dado a luz después de recibir el tratamiento. Siempre se puede esperar un pleito. Un jurado de Filadelfia acaba de conceder una gran suma por perjuicios a una señora que perdió sus poderes psíquicos después de pasar por el *scanner*. Después de largos

años como médium, se vio obligada a cerrar el negocio. Digan lo que quieran de América, pero pocos países acogen más cálidamente la originalidad y nunca antes había sido ésta un fenómeno de masas.

Mi propósito específico era enterarme todo lo que pudiese sobre la relación del viejo Vilitzer con Amador Chetnik. Llamé a Fishl por teléfono y dijo que tendría mucho gusto en verme.

Mi amiga, Dita Schwartz, que tenía una cita con el médico, me llevó al centro en su furgoneta Dodge verde. Había dado unos cursos de ruso conmigo. Oficinista durante mucho tiempo, había aprendido ruso por sí misma y verdaderamente sabía mucho antes de ir a la Universidad. La gente independiente, compleja, decidida, imaginativa, siempre me produce el mayor placer. Pronto empezó un máster de artes en estudios eslavos. Esto le valió un trabajo en la sucursal urbana de la Universidad del Estado. Con un ligero margen sobre mí en años civiles, parece más joven, una mujer de apariencia madura, pálida, ojos negros, tiene un pelo que crece con fuerza india. Sus padres eran obreros de fábrica y ella tuvo una educación proletaria —otra raza que desaparece, el proletariado; adiós a los obreros<sup>59</sup>—. Dita me había echado el ojo, eso no podía negarse ni por un momento, aunque negarlo hubiese tenido sus ventajas, pues me acarrea un cierto grado de incomodidad. Al mismo tiempo, no podía evitar que me agradara. Cuestión de autoestima. En ese aspecto, Treckie me había hecho algún daño. Pero la autoestima es una preocupación fastidiosa. Hay que hacer algo para limitar el número de personas cuya opinión nos afecta. A menos que se preocupen por nosotros, o que nos hayan hecho algún bien, o que supongan una promesa, ¿por qué tiene que importarnos su opinión?

Me concedí toda una hora con Fishl, suponiendo que él podía disponer de ese tiempo.

Él tenía todo el tiempo del mundo. La apariencia del vestíbulo del viejo edificio donde tenía el despacho me dijo que no era probable que estuviese muy ocupado. Ese local se remontaba a principios de siglo. El ascensor, con su rebuscada ornamentación, era lento y tuve mucho tiempo para la observación: en el primer piso, un taxidermista especializado en pájaros; en el segundo, un camisero de tiempos de Eduardo VII y un farmacéutico homeópata con frascos de fluido rosa y verde y potes llenos de hierbas medicinales; después, un economato de sana torio con planchas de *waffles*<sup>60</sup>, cafeteras eléctricas, cocteleras y palos de golf antiguos —*masies*, *niblicks* y *clicks*. El despacho de Fishl compartía un recodo del final del pasillo con un lavabo de caballeros.

Entre aquellos viejos objetos, Fishl era una persona al día. Rechoncho, afable, llevaba un traje con chaleco y mocasines. Su cabeza era ese tipo de calva cubierta de vello rubio. Para mi gusto, el pelo de atrás era más abundante de lo debido. Era de cara gorda con papada y un perfil imperial, algo romano. Tenía la cara un poco infantil, pero sus ojos azules, que me recordaron los de Benn, advertían que no se

supusiera demasiado, que no se le juzgase por el entorno. Los ojos, haciendo juego con la papada, tenían bolsas, pero la mirada era penetrante. Advertía que no se hiciesen demasiadas presunciones. El hombre no era ningún blandengue. Demostró ser muy listo.

Mientras le inspeccionaba —para utilizar una expresión suya—, él estaba registrando datos sobre mí. Lo que observó fue: un miembro de la familia; treinta y cinco años; educación extranjera; capacidad de comunicación mediocre tirando a baja; dificultades de audición; nada estúpido, pero perturbado por preocupaciones singulares. El encuentro, en general, nos agradó a los dos. Yo no tenía ese revoltillo de tripas, esa sensación demasiado frecuente de que hay que escapar de alguien cuanto antes. Si verdaderamente hubiera sido el agudo ejecutivo por el que quería que le tomasen, yo habría salido de allí en quince minutos bajando por el obsoleto ascensor.

Desde el principio, trató de controlar la conversación haciendo las preguntas. Los buenos comunicadores comprenden lo importante que es eso y Fishl, como rápidamente percibí, era un comunicador adelantado. Era una de esas personas —un tipo cada vez más común— que explican lo que hacen mientras lo están haciendo, como Dale Carnegie o Norman Vincent Peale; la técnica es parte de su ideología. Para ellos, el método es tan embriagante como el mensaje. Pronto me di cuenta de que me tenía contestándole y traté de coger la iniciativa y mantenerle a raya con mis propias preguntas. ¿Cómo estaba la familia? La tía abuela Vilitzer había muerto hacía algunos años, pero Fishl se llevaba bien con sus hermanos. Ellos se habían beneficiado de sus peleas con el padre y hacían grandes negocios con el Ayuntamiento. Tenían una compañía de seguros y decidían muchas cuestiones de política municipal.

—¿Ninguno de ellos está en política? —le pregunté.

—No tienen talento en esa línea. Tampoco hay mucho futuro en eso para los blancos. Dentro de veinte años, los políticos negros lo dirigirán todo, así que se acabaron los dulces negocios de seguros con el Ayuntamiento. Lo que esta familia necesita es la diversificación. Trato de decirles que inviertan en los suburbios, que se libren de las propiedades que tienen por toda la ciudad.

Fishl sostenía sus opiniones con firmeza. No había posibilidad de apelación. Deduje, sin embargo, que sus hermanos no aceptaban sus consejos. El timo de las tarjetas de crédito, el yoga, la acupuntura, habían reducido su credibilidad.

—¿Cómo está mi primo, Benn? Ahora que se ha casado, ¿todavía estáis tan unidos?

—Demasiado pronto para decirlo. Naturalmente, ahora está más unido a su mujer. Y, ¿cómo está tu padre?

—Como te habrás enterado, no le veo tanto como quisiera. Una lástima. Su corazón no está fuerte y está sometido a muchas presiones políticas. Es ahora cuando podría serle útil. ¿Sigues el panorama local?

—No tanto como tú. No podría.

—Es cierto, viniste a pensar seriamente en la Rusia zarista. San Petersburgo, 1913. Eso me dijiste una vez. Puedes estudiar eso aquí como en cualquiera otra parte.

Fishl me sonrió y por primera vez noté la maravilla de dientes que tenía: hermosos, el esmalte en perfectas condiciones, ni una mancha, ni un empaste.

—¿Qué presiones está recibiendo tu padre?

—Tiene enemigos poderosos. Al menos uno de ellos es un aniquilador.

—¿Dónde consigues la información? —dije—. ¿O es que está flotando por la ciudad, en la calle?

—La obtengo de amigos políticos suyos que me conocen desde la infancia. Algunos son tipos interesantes. Siempre tienen información interna. Todos ellos son unos bárbaros, naturalmente, pero también son terriblemente astutos. Además, cada vez tienen menos que perder porque están a punto de marcharse. Cuando se tiene una administración hostil en Washington, el Departamento de Justicia siempre investiga y procesa a los políticos locales. El Ayuntamiento está lleno de delincuentes que pronto serán procesados. Todo el mundo ha robado durante años. Los grandes jurados pueden elegir sus blancos.

—No estoy cambiando el tema —dije—; pero, ¿fuiste a la boda de Benn?

Fishl no hubiese dicho que no le habían invitado; habría sido un signo de debilidad social. «Desafortunadamente, no pude ir», fue lo que me dijo.

—Te lo pregunto porque estaba pensando si conocías al juez que casó a Matilda y a Benn.

—¿Fue un juez?

—El juez Amador Chetnik.

Su calma se volvió tan perfecta, se quedó tan callado, que comprendí que lo había tomado por sorpresa.

Le dije:

—¿Sin comentarios?

—Extraña elección la de los Layamon —dijo Fishl—. Chetnik era el juez en el caso de Benn, ¿verdad?

—Sí. Decidió a favor de tu padre, ¿no?

—¿Lo sabía Benn?

—Lo descubrió pronto. ¿Qué crees de eso?

—Creo que es una forma extraña de actuar. La boda de su única hija. El único vástago. Podían haber dejado de intrigar al menos quince minutos. He oído hablar de ese viejo Layamon. Dicen que tiene más ángulos que un libro de geometría.

—Creí que debía preguntarle a alguien que estuviese más enterado de cómo se hacen las cosas por aquí —le dije.

—Los secretos de Chetnik ya no son tan secretos ahora. Hay cincuenta personas

en esta ciudad que podrían decirte cuántos problemas tiene. Su procesamiento aún no ha sido anunciado por el fiscal federal, pero pronto lo será y Chetnik irá a parar al ala judicial de la penitenciaría de Sandstone. Tenemos bastantes jueces en prisiones federales.

—Tu padre, ¿no puede protegerle?

—Ni siquiera lo intentaría. Verás, en realidad, es a papá a quien quieren pescar. Él debe haberse enterado de que los padres de la novia pidieron a Chetnik que uniese a su propio sobrino a esa mujer. El padre utilizó al juez para hacer una declaración. Así que ésta es la segunda vez que Chetnik tiene a tu tío en el puño.

Mi información había tenido un efecto poderoso sobre Fishl y tenía menos disfraces o reacciones preparadas de lo que yo hubiese imaginado. Excitándole, como yo acababa de hacerlo, se veían atisbos de un Fishl muy diferente.

—Debes contarme más, Kenneth. Esto puede ser muy importante —dijo.

—No puedo decirte mucho más. Y no creo que el juez tenga al tío Benn a su merced. Es difícil imaginar qué forma puede tomar el poder sobre un hombre como Benn. Se le puede manipular, sí. Pero, ¿se le puede engañar, engañar del modo en que esa gente lo entiende?

A Fishl le gustó, evidentemente, esa elevación de la perspectiva y tomó una línea distinta conmigo hablando con más cordialidad y naturalidad, de modo que empecé a entenderle mejor. En ese momento, había caído en desgracia alquilando un espacio en ese edificio medio abandonado, en el cuarto piso, cerca de un retrete centenario. Los dueños de ese valioso terreno probablemente estaban tratando con promotores. La posición de Fishl parecía débil. Parecía un gordito gracioso con pose de alto ejecutivo que hablaba de capital de riesgo, capital inicial. Tal como describía sus actividades, era eso lo que estaba haciendo en esos momentos. «Lo que estoy haciendo en este momento...» Por su descripción comprendí que admiraba y amaba el espíritu de empresa y que pensaba constantemente en aquellos que volvían la espalda a una carrera convencional —personalidades enérgicas, resueltas, imaginativas, audaces, que se arriesgaban, que se atrevían a entrar en las industrias biomédicas, aeroespaciales o de comunicaciones. Yo estaba fascinado por la jerga empresarial que utilizaba. Era su gimnasia en la selva, su trampolín, su trapecio, su iglesia. Y parecía débil sólo si uno lo juzgaba por sus fracasos en los negocios. Ésos eran accidentales, transitorios.

—Yo no admito el fracaso —me dijo—. Los tipos enérgicos jamás lo admiten, sencillamente, no les importa.

Se veía a sí mismo listo, resistente, sólido y abnegado, destinado a ser presidente de la Organización de Empresarios en los buenos tiempos.

—Pero echemos un vistazo a Chetnik por un momento —dijo—. Con un salario de setenta de los grandes, ¿cómo es que tiene aquí un piso de cuatro habitaciones con un BMW para su mujer y un Mercedes para él? ¿Cómo se las arregla, además, para comprar una casa en Florida? ¿Quién le paga vacaciones gratuitas en Hawai y otros



hermosos incentivos?

—¿No es tu padre?

—No. Mi padre compró a Chetnik cuando Amador era un joven abogado que llamaba a las puertas de las casas para conseguir un voto, antes de ser concejal de distrito. Lo compró y lo metió en los tribunales. Lo que además tienes que saber, es que hay tipos que van al edificio de los tribunales y empiezan a subir y a bajar en los ascensores. Esos tentadores conocen los horarios de los jueces del condado y esperan la oportunidad de decirles unas cuantas palabras a solas. Los despachos pueden tener micrófonos ocultos, por eso los cazan en el ascensor. Pues bien, esos tipos llevan ofertas especiales, como por ejemplo, grandes préstamos libres de interés que no hay que pagar. Tienen un olfato excepcional para la corrupción en potencia.

—¿Estás hablando de picapleitos?

—En absoluto. Son individuos serios, sólidos, influyentes. A menudo son socios principales de grandes despachos jurídicos. Quieren llevar los casos más importantes ante sus jueces favoritos, eso es todo. Un breve encuentro personal en los ascensores y se arregla el negocio.

—¿Es así como se hacen las cosas? Es muy atento por tu parte que compartas conmigo esta información.

Comprendí todo eso antes de los doce años —dijo Fishl—. Tu madre debió haberme consultado antes de demandar a papá por lo del Electronic Tower. Yo no era más que un estudiante cuando pasó todo aquello, pero ya entonces hubiese recomendado un abogado mejor. Sobre todo, la culpa la tuvo vuestro abogado. O era un incompetente o estaba llevando algo grande sin esperanzas de ganar. No culpo a Benn. Comprometido con la creatividad, con su sentido de la rectitud, era imposible que interpretase una situación que a uno le deja confundido aun después de toda una vida de experiencia. Parece que las capacidades de Benn siguen desarrollándose. Aprecio mucho al primo Benn. Antes le apreciaba aún más. A papá, Benn le resultaba sospechoso y algo de sus sospechas recayeron en mí. Benn y yo nos parecíamos demasiado para su gusto. Y sí que había un parecido. Benn y yo nos enfrentábamos a la misma cuestión: «¿Qué voy a hacer con mi creatividad?» ¿No te contó que en la Universidad él y yo tratamos de patentar un invento?

—No lo sabía.

—Sí. Era un cuadro de bicicleta de bambú, muy ligero y también plegable. Se plegaba y cabía en el baúl del coche. Muy ingenioso. No tuvimos la astucia necesaria para conseguir una patente. Claro que aquello era un reto momentáneo. Su destino era la botánica. Era demasiado introvertido para ser un tipo auténticamente moderno. Para él, inventar una bicicleta de bambú fue sólo un entretenimiento. Mi motivo era conseguir un tanto. No es que yo me orientase ciento por ciento al exterior. También me orientaba a mi interior, en secreto. Ése es el meollo del problema. Yo intuía que Benn era mejor que yo.

—¿Cómo te explicas eso? —le dije.

—No invirtió toda su vida en la ludia con sus padres. He conocido gente de ochenta años que aún guardan rencor por la forma en qué les enseñaron a no hacerse pis encima o porque el padre no los llevaba al béisbol. ¡Imagina una vida así de infantil! Una servidumbre semejante a papá y mamá! ¡Toda una vida de pis y caca! Nadie que se respete a sí mismo puede someterse a eso. Hay que separarse pacíficamente de los padres si se puede, y si no, decirles que no té jodan. Uno tiene que seguir su camino a los veinte, por lo menos. Yo soy un caso típico; a los cincuenta, aún le voy detrás a mi padre odiándole, amándolo y suplicándole que deje volver al hijo pródigo. Hasta ahora, he intentado una docena de carreras pródigas a cuál más espectacular. Benn lo tuvo mejor. Sin pensárselo dos veces, subió a un nivel superior. Es un contemplativo nato.

—¡Te has dado cuenta!

—Pues claro, desde siempre. Puede que él amase a sus padres, pero nunca se le pasó por la cabeza hacer de su vida una ofrenda aceptable a papá y mamá. Maldiciéndolos al mismo tiempo, como lo hacen millones de americanos. Hasta se hace eso por los perros morbosos —una desgraciada infancia canina. No, Benn salió a un nivel superior sin mirar a derecha ni izquierda, como si saliese caminando por la ventana de un quincuagésimo piso sin hacerse daño. Lo salvó el hablar de la estética de la botánica, las bellezas de la vida de las plantas.

—Aún lo hace. Piensa escribir sobre este tema.

—Cuando se casó con Matilda Layamon, siguió esa estética hasta el plano humano —dijo ese sorprendente Fishl—. Es una mujer hermosa. Yo la veía de vez en cuando. Nunca salí con ella, no estaba a su altura. Sólo era un conocido agradable.

Dije:

—Es cierto que el tío es exigente con las mujeres. Se mezcló con mujeres de todas clases, pero no podía casarse con ninguna de ellas porque no se ajustaban a su esquema.

—¿En qué se basa?

—Eso no puedo decirlo, Fishl. No puede ser un esquema botánico, porque hay muchas plantas feas. Algunas son horribles. Y ni siquiera existe un acuerdo entre los pájaros y los insectos. Por ejemplo, parece que a los colibrís les encantan las flores rojas y también a las mariposas. Se supone que las avispas prefieren el marrón oscuro, mientras que las moscas prefieren el color de la piel o los marrones amarillentos. Así que cada especie tiene su propia idea de lo bello o de lo desagradable. Eso sin hablar de las preferencias en cuanto al perfume.

—Bien, coge a ese hombre especialmente desarrollado y complejo y haz que le una en matrimonio un juez que en una ocasión le privó de millones de dólares. Buen asunto para un drama. Tú vienes a mí porque él te preocupa. Yo también estoy preocupado por mi papá.

—Tendrás que decirme por qué te preocupas.

—Claro. Lo comprenderás en un minuto. ¿Has oído hablar de las ofertas de inmunidad? Ya veo que no. Pues bien, cuando un fiscal va a por alguien, puede ofrecer el privilegio de la inmunidad a testigos claves. La ley dice que un testigo que se niegue a declarar se le procesará por desacato y se le enviará a la cárcel. Ésta era la respuesta del Gobierno a la Cosa Nostra, pero la práctica se ha vuelto mucho, muchísimo más amplia. Aquí tienes a ese tipo, Amador Chetnik. El fiscal federal no está interesado realmente en Chetnik. Busca piezas mayores.

—Como Harlod Vilitzer.

—Eso es. Chetnik testifica contra papá y consigue una sentencia reducida. Pues bien, supón que Chetnik dice la verdad sobre el caso del Electronic Tower... acaba la oración tú mismo.

—El viejo Layamon puede volver a abrir el caso y hacer que el tío Benn recobre millones.

—Somos una familia inteligente. Este asunto es para ti materia extraña, pero cuando se te explica, descubres el meollo rápidamente.

—Los millones para Benn significan millones para Matilda. Por eso invitó a Chetnik a atar el nudo.

—Mira, tío, yo soy el infeliz Edgar a quien maldijo su padre, el viejo Gloucester. Es por eso que estoy en este cagadero de despacho mientras mis hermanos están en el cielo de los cerdos. ¡Atadle bien los brazos al alcorcho! ¡Sacadle los ojos y aplastádselos con los pies! Papá nunca ha sido un hombre precisamente bueno. Pero soy su hijo y espero salvarle. Reconciliarme con él. Detrás de todo esto está Donovan Stewart.

—¿Qué Stewart es ése?

—Demonios de académicos, no tienen ni puta idea de lo que pasa aquí. El gobernador Stewart, de nuestro propio Estado. En sus tiempos, era fiscal federal y cada uno de sus sucesores ha sido uno de los jóvenes de Su equipo original. Adivina tú mismo si Stewart tiene o no influencia en el actual incumbente.

—Fishl, ¿qué tiene Stewart contra el tío Harold que quiere meterle en la cárcel a los ochenta años?

—Nada personal. Es sólo una oportunidad para extender su control. Se llega como conquistador-reformador; se expulsa de su fortaleza a los políticos corruptos y entonces se sacan billones en beneficios, un par de cientos de franquicias en el aeropuerto, por ejemplo: se recaptan millones de votantes..., se construye un imperio. Mi padre y sus compinches están en retirada, han perdido el poder, ya no tienen posibilidad alguna de conservar la ciudad, así que la están desplumando y a base de bien.

—Volviendo a Chetnik, ¿qué saca él de eso? —le pregunté.

—Una sentencia reducida y, además, se puede quedar con lo que tiene y tal vez consiga un trato para salir pronto en libertad bajo palabra. A lo mejor hasta un

pellizco de lo que Benn pueda recobrar de papá.

—Y, ¿tú crees que Layamon y Chetnik ya lo han planeado todo?

—No tengo clarividencia, Ken; todo lo que tengo es astucia. Además, quiero hacer todo lo humanamente posible por ese pobre tipo, mi anciano padre. Quiero demostrar que sólo quedo yo, el hijo rechazado, para defender a ese ogro rudo, que soy yo el abnegado, no los idiotas de mis hermanos.

—Y yo quiero mucho a mi tío Benn. Lo que no entiendo es por qué tuvo tu padre que tratar a Benn y a mamá como lo hizo.

—Estoy de acuerdo. Pero en cuanto un hombre descarta sus caracteres étnicos, tiene que patearlos y pisotearlos y acabar con ellos de una vez por todas. Harold Vilitzer es un sinvergüenza. No esperes que un hombre pecador tenga lapsos de niño escucha con sus parientes. La regla es: «No tengas compasión de nadie.» Ahora bien, ¿quiere Benn que mi padre le dé millones de dólares?

—Eso no va con la personalidad del tío Benn. No sería coherente.

—Podría volverse incoherente por su mujer.

—No, no se casó por dinero, sólo por belleza.

Ahora Fishl ya no se comportaba conmigo como el empresario del capital inicial. La información que le había proporcionado lo había cambiado por completo. Ni siquiera parecía el hombre cordial de papada que me había recibido en aquel despacho con olor a naftalina. Ni los ojos, ni la nariz, ni un solo detalle de su apariencia estaba igual. Pensé, uno ni siquiera empieza a conocer a una persona hasta que ha visto sus facciones transformadas por un desbordamiento emocional. Ante mí apareció un Fishl completamente distinto en cuanto vio que podía defender a su padre, salvarle de sus enemigos. Y yo me di cuenta del cambio, no pude evitar el pensamiento de que la evolución de mis poderes de receptividad se debía a la influencia del tío. Él había dicho, «otra persona dentro de mí... me dijo que le diese la moneda al trapero». Tal vez había otra persona así también dentro de Fishl. Ya no se habló más de «registrar los datos» ni hubo más jerga de negocios. Ahora estaba hablando con franqueza; muy curioso en un hombre que había elaborado tantas estafas fantásticas. Dijo:

—Tengo que pensar en lo que voy a hacer. Supongo que Layamon quiere que Benn vaya a ver a mi padre.

—O hacer que otra persona vaya a decirle que Benn está dispuesto a reabrir el caso. La regla de tu padre es no compadecerse de nadie. Supón que Benn decidiese actuar conforme a esa misma regla.

—Benn no debería prestarse a eso, no debería plegarse a adoptar motivaciones completamente nuevas a estas alturas de su vida.

—Considera su situación —dije.

—Lo haría si me explicases un poco más.

—Estoy aquí por mi cuenta —informé a Fishl—. Lo que él me dice es confidencial. No puedo decirte más de lo que te he dicho.

—Lo que tenemos que averiguar es qué le está ofreciendo el doctor Layamon a Chetnik. Chetnik va a ir a la cárcel. Puede conseguir una sentencia reducida delatando a papá. O puede mantener la boca cerrada y aceptar una cantidad de dinero. Lo necesitará cuando salga de la cárcel. Así que el precio por no involucrar a papá puede ser un tanto para Amador y un tanto para Benn. Dos, tres, o cuatro millones. Matilda podría comprarse un lugar en el mercado de valores.

—¿El mercado de valores? Y, ¿para qué lo quiere?

—Hace menos de una semana oí que entraba en una casa de agentes de bolsa. Fingal Brothers y Hockney.

—¿Entraba?

—A negociar, tal vez. Es un fondo de inversión. Necesitará algún adiestramiento. Hay una búsqueda desesperada de mujeres con talento. Estas empresas no están sujetas directamente a la presión de la acción afirmativa, por supuesto, pero les da prestigio tener a una maga de las finanzas en un cargo ejecutivo... ¿Es la primera vez que oyes hablar de esto? ¿Benn no te ha dicho nada?

—No, nada. Mucho de lo que te oigo decir es como las películas que uno ve cuando tiene fiebre. Una fantasía de la temperatura... ¿Por qué iba Matilda a necesitar tanto dinero para aprendiz de agente de bolsa?

—Compra un millón de dólares de sus acciones y ellos tienen que ascenderla rápidamente. Debes estar pensando cómo va eso a afectar a Benn.

—Bueno, su relación fundamental es con las plantas, como sabes. No hay razón para que nuestro mundo le afecte demasiado. Naturalmente, Benn no se casó por eso.

—Suenas como si la señora lo hubiese adquirido a él —dijo Fishl.

—Las intenciones conscientes siempre predominan —le dije—. Y, ¿quién era él para que no lo adquiriesen? Eso cae en otra esfera de especulación. Sin embargo, no se puede saber lo que ocurre entre dos personas. Puede que hayan encontrado el uno en el otro más de lo que puede ver cualquier extraño. ¿Has estado casado?

—Sí, bastantes veces —dijo Fishl—. Pero no me interesa hablar de eso ahora. ¿Dirías que el doctor Layamon tenía esto en mente hace tiempo? Después de todo, lo del Electronic Tower es un asunto importante. Vale la pena probar suerte con una cantidad así de dinero.

—Espera un momento, Fishl —dije—, Matilda es muy deseable, podría haberse casado fácilmente con un ric...

—Sí, claro, pero no tendría el mismo control. No lo discuto, Kenneth. Pero un profesor famoso siempre es una buena pieza para una mujer a quien no le gusta la compañía vulgar. Para la mayoría de las mujeres, el mejor marido es un agregado. Pruébalo en una conversación. Yo lo he hecho y los resultados son verdaderamente curiosos. Las mujeres ingenuas te dirán, me gusta un poco de esto y otro poco de aquello, un poco de Muhammad Alí por puro sexo, algo de Kissinger por astucia, Cary Grant por apostura, Jack Nicholson por entretenimiento, más algo de André

Malraux o de algún judío por cerebro. La fantasía más común que existe. Desafortunadamente, tienen que limitar su caza a uno solo, y un profesor distraído no está tan mal si tiene prestigio y no es tan distraído que haya que revisarle la bragueta por la mañana antes de dejarle salir de casa. Ahora ella es la señora de Benno Crader y puede atraer a personas interesantes a su grupo. Probablemente hay más de una anfitriona en esta ciudad que la desairó de soltera y a ella le encantaría darle una buena lección. Pero, ¿qué sueldo tiene Benn? y, ¿qué libertad le va a proporcionar a su mujer ese sueldo? Su padre no les va a regalar nada, ésa es la fama que tiene, y piensa en lo emocionante que sería convertir a su yerno en un millonario, cosa que él mismo podría haber hecho si no hubiese sido tan imbécil. Cualquier individuo normal protege sus intereses. ¿Qué hay de distinguido en dejarse joder?

Me gustó de verdad lo que Fishl dijo sobre el marido compuesto de los sueños, cada hombre un plato en una mesa de delicias, un *smorgasbord*. Las ideas o intuiciones de Fishl eran mucho mejores que el estilo de conducta que había elegido. Hacían su conversación curiosamente amena. Pero cuando sugirió que le dejara encargarse del asunto, tuve mis reservas.

—¿Por qué no dejas este asunto en mis manos? —dijo—. Dame una o dos semanas para averiguar lo que piensa mi padre.

—¿Por qué me lo pides a mí? —contesté—. Yo estoy fuera del asunto.

—Podrías planteárselo a tu tío Benn. Dile: «No hagas nada por tu cuenta. Fishl se ha ofrecido a investigar.» O: «Fishl está de tu parte. Sabe cómo tratar a esos tipos. Déjale elaborar una campaña que respetará tus insólitas necesidades.»

—Me parece que el tío está cansado de que todo el mundo le diga que es un incompetente, que está indudablemente predestinado, programado por el destino para descarrilar. Por eso el matrimonio fue decisión suya. No lo consultó con nadie.

—Está bien, pero no es la única parte afectada —dijo el primo Fishl—. También está mi padre. Te concedo que papá fue tacaño con los Crader. Debió haberles dado medio millón a cada uno. Estuvo mal que les echase las sobras con desprecio. Tu madre se sintió insultada.

—El asunto salió por cientos de miles y la mayor parte fue a parar a los abogados.

Fishl dijo:

—Haz ver a Benn lo útil que puedo resultarle. De otro modo, está completamente en manos de su suegro.

Y en las de Matilda. Pero eso no puedo decírselo.

—Debes tener una influencia considerable.

—Puedo planteárselo. Estoy de acuerdo en que necesita que le guíe alguien más listo. Pero si pensase que estás orquestando algo complicado, saldría corriendo como un demonio.

—¿Qué significa complicado?

—Supongo que ésa es tu tendencia.

—Si te refieres a mis negocios, tengo que decirte que sólo he escuchado calumnias, chismes ignorantes y las típicas tergiversaciones. Eso es lo peor del periodismo. No es el chismorreo lo que ofende, es la manipulación estúpida de los hechos. Ahora mismo, lo que me preocupa es mi padre. Los malos van a por él. Y no querrás que tu tío caiga bajo la absoluta tutela de los Layamon.

—Que le den una lección —dije—. Que descubra en lo que se ha metido por precipitarse al matrimonio sin consultarlo conmigo.

—Palabras rencorosas —dijo Fishl muy comprensivo—. No sientes lo que dices. El que habla no es el auténtico Kenneth.

Viniendo de él, con su gorda y pálida cara imperial, eso me produjo una curiosa impresión. ¿El auténtico Kenneth? ¿Existía un auténtico Fishl? Mientras le observaba cuidadosamente, la singularidad de ese gordito aparentemente cómico pareció desprenderse de él y desaparecer con un temblor. Doy mi impresión tal como me vino. Había otro Fishl sentado allí con su chaleco completamente abotonado y con los pies en los mocasines mansamente cruzados. Tal vez la sugerencia de un segundo Fishl.

—Creo que hoy te he traído una oportunidad —dije—. Puede que ahora encuentres un modo de arreglarte con tu viejo y demostrarle lo listo que puedes ser en cuanto a los fundamentos más profundos. De tonto, nada. Y cuánto te preocupas por él. Y, además, que le quieres como nadie.

—Bueno, no te detengas ahí. Termina lo que habías empezado a decir.

—Está bien, lo haré. Debes figurarte que está en decadencia. El toro salvaje que era, ya es viejo, así que está dispuesto a abrir su corazón al sentimiento. Pero tú mismo dijiste antes que su lema era: «No tengas compasión de nadie.» Lo que yo traduzco por: «Tiene un tipo de mentalidad moderna.» Más moderna tal vez que la de su hijo mayor. La reconciliación y los corazones unidos puede no ser lo que más le interese.

—Cuando le aborde, si es que puedo hacerlo, es posible que me mande a la mierda. Aun así, tanto si él lo quiere como si no, tengo el impulso de abordarle.

—Que tengas buena suerte —le dije, y me levanté—. Me están esperando. Nos mantendremos en contacto.

—Sobre todo, dile a tu tío que no vaya él mismo a ver a papá. Adviértese.

Mientras bajaba en el ascensor grande y lento, pasando al taxidermista con su exhibición de búhos y gatos monteses, pasando al herborista con sus frascos, me encontré insólitamente fértil en conceptos. Ese extraño Fishl del negocio de capital inicial había plantado en mi cabeza un buen número de sugerencias. Aunque se había burlado de mí por haberme instalado en el Mediooeste para estudiar la Rusia zarista en su última fase, no había duda de que era él mismo en su despacho destartado, semejante al de un ruso de aquella época. Al menos en su evolución emocional, tenía

el sabor de las esencias correspondientes al período de Rozanov, Meyerhold, el último Chéjov, Maldestam y Bely. Y aún más, esa metrópoli americana de las praderas era rica en semejanzas al San Petersburgo de 1913. Aquí también había una mezcla de barbarismo y gastada cultura humanista, concediendo que por estos lares, la última nunca había tenido muchas oportunidades de florecer. Hasta había una población de inmigrantes campesinos del este de Europa, cuya evolución se había detenido en el estadio de 1913, que hablaba dialectos del polaco y del ucraniano que ya no se hablan en el país de origen, aun cuando conducen Honda japonesas y llevan calzoncillos de J. C. Penney. Esas reflexiones eran estimulantes. Sexualmente, también existían paralelos. Por ejemplo, un primitivismo o animalismo cerebral; locos adoradores de la droga perseguían éxtasis visionarios que en una época sólo experimentaban los místicos; sadomasoquismo: el abuso violento infligido o soportado e identificado con el amor o el placer. Otra semejanza era la proliferación de una multitud de mundos falsos con reglas a las que la gente se comprometía con vehemencia. Podían arrastrarte porque parecían saber lo que hacían. Siempre estaban en trance profundo, pero aun así, hablaban con autoridad a favor de lo «real». Un hombre como el Ableukov de Bely, por ejemplo, bajo la influencia de un grupo de conspiradores, aceptó poner una bomba de relojería en la habitación de su padre. En realidad, no quería ser un parricida. Una aparente ética lógica le arrastró. Pero poco a poco se hizo evidente que la metafísica, que durante mucho tiempo había sostenido el orden ético, se había desmoronado. Para mí, esa semejanza con San Petersburgo era un estímulo. Había analogías intoxicantes. Especialmente edípicas.

Estuve esperando en la calle a que Dita apareciese en su furgoneta Dodge verde, una mujer guapa y bien hecha operando una máquina semejante a un camión. Tenía una constitución generosa. Estaba ligeramente avergonzada de esa abundancia y trataba de amortiguarla actuando con finura. En la esquina en que habíamos quedado, había una tienda de dulces de maíz y de las ollas de cobre salía una fragancia tibia y pegajosa. Las ollas eran grandes como timbales y daban a la calle una calidez agradable y un brillo de cobre. Encontrarse en un lugar lleno de gente también era agradable. Después de todo, mi verdadera ocupación era la comunión interior con la gran realidad humana. Era un campo con escasa competencia, así que muy pocos lo elegían. Yo lo hice por la convicción de que era la única empresa disponible que valía la pena. Como antes dije, a menos que uno haga de su vida un punto decisivo, no hay razón de existir. Sólo que uno no *hace*, sino que *encuentra* ese punto decisivo que es la necesidad más perentoria de la Humanidad, inconsciente, por supuesto, como lo son las necesidades más perentorias. Yo estaba empezando a admitir que yo mismo había hecho —o había intentado hacer— por los individuos humanos, lo que el tío Benn hacía por los ficobiontes algáceos de los líquenes. Mi encuentro con Fishl Vilitzer me había hecho descubrir aquello en el momento en que vi —o creí ver— al Fishl «oficialmente presentado» desprenderse con un temblor en la cara y desaparecer, dejando tras de él a un individuo



completamente distinto, una criatura diferente al Fishl promotor de extraños negocios. Tengo que admitir que me produjo un gran placer experimentar algo así, o, por deferencia al principio de objetividad, imaginar que lo experimenté.

Hablando de forma más inmediata —desde mi propia persona— que puede reconocerse rápidamente como un hombre en la mitad de la treintena, flaco, de pelo largo, ligeramente saturnino, pero, en realidad, con motivaciones ingenuas, yo estaba defendiendo los intereses de mi tío, tal como Fishl —por tomar prestadas las palabras del himno canadiense— «montaba guardia» por su padre. Fishl se disponía a atacar y a superar las tácticas del doctor Layamon, del juez Amador Chetnik y —en una perspectiva más remota— hasta del gobernador Stewart que presuntamente controlaba los grandes jurados de este distrito federal. Fishl tenía la osadía de considerarse digno rival de esas estrellas, de esa hilera de criminales. Como autoproclamado ángel guardián de mi tío, yo también debía tratar de interpretar sus motivos y anticipar sus planes. Tendría que pedir consejo a Fishl, por supuesto. Era imposible que intentase vérmelas solo con aquellas personalidades duras, astutas, políticamente insidiosas; ni podía esperar ser más listo que esos ingenios tan intrincados. Pensar en intentarlo sería vanidad. ¿Qué pretendía? ¿Cómo podía ganar? ¿Qué iba a ganarse? Sin embargo, a través de la propia insignificancia, uno puede penetrar —y no de un modo superficial— en los objetivos insignificantes de los demás. Imaginé esos objetivos —no tan completamente insignificantes, puesto que eran tan profusos y requerían tanta energía del ingenio— remolcados como diminutos cangrejos enredados en algas marinas. Todos y pero que todos— llevaban a remolque cantidades de esas algas.

Pues bien, Dita Schwartz se acercaba por el carril derecho en su furgoneta Dodge. El tráfico era muy denso y ella me hacía señales con el dedo a través del parabrisas. En vez de albergar pensamientos oscuros, hubiese hecho mejor comprándole una bolsita de dulces de maíz. Ella siempre hablaba con cariño de las golosinas. Sin embargo, como tantos tímidos, velaba por su peso y, de todos modos, ya había pasado la ocasión. Allí estaba, una presencia femenina en toda su plenitud. Al entrar en el Dodge, se sentía el calor de sus pechos antes de sentir la calefacción.

—Hola, querido —dijo—. Habrás pasado frío. Debiste esperarme en el aparcamiento, o mejor, en la antesala del médico.

Decía ¡hola! de un modo amistosamente masculino, pero su aliento tenía sabor femenino y la mirada de sus ojos oscuros era totalmente de mujer. Eso se notaba porque su piel no era inequívocamente femenina. No tenía buen cutis, el suyo era como una trama mezclada, una capa de tejido de cicatriz producido por algún violento desorden de la adolescencia. Aun cuando helaba, tenía la cara pálida. Ella prefería aparentar que le resultaba indiferente, pero algunas veces sufría y se indignaba por su tez, un defecto.

Aquello le dolía. De todos modos, no está mal del todo que uno tenga su peor

cualidad al descubierto y no escondida para tener que sacarla a viva fuerza. Son los defectos ocultos los que causan mayores problemas. (Estoy pensando en mi propia inferioridad sexual con respecto a mi padre, la cruz fálica que he tenido que llevar.) Dita era pálida porque su piel era demasiado densa para mostrar color. Una vez me pidió fotografías de Treckie. La única que tenía era una de esas de Instamatic, en la que Treckie, con los hombros desnudos, reía, dientes relucientes, ojos azules, tez sonrosada. Dita se concentró en la tez sonrosada. Sólo dijo:

—¿Qué nombre es ese de Treckie?

Le pregunté por su propio nombre. No, no era un diminutivo de Perdita, ni siquiera Eedita; simplemente, Dita, por una de esas historias de amor que su proletaria madre estaba leyendo en la maternidad del hospital. En la época de esa conversación, Dita y yo éramos maestro y alumna con una relación amistosa. Ella estaba dispuesta a escuchar mis problemas y a soportar mis divagaciones y aberraciones, mis absurdos que, de hecho, la complacían. Yo habría sonado excéntrico a las personas de puntos de vista normales, pero Dita y yo habíamos leído tanto Gógol junto a fantasías de Dostoievski, Sologub y Andrei Bely que las presunciones exageradas y las ideas estrafalarias que la espantaban. Estaba acostumbrada a mi modo de tratar las cosas. Como dijo E. M. Forstér: «¿Cómo puedo saber lo que pienso hasta ver lo que digo?» Eso, que yo sepa, es cierto, pero a los ingleses les complace tanto un comienzo sorprendente que con frecuencia se quedan ahí. El siguiente requisito es llevar adelante el pensamiento, sacarlo de la categoría de las frases ingeniosas. A menudo Dita sabía con bastante anticipación a dónde quería yo llegar y me alcanzaba a mitad de camino. Me preguntó cómo me había ido con Fishl. Aunque no me había confiado a ella, había estado nervioso todo el camino durante el viaje al centro.

—¿Qué tal te ha ido con tu primo Vilitzer? —preguntó.

—Como va siempre con nosotros los híbridos y los bárbaros —respondí.

No era necesario que se lo explicase. Ella conocía mi opinión, a saber: que, en general, éste era un siglo de híbridos y que si uno no lo era, si afirmaba vivir de acuerdo al modelo clásico tradicional, mérito que algunos se atribuían, uno estaba fuera del siglo. (Veo que, de todos modos, lo estoy explicando.) Uno puede ser una persona estimable, pero vive «en otra parte» —pre 1914, hasta pre— siglo xviii. Eso puede ser agradable, cierto, pero significa que uno ha rehusado asistir a la era actual, que uno se ha excluido. (Esto puede parecer más divagación, pero esperen un momento.) Los judíos, en la medida en que han vivido aislados dentro de su antiguo código, lo habían hecho durante milenios, desde la época de los fósiles. Pero luego empezaron a entrar voluntariamente en la época actual y más tarde fueron introducidos por la fuerza en la historia moderna entrando a millones en carros de ganado, enterándose así —aquellos que tuvieron tiempo de enterarse— de que no existía para ellos la opción gentil de declararse libres de la civilización contemporánea. No puedo seguir ahora con este asunto, tengo otras prioridades

urgentes. Pero puede admitirse como antecedente para explicar mi relato de la conversación con Fishl Vilitzer. Él y yo éramos bárbaros o híbridos de un tipo peculiarmente americano. Si uno se atreve a pensar en América, se siente también obligado a proveer un boceto histórico para autentificar o legitimar sus pensamientos. Así que es un momento de brillante intuición y un cuarto de hora de pedantería y de pesada elaboración, parloteo académico. De Locke a Freud, con paradas en estaciones locales como Bentham y Kierkegaard. Hay que compadecer a quien está metido en semejante lata explicativa. O bien —una mejor alternativa— uno puede aprender a apreciar el lado cómico del asunto.

No iba a hablar con Dita de los problemas del tío Benn. Éramos amigos, no había complicaciones amorosas, así que podíamos hablar sin peligro de cualquier tipo de cosas. Aun así, los problemas matrimoniales del tío Benn y sus tormentos sexuales eran materia confidencial. Tenía unas ganas enormes de hablar de ello con alguien y Dita hubiese sido ideal para eso; tenía una cabeza excelente. Pero ni siquiera podía hablar disfrazando el asunto porque ella caería rápidamente en la cuenta.

Le pregunté:

—¿A qué clase de médico estás viendo?

—Un dermatólogo —me dijo. Lo dijo a la ligera, así que no creí que tuviese algo serio en mente, por ejemplo, un intento de cambiar su apariencia para poder rivalizar con Treckie. Estaba tan liado con el tío Benn, con el enigma del Roanoke, con los grandes jurados y todo aquello, que tardé en comprender las señales que Dita me daba. Cuando mencionó al dermatólogo, mi único pensamiento fue: «No puede estar pensando en cirugía estética, es demasiado joven. Debe tener una erupción en algún lugar inmencionable.» Ahí dejé el asunto.

Cuando llegué a mi pequeño despacho de estudios eslávicos, encontré bajo la puerta un mensaje del tío: «En casa esta noche.» Ni siquiera me quité el abrigo. Sabía lo que quería decir por «casa» y me fui directamente a su piso, cercano al recinto universitario. En aquellos días no iba por allí con frecuencia por haberse entregado a Parrish Place con el fin idealista de establecer una relación con la familia de Matilda. El doctor Layamon no acostumbraba a regresar directamente a casa después del despacho. Jugaba a las cartas en su club con apuestas considerables. Matilda quería especialmente que Benn cultivase la relación con su madre para establecer con ella un vínculo personal. Eso no era tan sencillo como podía suponerse, puesto que Jo Layamon estaba con frecuencia en su gabinete de acceso prohibido e ignoraba la presencia de Benn cuando él aparecía en el campo de muebles que estaba más allá de su puerta. En cuanto a llamar a esa puerta holandesa, él era demasiado tímido para eso. Si echaba un vistazo de vez en cuando, era más para ver la azalea roja que estaba en el rincón opuesto, que para ver a la suegra en el escritorio.

De todos modos, le encontré en sus propias habitaciones, mucho más pequeñas y oscuras, rodeado de sus libros de botánica y de sus litografías de plantas enmarcadas con nombres en latín o de secciones cruzadas morfológicas que no se me parecían a nada. El tío no estaba en buena forma. No prosperaba, eso era evidente, no se veía bien. Me sirvió un vaso de Wild Turkey. No se ocupaba de la casa, así que el vaso se veía opaco. Un año atrás, lo hubiese sumergido en el fregadero con Calgón y hubiese buscado uno limpio. El cardiólogo le había vuelto a recetar Quinaglute para su arritmia, me dijo. Su respiración también era algo melancólica y como excelente «notador» —existe ese tipo de gente— él lo había notado, sin lugar a dudas, porque dijo:

—Hoy tengo la respiración un poco apretada.

—No serás infeliz, ¿no?

—No, verdaderamente, no.

—¿Los ajustes posteriores a la luna de miel?

—No vengas a sonsacarme —dijo el tío—. ¿Si estoy arrepentido de haberme casado? La respuesta es un rotundo no. Hice algo excelente.

—No he dicho que no. Yo no me he casado nunca, pero he oído decir que al principio, cuando la gente aún se siente a la suya, se notan los cambios. No quiero que pienses que te estoy fastidiando o tomándote el pelo, tío. Sólo tengo la preocupación normal.

—Está bien, Kenneth. Conozco muy bien tus ideas sobre el amor, eso de que cada uno está en un sistema separado.

—¿*El petit systéme ápart*?

—Y que en cada pecho hay un glaciar que ha de ser derretido porque, de lo contrario, él amor no puede circular.

—No niego que hemos hablado de eso en esos términos. Son oscuros, sin duda. No tenía la intención de deprimirte, tío Benn.

—No pensé que la tuvieras.

—Y al preguntarte sobre los ajustes posteriores a la luna de miel, sólo estaba recordando lo que dijo Benjamín Franklin. Su consejo era: «Antes del matrimonio, mantén los ojos bien abiertos; después del matrimonio, mantenlos semicerrados.»

—¿Estás diciendo que tenerlos bien abiertos después es un grave error?

—Franklin es famoso por esta fórmula razonable, vulgar y mediocre para conseguir una vida apacible. ¿Por qué crees que pusieron su efigie en el billete de cien dólares? Sólo quería decir, tío, que pareces un poco deprimido.

—Unas cuantas noches de sueño interrumpido, eso es todo.

—¿Nuevas preocupaciones? ¿Verte llenando todo ese espacio vacío en el Roanoke? ¿O es el asunto del tío Vilitzer lo que te preocupa?

Al plantearle al tío tantas preguntas, reconocí una secuela de mi conversación anterior con Fishl Vilitzer, la táctica empresarial de conservar la iniciativa. No era verdaderamente correcto practicar eso con mi tío. Lo dejé *toute de suite*. El tío, no

muy sincero, dijo que no estaba terriblemente preocupado por Vilitzer. Sin embargo, estaba ansioso por enterarse de mi entrevista con Fishl.

—Espero que no le hayas dado información sobre mí.

—Ninguna, excepto mencionar que Amador Chetnik había celebrado el matrimonio. Eso le hizo hablar de Chetnik. Chetnik está bajo investigación porque es demasiado rico para ser juez.

—Ya sabíamos lo de la investigación —dijo el tío con impaciencia.

—Para reducir su sentencia, puesto que nada le libraré de la cárcel, puede estar dispuesto a decir a las autoridades lo que sabe del tío Harold. Es a Harold a quien quieren pescar.

—Sí, pero hasta ahora ha sobrevivido. Como dice mi suegro, la diferencia entre los hombres y los niños en política es saber robar.

—Mientras tuviesen intacta la maquinaria, los Vilitzer podían salirse con la suya en cualquier cosa. Pero ahora está muy estropeada. La única base segura para un demócrata en estos momentos es la Cámara de Diputados, que aún pertenece al partido. Y aun allí, se han acabado los días de gloria excepto para los presidentes de los grandes comités, los tipos con el poder, los hombres fuertes a los que ni siquiera el Comité de Ética puede tocar. Eso me han dicho personas que han de estar enteradas. Aquí, a nivel local, al tío Harold lo han sacado del poder mediante elecciones falsificadas y es por eso por lo que ya no puede protegerse a sí mismo. Es uno de esos viejos que lo controlaban todo desde los días de Franklin Delano Roosevelt<sup>61</sup> y que ahora ni siquiera pueden retener el dinero que robaron.

—Suenas más a Fishl que a ti mismo, perdona que te lo diga. ¿Qué impresión tienes de Fishl? ¿Está chiflado?

—No más de lo que lo estamos la mayoría. El punto importante es que está decidido a proteger a su padre.

—Para ti eso sería el hecho más importante. Eso es lo que te gana el corazón. Yo esperaba lograr una mejor comprensión de todo el asunto. Me avergüenza confesar que ni siquiera sé lo que significa *gerrimander*<sup>62</sup>. Contra esa gente y esas cantidades de dinero, me siento débil y ridículo.

Qué bien entendía lo que me decía. Las personas como nosotros no forman parte de la empresa principal. La empresa principal es América misma y el aumento de sus poderes. La sumisión de esos poderes hace algo de uno. Hasta cuenta oponerse a ellos, si uno es un usuario de la cocaína, por ejemplo, uno se abstiene de la fuerza laboral, pero va de todos modos al mercado a por la droga, de manera que su resistencia a la sociedad de algún modo se compra y se paga. Pero, en qué parte del cuadro encajaba el tío Benn con su espalda rusa, su enorme cabeza, sus órbitas con el símbolo del infinito, la mirada de lemniscata azul? ¿Entendía lo que decía Paul Volcker sobre los tipos de interés? ¿O alguna cosa que tuviese que ver con la propulsión de un reactor? ¿O ingeniería eléctrica? Pero, si hasta los mismos espías

que vendían secretos técnicos a los rusos estaban por delante del tío porque sabían leer anteproyectos. Si hubiese hecho algo en televisión, en fondos de inversiones, en publicidad, en música comercial, en hidráulicas, en química de las proteínas, ¡qué diferente hubiese sido la actitud de los Layamon! Pero no llegaba a ninguna parte con un anteproyecto, con un extracto de cuenta; entonces, ¿qué iban a hacer con él? Él había aparecido en los límites del mundo Layamon inducido por sus anhelos? "Anhelos que además pueden descomponerse en admiración por la belleza, deseo de vincularse a una mujer en el amor y la benevolencia y, finalmente, necesidades sexuales que, hablando con franqueza, pocas veces, si alguna, se encuentran libres de extravagancias, cuando no de francas perversiones.

Le sugerí al tío:

—¿Porqué no dices que no? No a todo. ¿Por qué no dices que no quieres mudarte al Roanoke y que no quieres hacerle una jugada al tío Harold? Simplemente, niégate.

—¿Cómo puedo hacer eso? Tengo una cierta obligación con Matilda; es tan hermosa, tan enérgica y todo eso. No puedo decirle que tiene que llevar la vida gris de esposa de un profesor. Eso, al final, también me perjudicaría a mí.

No podía razonar severamente con él ni tomar una postura inflexible porque mi propio apego a Treckie me comprometía y me dejaba expuesto al contraataque.

—¿Qué es lo que quiere Matilda que hagas con Vilitzer?

—No espera que negocie con él. Tendrá que hacerlo otra persona.

—¿Sólo esperan que digas que esa otra persona te representa?

—Bueno, Kenneth, el viejo no fue honesto con Hilda y conmigo.

—Tú no hubieses podido sacarle quince millones de dólares a esa propiedad.

—Me trató con desprecio —dijo el tío.

—¿Y qué? ¿Qué es el desprecio? Ahora es un viejo. En realidad, tú no quieres amenazarle, ¿no es cierto?

—Matilda dice que no sufrirá ningún daño. Ella no lo permitiría.

—Tío, a Fishl le gustaría que le dejases arreglar este asunto con su padre.

—No, no, Kenneth. Si es que se tiene que hacer, prefiero hacerlo yo mismo.

—Me parece que Fishl está preocupado por la salud de su padre.

—Tal vez. Pero, además, quiere aparecer ante su padre como salvador. Y no recuerdo ni una sola cosa en la que Fishl haya triunfado alguna vez. Matilda dice que estuvo metido en un lío tremendo con algo que llamó futuros de ganado<sup>63</sup>. Compraba a margen, a saber qué es eso, y hubo una tormenta y no pudieron llevarles pienso a los animales. Se murieron. Así que Vilitzer tuvo que poner medio millón de dólares para evitar que Fishl fuera a la cárcel. Hasta ahí llegó Harold.

—¿Por qué os casó Amador Chetnik? ¿Te habla de eso Matilda?

—No tiene nada de particular. Un amigo de la familia. Es alto, tiene la nariz grande, pero no es diferente de muchos otros. De todos modos, una boda es algo que

se hace para complacer a los padres.

—¿Ella no se dio cuenta de que Chetnik era el juez que había fallado en contra tuya?

—Una recién casada, Kenneth. ¿Un engaño en menos de un mes? Tengo que aceptar su palabra.

Estuve a punto de decir que, en algunos casos, el engaño no cesa nunca y si una boda es una convención, también lo son palabras como cierto y falso, pero no era el momento adecuado para intercambiar sofismas con mi tío. Él no se encontraba bien, estaba cargando con fardos pesados y desacostumbrados. El esfuerzo interior que le observaba, me preocupaba mucho.

El tío dijo:

—Matilda y el doctor creen que deberían restituirme. Nunca había escuchado esa expresión, debe ser lenguaje del centro, supongo. Desde Parrish Place, todo parece distinto. Y cada vez que me acerco a una ventana, veo ese maldito rascacielos. Mi antigua vida yace bajo él: la cocina de mi madre, la biblioteca de mi padre, los árboles de moras. Es como uno de esos pueblos sumergidos del valle TVS donde uno tendría que ser un hombre rana para volver a visitar su infancia.

—Nunca he entrado en el Electronic Tower. Tal vez deberíamos ir a echar un vistazo sólo para desmitificar el sitio. Creo que el próximo día de sol deberíamos ir al observatorio.

—Más vale que le digas a Fishl que no actúa en mi nombre. No es más que un jipi decrépito que aún intenta irrumpir en el mundo de los negocios. Debió haberlo logrado hace veinte años.

Dije:

—Ésa no es la parte principal de Fishl. Es sólo un subcontinente, por así decirlo. En lo fundamental, Fishl es sensato.

A eso añadí algunas reflexiones privadas:

La primera era que Benn y yo no teníamos a nadie más que a Fishl a quien recurrir. Tenía un par de ojos astutos, pero su localización (cara gorda, papada imperial, calvicie lanuda) no resultaba ciento por ciento fiable. Concedo eso de inmediato o, como dicen algunas veces en mi tierra natal, *tout de go*. Sin embargo, uno no puede juzgar por particulares. Esos particulares surgían de una sola fuente. Si no se podía encontrar la fuente, uno no tenía más que un surtido de labios, narices, orejas, líneas del pelo, cráneos, etc., *dissecta membra*. Bueno, creí tener un indicio de la fuente en el caso de Fishl, y él era fundamentalmente predecible y digno de confianza. Mucho más digno de confianza que los Layamon. Conjeturé que en cuanto el doctor se enteró de la conexión Vilitzer, cayó en un estado de inspiración conspirativa. Podía hacer rica a Matilda sin que le costase un centavo y ese tonto botánico Crader, en lugar de un mal partido, sería el marido *grand prix* que los Layamon, virtualmente, habían desesperado de encontrar. Ni la mayor computadora matrimonial del mundo habría podido encontrar un hombre tan ideal. Tenía ventajas

incalculables, una de las cuales era su falta de cabeza para los dólares. Además, quedaría en deuda con sus suegros por sus millones. Y el resto se le podía dejar a Matilda. Ella trabajaría las posibilidades y ataría todos los cabos sueltos.

Con toda probabilidad, era así como los Layamon veían a Benn que para mí era un hombre entre un millón, un caso auténticamente especial. No parecían saber exactamente quién era él. ¿Lo sabía él mismo? En parte, sí. Y no me gustaba pensar que una persona así, teniendo la magia o los dones mánticos, tuviese que consentir en ser ridículo en la vida real. Eso encajaba demasiado bien en los postulados de los pragmáticos, esos tipos insolentes que se ven a si mismos como los únicos intérpretes auténticos de la realidad y a los que los despistados «casos especiales» consienten el asesinato. Ahora bien, esos casos especiales no tienen por qué ser tan despistados. Si me lo preguntan, ellos mismos son perversos, demasiado dóciles bajo la degradación. En este sentido, siempre recuerdo un comentario marginal de W. H. Auden: «Los problemas son atractivos cuando uno no está atado.» ¿Qué quiso decir por «no estar atado»? ¿No comprometido por necesidades reales? ¿Desligarse de la propia vocación? Someterse a la basura porque hay tanta en primer plano? ¡Ay, tanto hilo humano enrollándose en las más triviales cánillas! Si uno consigue evitar la distracción durante el tiempo necesario para pensar en ello, se empiezan a sentir sensaciones de angustia profunda y eso es justo lo que el tío le dijo al periodista que le entrevistó sobre los peligros de la radiactividad de Three Mile Island y Chernobil, algo así como: «Las penas del corazón matan a muchos hombres.» Y es una suposición segura que hay más muertos por desamor que por radiación atómica. Sin embargo, no hay movimiento de masas contra el desamor y no se hacen manifestaciones contra eso en las calles.

Sin embargo, lo que más rabia me daba era que el tío se dejase utilizar contra Vilitzer. Éste, sin ninguna duda, era un cacique poderoso. Su objetivo primordial era amasar una enorme fortuna personal y al infierno con todo lo demás. Personalmente, yo no tenía nada contra él, pero si la lógica de la adquisición dictaba que también fuese destronado, entonces, había que dejar que eso ocurriera. Es perfectamente razonable que aquellos que toman la espada perezcan por la espada. Ídem aquéllos que toman el pene o cualquier otra cosa. Donde uno ha trazado la línea, Debe prepararse a caer por una ley que toda persona reconoce como justa e irrefutable. Esa ley debía aplicarse a Vilitzer, ¿por qué no? Lo que en realidad me disgustaba era que hiciesen del tío su agente. Podía comprender que como una de las consecuencias de su situación, las complicaciones amor y matrimonio —o si lo prefieren, sensualidad, carnalidad, carma del erotismo— le habían metido en dificultades. Nunca estuve completamente seguro de que el tío fuese empujado por una fuerza sexual abrumadora o de si estaba cobrando o pagando sus derechos. La pobre Della Bedell había sido una demandante.

¿Qué tengo que hacer con mi sexualidad? El tío, por otro lado, podía haberse



estado sometiendo a extorsión. (Uno tiene que sacar partido como hacen todos los hombres.) Y nunca estaré completamente seguro, aunque el tío me contó, con el tiempo, cómo eran en realidad sus relaciones con Matilda. Como antes dije, el viejo me contó todo cuanto se le ocurrió.

Pensé que era corrupto por parte del tío acceder a presionar a Vilitzer. En la demanda original, él sólo había sido demandante de modo nominal. Por razones profesionales, estaba en Assam y no le había importado mucho cómo saliese el caso. Eran los Layamon los que le decían que era vergonzoso dejarse timar.

—No puedes dejar que ese hombre» te convierta en un primo, aun cuando sea un pariente de sangre —dijo el doctor.

Aun así, bajo todo eso, yo sentía de un modo inevitable que había hecho lo correcto emigrando a América. Lo que había dicho a mis padres: «La acción está allí», resultó cierto. No podía decir que no estuviese sacando beneficios. Aun en esos momentos, con el tío en medio de una crisis que se desarrollaba rápidamente, en una situación falsa, sentado ante mí con uno de esos trajes nuevos que habían encargado para él, confinado por la voluntad de ellos, por la voluntad de los Layamon, por así decirlo, en su ropa, aún era una persona de insólita resonancia, aún era una figura, superior, posiblemente uno de esos Ciudadanos de la Eternidad, un ser misterioso, un misterio que el, tal vez proyectaba sobre las plantas. Sí, botánica. La botánica era la gran cosa. Sin embargo, tenía un rival, la sexualidad femenina. No podía desentenderse de las mujeres. Cuando viajaba alrededor del mundo, su camuflaje profesional eran las raíces, las hojas, los tallos y las flores, pero, realmente, había una fuerza rival de gran potencia. Parte de su Eros se había desligado de las plantas pasándose a las chicas. ¡Y qué chicas! ¡Un ave fénix que corre tras los incendiarios!, fue mi sorprendente y espontáneo pensamiento. Carbonizado, reencarnado de las cenizas. Y, después de todo, cada retorno del deseo es un forma de reencarnación. Ya que cuando el deseo parte ningún hombre puede tener la certeza de que alguna vez regresara. Es como el poema de Yeats: «He muerto muchas veces, muchas veces he vuelto a renacer.»

Elegí un día soleado para llevar al tío al centro y mediante una serie de ascensores, subimos al observatorio del piso ciento dos, cima del Electronic Tower, una vez asiento de la Residencia Crader para Inválidos. En la planta baja había un banco Burke and Haré National, con cámaras de acero de varias capas. Benn —lector atento durante aquellos días del *Wall Street Journal*— me contó que el gobierno federal había tenido que rescatar aquella institución. Demasiados préstamos fallidos a los países del Tercer Mundo gobernados por lo que el mismo diario llamaba cleptócratas, es decir, militares o funcionarios que transferían esos billones prestados a cuentas privadas en Suiza. Pero bueno, ahí estaba el enorme y limpio monumento, anclado en sólo Dios sabía cuántos metros de estratos del Pérmico o del Triásico, sin duda, la metamorfosis de la casa vieja era como para impresionar a cualquiera. La entrada costaba un dólar con cincuenta centavos, una de las más baratas atracciones turísticas de la ciudad. A mí la visita me resultó verdaderamente divertida. A semejante altura, se puede olvidar temporalmente cualquier desorden, un crimen cometido hace mucho, un fatal error de juicio. Hasta el secreto nacimiento de células cancerosas que tiene lugar mientras uno está fuera de sí ante un panorama semejante desde el piso ciento dos..., quiero decir que cualquier rareza humana se puede reprimir por un momento mientras uno se encuentra ante una pirámide egipcia o ante un techo sixtino. Seguí al tío en silencio mientras inspeccionaba su ciudad natal con la mirada de cobalto, fábricas vacías, patios de carga paralizados, calles cerradas, tramos de río donde el agua estaba tan inmóvil como en un tanque de peces; y luego el campo, prados libres de la oscuridad de la urbe, tierras de cultivo bajo hielo blanco y cielos que sugerían libertad y subyugantes ideas de vuelo o de fuga. Me pregunto si el tío no estaría pensando algo así: qué día más perfecto para huir, como acostumbraba, pero ahora, nada de vuelos, además, una esposa no es un portamantas. No me dio ninguna pista. Tal vez le iban y le venían pensamientos científicos, tal vez sentimentales. Tal vez recordaba el libro de Haym Vital sobre el *Árbol de la Vida* que se había perdido al demoler la casa. Enterrado allí, tal vez. El único comentario que hizo Benn fue sobre la muerte de su padre en algún lugar de allá abajo, hacía veinte años.

En el vestíbulo, antes de dejar el edificio, miramos al directorio: compañías de seguros, empresas de ingeniería y contabilidad, consulados extranjeros, cadenas mercantiles nacionales; no había ningún faraón enterrado allí. El tío quería invitarme a comer en un restaurante muy conocido, Skelly's, cerca del mercado de hortalizas, pero ya no había ni señales de un mercado ni Skelly's alguno en el listín. Skelly se había ido a su premio eterno —descansaba en el cementerio católico—, así que nos fuimos sin comer, en silencio, cada cual con sus preocupaciones personales

y no volvimos a vernos hasta después de varios días.

Yo mismo estaba ocupado de una forma inesperada y no del todo agradable. El tío y yo sólo sostuvimos conversaciones superficiales por teléfono. En ese momento tenía sus propios problemas y yo no quería fastidiarle con los míos. Una tal señora Tanya Sterling se había puesto en contacto conmigo. Era la madre de Treckie. Yo había recibido una nota suya unos días antes. Venía a la ciudad para asistir a la feria de artículos del hogar en el Centro de Convenciones y se hospedaría en el Marriot. ¿Podríamos vernos? Naturalmente, tenía que consultarlo con Treckie y no tenía el número del Hospital de Veteranos en el que trabajaba. Puesto que Seattle tiene dos horas menos de diferencia, me resultaba inconveniente llamarla a la hora de la cena porque estaba viendo con mucha frecuencia a Dita Schwatz que en aquellos momentos no se encontraba bien y necesitaba mi ayuda. La única circunstancia favorable en aquella semana problemática fue el tiempo, tuvimos unos excelentes días de invierno. Soy muy susceptible al tiempo y mi humor varía con el clima; feliz o depresivo según la estación. Pero entonces tuvimos una serie de días favorables, claras y soleadas tardes de enero que me produjeron un campanileo musical en la cabeza. Esas tardes eran particularmente adecuadas para la contemplación. Desafortunadamente, estaba demasiado ocupado para contemplar y las preocupaciones estropearon la ocasión. Cuando finalmente obtuve respuesta en Seattle, contestó un hombre preguntando quién era yo y qué quería. Con mi habilidad para interpretar las circunstancias, agudizada por mis sospechas y mis celos, supuse que el tipo estaba cenando y que la llamada sacaba a Treckie de la cocina: «Treck, hay un tipo que quiere hablar contigo.» No se trataba de un visitante nocturno; ese hombre estaba establecido allí. Puede que la niña le tomase por un papá. Ella estaría en la cocina haciéndole la cena. La lámpara de cristal coloreado —estilo yupi de Tiffany— haría resplandecer el centro de la mesa. Podía imaginármelo. Treckie nunca me había invitado a una comida en Seattle. No lamentaba perderme nada de lo que ella acostumbraba a poner; habría platos de *gourmet* congelados salidos del microondas, eso, o si no escalopas fritas con guisantes congelados Gigante Verde. Si estaba cocinando, la habitación estaría llena de humo. Al duro de su amigo lo imaginaba en camiseta como el Kowalski de *Un tranvía llamado Deseo*. Yo había contribuido a esa miseria con una niña. Me lo tenía merecido, eso me enseñaría a no ir con tanta «dignidad», a no ser tan educado y exaltado en cuanto a mis principios con personas que no podían comprenderlos. Por derecho, podía haber hablado a Treckie francamente: «¿Quién es ese hombre?» y cosas así. Pero no era más que yo contra las circunstancias modernas y, contra éstas, no tenía posibilidad de vencer. Así que la postura que adopté fue la que en lenguaje legal se denomina *nolo contendere*. Que libremente traduzco por «espero recibir una sentencia benigna».

—Estáis cenando —le dije a Treckie—. Siento molestarte. Yo también tengo una cita dentro de media hora, así que seré breve.

—Está bien, Kenn. ¿Qué te pasa?

—Es tu madre. Va a venir a esta ciudad y me ha pedido que tome una copa con ella.

—Ah, ¿sí?

—Así que tenía que preguntarte, ¿hasta dónde está enterada?

—Bueno, ya ha estado aquí y ha visto a Nancy. Después de cinco años en Costa Rica, volvió a tener un arranque de interés por su hija. Ahora no hay nada que mantener en secreto, si es que alguna vez lo hubo.

—¡Ah, Costa Rica! Sí que lo mencionaste una vez.

—Mantén un idilio con un individuo tipo Robert Vesco que el Gobierno no ha conseguido extraditar. Supongo que finalmente consiguió sacársela de encima, así que ahora se ha librado de Hacienda y de mi madre también. ¿Qué otra cosa puedo decirte, Ken?

—¿Está bien la nena?

—Le va estupendamente en la guardería.

Por no haber preparado la conversación, al flaco e inseguro padre biológico perdido en el Mediooeste no se le ocurría cómo mantenerla en la línea por más tiempo. Siendo él mismo una criatura misteriosa —nada excepcional, por eso, la mayor parte de la humanidad no entra en los superficiales sistemas de la psicología—, era burlado por la aún más insondable madre de su hija.

—¿Te parece mal que me vea con Tanya? ¿Qué crees que querrá decirme?

Por el tono de su voz supe exactamente lo que Treckie estaba haciendo con sus hombros. Como en ocasión de nuestro primer encuentro, cuando estaban desnudos y los encogió retándome a preguntar sobre los moretones de las piernas, habría apostado a que sus hombros se estaban elevando. Puedo ser muy agudo en cuanto a los tonos del teléfono a pesar de mi defecto auditivo. Puedo saber lo que hacen las personas a tres mil kilómetros de distancia.

—Tanya vino a buscar camorra. Ése es siempre el motivo principal de sus visitas. No me importa en absoluto lo que le digas.

—¿Le gustó la niña?

—Las mujeres así siempre buscan apropiarse del nieto. Lo que quieren decir es: «Mi nieta será todo lo que debió haber sido mi propia hija y que evidentemente no es.»

El modo en que Treckie me trató no fue ni amistoso ni hostil. Nuestra intimidad había perdido diez o veinte puntos ahora que tenía un huésped permanente en la casa. Por su modo de ser, no se sentía avergonzada de nada de lo que hubiese tenido que avergonzarse de acuerdo con las normas de los viejos tiempos. No aceptaba ninguna responsabilidad por lo que yo sentía. Las contracciones del corazón eran problema mío. Si me molestaban mucho, podía ir al médico y pedirle que me recetara unas píldoras. Si a mí me parecía que se estaba pasando, era asunto mío

concebir una respuesta adecuada. Hasta pensé —¿qué ocurrencia en un momento así! — que alguien debía hacer un estudio de la mansedumbre, uno de los principios religiosos menos logrados. Si yo pensaba que la decencia de mi comportamiento era digna de alabanza, ¿quién la iba a alabar? Lo que quería, en realidad, era coger el próximo vuelo a Seattle y meterle a Treckie un poco de sensatez a golpes. Echar al hombre que se había amancebado con ella, darle una paliza, golpearle la cabeza con un martillo y echarle escaleras abajo. Algunas de estas fantasías violentas, ahora lo comprendo, surgían de mi indignación porque el tío Benn aceptaba el abuso del modo rutinario en que un revisor marca billetes. Pero si uno no acepta el abuso, no puede mantener con la gente ninguna relación en absoluto.

Treckie dijo:

—Tengo el auricular entre el hombro y la oreja. Estas hamburguesas se me van a quemar si no utilizo las dos manos. Así que llámame más tarde si quieres.

No puedo decir cuál de los dos colgó primero. Creo que ella me ganó la delantera intuyendo, tal vez, que se me estaba agotando la delicadeza y que iba a decir palabras fuertes como: «¿Quién es ese bruto gorrón que me contestó?»

Bueno, yo quería ver a su madre. Si estaba en guerra con Tanya, podría sacarle información a la vieja mientras tomábamos unas copas; enterarme de cosas que hasta ahora me había negado a admitir como evidencia. Así que llamé al Marriot y dejé, o traté de dejar, un mensaje. Con sólo marcar doce o quince números, uno puede comunicarse con cualquier parte del mundo, pero dejar un mensaje no es tan sencillo. Hace algunos meses, por ejemplo, una mujer frenética que temía por su vida abordó al presidente de la Junta del Condado en medio de una campaña para recaudar fondos electorales. Pues bien, en vez de escucharla al momento, el hombre le dijo: «Llámeme al despacho.» Probablemente, le llamó. Lo más seguro es que el mensaje no llegase nunca al destinatario. La mujer debió haberle dicho: «Mil dólares de contribución para su campaña si me concede diez minutos ahora mismo.» Pero no entendía de política y perdió la vida. Cuatro meses más tarde la encontraron asesinada tras el volante de su coche, bajo cuatro metros de agua, en un canal del Condado. (Estaba entre veintisiete automóviles hundidos por sus dueños para hacer la reclamación por robo a las compañías de seguros.)

Al día siguiente, Tanya Sterling me devolvió la llamada, pero, en ese momento, yo estaba ocupado con Dita Schwartz.

Convencida de que debía competir con la piel tersa de Treckie, Dita había consultado a un dermatólogo del centro que se había comprometido a ayudarla. Tenía la cara desnivelada por cicatrices e intensamente blanca a consecuencia de un acné juvenil. El pelo y los ojos eran de un negro igualmente dramático. Ahora comprendo que yo había agravado su insatisfacción de toda la vida por esos defectos, al contarle con emocionantes detalles lo que sentía por Treckie. Pues bien, Dita había decidido hacer su jugada. Estaba convencida de que era su piel lo que me molestaba. Yo era muy sensible y quisquilloso, sujeto a un complejo fluir de

atracciones y repulsiones. Más que ofenderla, la entristecía verse obligada por mí a participar en un concurso de belleza —¡por mí, que le había dicho al tío Benn que la vida no era un concurso de belleza!— con una chica como Treckie a la que consideraba estúpida y sin una pizca de clase. En más de un sentido, la clase era un concepto que pesaba en este caso. Creo que ya he dicho que Dita era hija de un obrero judío de la fundición. Era, en realidad, una mujer superior y en cuanto a inteligencia, dignidad, calor femenino, finura, comportamiento principesco, capacidad de establecer un vínculo, yo hubiese votado desinteresadamente por Dita. Solo que el desinterés no tiene nada que hacer en estos casos. Si su cutis estropeado era un impedimento —una vez le dije eso al tío mientras hablábamos con ligereza de mujeres— uno podía hacer aquello que decían los estudiantes de hace un tiempo: cubrirle la cara con la bandera y tirársela por la patria; dudo que Dita, con la combinación patricio-proletaria de sus modales, se hubiese ofendido por un chiste así (siempre que el chiste no se refiriese a ella). También ella utilizaba lenguaje soez con la misma facilidad con que lo hacen los presidentes en el Despacho Oval y una vez levantó los ojos de la revista de modas que estaba hojeando y me dijo:

—No entiendo esta locura por las tías sin tetas.

En la otra cara de su naturaleza, sin embargo, había una inclinación a la poesía y al lenguaje filosófico y era una mujer de intereses muy serios. Yo mismo la había preparado en literatura rusa y estaba escribiendo una disertación sobre Scriabin, Kandinsky y otros místicos del arte. Estaba a la altura de los criterios más elevados.

El pasado otoño vimos juntos un programa de televisión sobre una clínica suiza que se especializaba en dermatología. Las mujeres ricas iban a que les quitasen quirúrgicamente las capas de piel vieja de la cara y pasaban acostadas en hermosas camas todo el tiempo que tardaban en crecer los nuevos tejidos. El proceso era largo, doloroso y caro. Fue, al menos para Dita, una película emocionante, realizada en *tinted art film*, unos colores tan delicados como en *Muerte en Venecia*: una muestra barata de pseudoplatonismo. Enseñaban a las señoras en sus opulentas habitaciones del sanatorio. Aquellas que no estaban demasiado vendadas para mirar por la ventana, veían los picos de las montañas y las nubes alpinas. En la primera etapa después de la operación, parecían avisperos. Más tarde aún estaban veladas como las pasajeras de los primeros turismos con su delicadeza protegida del polvo de la carretera.

La película impresionó a Dita, con lo cual quiero decir que llegó hasta uno de sus más profundos y funestos rincones, y volvía a ella con la misma frecuencia con que luego volvía el tío Benn a la viñeta de Charle Addams.

—No pensarás hacerte algo así, ¿no? —le dije.

—¿Con mi sueldo? ¿Enseñando ruso elemental a nivel de bachillerato? No podría pagarme ni el billete a Zurich —dijo.

Tenía razón. Tendría que ser la esposa de algún cleptócrata del Tercer Mundo

luchando por recobrar la juventud perdida. Esas habitaciones con gladiolos y jarrones chinos y gente tomando el té en tazas de Wedgwood decoradas con fresas silvestres. Con una nueva piel, la flamante señora volvería a casa —donde había gente muriendo de disentería—, tal vez para encontrarse sustituida, si es que desde un principio no había recurrido al tratamiento para vencer a una de sus rivales. (Hay que pensar en todas esas combinaciones, o si no, la trágica carrera de la humanidad no tendría a nadie que la observara.)

Aquí, en el Mediooeste, Dita se dedicó a buscar un saldo y puesto que era una chica trabajadora, encontró a un tipo de los barrios del centro que le hizo un precio especial por quitarle las capas superficiales de piel en su misma consulta, bajo anestesia local. Le restregó las mejillas, la nariz y la barbilla con un tomo, un disco giratorio. Puesto que tenía los ojos cubiertos, Dita no pudo decirme si el chisme parecía un taladro eléctrico: mi pregunta natural. Producía el silbido de esos aparatos que desgastan el vidrio con un chorro de arena, me dijo. Sabía que iba a dolerle cuando pasara el efecto de la novocaína, pero haberse quitado la piel estropeada era una liberación, algo purificador y había que pagar lo que costaba: un ejemplo insignificante de los sufrimientos de Occidente que intentaba discutir con mi madre en Somalia. Cuando vi a mi amiga y alumna despellejada como un kiwi, un ugli o un aguacate, pensé que podía enamorarme del rostro angelical de la verdadera Dita.

Aquella mañana la había llevado al centro sin comprender realmente lo que estaba ocurriendo y esperé junto a la furgoneta Dodge, un modelo de hacía diez años de un verde claro, pero desvaído, con la estructura bastante magullada y el cuentakilómetros atascado en los 190.000 y fijo como el ojo del maligno. No podía aparcar mientras esperaba. El guardia me hizo dar vueltas porque cerca de las clínicas siempre hay una parada llena de taxis y en nuestra ciudad, los taxistas son ahora de países en vías de desarrollo, educados como terroristas de la Yijad y así actúan, chillando y buscando pelea. Pude comprender por qué Dita no quería volver a casa en un taxi. Entonces, después de una eternidad dando vueltas —no soy un buen conductor—, pasé por su lado y la reconocí por el abrigo. No tenía ni idea de que iba a aparecer en medio de la multitud del centro con un panal de vendajes que la hacía más alta. Tenía unos agujeros para ver y una abertura para la boca, pero el asunto se le había caído hacia un lado y empezaba a pasar el efecto de la anestesia. Cuando la ayudé a entrar en la furgoneta, se estaba desmayando de dolor. Mientras le ponía el cinturón de seguridad, los escandalosos taxistas que teníamos detrás sufrieron un ataque de nervios, empezaron a aporrear las bocinas con los puños. En aquel momento, me importaban un cuerno ya que los vendajes de Dita estaban empapados de suero sanguinolento y temí que la gasa se le pegase a la cara; empecé a pensar en llevarla directamente al hospital más cercano. El médico le había dado unas muestras de píldoras contra el dolor. La enfermera la había llevado al vestíbulo y a través de las puertas giratorias. Iba a parar en una farmacia por más vendajes,

pero ella se las arregló para decirme que se había hecho una buena provisión de antemano y que por favor la llevase recto a casa. Su edificio tenía un aparcamiento subterráneo y los vigilantes, que acostumbraban a hacerle proposiciones —medio en broma—, se mantuvieron alejados ese día. Al verla en ese barquillo blanco y junto a un tipo flaco de hombros elevados y pelo largo, por esa vez no se pasaron. La llevé arriba, saqué las llaves del bolso, la ayudé a ponerse en el sofá-cama y le quité el abrigo y los zapatos. Por un momento, pareció que había perdido el conocimiento: es difícil tener la certeza de un desmayo cuando no se puede ver la cara. Estuve a punto de llamar una ambulancia y ya estaba pidiendo a la operadora el número de urgencias cuando Dita dijo:

—No hagas eso, sólo siéntate conmigo.

Así que pasé allí el resto del día. Yo no era un gran enfermero, no hace falta ni que lo diga, pero aun cuando existían dudas sobre el éxito del tratamiento, no se le quita a alguien el abrigo y los zapatos, no abre uno la mano que el doliente busca sin rozar un nuevo nivel de familiaridad, sin que fluya muy pronto un cálido afecto. Uno ve inmediatamente lo frágil que resulta la relación «maestro y alumno» cuando irrumpen las fuerzas «hombre y mujer». En alguno de mis compartimientos psíquicos, aún persistía el sufrimiento por Treckie. No puedo negarlo. Pero tenía que cuidar a Dita. Ella se convirtió en mi misión.

A pesar de sus protestas, le quité las vendas cuando estuvieron empapadas. Difícil comprender cómo aquel tipo pudo atreverse a semejante salvajada sobre ese rostro, con los discos de alta velocidad. Probablemente, pensaba yo, era uno de esos viejos médicos de venéreas o especialistas de mastoides que perdieron el negocio por culpa de los antibióticos y tuvieron que poner consulta de dermatólogo. Cuando le quité el chador quirúrgico en que el tipo la había envuelto, parecía como si la hubieran arrastrado por una carretera de cara al suelo. Esas señoras de Suiza nunca se veían así. Lo barato es barato, como dice la vieja sabiduría de la clase baja. La mala suerte proletaria de Dita. Mientras la envolvía en gasas nuevas, todo eso me afectaba con más dureza puesto que yo mismo era la causa. Ella quería equipararse a Treckie. O a Matilda. También conocía a Matilda. Solía llamarla, «esa emperatriz de la tumbona». De todos modos, eran mujeres a las que había tocado en suerte un rostro exquisito y por las cuales el tío y yo estábamos dispuestos a sacrificarnos. Así que Dita se adelantó con su propio sacrificio. ¡Esos tormentos y martirios a los que las mujeres someten sus cuerpos, los violentos ataques que perpetran contra los fallos que han aborrecido durante largo tiempo o sobre deformidades imaginarias! Se atacan a sí mismas con gusto. El remedio desesperado. Las pobres se muelen sus propias caras.

Como quiera que se mire, yo no valía ese sufrimiento. Treckie, como rival, tampoco lo valía. Dita era, fácilmente, superior a Treckie y a mí en casi todos los aspectos. Tenía diez veces más corazón y eso producía una clase de belleza a la que



nosotros no estábamos habituados. Pensé comentarle al tío Benn todo el asunto de la belleza. Había algo erróneo, censurable en el rostro clásico y en la grandeza de Roma y en la gloria de Grecia. Poe, ese pobre loco casado con una chica imbécil perpetuamente prenúbil... he ahí un poeta que se dio de bruces con un mundo aplastado como una pizza por el intelecto racional —y en un estadio primario y brutal del desarrollo capitalista, no dejemos al capitalismo— y que se defendió de él a base de whisky y poesía, de sueños, rompecabezas y perversiones. También Baudelaire, el sucesor de Poe, salió a la palestra con sus madonas viciosas. La sensibilidad y el morbo contra la mecanización y la vulgaridad. Como ven, los habituales sospechosos del pensamiento cayeron en redadas.

Aun así, durante varias semanas tuve algo que hacer que valía la pena. Fui al supermercado. Más bien me gustaba el asunto doméstico, eso de cuidar a un paciente. Llevarle a Dita la casa no exigía demasiado. El trabajo doméstico no era, obviamente, uno de sus intereses primordiales. Tras la puerta del lavabo había cosas personales sin lavar. Estuve por la cocina preparando café o hirviendo paquetes de sopa deshidratada Knorr. Compré una botella de Wild Turkey, el remedio básico para la sufridora hasta que hubo pasado lo peor. Durante varios días le di caldo a través de los vendajes mediante pajita y cuando estuvo lo suficientemente restablecida como para salir, aún estaba impresentable. De la cara le colgaban tiras de piel seca, una de ellas era del tamaño de un tajamanil. Estaba cubierta de costras, moretones, arañazos. Tenía absolutamente prohibido tocarse; había que esperar a la mañana feliz en que se encontraba la costra en las sábanas. Los niños saben lo emocionante que es eso. En cualquier caso, seguí haciéndole la compra y arreglándole la cocina y el lavabo, tiempo durante el cual descubrí lo poco que a Dita le importaba una mancha en el sumidero de la bañera o el olor a rancio o las ventanas con chorretes o los espejos con manchas o la cantidad de latas de manteca de cerdo que tenía tras el fogón. Más por mantenerme ocupado que por lo estricto que soy con la limpieza, tomé prestado el plumero y también el Windex y el 403 del piso del tío Benn.

Luego cambié las sopas Knorr por pizzas que podía pedir por teléfono o por comida china, y hacía de vez en cuando una tortilla. A diferencia de mi tío, no se me daba muy bien la cocina, más bien era como un alquimista desmañado que va echando con la taza de medir. Mientras era estudiante, el tío había sido cocinero de platos rápidos en un comedero griego de mala muerte. Si los Layamon le hubieran dejado hacer pastelitos, habría estado más contento en el ático. La cocinera polaca tenía una personalidad tenebrosa. Sus jefes le tenían miedo, la trataban como si fuese Rostropovich, una gran ejecutante, con un respeto extraordinario.

Al final, Dita no consiguió una cara nueva. Desapareció la extrema palidez, pero el tejido áspero siguió donde estaba. Entonces, importó menos, ya que si el experimento no fue un éxito, había entre nosotros una relación más amplia, más íntima. Si bien no se curó, de todos modos, me curó a mí. Como paciente, Dita no

llevaba mucha ropa. No se exhibía deliberadamente, nada de pavoneo. De cualquier manera, la bata se le abría mientras yo sostenía el tazón de la sopa. No se puede esperar que una mujer con la cabeza envuelta en gasas se mantenga abotonada hasta el cuello. Mostrarse ante mí en su totalidad parecía producirle una satisfacción de una especie más profunda, yo podía verla cómo era más allá de la cara y, después de todo, una mujer es algo más que la cara. Junto a su cama, pues, yo comía *foo young* de huevo recalentado y bebía Wild Turkey con agua del grifo mientras hablábamos de Scribian, de Madame Blavatsky. Ahí estaba una mujer que había sometido su cara a un pulimento brutal por mi causa, y mientras, yo me arrastraba por conseguir a Treckie. Dita me había hecho su propia ofrenda de amor, así que no me había quedado completamente en la calle.

Reflexionando otra vez, empecé a pensar que un hombre podía dar a las mujeres y al amor el tiempo que le quedaba después de sus empresas importantes, por ejemplo, la lucha por la existencia o las exigencias de su profesión; también la vanagloria, el fanatismo, el poder. Cada persona tendrá su propia lista. O por el contrario, libre del trabajo, entrar en una esfera femenina con sus prioridades peculiares y dirigida hacia muy distintos propósitos. Veamos un ejemplo que todos entenderán: O está uno en guerra como Marco Antonio, o enamorado como Marco Antonio, en cuyo caso se deja la batalla y se echa a correr tras Cleopatra cuando su galera huye de Actio. La verdad es que, en el fondo, esos asuntos romanos no me interesan mucho, quiero decir, la jurisprudencia romana, la organización política romana, la ciudadanía romana. Recuerden que por sus propios obstinados motivos, sólo los judíos rechazaron en el mundo antiguo el ofrecimiento imperial de ciudadanía... Y yo recordaré que estoy aquí no para dar una conferencia de historia, sino para relatar los extraños giros de la vida de mi tío Benn.

Pues bien, había llegado el momento de tomar una copa con Tanya Sterling. Suponía que la madre de Treckie tendría mucho que contarme sobre su hija, sobre mi sucesor y sobre las perspectivas de mi pequeña Nancy entre los cambios que a Treckie le pareciera oportuno realizar.

Saqué mis tarjetas de crédito del cajón de los calcetines y fui al centro en autobús, última hora de la tarde, un arrebol de invierno en el Oeste, bancos de nieve en las calles y muchas formas de radiante hielo por el camino. El bar del Marriot, donde encontré a la madre de Treckie, presentaba un panorama completamente distinto, un jardín colgante interior con fuentes, helechos, musgos, gardenias, todo ello lisonjero para la clase ejecutiva en los momentos más suaves, cuando busca sensaciones y fragancias. La señora Sterling era una mujer relativamente jovial. En seguida dijo:

—Fui una novia adolescente —expresión que contenía una inferencia. Aún era una mujer sensual. No pedía, como la pobre Della Bedell, puesto que Della era una resentida, ¿qué tengo que hacer con eso? Hay muy poca gente dispuesta a declararse

fuera de concurso. Si uno deja de concursar, se incorpora al censo de los muertos. De ahí la locura sexual en los actos y motivos de hombres y mujeres. Cuando no tienen intenciones específicamente sexuales, en un caso en particular, están ensayando, probándose, preparándose y practicando sus dotes de dominio: exactamente como los gatos cuando luchan entre sí por diversión.

Había algunas cosas sensacionales sobre Tanya Sterling. La más notable era el maquillaje que llevaba, una máscara de mapache de un violeta-azulado, amplios círculos azules en tomo a unos ojos grises y algo inyectados de sangre. Parecía no tener cejas, sino dos barras trazadas con un rotulador. Sin embargo, era una mujer bonita, francamente atractiva, con auténticas emanaciones personales. No estoy hablando del intenso perfume que llevaba —almizcle árabe, pacholí o lo que fuera —, no soy de fiar en eso, no puedo hablar *en connaissance de cause* como podría hacerlo mi padre sin dificultad alguna. Hablo de rayos, de ondas, de frecuencias de emisión, de la irracional música femenina, de un susurro de guitarra o de violín. Aunque de escasa altura, Tanya era una mujer amplia, vestida con elegancia, de manos delicadas; no era bajita, como Treckie, me convencí de que nunca había tenido ese cuerpo pequeño, embriagador y lleno de su hija. Informal, de gestos relajados, sonreía cordialmente *sans fagons*. En los tiempos en que las normas sobre la jubilación eran más estrictas, ella habría sido demasiado mayor para las señales provocativas que aún hacía. Pero las cofias de viuda ya sólo se ven en los museos. Las octogenarias con osteoporosis aún se llaman «chicas» entre sí. Aunque aquí me estoy pasando con Tanya. Debe haber estado cerca de los sesenta, no más. Ajustándome a un relato más conservador, su comportamiento era afable. Como ella dijo, había un vínculo entre nosotros. Yo era el padre de su única nieta.

—No supe que la tenía hasta hace dos meses —dijo—. Cinco años en Costa Rica y de algún modo perdí el contacto. Lo hubiese perdido aun estando en Nueva York. Esos jóvenes jipiolos hablan en jergonza y no hay diccionarios para los padres. Nosotros no podemos entenderles y ellos no pueden entenderse a sí mismos.

Tanya siguió por el estilo diciendo lo adorable que era Nancy y cuánto se parecía a mí. No le importó decir que yo no la había decepcionado ni en apariencia ni en modales. Mis pómulos y el extraño emplazamiento de mis ojos la atrajeron de un modo especial. Ella no habría aconsejado a un hombre que pasaba de los treinta que llevase el pelo tan largo, pero la caída sobre mis sienes de un modo nada corriente y el color oliva rojizo eran insólitos, puesto que la combinación más común era el oliva amarillento. A eso, yo no tenía nada que agregar. No se esperaba comentario alguno.

Entonces paró durante un rato, tarareando sonoramente, no por hacer música, sino porque el generador aún seguía funcionando. Todo eso estaba en su garganta. Volvió la copa de daiquiri por el pie.

No pude evitar el pensamiento de que, como el general Patton, estaba decidiendo por qué flanco atacar.

Al cabo de un rato, dijo:

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Treckie?

—La semana pasada —dije—. Me contó su visita.

—¿Eso fue todo?

Comprendí entonces que Tanya tenía intención de hablar de mi sucesor. Bueno, por qué no.

—Le dije que iba a verte.

—¿No te mencionó a Ronald? Debió decírtelo puesto que vive con él.

Dije:

—No hacía falta. Él contestó al teléfono.

—Debes estar disgustado —dijo la madre de Treckie.

Le contesté que, naturalmente, lo estaba, pero que prefería no hablar de mis sentimientos.

—Claro, puesto que no me conoces de nada. Aun así, tenías que estar disgustado.

—No me gusta construir una conversación general en torno a mis emociones privadas.

—Eso me dice que estabas enamorado de ella. Tiene que ser desagradable con una persona como mi pobre hija. Para ella, una relación exclusiva es demasiado limitante.

—¿Quién es ese Ronald?

—Tiene tipo de boxeador. Me resultó desagradable. Fue campeón de slalom y luego instructor de esquí. Eso de estar en las pistas produce cierto efecto sobre las mujeres, y los instructores tienen todo el tráfico de chicas que pueden controlar. Bueno, pues ese ídolo de los deportes de invierno trabaja ahora en *snow-mobiles*. Dice que es una nueva industria en crecimiento. Yo le dije que si a ciento cincuenta kilómetros por hora uno no estaba sobrio, podía morir decapitado por una cerca de alambre. El tipo simplemente se rió.

—Entonces, es un hombre duro —fue mi comentario.

—Tú debías ser demasiado delicado para el gusto de Treckie.

Tal vez hubiese ganado a Treckie pateándole las espinillas, pero no tuve el valor de hacerlo. No creí ser tan humano. Tal vez no era mi estilo de crueldad. Sin embargo, sufrí durante los momentos siguientes.

Yo no sabía hasta qué punto Tanya comprendía, pero me comunicaba una compasión femenina. Con sus atractivos dientes que daban a su sonrisa un efecto de simpática adolescencia, uno casi olvidaba la amplitud de su cara y el ancho de su cuerpo y realmente no me importaban sus arrugas, ya que, aunque las hubiese cubierto con círculos de mapache, estaba tratando de pasar por una jovencita. Tenía cierta informalidad al sostener la boquilla estilo F. D. R. que la hacía anticuada. Si había sido una novia adolescente, debía haberse casado en tiempos del *New Deal*.

—Conociéndote en persona, Kenneth, veo que mi hija no tiene intención de ser feliz. Es una tonta. Sin embargo, adivino que te respetas demasiado a ti mismo como para dejarte abatir. Puedes parecer blando, pero eres un luchador. No eres un gran bebedor, por la forma en que te estás tomando el jerez. Eres más mi tipo; especial, no ostentoso.

—Gracias —dije—. Es alentador que a uno le reconozcan sus cualidades.

—En realidad, Treckie era una niña dulce hasta que empezó el desarrollo y entonces, bam-bam. ¡Con lo pequeña que era, se puso a buscar acción! Uno nunca sabe qué elemento va a predominar en la mujer madura.

En ese momento, Tanya abrió el enorme bolso que había estado descansando entre sus pies. Lo levantó hasta la mesa con un movimiento de todo su cuerpo, más como un temblor que como un acto práctico, como si estuviese sacando un cubo de un pozo sensual. Probablemente, yo estaba suponiendo demasiado en aquel gesto. Cuando abrió y examinó su bolso, se decepcionó. Dijo:

—Traje fotografías de la familia para enseñártelas, especialmente de Treckie cuando era pequeña. Debo haberlas dejado en mi habitación. Voy a buscarlas.

—No te molestes.

—No es ninguna molestia. Sé que te gustará ver lo bonita que era, muy parecida a nuestra pequeña Nancy. La forma de su cabeza es toda tuya, pero los ojos son los de su madre.

—Estoy seguro de que tendremos otra ocasión.

—Trackie me dijo que te criaste en París. Podía haberlo adivinado. Tus modales lo delatan. Tienen clase. El tipo que tiene ahora es un patán. Me desconciertan las mujeres que se sienten atraídas por el trato brutal. Cuando intento imaginar qué sacan de eso, me quedo en blanco. Son un retroceso a la vida campesina.

Definitivamente, se refería a las piernas amoratadas de su hija.

Continuó:

—A una chica que conocí en el colegio, el tipo con el que vive le rompió un brazo dos veces. Dos viajes en ambulancia a Bellevue, y la mujer regresa a por más. Sin embargo, la gente dice que no ha habido un gran cambio, que siempre ha sido así.

—¿Te parece que, sexualmente, estos tiempos son excepcionales?

—Puedes estar seguro.

Tomé su opinión en serio. Hablaba con autoridad. Me recordaba un poco a Caroline Bunge, la amiga del tío. Si Caroline hubiese tenido la cabeza en su sitio, el parecido hubiese sido más estrecho. En aquello en lo que Caroline era despistada, Tanya gozaba de plena conciencia. Ambas habían tenido una considerable experiencia con hombres. Probablemente habían visto más hombres desnudos que el director general de sanidad<sup>64</sup>. No pretendo ser despectivo, sólo tratar con la mayor claridad un problema importantísimo que clama por respuestas. El viejo M.

Yermelov, de la Rué du Dragón, había tratado de hacerme reflexionar sobre ello cuando era un niño del *lycée* «Henri IV». Puede que haya aprendido algo de Gide, de Proust y de otros que había leído como cualquier adolescente parisién. Pero ni siquiera Proust trilló el terreno en el estado en que ahora se encuentra. Los gustos sexuales de la aristocracia, los trucos y el mal comportamiento de la *haute bourgeoisie*, los abrazos animales de los proletarios y los campesinos —ver *Germinal* de Zola y otros— no eran lo mismo que la mezcla erótica contemporánea, combinación de democracia y Tercer Mundo. Millones de personas se han liberado del trabajo, de la rutina, de los votos, de las prohibiciones del incesto y de todo lo demás para inventar libremente y se ha disparado la ingenuidad de la especie humana, o como solía decir Yermelov, el intelecto sin alma, la voluntad de sufór, de los locos cayendo en canales eróticos. Podía creerse que el plan divino sobre la evolución del amor había fracasado; que los ángeles, en su inocencia, habían confundido las señales e inculcado a la humanidad los impulsos equivocados, «fuerzas eruptivas de la naturaleza subsensible», como diría el viejo Yermelov. Me dijo que en Italia, si se prendía fuego a un papel en terreno volcánico se extraía humo del suelo de inmediato. Nunca he visto un volcán.

Permítanme decirles que al tío Benn y a mí nos preparaban el trabajo. ¿Sería que una clase especial de mujeres nos había elegido para dedicarnos una atención especial?

Porque ahora la madre de Treckie tomó conmigo un giro completamente imprevisible.

—No hay razón alguna para que esa chica haga exactamente lo que le da la gana y se salga, encima, con la suya.

—¿Hacer justicia? —dije—. Bueno, estaría bien ver finalmente un ejemplo de justicia en un caso como éste. O en cualquier caso. Aunque no muchos puedan reconocerlo por lo que es.

—Tendrías que actuar con firmeza —dijo Tanya.

—¿Cómo?

—Podríamos darle su merecido a esa chica. Nancy también es tu hija y Treckie no está verdaderamente capacitada para que se le confíe la maternidad. Deberías presentar una demanda reclamando la tutela.

—No estoy en situación de hacer eso, señora Sterling.

—Tanya... Juntos podríamos estar en situación de hacerlo si, para ese propósito y sólo con ese propósito, nos casáramos. Veo que esto te sorprende.

—Pues, sí.

—Sería una formalidad, como se casó W. H. Auden con Erika Mann para salvarla de los nazis.

—No es lo mismo, de ninguna manera —dije—. Además, los tribunales se han vuelto locos. Deberías oír lo que dice de los jueces mi primo Fishl; no es primo hermano, solo pariente. Yo no confiaría en la racionalidad de un tribunal. Además,

Tanya, creo que podrás comprender lo que Fishl me dijo no hace mucho sobre el modo en que las mujeres componen un hombre ideal para ellas; una parte de esto, una parte de lo otro, un físico de Sugar Ray, el encanto de Mastroiani, el valor romántico de Malraux, la magia científica de Crick y Watson con la doble hélice, los millones de Paul Getty más el cerebro de Spinoza. ¿Te preguntas qué tiene esto que ver? Pues bien, yo tenía parte de lo que Treckie quería en su compuesto, pero ella necesitaba más.

—Kenneth, te estás evadiendo. No entiendo por qué me lo parece, pero creo que si vieres esas fotos, querrías hacer algo para obtener la tutela de nuestra Nancy. No me puedo perdonar haberlas dejado en mi habitación. ¿Sería demasiada molestia que subieras conmigo?

Me miré el reloj para saber la hora.

—Estás a punto de decir que tienes una cita.

—Estoy cuidando a una amiga que no está lo suficientemente sana como para comer por sí misma.

—Podrías hacerlo y volver en taxi.

—O ver las fotos en otra ocasión.

—Crees que es un pretexto para hacerte subir. Eso sería demasiado vulgar. Ambas partes tenemos algo de delicadeza. Ahora es necesario un candor civilizado. Tú hubieras sido mi yerno si mi hija no hubiese sido una vagabunda y una idiota incapaz de distinguir al hombre que tiene una valiosa cualidad: tratar bien a una mujer. Sólo una persona que ha vivido mucho puede decir lo insólito que eso resulta. Al menos, un veinte por ciento de las mujeres que uno conoce, si lo intuyen, serían felices de tenerte por marido. Pero, además, está el elemento perverso que te despreciaría y abusaría de ti precisamente por esa cualidad que tienes. A éstas nunca podrías complacerlas. Por ejemplo, una chica como Treckie. Tienes que hacer su voluntad. Ella no quiere que la complazcas. Aunque pasaras toda tu vida tratando de hacerte agradable, aunque invirtieses cincuenta años en el esfuerzo, aun así, no le servirías para nada. Otro tipo de mujer se sentiría feliz si no hicieses otra cosa que tomar su mano. El matrimonio, en los términos que te propongo, sería una protección para ti. Sí, te llevo unos diez años más o menos. Pero por eso podríamos tener una relación relajada. De ese modo, si una mujer agresiva intenta presionarte, podrías decir: «Ya estoy casado.»

—Y tú, ¿qué esperarías de mí?

—Sólo lo que estuvieses dispuesto a hacer. Si me tomas en tus brazos en la cama, sería feliz.

¿Que me llevaba diez años? La cantidad real debía ser veinte y más.

—Piensa, además, en Nancy. Bueno, no debería aconsejarte que pensaras. Si me permites decirlo, eres el tipo de persona que piensa en las cosas hasta que desaparecen por completo. Volvamos a ti y a mí. Las noches placenteras que

pasariamos juntos nos darian fuerzas para cualquier cosa. ¿Te gustaria probar una vez para ver como serian?

Dije que estaba seguro de que seria un experimento maravilloso, pero que en ese preciso momento no estaba preparado para realizarlo.

—Sólo acostarte en la cama. Hablaremos o no, como te apetezca. —Me sonrió con sus peculiares y atractivos dientes. En realidad, y pasando por alto su pintura de mapache y sus señales de tejón, era una mujer atractiva. Además, ocultar el hecho de que me gustan las personas ridículas iría contra mi compromiso con la verdad.

Y qué ofertas más sorprendentes que recibe uno de los locos. Eso fue lo que me pasó por la cabeza mientras levantaba mi largo brazo para llamar al primer taxi de la fila bajo las cálidas varillas del toldo del Marriot. Al Oeste, sobre la helada niebla de la calle recta, había un ocaso cristalino de azul invernal con un núcleo rojo en el centro.

Mientras me acompañaba a través del vestíbulo sin dejar los comentarios erráticos, Tanya Sterling me había dicho entre otras cosas:

—Un vistazo a ese Ronald y pude comprobar cuánto había corrido. Si uno ha tenido trescientas mujeres, ¿cuál es la diferencia entre doscientas noventa y nueve y trescientas una?

A esa hora ya no pasaba el autobús expreso y me gasté veinte pavos en un taxi para no tener que tomar el autobús local que hacía treinta paradas produciéndome dolor de cabeza con los vapores del tubo de escape.



A la tarde siguiente, el tío y yo intercambiamos nuestras experiencias del día anterior en su antiguo piso. Resultó que él también había visto un par de cosas. Le dije:

—Bueno, es una pena que todo ese asunto del amor haya sido desacreditado, desmitificado. Durante largo tiempo, el mundo hizo promesas de amor a los jóvenes: «Todo saldrá bien.» Era un timo, una traición. Y ahora, naturalmente, las mujeres están furiosas y se han vuelto contra él. En cuanto a los hombres serios, también tienen que preguntarse: «Y nosotros, ¿qué demonios estamos haciendo aquí?» Comprendo que se entre en el mundo del amor; comprendo, quiero decir, que para la gente práctica, la justificación es el comercio: zapatos, vestidos, bolsos, joyas, pieles, peinados, cosméticos. Además, está la psiquiatría; hay tanto dinero en eso... Cualquier cosa menos el amor mismo, puesto que las naturalezas que podrían amar están demasiado desequilibradas para hacerlo. Las personas con «modelos de rol» o «autoimágenes» no llegan porque están fabricadas o construidas.

—Sí, si, si, sí—dijo el tío, sobre todo para hacerme callar—. Ahora deja que te cuente lo de ayer.

Yo había estado pensando en voz alta, como siempre, y hasta que él me interrumpió, no me había dado cuenta de su profunda inquietud. La acusaban hasta las puntas de sus cabellos, tanto como la mirada azul de sus ojos, intranquilos y sumamente dilatados en sus órbitas con forma de ocho. La inclinación de la parte superior de su cuerpo cuando me dijo: «Deja que te cuente lo de ayer», me hizo decir para mis adentros: «¡Ayayay!» Y la redondez de su cabeza tomó un aspecto diferente. Nunca antes se me había ocurrido que una cabeza tan redonda como ésta, estaba predestinada a rodar.

Era el comienzo de su crisis.

Empezó por contarme que había tenido una cita con el doctor. El lugar del encuentro fue el hospital donde el viejo Layamon trabajaba. El propósito era tener una reunión para decidir la estrategia. Iban a comer un bocadillo juntos y volver luego a Parrish Place en el Bentley del doctor.

—¿Qué hospital es ése?

—El viejo «Moisés Maimónides». Cuando era niño, ése era su nombre familiar<sup>65</sup>. Mis padres sufrieron allí sus últimas operaciones, así que me trae todos los malos recuerdos que puedas imaginar. Desde entonces, han hecho un montón de edificios nuevos. Antes había un jardín muy bonito, pero necesitaban el terreno para una clínica de drogadictos. En vez de ver a viejos sastres decentes, tenderos, «trabajadores de la aguja», ahora se ven zombis dispuestos a hacer cualquier cosa que se les ocurra, ¿por qué no?

—Desagradable escenario, ¿verdad?

—Uno de esos lugares donde todo te desborda. Las nuevas construcciones te hacen pensar: «No te preocupes, la medicina moderna se encarga de todo. Todo irá bien.» Así que rezo y espero y confío en que tengan razón. En medio está el edificio Maimónides original en evidente decadencia. Yo tenía que dirigirme al centro de mensajes. Más de la mitad de las puertas estaban cerradas por motivos de seguridad y había tantos desvíos subterráneos que cuando llegué, ya estaba rendido. Hice buscar al doctor como me había indicado y me senté a leer una revista. Finalmente, entré a paso de marcha. Ya sabes el modo que tiene de balancearse.

La observación era correcta. El doctor movía los hombros de un modo extraño, al ritmo de sus pasos y de su cabeza, rígidamente estirada hacia atrás. Había servido en el Pacífico y puede que allí pescara unos cuantos gestos de Douglas McArthur: en Guadalcanal había sido el Mayor Layamon. Así que entró balanceándose con su bata blanca. Le dijo a Benn que aún no había terminado sus rondas y que iba atrasado.

—Se disculpó —dijo Benn—. Yo le dije: está bien, puedo esperar. No me molesta. Hay bastantes revistas viejas aquí. «No, no», dijo él, «me gustaría que me acompañaras. Esto te interesará.» Tendría que ponerme una bata y pasar por médico.

—A lo que no te negaste.

—No encontré la forma de hacerlo. Me estaba tratando como a un miembro de su círculo, lo que suponía una especie de honor. Había hecho eso antes y a la gente le encantaba, sobre todo el disfrazarse de médico. Echando atrás unos cuarenta años, lo tomé por el tipo de humor violento de los estudiantes de medicina.

—Bueno, de vez en cuando un poco de malicia es buena para el alma.

—No empieces a teorizar conmigo, por Dios —dijo el tío con un extraño tono cortante—. Me ayudó a ponerme la bata blanca, me puso un estetoscopio en el bolsillo y dijo: «En realidad eres un médico de plantas.» Me imaginé tratando de encontrarle el pulso a un árbol.

El tío no se rió de su propio chiste. Tenía los ojos demasiado dilatados.

—Muy extraño —dijo—, pasar por médico. Me estaba arrastrando a aquello por maldad y tenía las visitas en la parte más antigua del Maimónides original, llena de horribles relaciones y de recuerdos especialmente desagradables de tu abuela, porque todos los pacientes de ayer eran ancianas.

—¿Sólo mujeres?

—Sólo ancianas. Las había reservado para mí. Todos los casos eran de caderas, operaciones de caderas, y no necesitaban más que una mirada, así que fue todo muy rápido, en dos tiempos, entrar y salir de la habitación, lo justo para bajar la sábana y echar un vistazo. Curiosamente, a las señoras no les importaba cómo las trataban. Ni una sola de esas viejas se alteró al verse expuesta. Ninguna cara cambió de expresión. Los médicos pueden hacer lo que quieran. De vez en cuando, Layamon decía: «Éste es el doctor Crader, mi socio.» A nadie le importaba. En el pasillo, estuvo tan parlanchín como siempre, Layamon boca motorizada, y creo que tiene la

vista normal, pero los ojos no parecen estar coordinados. Entraba y salía de las habitaciones en tromba, apartando de un empujón las puertas y todo lo demás, arrancando las sábanas. Los cabellos de las señoras estaban teñidos y arreglados, llevaban mañanitas de encaje, llevaban carmín en los labios, otras estaban maquilladas y luego aparecían las cicatrices y los puntos y los muslos cortos y las espinillas tibias y brillantes, el monte de Venus y el vello escaso, todos esos montes pelados. Pero las viejas, como si estuviesen haciendo media o cosiendo botones, se veían tan complacidas. Entonces, ¿para qué tanto escándalo y todos los hombres que las amaron muriéndose por conseguirlas, locos de celos, con el deseo hundido en sus corazones como clavos de especias, llorando, suplicando, y las mujeres sufriendo también una agonía por decidir cuál sería el adecuado? Después de ver a unas seis o siete, empecé a sentir una especie de vértigo.

—¿Qué clase de vértigo?

—¿Qué clase? Como si estuviese volando en un helicóptero sobre las Bandlands. Empecé a sufrir arritmia, mi corazón estaba fallando, lo que interpreté como un problema de motor, y el helicóptero estaba a punto de estrellarse. Tal vez ha llegado el momento de que me pongan un marcapasos.

—¿Qué estás diciendo? Acabas de casarte con una mujer joven, no necesitas un marcapasos. Sencillamente no eres lo suficientemente duro como para enfrentarte a lo que el doctor se enfrenta de un modo rutinario un año sí y otro también, y eso es, probablemente, lo que él intentaba que se te grabase, cómo paga por los lujos y servicios que las mujeres toman como algo que naturalmente les pertenece. De todos modos, hacerle eso a un recién casado es una pasada.

—Tal vez no cree que yo sea un auténtico recién casado; además, por mi edad, estoy más cerca de esas cosas decadentes con las caderas rotas que de mi mujer. Estuvo lanzándome miradas todo el rato desde el lado opuesto de las camas.

—Esos ojos suyos desequilibrados...

—En el pasillo me pareció que hablaba de un modo incoherente.

—¿Qué decía?

—Dijo: «De vez en cuando me toca una chica guapa. Como paciente, no me malinterpretes. No siempre son casajos.»

—A la gente disciplinada le produce cierto alivio hacer patochadas algunas veces. Contigo se permite ceder al impulso.

—Me dieron mucha lástima las viejas y lo mal que se hubieran sentido de saber que yo estaba allí para reírnos de ellas, como era la intención del doctor con esa broma.

—Ni siquiera se fijarían en ti. Creo que tienen una especie de entendimiento con los médicos, algo parasexual. En cuanto a él, no creo que sepa lo que se propone, lo que le inquieta, una especie de erotomanía. Deberías decirle que consulte a un psiquiatra.

—¿Yo? Ni hablar.

—Eres demasiado respetuoso, tío. No deberías ser tan considerado, te lo digo de verdad. No quieres admitir que eres *sui generis*, un hombre entre un millón y que tienes el deber hacia tu condición excepcional de rehusar lo que los Layamon quieren imponerte.

—No, porque entonces yo tendría que pensar como ellos y no quiero ni rozar sus premisas.

—¿Porque les quitaste a una hija hermosa?

El tío estaba profundamente inquieto. Le dije:

—No tiñes que batallar con ellos, sólo proteger tus talentos especiales. Ellos no los entienden, no los distinguen.

—Contra éstos, no pueden hacer nada. No me gusta la gente que organiza una alharaca temperamental sobre sí misma.

—Está bien, tío. Dejemos esto por el momento. Así que le seguiste en las visitas.

—Sí, eso es lo correcto, le seguí. Él dirigía la marcha y yo la mantenía. Nunca antes me había dado cuenta de lo anchos que son sus hombros. Sólo por los hombros se podría identificar como padre de Matilda. No son gruesos, son como bidimensionales y muy elevados. ¿Trataste de pequeño de mirar alguna vez por encima de una verja que estuviese unos centímetros más alta que tú?

No pude contestarle. Estaba en un estado tan singular que no esperaba respuesta.

—Bien, está fuera de lugar, como tú dices, concederle tanta importancia a espaldas y hombros. Eso también es *sui generis* y de un género no muy de primera.

En eso tenía razón. En ese momento no sabía cuánta razón tenía o qué podía significar lo «correcto». Eso lo descubriría un poco más tarde. De puntillas, queriendo ver más allá de la verja, pero qué es lo que había que ver, ¿un campo de béisbol, una cantera de gravilla, un paisaje de Steinberg, una extraña colección de líquenes árticos?

—Sí, vistos por detrás, tienen la misma estructura.

Levantándose la manga de la chaqueta y moviendo la correa de su reloj en la parte posterior de su muñeca, el tío aplicó la punta de los dedos a su pulso. ¿Todavía la arritmia? Había un retraso cada tres pulsaciones y tendría que volver al doctor Geltman para hacerse un electrocardiograma. Le impacientaba no encontrarse bien y nunca se refugiaba tras una nube de enfermedades. Las medicinas, los tranquilizantes, los betabloqueadores interferían con su trabajo científico. La hipocondría le impacientaba. Detestaba oír hablar de psiconeurosis.

—Aun así —dijo—, para mí supuso un golpe muy duro notar aquella similitud entre padre e hija, siendo Matilda tan hermosa y el padre todo lo contrario. Una persona que tenga esos hombros es muy singular.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo decir lo que quiero decir. Singular. Parece que lo que quiero decir es que es algo eterno.

—¿Algo como la somatología?

Dijo ásperamente:

—No. No es eso. No seamos tan eruditos. No estoy hablando de anatomía y carácter.

Traté de imaginar lo que quería decir con eso de «algo eterno» y pude comprender lo doloroso que debía ser para un hombre de ciencia estar sujeto a semejantes ideas o sugerencias mágicas. Era incapaz de vencerlas o de expulsarlas de su mente.

—Está bien, tío, han terminado las visitas y se comen un *sandwich* juntos. Te habla del asunto Vilitzer.

—Creo que debería enfrentarme al tío Harold.

—Primero te conmueve exhibiendo a esas pobres señoras...

—Todavía estoy conmovido.

—Ya lo veo. Pero dudo que sea deliberado. No es tan conscientemente diabólico. Es un hombre impulsivo, esencialmente ordinario. Percibe tu debilidad, no te entiende. Vamos a ver, ¿cómo se supone que trates a Vilitzer? ¿Qué es lo que espera que le digas?

—Tengo que decir que mi suegro cree que no recibí lo debido y que yo creo que el caso debe volverse a abrir.

Benn se evadió brevemente del asunto diciendo:

—Físicamente, el doctor es una persona extraña. Las partes no encajan. A lo mejor es por eso que sus modales son tan íntimos; la forma en que se apodera de uno y toca y examina y aprieta cuando estás comiendo con él en un reservado. Quiere saber por qué tú estás hecho de una manera distinta y, ¿no te parece que su color es extraño? Algunas veces tiene ese extraño tinte anaranjado que se observa en las lagartijas pequeñas, de la familia salamándridos. ¿O es que le encuentro defectos y no le devuelvo el golpe porque criticó mis dientes salidos?

—Él no cree en absoluto que tú puedas enfrentarte a Vilitzer.

—Trató de informarme sobre la política en esta ciudad. Casi todo lo que dijo era un lío.

—Y te lió.

—En dos minutos —dijo el tío—. Lo que quiere es que yo le diga personalmente al tío Harold que me resulta inaceptable la forma en que vendió la propiedad.

—Y que tú crees que debería resarcirte.

—Eso es, exactamente. Malditos canallas, ¿es que no dejarán nunca de pelearse por el dinero? Todo lo que yo quería era establecerme con una mujer afectuosa en un estilo de vida civilizado. Trabajar, poseer a Matilda...

—A la que amas.

—Respeto y amo. A. través del amor se penetra en la esencia del ser —dijo el tío.

Yo estaba acostumbrado a su modo de irse por la tangente, pero el salto que dio en esa última afirmación me sorprendió de forma considerable. Decía incoherencias. Ciertamente, no era él mismo y me hizo sentir que estaba como el Mikado, en que un puñado de varitas cae atropelladamente en todas direcciones para empezar el juego. Eso, pensé, está a punto de ocurrir.

—¿Puedes reconstruir tu conversación con el doctor?

—Debes figurarte que estás hablando con un tonto, Kenneth. Fue así: Yo dije: «Tal vez debería escribirle una carta al tío Harold.» El doctor dijo que eso no se hacía así. Nunca hay que poner las cosas por escrito; aquí los negocios no se hacen así. Entonces le dije: «Pero él no querrá verme.» «Bueno, ya encontraremos una manera.» «Me gustaría esperar a que su hijo Fishl lo sondee.» «Ésa no es una sugerencia buena, hijo. Te vas a Brasil en menos de una semana, y además, Fishl es un tonto rechazado por su padre. Como caído en desgracia.» «No se me ocurre cómo se puede desacreditar a una familia como los Vilitzer, famosa por los negocios sucios.» «Aun entre esos tipos existe un código, te sorprendería. Te concedo que es difícil tener mala reputación en esta ciudad. Nuestro *sheriff*, por ejemplo, que ha mantenido en su nómina a salteadores convictos y otro tipo de asesinos, se presenta a la reelección y aparece destacado en las encuestas, pero los abortos por acupuntura, simplemente, no tienen clase. El viejo Vilitzer es muy orgulloso.» Yo le dije: «Estoy dispuesto a fiarme de lo que me dices sobre estas cosas, doctor. Tú las entiendes y yo no. Aun así, estaría mejor dispuesto a cumplir mi parte si pudiese entender el plan. ¿No podrías darme un bosquejo más completo para que yo pueda saber en qué estoy metido?» «Bueno, tienes que entender con claridad lo esencial, que tu madre te dejó una propiedad que valía una buena cantidad de dinero y que lo que te dio Vilitzer fueron las sobras.» «¿Qué clase de presión piensas utilizar con él?» «La clase que él tendrá que atender. Su pandilla dirigió esta ciudad durante cincuenta años. Ahora están en retirada. Con más de ochenta años, ¿para qué necesita los cien millones, más o menos, que robó?» A eso le dije: «Yo tampoco los necesito. Ni siquiera puedo comprender qué puede hacerse con semejante cantidad de dinero. Ya tengo todo lo que necesito. Miro todas las revistas que llegan a la casa, a las que Jo está suscrita, y sencillamente no puedo comprender todo ese gasto. Como: "Sólo se vive una vez, vívala en Revillon, cebellina natural." O: "Cristal Waterford tallado a mano y objetos de plata esterlina en su tocador o en la mesa del comedor." Eso no ha estado nunca entre los objetivos personales de mi vida.» El doctor me dijo: «Escucha, hijo, las mujeres tienen que tener actividades adecuadas. Si no están *engagées*, ésa es una palabra que utilizaba mi hija hasta que yo mismo la cogí, se pueden meter en maquinaciones malas, y quiero decir, verdaderamente malas, traicionando a sus congéneres masculinos. Es mejor permitirles esas satisfacciones

del ego.» Yo dije: «Sí, especialmente si se las educó de esa forma.» «A Matilda no se la educó, se educó ella misma. Si la mujer que ama tiene necesidades especiales, un hombre tiene que proporcionárselas si sabe lo que conviene. Eso es sencillamente elemental. Además, dale los comienzos que necesita y ella se encargará de hacer el resto te hará más feliz de lo que jamás soñaste. Quedarás completamente libre para trabajar y tontear todo lo que quieras con tus líquenes. Ella pasará todo el día en el distrito financiero. Luego vuelve a casa, la belleza y el amor entran con ella. ¿Qué más puedes pedir, coño? Se quitará la ropa de negocios y se pondrá la bata de cenar en casa, se perfumará.» Y mira, Kenneth, cuando llegó a esa parte, la vida de ensueño, empezó a golpear la mesa con los nudillos. Él hubiese dado cualquier cosa por ser el marido de una mujer así, y la mirada se le puso tan imprudente mientras aclaraba el asunto, que parecía lo que tu a veces llamas demoniaco. Acción. Esa es la parte demoniaca del asunto. ¡Levanta el culo! ¡Apodérate, agárrate bien a las cosas!

—Y bien, ¿qué clase de agarre estás planeando, tío?

—Por lógica, tengo que mantener el curso tomando en cuenta que es un matrimonio reciente y que la primera necesidad es complacer los deseos de la esposa.

—¿Hasta qué punto?

—Puedes comprender por ti mismo que no tengo una amplia gama de opciones, Kenneth. Sobre todo, tengo que demostrar buena voluntad.

—Lo que no veo es qué buena voluntad están demostrando los Layamon. Así que, ¿cuál es el plan del doctor?

—Vilitzer no quiere verme. Pero hay una audiencia pública de la junta de libertad bajo palabra y el tío Harold es uno de los miembros, así que probablemente asistirá. Le pregunté al doctor para qué está Vilitzer en la junta de libertad bajo palabra. Suponía que todos ellos eran viejos directores de prisiones, criminólogos o *sheriffs* retirados, asistentes sociales y gente de ese tipo. Parece que Vilitzer pidió el trabajo hace años para ayudar a sus compinches políticos a conseguir una pronta excarcelación, y algunas veces había convictos importantes en la cárcel como en el escándalo de las carreras de hace algún tiempo o en el negocio de la construcción, así que la conexión con la junta de libertad bajo palabra era importante y hasta lucrativa... ¿Qué iba yo a saber de esa clase de líos? El promedio de crecimiento de los líquenes árticos, una hora o dos de sol al día durante siglos, más de veinte años para llegar a una pulgada de diámetro; unos cincuenta años de intrigas para Vilitzer, mientras los organismos que yo estudio tienen un promedio de vida de cinco mil años. Bueno, el gobernador ha dejado que Vilitzer conserve su puesto en la junta, la audiencia pública es el próximo viernes en el edificio del Condado y me gustaría que me acompañaras.

—¿Te gustaría que yo te acompañara?

—¿Por qué te sorprende? A tu madre le gustaría y ella es parte en esto.

—Tienes pánico de enfrentarte a él tú solo. ¿Por qué tenemos que sufrirlo los dos?

—Míralo como quieras. Es verdad que no soy yo mismo completamente.

—Deberías llevar a Matilda. Puesto que es ella la que te ha metido en esto, es justo que se lleve parte de los tiros.

—No quiero que ella tome el mando. Se enfrascaría en una discusión con Harold.

—Amenazándole. Probablemente —dije—. Entonces iré. Prométeme que no te meterás en sentimientos familiares, que no intentarás jugar con las emociones de la sangre.

—Antes que nada, pienso hablar estrictamente de negocios, y en segundo lugar, le pediré su punto de vista.

—Fishl cree que es un completo error que le abordes. Está muy preocupado. El viejo tiene complicaciones cardíacas peligrosas.

—Kenneth, ¿que tú y yo podamos hacer daño al tío Vilitzer? Es como si un par de ardillas pudiesen estropear fácilmente un emplazamiento de misiles.

—Nosotros sólo constituiremos la avanzadilla, tío, Fish cree que esto va en serio. Supongo que quiere que Vilitzer dure lo suficiente como para cambiar su testamento, un cambio en el testamento puede ser la alternativa. Pero veo que estás obligado a intentar acorralarle en la audiencia y no te dejaré ir solo.

Me sentía competitivo. Estaba tan preocupado por Benn como Fishl lo estaba por su padre. Y el tío no podría resistir a la presión de los Layamon. Su vitalidad parecía agotada y me preocupaba que pudiera derrumbarse. Había señales amenazadoras. Por ejemplo, me dio las gracias elaboradamente por prometerle que asistiría a la audiencia, asintiendo con la cabeza con una especie de formalidad de muñeca china.

—Sin ti no sería fácil.

—Sólo por curiosidad, tío, para tener una mejor idea de lo que ocurre, cuéntame qué pasó ayer durante el resto del día. Tomaste un almuerzo rápido en la cafetería del hospital...

—El doctor no acostumbra volver a casa desde el Maimónides. Generalmente juega en su club.

—Tal vez ni siquiera a él le gusta mucho ese hermoso hogar. Sale a operar antes del amanecer y no vuelve hasta la hora de cenar. ¿Adonde te llevó?

—Hay una joyería de lujo en el centro. Habían comprado cosas del *nizam* de Hiderabad o del *akhoond* de Swat. El doctor necesitaba un collar para el cumpleaños de Jo. Fuimos directamente al santuario interior de Klipstein, uno de sus amigos del ejército. Un lugar de alta seguridad con monitores de televisión, espejos y botones, sólo Dios sabe cuántos sistemas de alarma para los rubíes, diamantes y obras de arte. Tal vez unos veinte budas en fila y multitudes de elefantes pintados y otros juguetes exóticos. El doctor pasó más de dos horas haciendo chistes, dando



palmas, jugando a boxear regateando, y luego compró cien mil dólares de pendientes de ópalo con derecho a devolución. Camino de casa, el doctor dijo que Jo pediría al día siguiente una tasación en Cartier; Klipstein sabía que lo haría. El tráfico estaba tan denso que tardamos una hora en llegar a Parrish Place. Aparecimos unos minutos antes de la cena, cuando las señoras ya estaban arregladas, pero Jo ordenó al doctor que se cambiase la camisa aun antes de abrir el regalo. Finalmente, los cuatro, en el mullido tapizado de butacas giratorias con espaldar en forma de barril, tomando ginebra con tónica, jerez y un Bloody Mary.

(Feliz aperitivo para los Layamon, pero no necesariamente para el tío.)

—¿Reaccionó de algún modo la señora Layamon ante los pendientes de ópalo?

—Reacción moderada. Es del tipo frío.

—Luego, ¿la cena?

—Ensalada de palmitos, el plato favorito del doctor, con pimientos. Escalopines al limón; vino, Sauvignon seco; postre, *claffouti* polaco con relleno de membrillo. Conversación dominada por el doctor sobre cómo se apropia el congreso de billones y también del poder para obligar al Presidente a gastarlos. Cada año tienen esa montaña de dólares de impuestos para gastar y pasan el dinero a sus industrias favoritas a cambio de fondos para campañas electorales. Cada dos años cuesta el doble ser candidato a un escaño en la Cámara de representantes. Jo Layamon come, bebe y habla en un estilo refinado. Matilda me hace guiños para animarme.

—Pero, ¿cómo sabe que estás triste?

—Nunca hemos hablado de eso.

—Y, ¿después?

—Después vemos televisión o vídeos. Anoche vimos primero al doctor Teller y al doctor Bethe como antagonistas de la *Guerra de las Galaxias*, despachándose como magos perversos, dos rostros antiguos disputando la cuestión final sobre la supervivencia de la raza humana y el destino de la Tierra, con intensas discusiones sobre los rayos láser o los rayos X producidos por las explosiones atómicas. Luego vimos *La Cage aux Folies*, un campamento de homosexuales y travestís chillones. Yo seguía viendo la máscara de Bethe, como rasgos humanos pintados en la suela de un zapato y a Teller como un Moisés atómico bajando del Sinaí con los mandamientos grabados en tablas de hidrógeno. Entonces Matilda, tratando de complacerme, puso a Clint Eastwood y a un asesino pervertido que cambiaba las cabezas de las mujeres que asesinaba. Me escabullí hacia el lavabo y después me puse a vagar por la casa, hice un recorrido por los gabinetes iluminados de cristal y por todo el Wedgwood, Quimper, la artesanía en cristal de Suecia. Le eché un vistazo a la azalea roja que tiene Jo en el gabinete. Ya sabes que no entro.

—Curiosa norma esa de que el cuartito sea sagrado para ella.

—Aun así, es una planta hermosa y me hace bien. La palabra original significa

seca, tal vez porque el arbusto es quebradizo o tal vez porque crece mejor en suelo seco.

—Y tú te comunicas con ella mientras..., vaya cosa, cortejar flores de azalea cuando se tiene una flamante y estupenda esposa.

Los ojos, y él respondió sólo con ellos, estaban llenos —desbordados— de silenciosos comentarios. En el arte del disimulo, él nunca había pasado de la etapa elemental y al hablar conmigo no iba a asumir una habilidad que no tenía. Y entonces, como cabía esperar por nuestra relación, por nuestra franqueza habitual —por no mencionar la estrecha vigilancia que yo mantenía sobre él y el apoyo silencioso que le daba—, empezó al fin a abrirse. Un brillo de preocupación le rodeaba. Hasta los síntomas de su tensión eran brillantes.

—Supongo que tendré que hablarte de esta cosa. Esperaba arreglármelas solo.

—¿Por qué tendrías que hacerlo?

—Porque la gente lo hace, tiene que hacerlo. Además, es vergonzoso, por eso, porque es humillante hablar de eso. Por otro lado, no quiero cargar con eso hasta Río. Allí, solo, sería muy malo.

—¿Solo? —dije.

Él levantó la voz:

—No me acuses por lo de Matilda. Éste no es el momento de adjudicarte puntos porque no te notifiqué la boda.

—No lo dije para fastidiarte, tío. ¿Qué es lo que no puedes controlar? Hemos tenido cientos de conversaciones aquí mismo y ninguno de los dos traicionó jamás la confianza del otro.

Me refería a los libros, a la luz matizada de las cortinas, a las butacas de cuero que estaban desde la época de la tía Lena, el verdadero hábitat del tío, el que yo había elegido por encima de cualquier atractivo escenario de París porque suponía que aquí la vida humana estaba logrando progresos esenciales. Aquí podía esperarse la claridad auténtica.

Benn empezó diciendo que estaba convencido de que Matilde era, precisamente, la mujer para él. Al principio hablaba con lentitud, tanteando el camino, como si su trabajo fuese explicar cheques y balances constitucionales a un amigo de Praga. En octubre, cuando yo ya me había marchado a París y al África Oriental a ver a mis padres, él y Matilda habían decidido casarse durante la semana de Navidad. Para disponer de más tiempo, Benn había reducido su programa de enseñanza. Dictaba un sólo curso de morfología. Su adjunto podía suplirle cada vez que tuviera que marcharse. Matilda, que dijo amar el campo, le propuso que pasaran una semana en los Berkshires disfrutando los colores del otoño. Tenía amigos en alguna parte entre Barrington y Canaan, que estaban en Hawai y que le habían ofrecido su casa de verano para unas vacaciones de pre-luna de miel. Había muchos pueblecitos encantadores en ese opulento rincón de Massachusetts. Benn, por supuesto, conocía las hojas del revés y del derecho. Así que la pareja paseaba por las

carreteras vecinales. Mañanas espléndidas, frescas, claras, tonificantes, azules, que olían a humo de leña; desayunos de panqueques con jarabe de arce; montones de manzanas maduras y heladas en los árboles abandonados. Algunas flores tardías que Benn identificó con eficacia cuidando de no parecer pedante, era la primera oportunidad de estar solos. A lo lejos, algunos tiros de los cazadores de ciervos. Para evitar el peligro, llevaban boinas rojas. Ningún problema en ese apartado. Los caminos de tierra estaban duros y secos. «Ese perfil clásico bajo la visera de una gorra de béisbol.» Pero después de unos cuantos días de arces y abedules «oyéndome hablar constantemente de ellos», se hizo necesaria otra diversión. Había un coche viejo en aquel lugar para ir de compras y para excursiones locales. No había televisión, había muy poco que hacer después de la cena y Matilda no estaba acostumbrada a irse a la cama a las nueve. El periódico local, que dejaban en el buzón vecinal, llevaba una cartelera de los cines de la ciudad. Una serie de viejos clásicos atrajo a Matilda.

—¿Por qué no vamos a ver *Psicosis*? —dijo—. La original de Hitchcock. Sólo he visto sus secuelas.

—La vi en los sesenta —dijo Benn—. Me produjo una impresión negativa. Comprendo que se ha convertido en algo importante, en un culto. Para llegar a eso no hace falta gran cosa.

La respuesta de Matilda para engatusarle fue:

—Sentado junto a mí, puede que te parezca mejor que hace veinte años.

Así que fueron al pase de las seis. Ya estaba oscuro, dijo Benn. Cada día era como una exposición de campos, vallas, caminos, bosques, pero que cerraba cada día más temprano. Escuchando al tío, debía de estar en mi ánimo más francés, con la cara larga, metiendo versos del *lycée*: *Nous marchions comme des fiancés... La lune amicale aux insensés*. Al menos uno de los prometidos estaba de mal humor, eso es absolutamente cierto; me estoy acercando a eso. Y no, a Benn, *Psicosis* no le pareció mejor. La segunda vez resultó mucho peor que la primera.

—Era una farsa. Me pareció odiosa. Detesto toda esa excitación sin objeto. Sólo reflejos condicionados que nos han producido por entrenamiento. Eso es lo que destaca en los videos que he estado viendo en casa de los Layamon. Faltan conexiones lógicas y las lagunas se llenan con ruidos, efectos sonoros. Uno tiene que renunciar a la coherencia. Té mantienen inquieto y te dan un asesinato tras otro. Llega un momento en que uno deja de preguntar: ¿Por qué están matando a ese tío?

De todos modos, su recuerdo de la película era exacto. Recordó el viejo hostel que parecía una funeraria, las pringosas antigüedades, el horrible terreno.

—Todas las malas ideas que tenemos, los pensamientos mutilados que todos pensamos, produciendo una vegetación que es como una araña. Saliendo de la tierra, en parte planta, en parte arácnido. Eso era lo que cubría el terreno bajo ese nefasto sol en torno a esa nefasta casa.

Entonces llegó aquella hermosa joven, la imagen de una dulce señorita, pero en realidad, ella también era una delincuente que huía de la justicia. Alquila una habitación en la que se desnuda y se mete en la ducha. Allí es apuñalada a través de la cortina; apuñalada, apuñalada, apuñalada, y la cámara fija en la sangre vital que se va por el sumidero. Sintióse helado —¿qué necesidad había de aire acondicionado a niveles de verano estando bien entrado el otoño?—, puso las manos bajo sus muslos para calentarlas. Matilda le ofreció una caja de palomitas de maíz. No, gracias, no le gustaba esa cosa, se le metía entre los dientes. Dijo que si hubiese estado más alerta, habría notado una niebla de problemas que se le estaba formando en la cabeza y eso le habría prevenido. Pero uno nunca sabe lo suficiente sobre sí mismo. Detestaba la película; Matilda estaba encantada. Había justo la luz suficiente en el cine como para mostrar su elegante perfil. Sin tener que mirar, ella le sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se limpió la sal y la mantequilla de los dedos.

A la muerte de la hermosa joven, siguió el asesinato del detective que la estaba siguiendo. Mientras el hombre, condenado por el destino, subía las escaleras, la cámara se concentraba en la espalda de una figura estática que esperaba en el descansillo. Esa persona, tan improbable como la casa misma, llevaba una larga falda victoriana y un chal de calicó oscuro sobre sus hombros. Esos hombros eran altos y rígidos, demasiado anchos para una mujer.

—¡Matilda! —La identificación fue instantánea. Esa persona que se veía por detrás, era Matilda. Aquello fue tan concluyente como rápido. Para Benn, siempre sería lo que había sido a primera vista.

Espantado de sí mismo, rígido ante la atrocidad que su mente había cometido —tal vez la segunda persona dentro de él—, vio lo que sabía que iba venir. Dentro de un instante, el asesino entraría en acción con un salto. Entonces se vería el bárbaro rostro de un hombre con pelo falso apilado en la cabeza, un maníaco. Asesinado, muerto antes de que pudiera sorprenderse, el policía caería de espaldas. Anticipando aquello, dijo Benn, ya había tratado de evadirse, no tanto del crimen —que al fin y al cabo era falso—, sino de la asociación con Matilda. Verla a ella en aquel travestido, aquello era una vileza. ¿Qué estaba tratando de conseguir con eso? ¿Quién estaba más loco? Benn dijo que si ése hubiese sido uno de los usuales asesinatos con el pensamiento que se nos pasan por la cabeza, bueno, la visión de un cuchillo de cocina en el fregadero puede desencadenar algo así. Del mismo modo en que las grandes alturas sugieren el suicidio. Podemos controlar fácilmente esos arranques. No hay intención de hacer daño, de hacerlo realmente. Pero fundir a Matilda con Tony Perkins en el papel de un psicópata, eso era una jugada mortal. Salía de una mayor profundidad y parecía paralizar a Benn.

—No podía desligarme de aquello —dijo—. No se trataba de esas bromas mentales pasajeras, de tontear, de jugar con el horror; era serio. —La mujer era su prometida. La boda estaba planeada, se estaban imprimiendo las invitaciones. Y esa visión en el cine le decía que no se casara con ella.

Lo peor de todo era que la asociación estaba fija en su mente, demasiado real para ser descartada.

—¿Que cómo me sentía? ¿Además de desgraciado? Recordé una prueba en el laboratorio de zoología, hace mucho tiempo. Se hizo con una hidra, sólo ese simple pólipo de agua dulce. Se sumergía un punto de papel en una débil solución ácida y se le ponía a la criatura. Entonces, los tentáculos próximos a la boca hacían todo lo posible por librarse del irritante. Mostraba el nivel elemental del sistema nervioso.

Lo que en parte le irritaba, era que una película mala, el cínico amaneramiento de Hitchcock ligado a la inversión sexual, le hiciese estallar de ese modo; que el mensaje de su corazón se disparase por aquella porquería de taquilla. ¿Qué le decía eso a un tipo sobre su corazón?, ¿que estaba activado por la basura? Algunas mañanas se sentía furioso por los estúpidos sueños que había tenido. Ésos lo delatan a uno cuando son especialmente idiotas. Sin embargo, soñar es involuntario, mientras que lo que había ocurrido, había ocurrido en plena conciencia, en un cine no lejos de Tanglewood donde acuden los amantes de la música desde Boston y Nueva York para asistir a hermosos conciertos, y él se había envenenado con esa ptomaína de Hollywood. Tal vez no debía culpar a la película por haberle deprimido. Era posible que se hubiese deprimido él mismo. No podía escapar a la sensación de haber cometido un crimen.

—Tengo que decirte esto de una vez —dijo.

—Comprendo por qué.

De vez en cuando, me había permitido imaginar que sus ojos, tan notables en forma y color, eran prototipos de la facultad original de la visión, del poder de mirar en sí mismo creado por la misma luz, como si exigiese que las criaturas viesan la luz. En ese momento, sus ojos estaban demasiado oscuros para llamarse azules y de ellos salía el dolor. Ciertamente, era dolor, y él no trataba de hacerlo pasar por la clase más loable de dolor. No había tenido la intención de hacerle daño a Matilda. No se puede reducir lo que te dicen los ojos de un hombre. No de una manera muy exacta. Benn estaba convencido de ser culpable de un crimen y de un modo como el de Ajax al volver en sí y darse cuenta de que había perdido la cabeza troceando a tantas ovejas. Tormentos y reconocimientos post-hipnóticos. Cuando un clarividente de las plantas, lo que siempre supuse que era Benn, vuelve su atención a los seres humanos... bueno, ¿qué se puede decir? Hace un tiempo, veía con dureza la vulgar máxima de Fierbach: «Somos lo que comemos», y en su lugar sugería que Blake era más veraz al decir: «Como ve un hombre, así es.» El modo en que a uno le parece el mundo, clasifica su mente. Suponiendo que la imaginación tenga un poder plástico independiente, de alcance casi divino. Pero he aquí un caso de lo que ocurre cuando una visión corrupta impone un mundo. Y la cuestión era si Benn podía escudarse en la visión corrupta de Hitchcock. Pero no trataba de hacerlo. Hitchcock no era responsable de los hombros de Matilda, y Benn dijo:

—Fueron los hombros, especialmente. Fueron los hombros los que lo causaron.

El resto de la película no importaba, exceptuando lo que tardó en acabar. Lo intolerable fue que tardó mucho y que había que soportar todos los trucos y pasos a los que a uno le sometía el ingenioso Hitchcock, «la parte bum-bum», como dijo el tío. Finalmente, se veía a la madre del asesino loco en una mecedora, como la famosa Mrs. Whistler, sólo que estaba momificada, con las cuencas vacías y la calavera cubierta con pelo de fibra de coco. Bajo esa forma, la muerte no podía afectar demasiado. La muerte no estaba muerta, como John Donne dijo que lo estaría. No podía morir puesto que ni siquiera era real. Y entonces las luces se encendieron.

Mientras el tío Benn ayudaba a Tilda a ponerse el abrigo, volvió a enfrentarse con sus hombros, inocentes en sí mismos. ¿Lo eran? Ella se inclinó un poco y no metió los brazos en las mangas, llevaba el abrigo cruzado y se cogía el cuello bajo la barbilla sin sospechar el mal que le habían echado encima. Cuando contó todo eso, añadió que había evitado mirar su hermoso rostro pensativo de enormes ojos y frente baja. Ella estaba concentrada en la película, más probablemente, en la mejor forma de empezar una conversación sobre ella. De ninguna manera podía imaginar lo deprimido que él estaba. (La misericordia que permite que continúe el fluir de la vida. Si alguna vez se detuviese, ¿dónde estaríamos?)

—¿No te pareció la película mejor de lo que la recordabas? —le preguntó.

—No, no me lo pareció.

Se quedó atrás brevemente. Tenía por excusa la multitud que había en el pasillo.

—Estaba demasiado flojo para mover las piernas. Parecían haberseme dormido en el asiento. Estaban vacilantes, paralizadas. Me las pellizqué y me reanimé las pantorrillas a puntapiés.

En la calle, admitió a Matilda:

—Ese Hitchcock, por alguna razón, me deja hecho papilla.

Una de esas noches de otoño de Nueva Inglaterra, azuladas, color pizarra y, encima, domingo. Los domingos siempre le resultaban difíciles de superar. Encendió el coche y condujo por la Calle Principal que estaba brillantemente iluminada. Sólo al girar en una esquina descubrieron que las luces no funcionaban.

—No tenemos luces —dijo—. Será mejor que volvamos.

—¿Para qué? No hay ningún taller abierto ahora. Mira, puedes usar las intermitentes. Una vez lleguemos al camino de tierra, sólo son siete kilómetros.

Estaba demasiado decaído para discutir, así que siguieron con las intermitentes a diez kilómetros por hora. Pero antes de que pudiesen llegar al cruce, un potente sedán salió desde atrás a toda velocidad y les cortó el paso. Tuvieron que parar a un lado de la carretera. Un civil, no un policía, salió maldiciendo.

—Culo de mierda, polla podrida, maricón.

—Y, ¿quién demonios es usted? —dijo Benn.

—Le estoy arrestando como ciudadano para evitar que mate a alguien.

—Ese tío está borracho —dijo Matilda. Se inclinó sobre la ventanilla y dijo—: Usted sí que es un peligro, lleno de whisky, no pasaría una prueba de aliento.

—Haga callar a esa furcia —le dijo el hombre a Benn—. Le doy dos alternativas. Me siguen de regreso o le disparo a las ruedas.

Matilda volvió a retarlo.

—¿Dónde está su pistola?

—Será mejor que no llegue a verla.

Mientras volvían por la Calle Principal, la voz aguda de Matilda temblaba de rabia y dijo:

—No deberías permitir que un canalla como ése te hable así.

—No podía hacer nada.

—No tienes por qué aguantarle esas cosas a nadie.

—Lleva un arma.

—Tenías que haberle dado una patada en sus partes.

—Matilda, estás bajo la influencia de Hitchcock. Tú misma dijiste que estaba borracho, y parece un veterano de Vietnam. Además, es cierto que somos un peligro en la carretera con este montón de chatarra.

—Ceder ante amenazas es propio de una mentalidad de Holocausto.

—No voy a pelearme con ese futbolista<sup>66</sup>. Trataría de resistir si él intentase hacerte daño. En carreteras desconocidas, sin luces, podríamos caer en una zanja. Tiene una estrella de ayudante de *sheriff* en el radiador.

—En nuestra ciudad, los ayudantes del *sheriff* son atracadores notorios.

Los policías de la ciudad permitieron que Benn utilizase su tarjeta Triple A para pagar la fianza y quedó señalada la vista para el día siguiente ante el juez de paz. Matilda trató de conseguir un taxi para volver a la casa. Era imposible encontrar uno en domingo. Benn dijo que sería más conveniente quedarse en el hostel, especialmente si aún tenía el comedor abierto. Evitar el viaje de ida y vuelta en el taxi y también la inconveniencia de cocinar. Aunque estaba disgustada con él, Matilda le dejó hacer. (Debo anotar aquí que no le gustaba cocinar.) Así que encontraron alojamiento en el hostel, que era agradable. Había un fuego encendido en el comedor.

—La cocina estaba bastante bien —dijo Benn—, pero no tenían el pastel indio caliente con helado, esa mezcla de harina de maíz, melaza y especias que tanto me gusta. Recordé el pastel indio del restaurante Durggin-Park de Boston. Me pasé hablando del pastel indio, me aferré al pastel indio. Y, gradualmente, Matilda me perdonó por actuar de un modo cobarde con el borracho que nos arrestó. Todo lo que puedo decirte es que di gracias a Dios por no haber vuelto a las profundidades del bosque esa noche.

—¿Qué había de malo en las profundidades del bosque?

—Yo estaba muy alterado, Kenneth. Tenía miedo, para serte franco.

—¿De qué? Creí que te gustaban los bosques.

—No soportaba pensar lo que podría pasar aquella noche. Algunas veces, la gente se pone violenta mientras duerme y hace cosas horribles. ¿Y si hubiese hecho algo horrible mientras estaba inconsciente?

—¿Contra ella?

—No me obligues a explicártelo.

—Por ejemplo, ¿aquello de lo que fueron acusados los Duncan de haber hecho al rey en *Macbeth*?

—Estaban borrachos. Todo lo que puedo decirte es que yo tenía miedo.

—No habrás pensado que ibas a estranglarla por culpa de esos hombros.

—Decidí que si volvíamos a esa casa tétrica, me tomaría una dosis doble de hidrato de cloro. Siempre llevo un poco para las malas noches. Quería estar seguro de que me quedaría dormido. Una vez que esas sugerencias se apoderan de uno, hay que jugar su juego. A uno lo patean como si fuera una pelota de fútbol.

—Todo nervios —dije.

—Tal vez. Por eso el hostel era agradable. Tenía una especie de alegría normal. Sabía que probablemente no tenía más consistencia que el anticuado papel de las paredes, pero me protegía. Había una cama doble. Antigua. De nogal. Entonces miré el edredón de parches de colores y pensé: «Parches de colores, éste no es escenario para un crimen.»

—Pudiste haberlo vencido. La respuesta que la farsa da a ese tipo de cosas es el novio fugitivo. Ya te he contado sobre el tipo chiflado de Gogol que salta por la ventana justo antes de la boda. Y a papá le gusta contar lo del pintor postexpresionista y la chica encantadora que vivía con él. Un día ella le dijo: «Es hora de discutir nuestra relación seriamente.» Él dijo: «Sí, claro, pero antes tengo que ir al retrete.» Entonces salió por la ventana del lavabo y corrió hasta la estación de L. I. Luego está el George Dandin de Molière que debía haber huido.

El tío Benn no llevaba casado ni dos meses cuando tuvimos esa conversación. Le dije:

—Si no era el escenario para un crimen, ¿quién iba a cometerlo? ¿Estás seguro de que hubieses sido tú? Ella podía sentirse inspirada a asesinarte.

—Hazme un favor, Kenneth, no seas tan puntillosamente racional. No hay nada más irritante que una racionalidad fuera de lugar. Aquello era una sacudida. Estoy hablando de fenómenos afectivos y tú hablas del sentido común. Peor que inútil.

Estaba equivocado, pensé. Pero estaba demasiado agitado para discutir con él. Yo sólo decía que no estaba claro quién amenazaba a quién, cuál de los dos era más hostil.

Un par de psicópatas bajo un mismo edredón.

De todos modos, la cama y el papel campestre de las paredes y la vieja lámpara de gas reconvertida a la electricidad, el jarrón floreado y el aguamanil, le libraron de



sus temores. No le hizo falta el hidrato de cloro. Cualquier daño que le hubiese hecho a Matilda le habría costado su propia vida y él se oponía al suicidio por principios. Todo lo que tenía que hacer era evitar sus hombros, así que se acostó sobre su lado izquierdo toda la noche y durmió profundamente. Por la mañana — ¡qué estupendo!—, el sol brilló y Benn y Matilda estuvieron en excelentes relaciones. Ella no tenía cepillo de dientes, él no tenía navaja de afeitar, pero el café era de primera.

A las nueve y media comparecieron ante el juez de paz que era un prototipo de Nueva Inglaterra —ojos azules, seco, pómulos esculpidos en ladrillos rojos, pelo fino marcado con peine—. Llevaba la ferretería, y la audiencia tuvo lugar en su pequeño despacho. Aceptó las explicaciones de Benn sobre las luces. Decente con los forasteros.

—Será mejor que reparen esas luces.

—Lo haremos inmediatamente.

—El hombre que nos arrestó era muy amenazador —dijo Matilda—. Dijo que tenía una pistola.

El juez de paz dijo que el señor Dams era un hombre muy respetable y también ayudante del *sheriff*. Caso sobreseído. Sin multa. Arreglen las luces.

—Ese hombre estaba borracho —dijo Matilda.

Benn dio las gracias al juez de paz.

—Me preguntó a qué me dedicaba. Le dije que era profesor de botánica. Me devolvió el carnet de conducir.

Matilda dijo:

—Obsceno y abusivo. ¿Tiene licencia para llevar esa pistola? ¿No hay una ley estricta sobre tenencia de armas en ese estado?

—Me pregunté si no sería mejor que me encerrase —me dijo Benn—. No le contestó a Matilda, apenas le echó una mirada. Si me detenía, ni me iba a importarme demasiado. Tal vez evitaría un crimen. Además, envidié a ese hombre y me hubiese gustado estar en sus zapatos. ¡Qué despacho más agradable! Paredes de madera con sol. Iglesia blanca con campanario. Arces. Claro que entendí: no habría jueces de paz judíos en ese viejo pueblo de Berkshire, como no podía ser yo un hojalatero irlandés ni un gitano húngaro. Más fácil sería ser un cardenal judío en París.

—¿Qué demonios estaba haciendo Matilda, tío? —Ni idea. Puede que fuese lo grotesco del caso. Una pareja de altos vuelos como aquélla agradeciendo a un ferretero palurdo que les dejase libres. Mejor pagar una multa con un silencio desdeñoso. O tal vez se estaba comportando virilmente por mí, puesto que yo era demasiado apocado<sup>67</sup> para presentar batalla por mí mismo. Luego añadió unas cuantas palabras sobre su apariencia, enormes ojos lilas, la fuerza del pelo que crecía denso desde su frente baja, la frente más estrecha que nunca, oscurecida y con líneas

cortantes. Me pregunté por qué tenían que ser tan importantes las características físicas y llegué a la conclusión de que la belleza física era el fundamento que lo sostenía todo. Ante el juez de paz, ella se puso hecha una furia. No pregunté si sus dientes parecían afilados. Él ya me había hablado de los dientes. No pregunté nada porque el ánimo del tío estaba más disperso que nunca. La confesión no le proporcionó alivio alguno. Proyectó un foco más delator sobre su monstruosidad y yo sentí una gran compasión por él. Otro hombre más duro podía haberse reído del asunto. El tío, después de darme acceso a su secreto, sólo se sintió peor. Tal vez sea preferible estar completamente loco a tener un entendimiento parcial.

Puedo comprender por qué el tío siguió adelante con el matrimonio. No podía rendirse a un ataque cerebral. Tenía una estructura que mantener, un interés fundado en la estabilidad. Había que vencer el absurdo. Además, sus pensamientos desbocados habían agraviado a la mujer y él era muy sensible en ese sentido. Se había sentido mal haciéndose pasar por médico ante las pacientes femeninas cuando el padre de Matilda les bajaba las sábanas. No era ético quedarse mirando sus pobres partes calvas. Una vez que uno entra en la vida erótica estilo moderno, uno se acelera hasta que las partículas más pequeñas se desintegran.

Lo que me parecía claro era que el hecho de que él me explicase sin pausa: «Ella es una belleza. El rostro clásico. Una auténtica belleza», hasta que se me salió por los ojos (como dicen en Francia, *ca commence á sortir par les yeux*, es más expresivo que salirse por los oídos), era una justificación de su matrimonio que parecía cada vez más una inmólación presidida por el padre Layamon y el juez Amador Chetnik. Porque, como comprenderán, a él le habían prevenido. Prácticamente, desde lo alto —aunque Alfred Hitchcock y Tony Perkins fueran los agentes efectivos—, le habían dicho: «No te cases con ella. No es la mujer de tu vida.» Ahora, esos enormes ojos suyos dedicados a la ciencia, por así decirlo, estaban enloquecidos —sólo un poco— por el pecado y el castigo. Comprendí que no debía hacer nada que le irritase. Mi teorización era irritante, así que mejor que no le teorizara. Teorizar equivalía a decirle: «Te lo dije, te lo buscaste.» (En la forma más burda, Hamlet diciéndole a Horacio por qué no le importaba que a Rosencrantz y a Guildenstem les cortaran la cabeza: «Y bueno, amigo, bien cortejaron ellos ese empleo.») No, yo no podía hacerle eso al pobre Benn. De todos modos, cabía la certeza de que él mismo se encargaría de administrarse sus propios tormentos.

—¿Crees que Matilda tiene alguna idea...?

—¿Si se da cuenta del parecido con su padre? Sonaba exactamente como él cuando dijo que debía haberle dado a ese borracho una patada en sus partes.

—No, no me refiero a la vista posterior de sus hombros.

El tío dijo:

—Siempre supuse que las mujeres se juzgan hasta un grado doloroso. Los puntos buenos les proporcionan satisfacciones y los malos, angustia, generalmente mayor que la satisfacción por un amplio margen. Así que debe darse cuenta. Puedes

estar seguro de que una mujer conoce sus medidas.

—También los hombres saben sus medidas.

—Cierto, en parte —dijo—. Dieciséis y medio, con manga treinta y cinco.

No era eso en lo que estaba pensando precisamente, pero me callé.

¿Y qué, si Matilda no era la mujer de su vida? Probablemente él tampoco era el hombre de la suya. Hay gente que aconseja no meter el corazón en el asunto. No debería aparecer, no es digno de fiar. En algunos casos, el corazón se jubila antes de tiempo. Un filósofo de la Universidad me sorprendió una vez diciendo: «Tu corazón también puede ser un sofista.» Eso me dejó perplejo por un tiempo, pero creo que ahora he aprehendido la idea por completo. No es un criterio de fiar. Todo el mundo se hace lenguas sobre el corazón, claro, pero a todo el mundo le resulta más habitual la ausencia del amor que su presencia y tanto se acostumbra al sentimiento de vacío, que lo convierte en normal. No se echa de menos el fundamento del sentimiento hasta que uno empieza a buscar su propio ser y no puede encontrar apoyo en los afectos por un ser.

—Saldrá bien, tío —dije—. Un hombre como tú no puede estar en todo. La botánica te absorbió. Entonces sufriste ataques terribles por el lado sexual de la cosa. Anhelaste el amor de una mujer, pero no tenías la preparación necesaria. Nadie la tiene. Diste en el clavo cuando dijiste a aquel entrevistador que con todo lo que es la radiación, son más los que mueren de desamor, pero contra eso, nadie se organiza. Y no se puede llamar al hombre de Roto-Rooter<sup>68</sup>. Bueno, llámame a cualquier hora del día o de la noche. No se me ocurre cómo puedo ayudarte, pero siempre estoy disponible.

—Bueno, gracias a Dios por eso.

—Has sido valiente al decirme lo que pasa. No puede haberte resultado fácil.

Para cuando me encontré en mi habitación de la residencia, estaba de un ánimo que se resistía a la identificación: desconcertado por el tío y apenado por él, pero también —y era extraño— con muchos ánimos, ánimos rabiosos, atacando a todo el mundo, incluyéndome a mí mismo. Antes que nada, al llegar a mi incómodo santuario quise tirar todos los libros y los papeles —los mismos libros de los que dependía para aclararme, para mantenerme a la altura del siglo xx. De todos modos, después de tanta agitación mental, nada estaba claro. Había esperado que el tío Benn me aclarase ciertos fundamentos y, por el contrario, él necesitaba mi ayuda. Estaba agobiado, doblado hasta la tierra por el peso de los hombros de Matilda Layamon, más pesados que el sólido bronce.

Y bien, ahí estaban mis dos habitaciones, las ventanas imitación del gótico con una débil luz del norte, los cuadros de plástico gris del suelo plagados de incrustaciones vermiculares de polvo, pidiendo a gritos una alfombra. Había renunciado a las comodidades humanas sin obtener grandes ganancias del sacrificio. Tenía una cocinita y un pequeño lavabo (WC), y compartía la ducha con los estudiantes. La Universidad creía que era beneficioso para los chicos relacionarse con sus doctos adultos; así como yo había esperado beneficiarme de mi relación con el tío, un hombre de categoría del cual había tanto que aprender. Fui al baño y luego, para obtener energía instantánea, me comí una pastilla de chocolate Hershey's antes de sentarme a registrar mi conversación con el tío. En lugar de tirar papeles, agregué más.

En blanco y negro, los hechos parecían terribles. A nadie le preocupó el tío mientras fue un inofensivo chiflado de la morfología, tan amenazador como un coleccionista de cantos de pájaros, pero cuando trató de entrar en sociedad a un nivel más significativo, despertó el interés de unas personas cuya atención era mejor evitar. ¿Podría justificarse por la falta de mundo? No, porque entendía perfectamente cualquier cosa que se propusiera entender. Simplemente, prefería no meterse en cuestiones mundanas. Eligió, por el contrario, ser el inofensivo, el inocente botánico que se había casado con una belleza de altos vuelos, negándose a reconocer a Matilda como un emblema fatal hasta que su imaginación tomó las cosas subversivamente en sus propias manos. No entiendo por qué estas mentes superiores tienen que justificar el desprecio que por ellas siente el público en general. ¿Por qué era necesario que al padre de la cibernética tuviese su mujer que revisarle la cremallera antes de salir de la casa? ¿Y por qué la calidad no obliga al respeto de los estúpidos que la rodean?

En ese momento, cuando la noche ya había caído sobre Parrish Place, el tío estaría entrando en el piso de los Layamon, buscaría a su nueva esposa y la

encontraría vistiéndose para la cena. Puede que ella le dijese «Hola, qué tal», puede que no, algunas veces estaba ocupada con sus uñas o afeitándose las piernas, arreglándose el pelo de jacinto bajo el resplandor de las bombillas doradas del tocador. Aun cuando se estaba arreglando, era ligeramente displicente. ¿Qué pensaba en realidad de su marido? ¿Era él lo que ella esperaba? El tío nunca podía estar seguro de cómo lo estaba haciendo. A Matilda, evidentemente, le parecía mejor mantenerle en ascuas y tal vez era esta ambigüedad la que desataba aquellas fuerzas oscuras inconscientes que la fusionaban a Tony Perkins. Cuando se vestía, Matilda iba de espejo en espejo hablando sobre los arreglos que aún tendrían que hacerse para las conferencias del tío por el interior del Brasil. Estaría más hermosa que nunca; él sería el primero en decirlo. Su frente baja —inteligente, muchas arrugas de pensamiento la cruzan— es intoxicante. Pero él está de pie tras ella y otra vez están los hombros, todavía amplios, todavía altos, una maldición y una condena. ¿Puedo superar esto?, se pregunta. Se prueba a sí mismo interiormente contra esa barrera, revisa sus potencias interiores; el lugar que está inspeccionando se vuelve doloroso. Lo identifica con el diafragma, puesto que es extraordinariamente agudo en la autoobservación. El músculo entre los dos arcos de las costillas duele ahora al tacto. Rodeado de espejos, no levanta los ojos para mirarse por miedo a ver su lóbrega cara de loco. ¡Absolutamente chiflado!, como me dirá más tarde echándose toda la culpa. Sale al bar que, como el vestidor de Matilda, es de cristal iluminado, y se sirve un vaso de ginebra para poder soportar la cena. Durante la cena se siente, dice, como el pasatiempo de los niños del suplemento dominical: ¿qué es lo que no pertenece a este cuadro?

Otra vez sale la ensalada de palmitos, el plato preferido del doctor. Es justo que obtenga lo que quiere tomando en cuenta lo duro que trabaja. Matilda y su madre cuentan cómo el Bridal Bureau les clavó en los platos de postre. Las cajas serán enviadas al Roanoke y guardadas en la alacena donde Jo las inspeccionará por si hay algo roto. Entre un plato y otro, Benn se da golpecitos en la cara con la mano. Puesto que pocas veces le piden su opinión —la rareza de sus respuestas deja en silencio a los padres de Matilda; no saben de dónde demonios ha salido—, el tío tiene libertad para cavilar. Se le puede dejar la conversación al doctor, que puede ser gracioso cuando la toma contra los imbéciles<sup>69</sup> del Ayuntamiento y le salen esas franjas de salamandra en la cara y levanta las cejas como un ingenio shaviano. Como de costumbre, el Electronic Tower flota cada vez más cerca hasta que se detiene justo encima de ellos, más alto que diez *Titanio* juntos, con todas las ventanas encendidas en una trayectoria recta hacia el ático. Asqueado de repugnante gratitud hacia los Layamon por permitirle ser uno de ellos, atragantándose con mentiras, acusándose ante Dios, gritando: «¿Qué he hecho? ¿Por qué estoy aquí?», Benn se tortura. Casi toda su rabia la dirige contra sí mismo —el término clínico para eso es «intrapunitivo»—, y contempla su propia maldad, pero como por el ideomorfismo

anatómico de sus ojos parece que está siempre contemplando, nadie se entera. El tío no lamentaría que el Electronic Tower le aplastase allí mismo, en la mesa. ¡Qué podía importar! En esa colisión estilo Cecil B. de Mille, Matilda no sufriría ningún daño. Sólo él recibiría el castigo merecido.

Yo mismo iba a salir a cenar. No había nada que comer en aquella fría residencia excepto el chocolate almacenado con mis camisas. Dita me había invitado a su casa. Aún no estaba tan repuesto como para dejarse ver en un restaurante y aquellas noches de invierno yo era su única compañía. Su baja por enfermedad terminaba el lunes siguiente y volvería al trabajo. Mi padre me había regalado una botella de Gevrey-Chambertin de su bodega. De niño, un vendedor de vinos solía ir a la Rué Bonaparte a tomar la orden de papá. No creo que queden de esos tipos ni siquiera en París: esos señores bien *élevé*, respetuosos y corteses, con abrigos elegantes y zapatos lustrados, bombín y guantes de cabritilla en una mano, que hacían ver que mi padre era un superconocedor de vinos. Era tan agradable el olor que salía de la cabeza de aquel tipo cuando se quitaba el sombrero. Papá me entregó la maravillosa botella —Côte d'Or, Domaine Roy— diciendo:

—Esto es bueno para una ocasión especial. Llévatelo a esa maldita ciudad. También es bueno para golpes y cortaduras, pero es de uso interno. Cuando me mudé al Mediooeste, mi padre se suscribió al periódico de la ciudad y estaba mejor informado que yo mismo. De vez en cuando se refería en sus cartas a las personas que apuñalaban en las calles, apaleadas hasta la muerte en sus camas por invasores, tiroteadas en autobuses del Ayuntamiento. Estaba preocupado por mí aunque yo vivía en un enclave protegido donde la Universidad gastaba tres millones de dólares al año en policía suplementaria. Yo me burlaba de eso. —Al menos no es Saigón ni Beirut —decía—. Mucha gente aún vive aquí con gran comodidad.

Supongo que me estaba refiriendo a la categoría de los Layamon. Los edificios residenciales como el suyo o el Roanoke estaban bajo estricta seguridad. Gracias a mis estudios, yo pasaba más tiempo mental en Petersburgo, 1913, que en esta metrópoli del *Rustbelt*. Los hombres de mi tipo tienden a replegarse en libros y teorías. Si uno es un astrofísico, nunca se le ocurrirá pasarse una mañana en el Tribunal de Violencia. Si uno es economista, espera que las fuerzas del mercado predominen sobre los desórdenes locales. El desorden desaparecerá cuando se controle con sensatez la provisión de dinero. En cuanto a tipos como el mío, oscuramente motivados por la convicción de que nuestra existencia nótales nada si no hacemos de ella un giro decisivo, estamos destinados a las humanidades, a la filosofía, a la poesía, a la pintura: los juegos de niños de la humanidad que tuvieron que dejarse atrás cuando empezó la era de la ciencia. A medida que se acerque el final, se pedirá a las humanidades que escojan el papel para decorar la cripta. Y si no hay un giro decisivo, pronto llegará el momento del llamado a la «estética». Pensamientos como éstos son casi tan destructivos como los problemas a los que se aplican.

¡Los tam-tams que suenan en nuestras cabezas volviéndonos locos, son las Grandes Ideas!

Yo estaba preparando la conversación para la cena con Dita. Ella disfrutaba de este tipo de cosas y esperaba que yo se las proporcionase. Yo mismo tenía una gran debilidad por la conversación en la mesa. El entendimiento no sirve de nada si uno no tiene nadie a quien comunicarlo, y puesto que ahora no podía hablar con el tío de esos asuntos, el valor de Dita para mi vida mental —mi vida secreta, si lo prefieren— aumentó considerablemente.

Puse la botella en una bolsa de papel esperando no tener que romperla sobre la cabeza de un asaltante. En estas calles, nunca se sabe, y tenía que cruzar un descampado. Abrí la puerta para salir por la escalera de piedra de la residencia que olía a la Edad Media y entonces recordé que no había oído las llamadas telefónicas de mi contestador automático.

La primera llamada era de Fishl, mi pariente, que sonaba eufórico. Por su voz pude darme cuenta de que no se había afeitado. Estaba frenéticamente aturdido. Sus labios secos y rápidos me dijeron:

—Papá viene de Miami para algún negocio. No debería hacer este viaje en invierno. Malo para su corazón. —¿Negocios? Fishl no sabía que su padre iba a asistir a la audiencia de la junta de libertad bajo palabra al día siguiente—. ¿Sabe Benn que va a venir? Si lo sabe, asegúrate de que no hable con papá hasta que consiga preparar la entrevista adecuada.

Demasiado tarde para eso. El doctor Layamon había dado a Benn pases de prensa para la audiencia. Yo iba a encontrarme con él en el centro.

El segundo mensaje grabado era de Tanya Sterling: «Se está acabando la feria de artículos del hogar y aún no he recibido la cortés respuesta que esperaba; te hice una proposición de buena fe. Aún tengo al detective en Seattle. Por favor, comunícate conmigo.»

En cuanto a la proposición de buena fe, no bromeaba. Proponía apoderarse de mí tal como Matilda se había apoderado del tío. Lo mismo que había intentado Caroline Bunge. De ninguna manera, nada de eso. De mí no, gracias, señora. Apreté la botella bajo mi abrigo deseando realmente la cena con Dita. Mi habitación era tan destartalada que bien podía pasar por una celda de castigo. Corrí a través del descampado, que era un atajo. A pesar de la nieve, se me pegaron algunos cardillos de otoño. Mi táctica consistía en proteger mi Gevrey-Chambertin en caso de caerme en el hielo. Mi padre no hubiese aprobado mi carrera —removía el sedimento—, pero me alegré de llegar a la puerta de Dita a salvo. El Chambertin había sido el elogiado vino favorito de Kojéve. Papá siempre lo había servido cuando él iba a cenar.

El apartamento de Dita era muy distinto a la Rué Bonaparte, pero agradecí el calor y el color, los olores de la comida. No siempre me llamaban tanto las

comodidades domésticas, pero aquella noche hacía un tiempo horrible, febrero nos barría con ráfagas de Montana. Su casa no estaba a la altura de las exigencias del tío en cuanto a limpieza. Bien, ahora él estaba en un ático con dos sirvientes. A mí no me importaban los artículos personales que colgaban en la puerta del baño mientras me lavaba las manos y me peinaba. Salí y abrí el vino para dejarlo respirar, feliz de estar allí. El corcho estaba viejo, pero salió en una pieza y el vino estaba tan bueno como mi padre lo había anunciado.

—¿De qué va toda esa alharaca que hacen en Europa sobre los corchos? —preguntó Dita.

—En realidad, no lo sé; sólo un ritual —dije.

Dita no lo hacía mejor cocinando que limpiando. Era una mujer intelectual, la clase de mujer que raras veces come bien. Las mujeres que viven solas pierden todo el interés por la cocina. Pero el *pilaf* estaba gustoso.

—Llegas tarde —dijo ella—. Saqué el *pilaf* del horno porque estaba empezando a pegarse. Traté de conseguir ternera, pero sólo tenían cordero. Pruébalo y dime qué le falta.

No hacía falta nada. El plato estaba tal como a mí me gusta, un éxito accidental, casi quemado y, por lo tanto, crujiente.

—Y este Chambertin es un regalo de mi padre. Era uno de los favoritos del gran Kojéve.

Dita estaba muy contenta.

—Qué alegría tenerte para mí sola estas noches.

A través de mí, en aquella metrópoli impresionante, pero bárbara, ella disfrutaba un contacto con Europa, con los parisienses y con la civilización rusa. Aquella noche, llevaba un turbante y estaba atractiva. (Sospecho que no le gustaba lavarse la cabeza. Utilizaba la convalecencia como excusa. El champú le ardía en la cara sensible.) Una mujer con una figura bien desarrollada, tenía labios morunos, una nariz quizá más grande de lo que mi criterio sobre narices estaba dispuesto a aceptar y una cara sólida, sin nada masculino en su solidez. Exceptuando algunos defectos insignificantes, era terriblemente guapa. Su piel —casi curada— se me figuraba una pista de hielo rayado con trazos de patines. Las cicatrices se irían con el tiempo. Cuando hubo servido la comida y se hubo sentado, me miró a través de la mesa con los ojos radiantes de una mujer que informa directamente cuánta satisfacción le produce entretener a su profesor.

El profesor pensaba que su tío estaría pidiéndole a gritos al Electronic Tower que aplastase el ático y pusiese fin a su vida.

Dita decía:

—Este vino es estupendo. En mí se desperdiciaría. En casa bebíamos licor casero, whisky y cajas de cerveza. Yo me quedo con el Wild Turkey. Tú eres el que tienes paladar, tómate tú ese vino.

No le discutí, en vez de eso pensé que mientras tomaba ese vino de Kojéve,



podía caer en la tentación de hablar como Kojève y dar la tabarra sobre el hombre posthistórico.

—Cuéntame —dijo Dita—. ¿Qué tal le va a tu tío? A mi entender es un hombre con suerte. No, no por haberse convertido en el marido de esa emperatriz de la tumbona, sino porque tú le quieres. Viniste desde Europa para vivir con él.

—Él valía el esfuerzo. Todavía creo que hice lo correcto.

—No seguiste a aquella chica, Treckie, a Seattle. No le suplicaste que no se mudara. Te quedaste con tu tío.

—¿Crees que las súplicas habrían cambiado algo? Grité, supliqué. Me hubiese tirado debajo del autobús del aeropuerto, pero en lenguaje, ella es un tipo Esalen, y en esa jerga no hay palabras para ciertas cosas.

—Simplemente no puedo imaginarte tirándote bajo un autobús. Tú podrías imaginarte bajo las ruedas, pero no pasarías de ahí. Por más que lo intentases, no podías hacer lo suficiente para adecuarte a ella. Necesita agarradas, apretones, brutalidad. Ella nunca comprenderá los motivos de una persona como tú, ni hará esfuerzo alguno por comprenderlos.

Era un tema triste, pero no me hizo sentir mal del todo. Perseguí los últimos granos de arroz con mi tenedor. Ya se habían consumido dos tercios del vino sensacional. No necesitaba que me lo dijese, sabía cómo era Treckie y aunque Dita era parte interesada, su opinión no era injusta, no era indeseable. Treckie, la pálida niña aborigen, era una primitivista, necesitaba encuentros sexuales primitivos. Sus gustos podrían cambiar en una o dos décadas. Yo podía seguir por ahí veinte o treinta años y esperar esa reforma.

Dita llevaba una bata de pana de color cacao abotonada hasta el cuello, las mangas abombadas en las muñecas, no del todo apropiada para la cocina. Sus modales con los cubiertos eran los de una dama, utilizaba el tenedor con una delicadeza de clase trabajadora, pero abría la boca por completo para meter la comida. Era una mujer elegante, fuerte y guapa que temía no tener suficiente educación o altura. Esa preocupación podía oírse en el planeo de sus frases y en la subida artificial angloirlandesa de sus finales. Todo eso se olvidaba cuando reía. Cuando reía se le veían la lengua y los empastes de las muelas. Su color no era del todo malo, al menos eso había hecho por ella el sádico dermatólogo. Su pelo negro, todo cubierto por el turbante, tenía una tendencia ascendente, como plumas de ave. Aun así, daba garantías femeninas de calidez —quiero decir, calidez inteligente, considerada, simpatía con un hombre y auténtico tacto al tratar con él. Esto es lo que yo llamo fundamental, la línea de fondo.

—Así que tu tío y su mujer se van a Brasil.

—Dentro de un par de días, sí. Volverán en mayo o en junio. Otra larga ausencia. Yo esperaba que después del matrimonio no viajaría tanto.

—¿Le ves mucho, antes de irse?

—Todo lo que puedo. Mañana por la mañana tengo que encontrarme con él en el centro. Tengo a un tío abuelo en política...

—Vilitzer, como si no lo supiera.

—El tío Benn tiene que hablar con él antes de irse. Vilitzer está en la junta de libertad bajo palabra y la junta tiene audiencia.

—Ah, debe ser el caso Cusper. No me lo digas —dijo Dita—. Lo leí mientras estuve encerrada. También ha salido en tele. ¿Es ahí adonde vas?

—Nos han dado pase de prensa.

—Santo cielo, están muy solicitados. Es el mayor espectáculo de la ciudad. Lo está dirigiendo el mismo gobernador.

—El padre de Matilda tiene mucho poder. Él consiguió los pases.

—No puedo imaginar dos personas menos indicadas para un acontecimiento así. Eso no está en la línea de tu tío.

—¿Ni en la mía?

—Bueno, tú no eres un forofo del fútbol ni del hockey y no sigues las carreras de Indianápolis ni el consultorio sexual que da por la tele la doctora esa. A las mujeres con problemas amorosos les dice que vayan al mercado y se compren un pepino hermoso y firme. Ni siquiera ves a Johnny Carson para enterarte de lo que se propone tu prójimo.

—No creo que esté tan fuera de todo eso como mi tío.

—No perteneces a la comunidad. Tú y tu tío se han absorbido mutuamente. Cuando estoy estudiando a Scriabin y a Kandinsky, eso también me ocurre a mí. Te pondré al corriente. Hay un joven llamado Sickel que cumple condena por violación en la penitenciaría del estado. El nombre de la víctima es Danae Cusper. Su testimonio metió al chico en la cárcel. Pero ella ha vuelto a nacer y ha sufrido una transformación religiosa. Ahora dice que él no la violó, que ella se lo inventó. Su consejero espiritual le dice que tiene que contar la verdad. Eso es lo que le exige su conciencia.

—¿Cuánto tiempo ha estado él en la cárcel?

—Seis o siete años. Se ha hecho tanto ruido sobre el joven inocente que le han dejado en libertad bajo fianza. El gobernador Stewart se ha hecho cargo personalmente de las deliberaciones de la junta de libertad bajo palabra. Se ha publicado el pliego de cargos de Sickel. El periódico debe haberle pagado a alguien del departamento de Policía una bonita suma por eso; es de aúpa. Artículos como: «Intrusión criminal en un vehículo.» «Robo menor.» «Sobreseimiento, pero con multa.» Luego el caso fuerte: «Secuestro y violación con agravantes. La víctima secuestrada a la fuerza por tres personas del sexo masculino y violada en el asiento trasero.» —Dita había recogido el periódico del suelo y me lo estaba leyendo—. «Los calzoncillos del sospechoso confiscados y examinados para encontrar vello púbico.» Vello extraído del área genital de la víctima para análisis comparativo por expertos forenses.

—Entonces, es como una especie de espectáculo de sexo —dije.

—¿Por qué crees que tiene tanto éxito en la tele? En el juicio original, Danae Cusper ofreció un testimonio convincente. Ahora dice que mintió porque había tenido relaciones sexuales con otro tipo, pensó que estaba embarazada y le aterrorizó la reacción de sus severos padres. Ahora no puede tener paz hasta que haya expiado su culpa ante el Señor. Pide el perdón de la pobre víctima. Se encuentran ante las cámaras y se dan la mano. Ella es una persona completamente distinta, casada con un tipo llamado Bold, una matrona y madre de familia. Sus sentidas súplicas de justicia han conmovido a muchos espectadores. Da una impresión de vida limpia. Su abogado ha vendido la historia al cine por una cantidad desconocida.

—Así que es ahí adonde vamos.

—Sí y me pregunto qué sacará de eso tu tío.

—¿Él? En sus tiempos vio algunos espectáculos bastante escabrosos. Lo que intentaba era escapar de toda esa molesta sexualidad perturbada.

—Por eso se casó con la señorita Layamon. He oído que es amiga de Marguerite Duras.

—Mi madre las presentó.

—Leí la novela de esa mujer sobre la niña francesa en Saigón que tuvo esas relaciones salaces con un chino. ¿No hizo también Hiroshima con sexo? ¿Y la resistencia francesa con sexo? En algún momento hubo un asunto con un colaborador francés. Era más o menos un deber patriótico. ¿No te parece estupendo? Me pregunto qué hizo pensar a tu tío que entraba en puerto seguro con la amiga americana de esa señora.

—Creo que ya ha dejado aquella lascivia literaria político-existencial —le dije.

—Cuando los recién casados vuelvan de Brasil, se mudarán al Roanoke. He estado en ese edificio. También hice un *tour* por la residencia real de Francisco José cuando estuve en Viena y supongo que el Kremlin es similar.

—Ah, el Kremlin. Después de que esa mujer, Fanny, le disparase, Lenin pedía la muerte a gritos porque no podía controlar sus esfínteres y eso le humillaba.

Dita hizo una pausa graciosa con la boca abierta antes de preguntar:

—¿Cuál es la relación?

Estimulado de diversos modos por el Gevrey-Chambertin, por la comodidad de la cena, por la calidez y el color de la habitación, yo estaba abierto a las asociaciones de un modo poco usual, es decir, emocional. Jugar con todas ellas era estéticamente intoxicante. Además, era característico, era yo, yo tal como me excitaba ser, experimentando plenamente los hechos fantásticos y extraños de la realidad contemporánea sin hacer ningún esfuerzo particular por imponerles mis cogniciones. Precisamente, no quería hablar con sentido. Sólo quería seguir el flujo intoxicante de esos hechos.

—Bueno, ¿y le gustará a tu tío vivir en el Roanoke?

—Como puede gustarle a un huevo que lo guarden en un lugar frío. Se conservará, pero no sabrá bien.

—¿Y qué se propone profesionalmente?

—Algo morfológico sobre los líquenes árticos. No he estudiado botánica. Todo lo que puedo decir es que los líquenes son algas y hongos al mismo tiempo. Se congelan a cincuenta bajo cero. En cuanto brilla el sol, se reaniman, milenio tras milenio. Me sugieren los pequeños glaciares de los pechos civilizados. Yermelov, mi primer profesor de ruso y también mi gurú, puede haber sido un pobre viejo loco. Depositó en mí esa imagen del hielo. Muchos exiliados rusos perdieron el juicio en Occidente. Había tiendas en Saint-Germain-des-Pres que hacían un gran negocio con Madame Blavatsky, Oupensky, Hermes Trismegisto y la Cábala. Los rusos son grandes en eso. Mi abuelo Crader también hablaba sobre el misticismo judío, el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida. (El Árbol de la Vida está enterrado a 350 metros bajo el Electronic Tower.) El tío niega la influencia de ese Árbol, pero muy bien puede haberle influido. Creo que trabaja como un contemplativo, concentrándose sin esfuerzo con la misma naturalidad con que respira, sin oscilaciones del deseo ni de la memoria, como las aguas tranquilas, diría Yermelov, y profundas, son tan profundas. Así es con las plantas. Pero uno tiene que contar con el resto de la vida y más vale que cuente con astucia o le pesará.

—¿Capaz de adecuarse a los requerimientos de la ciencia, pero no a los de las mujeres? —preguntó Dita.

—No es correcto ponerlo así. También se sienten atraídas por él. Tiene una energía y ellas la sienten. De paso, tengo entendido que los líquenes pueden nutrirse del aire cuando lo necesitan, como las criaturas míticas que comían aire. Los judíos sienten a veces la tentación de verse así, aceptando misiones de esa dificultad. En su lugar de origen no lo lograron verdaderamente. Observo que sólo hay setenta u ochenta judíos en Venecia y casi ninguno en Salónica y otras comunidades griegas donde se prosiguieron los estudios místicos bajo los otomanos. Todo eso ha desaparecido.

—Me suena como si creyese que a tu tío le habría ido mejor si hubiese prescindido de la parte erótica.

—Espero que poco a poco me diga qué ha pasado. Tiene algo curioso y es que puede decirte lo que le ocurre una vez se decide a tomarse la molestia. Todo está ahí, en su cabeza. Yo no puedo hacer eso.

—Estás tratando de decirme en qué consiste su atracción.

—Eso sí que puedo hacerlo. El tío es una persona auténtica. Nunca se desvía de su naturaleza original. Puede tratar de huir, de evadirse por un tiempo, pero al final, desembucha. Se pone en el banquillo y lo dice todo. Eso lo admiro. También me choca y algunas veces parece francamente estúpido. Si eres todo de una pieza y te encuentran un obstáculo, simplemente, te cortan.

—A ti no te gusta esa hermosa Matilda, ¿no es cierto?

—¿Por qué un hombre no ha de querer a una mujer hermosa? Si tiene que renunciar a todas las demás, lo mejor es que consiga una belleza. Pero da la casualidad de que el presente es un clímax mundial nunca visto, la cumbre del genio para la perfección externa y el acabado de altura. Fíjate en las manzanas *Deliciosas* del estado de Washington creadas por los pomólogos, o en un coche de carreras Bugatti creado por los ingenieros italianos. La belleza sin corazón nunca ha sido tan maravillosa. Pero en cuanto a los hombres y las mujeres, la calidez humana se ha vertido en el invento. Cuando hay luz y calor en los ojos y en las mejillas de una mujer, uno no puede decir con seguridad si son auténticos. Esa belleza anhela amor o un marido o está buscando un hombre de paja, una cobertura para las operaciones de su belleza.

—No creerás de verdad que no es más que una trampa.

—Claro que no, pero hay demasiadas variables humanas a las que hay que seguir el rastro. Por ejemplo, el tío podía saber muy bien que iba a ser engañado y desea el engaño tanto como ella porque le excita. O si no, estropea la belleza exagerando defectos nimios. Se vuelve exigente hasta la locura y busca faltas en la amada. Se fija en sus nudillos o en la forma de sus orejas. O si no, tiene una señal de nacimiento pequeña, como la belleza del cuento de Hawthorne, perfecta, a no ser por ese detalle. Aylmer, el científico loco, la mata cuando le quita la señal. Bueno, ya sabes lo que dice la Biblia: Dionisio y Hades son uno y el mismo, el dios de la vida y el dios de la muerte son el mismo dios, lo que significa que la vida de la especie exige la muerte del individuo.

—Sí, claro, todo eso estaba en el curso sobre Soloviev que tú me diste.

No sólo era su profesor, ella había hecho, además, mi seminario ruso 451 sobre «El significado del amor». No era de extrañar que hubiese sometido su cara al castigo de ese demonio de dermatólogo y a su disco de lija de alta velocidad. Después de mi seminario, nunca fue la misma. Otra sombra en mi conciencia.

—Dita, no puedo decirte cuánto me ha enseñado este asunto de los Layamon. Por ejemplo, el doctor Layamon le habla al tío de la impotencia. Y, ¿por qué tiene que hacer eso? Le dijo que un hombre no tenía que preocuparse de cómo complacer a su mujer mientras tuviese un dedo gordo del pie, un pulgar, una rodilla, el muñón de un brazo, una nariz. Las señoras son muy condescendientes hoy en día, han aprendido que lo que cuenta es el espíritu y si tú les importas, lo demás no importa demasiado. Por otra parte, el hijo de Vilitzer, Fishl, me dijo que existía la fantasía femenina común de construir por piezas al hombre ideal. Ninguna persona real tiene todo lo que ellas sueñan, así que juntan partes y elementos de aquí y de allá, una verga grande, una personalidad brillante, millones de dólares, un espíritu brillante y audaz como Malraux, la atracción masculina de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, los modales de un aristócrata francés, el cerebro de un superhombre de la física.

Dita se rió a carcajadas y dijo:

—No me hagas eso. Mi cara está todavía demasiado sensible para que abra tanto la boca.

—Haz tu propia persona sintética.

—Diferente de la persona auténtica que dijiste que era tu tío.

—La mayoría son fabricados, usualmente por sí mismos.

—Así que uno monta de acuerdo con su gusto.

—También puedes dismantelar, desmembrar como hacen los fetichistas. Ellos no quieren una persona completa, sólo un mechón de pelo, el zapato de una mujer o su delantal. El resto no les hace falta. Devuélvelo a la cocina.

—Pero bueno, ¿quién está haciendo eso? —dijo Dita—. ¿A qué viene?

Le eché una mirada larga y silenciosa, no iba a traicionar el secreto del tío —esos hombros— sólo para satisfacer su curiosidad o para hacerme el interesante ante ella a costa del tío. Me miró con la misma fijeza y finalmente dijo:

—Creo que tienes los ojos más altos y aplastados de lo que la mayoría considera normal.

—Volviendo a lo que decía, en las relaciones entre hombres y mujeres siempre hay confusión, una intoxicación transfiguradora, como diría M. Kojève, *enivrement*. Los espejos de Circe, su radiante magia. Cuando el amor irrumpe, hay que decir adiós a la realidad. Kojève solía decir esas cosas cuando se acercaba al final de la botella... No me gustaría que me oyese contarle. Yo no soy un filósofo y no estoy seguro de haberle entendido bien. Todavía encuentro en él los orígenes de mi debilidad por la gran perspectiva global.

—Continúa —me animó Dita.

—De niño, camino de la Rué du Dragón y de mis lecciones de conversación rusa, me sentía como una miga cósmica flotando en las calles de la que había sido la capital del mundo. Habían sacado de allí a los alemanes antes de que yo naciese. Muchos edificios aún están marcados por gente que no sabía muy bien cómo apuntar con una pistola en las batallas callejeras. En los años cincuenta, había en París una especie de desorden chino, pero nosotros estábamos cómodos en la Rué Bonaparte y mamá ponía una buena mesa. Me permitían tomar el postre con ellos y escuchar a Kojève hablando del final de la historia y de cómo el hombre se había liberado para ser *feliz*, tal vez. Ahora podía jugar, si quería, con el Arte y el Amor. Ya no tenía que seguir negándose a lo Dado. Estaba libre de la lucha histórica para ser el más privilegiado de los animales. Kojève hablaba de seguridad y de abundancia en la época posthistórica y decía que el proyecto moderno —ilustración, ciencia, democracia— había encontrado su éxito y su expresión más importante en los Estados Unidos. América lo había hecho todo sin una dictadura del proletariado. China y Rusia no eran más que casos retrasados. No se podía esperar que un niño entendiese todo eso, pero aquello me impactaba y estaba completamente claro que yo tendría que ir a los Estados Unidos, al centro de la acción. Rusia era unos Estados

Unidos subdesarrollados, era el ratón campesino del materialismo. Los americanos son miembros de una sociedad virtualmente sin clases que se apropian de cualquier cosa que les atraiga sin agotarse demasiado. Dinero, bienes, deportes, juguetes y golosinas sexuales son la forma de la coyuntura crítica.

—Otra vez el sexo —dijo Dita.

—No del todo —dije. Es el sufrimiento del deseo tal como había intentado describirlo a mi madre sin mencionar a Kojéve. Sólo que Kojéve no lo hubiese visto como sufrimiento, sino como decadencia.

En ese momento sentí la necesidad de levantarme de la mesa y buscar mi abrigo. Me esperaba un día fuerte y un desayuno temprano con el tío, expliqué, y había bebido mucho. Dita no trató de convencerme de que me quedara, yo le gustaba demasiado como para crearme dificultades. Sólo se permitió un comentario y fue:

—Perderías tu tiempo con una mujer a la que no le gustase escucharte, una mujer que no tuviera idea de lo que estás diciendo o de qué vas. Veo que voy a tener que replantearme mi visión de tu apego a tu tío. La tenía equivocada.

—Cuídate —le dije.

De madrugada, recibí una llamada extraordinaria del tío Benn. La esfera iluminada del reloj marcaba las dos y diez.

—Por Dios, ¿qué te pasa?

¿No habría cometido un crimen? Mi primer pensamiento.

—Tenía que hablar contigo, Kenneth, para que me ayudes a controlarme.

—¿Estás en el ático?

—Me vestí y bajé a la lavandería. Estoy en un teléfono público.

—Dame el número y te llamaré; si no, nos van a cortar la llamada.

—Nueve seis dos ocho cuatro cero cinco.

Cuando volvimos a establecer contacto me dijo que había apagado las luces para que no le viese el vigilante nocturno.

—¿No podías llamarme desde el piso?

—No podía arriesgarme a que me oyesen.

—¿En qué te has metido?

—Anoche tuvimos una conferencia sobre Vilitzer. No puedo empezar a contártelo.

—Lo que importa es lo que dice Matilda.

—Dice que Vilitzer debe pagar. No le estamos despojando de nada, no vivirá lo suficiente como para gastarse muchos de esos corruptos millones, así que es sólo la herencia, mis primos. De todos modos, no puedo entender en qué hay que gastar ese dinero, ¿qué hay de maravilloso que se tenga que comprar? Cuando duermo en un hotel me pregunto quién habrá hecho qué cosas en esas sábanas y mantas sucias. Siempre hay olor a mantas. Comprendo por qué Madame Chiang, Evita Perón e Imelda Marcos tenían que utilizar su propia ropa de cama —sábanas de seda. Pero, ¿justifica eso una dictadura?

—Tu mujer no debería presionarte. Es cierto que Vilitzer te jodió, pero el dinero que suelte, si es que lo suelta, no estará bajo tu control.

—Estoy seguro de que el doctor ya ha hecho sus arreglos con ese cara de buey, Amador Chetnik. Al juez no hay quien lo salve de la cárcel y se está muriendo por un trato que acorte su sentencia y le proporcione algún efectivo para volver a empezar una nueva vida cuando salga.

—Sí, eso ya lo entendí cuando me lo explicaste. No hace falta que lo repitas. ¿Discutiste con ellos?

—No quiero que Harold sufra ningún daño por mi culpa.

—Eso es lo que dijo Fishl. La salud del tío Harold. Su corazón está mal.

—Harold me demostró su falta de respeto en el negocio del Electronic Tower.

—Eso no significa que tengas que provocarle un infarto. En una de nuestras



conversaciones, tío, uno de los dos dijo que esa gran cantidad de dinero te ofrece la máxima oportunidad de maltratarte a ti mismo. Sin embargo, de algún modo intuyo que quieres ese dinero. Tú, por algún motivo, lo deseas.

Gritó:

—Eso no es verdad.

—Tal vez no sólo por el dinero. No lo sé. Schopenhauer dijo que el dinero era la felicidad abstracta. Tal vez fue Hegel.

—Por el amor de Dios, Kenneth. Ahora no. Siempre he estado satisfecho con mi sueldo. Nunca he tocado ni un centavo del seguro de Lena. Parte estaba en Homestake Mining, las únicas acciones que poseo. Su cuenta de ahorros personal todavía está en el banco.

—Bien, supón que tuvieses dinero. Los Layamon tendrían más control sobre ti. Eso daría más poder a Matilda. No se puede tener mucho dominio sobre un hombre que no tiene nada. Si no hay nada que le puedas quitar, ¿con qué vas a amordazarle? Me parece, tío, que si quieres dinero de verdad es sobre todo porque buscas poder independiente. Pero ésa no es la clase de poder que se necesita para hacer frente a los Layamon. Así que estarás mejor sin él.

—No podía dormir. Estoy demasiado agitado esta noche. Me levanté de la cama...

—¿Te disgusta algunas veces dormir a su lado?

—Puedo aceptar... además, esas habitaciones tienen exceso de calefacción y sudo bajo el edredón. ¿Es que las mujeres necesitan más mantas de noche que los hombres? Me costaba respirar.

—En los Berkshires tuviste miedo de volver al bosque después de ver aquella película. Es a ese disgusto al que me refiero.

—¡Eso! Eso viene y se va. Estoy aprendiendo a controlarlo. Estoy seguro de que podré hacerlo. Puedo sobrevivir a esos impulsos de la fantasía. No voy a dejarme controlar por algo tan estúpido.

—Entonces es que estás sufriendo una crisis de angustia por tener que enfrentarte al tío Harold.

—Créeme, no tengo miedo del tío Vilitzer. Y pretendo plantearle el asunto cortésmente.

—¿Plantearle que le vas a demandar? ¿Que Amador Chetnik admitirá que el caso estaba arreglado? ¿Un chantaje cortés?

—No quiero que se me vaya de las manos. Escucha, Kenneth, vi una película esta noche que me alteró antes de irme a la cama. Tengo que contártela. Esas películas son una farsa, pero de todos modos, mi corazón late más aprisa. Era una película de terror alemana. El héroe era un alemán, buena persona, gordo y con un bigote grueso. Se está haciendo unas pruebas de laboratorio porque sospecha una enfermedad mortal. El hombre no tiene la enfermedad. Sin embargo, un matón francés le va con datos falsificados de la clínica y le dice: «Se está muriendo y no

tiene nada que dejarle a su mujer y a su hijito. Quiero que mate a un hombre. Habrá mucha pasta para usted. Yo proveeré el transporte, el hotel, la pistola y el plan. Todo lo que tiene que hacer es atacarle en el metro.» Así que el buen alemán va y mata al extraño en París. Luego lo envían a matar a otra persona en el expreso de Munich. Eso no lo seguí. Se suponía que estrangulase a su víctima en el lavabo con una cuerda. Aparece un tipo americano para ayudarle. Sin ton ni son. ¿Quién es ese americano? Hay un gran momento cuando el buen alemán es atrapado en el lavabo con el cadáver por el revisor que llama a la puerta pidiendo el billete. El alemán no encuentra el suyo. Pero el cadáver tiene uno, así que se lo da por debajo de la puerta. No hay ni un solo motivo para todo eso, ni siquiera onírico. Nada tiene sentido, excepto el corazón que se desboca y uno siente un cosquilleo caliente bajo los brazos y hasta entre los dedos de los pies. ¿Para qué? No es catarsis, eso es seguro. Es sólo un baño interior de adrenalina. Si los personajes tratasen de explicar, no podrían escucharse sus explicaciones por los sonidos especiales, locomotoras, reactores, respiración pesada, sirenas y pistolas y hasta el niño tiene juguetes que crujen mientras los adultos maquinan. Se elimina la lógica del comportamiento, no hay coherencia. Las personas gastadas, arrasadas, parecen merecer la muerte. Pertenecen al mundo subterráneo, así que a quién le importa. Un tío envuelto en vendajes, como Claude Rains en la película *El hombre invisible*, es asesinado en una ambulancia que es una trampa. Hay una explosión y un fuego. También debe haber sido un malvado, así que, ¿para qué tomárselo a pecho?

—¿La viste hasta el final?

—Sí, y resultó que ese buen alemán tenía la enfermedad mortal, después de todo. El espectador se ve afectado fisiológicamente, bombea más adrenalina, pero no se afecta otra cosa que la fisiología: No hay juicio: sólo la respiración, las pulsaciones, la presión sanguínea; si uno es más sensible, salpullido. Y eso es todo.

—Te conmovió.

—Bueno, no querría tener que decírtelo...

—Te fuiste a mirar tu azalea en el gabinete de Jo Layamon.

—Claro, toqué fondo. Lo mismo que ocurrió con el bálsamo del Canadá cuando nos casamos.

—Tal vez en el día de tu boda la intoxicación con la belleza de Matilda ya se te estaba pasando. Si necesitaste más apoyo del mundo de las plantas... En los Berkshires, ya empezaste a sospechar que su belleza era un engaño. Tu juicio te decía que era una chica maravillosa, pero intervino tu instinto y te dijo que no lo hicieras. No te metas en eso. Te lo advertieron. Así que ahora estás alterado por una simple película; una mala película tras otra. Naturalmente, comprendes que el arte malo puede, finalmente, mutilar a un hombre.

—Espera un momento, Kenneth, el vigilante está alumbrando hacia aquí con su linterna... Está bien, ya se ha ido, otra vez estoy a oscuras. La bombilla de la cabina

se enciende cuando se cierran las puertas plegables. Es cierto que estaba alterado cuando me metí en la cama. Mientras se desnudaba, Matilda hablaba de Vilitzer y yo me daba cuenta de que el lujo de aquellos preparativos para dormir eran extraños a mi estilo de vida. Tenía miedo de sentirme el pulso.

—¿Qué decía ella de Vilitzer en ese momento?

—Que no me preocupase por él porque ésa era la forma en que él había vivido siempre. No en balde le llamaban el *Big Heat*. Había presionado a mucha gente. Apretó la cabeza de un tipo en un torno de banco. No le extrañaría morir por la espada, puesto que tomó la espada. Él es realista y yo no debería aplicar mis principios a personas que han amasado millones, porque fueron principios como los míos los que siempre les dieron las oportunidades que necesitaban. La política es especial en ese sentido. Él ha estado en política durante cincuenta años y yo debería dejar a los políticos que se apañen con él. También debería considerar que tengo una familia por matrimonio que al fin protegerá mis intereses.

Le dije:

—No puedo hacer mucho por ayudarte a menos que te sinceres conmigo, tío. Cuando te metes en la cama o cuando la miras, ¿todavía reparas en los hombros? Quiero decir, ¿tienen gran importancia para ti?

—No siempre. Estoy aprendiendo a vivir con ellos. A veces tengo malas reacciones.

—La estructura de la mujer no está del todo bien. Ahora que me has hecho reparar en ello, no puedo quitarte la visión que tienes.

—Ay, Kenneth, si sólo se pareciera a su madre en ese aspecto y no al doctor.

—Tío, en cierto modo tú eres un artista y los artistas no ven las cosas, como son, no están hechos así. Tu forma de ver las cosas extrae las potencias independientes de los fenómenos. No se puede esperar que lo controles o que distingas con sensatez. Mientras más elevado sea el alcance de la visión, más debilitado está el control. La forma en que veías a Caroline, por ejemplo, hacía imposible que te defendieses de ella.

El tío exclamó:

—¿Por qué tiene Matilda los pechos tan separados?

—¿Los tiene separados? Me desconcertó.

—No sólo tiene amplios los hombros, también el frente. Hay un enorme espacio entre los dos.

—¿Que diferencia debe suponer el espacio, tío? Para algunos hombres sería ideal que hubiese más espacio. ¿No lo crees?

—No es lo que debes suponer, es lo que supone. No pido una interpretación razonable. Te estoy diciendo cómo es. La distancia entre ellos me afecta.

—Así que los necesitas más juntos. Perdóname, tío, pero eso lo sabías desde antes. Si el corazón se te fue tras una nube cuando te diste cuenta, aún estabas soltero. Si era antiestético, si era repugnante..., bueno, repugnante es un juicio muy

fuerte.

—Está bien, pero además, era muy hermosa.

—Se ha cometido, un error. Podíais haber esperada un poco. ¿Tenías prisa por destruirte o qué?

—¿Destruirme? ¿Qué estás diciendo? Me casé con una mujer hermosa, muy educada; mucha cultura, todo tipo de encantos, estupenda compañía, una mujer que me dará prestigio. Aún se pueden corregir reacciones irracionales. No voy a sucumbir a ellas. Escúchame, Kenneth. No soy completamente ingenuo. En el colegio leí todos esos libros médicos: Havelock Ellis, Freud, Krafft-Ebbing. No ignoro que a los hombres que se casan con mujeres hermosas se les sospecha con frecuencia de homosexualidad. Esperan que esas mujeres atraigan a los hombres que las admiran. Pero no me gusta ver en ella los hombros del doctor Layamon. No quiero atraer la atención de los hombres. Fue repugnante identificarla con Tony Perkins. Eso me pareció odioso. Claro que fue mi mente, mi propia mente la que hizo eso. Es una de esas intromisiones inexplicables de deseo y repulsión. Está bien, la belleza. ¿Qué fue lo que surgió ante mí que me hizo llamarlo belleza? Tuve el impulso de tener relaciones sexuales con la perfección. En eso no había nada homoerótico.

—Ibas a hacer con ella algo sublime. Bueno, hay otra cara en el asunto: ¿Qué iba a hacer ella contigo?

—Yo no estaba a la altura de esa *perfección*. Sexualmente, no lo estaba.

—Tal vez era adecuada para admirarla, no para acoplarse con ella. Pero ahora la estás descuartizando, deformando. Esta noche cené con Dita Schwartz y hablamos de fetichismo. Esos infelices viciados sexuales pueden enamorarse del pie de una mujer. Tú eres un fetichista negativo y te desenamoras de los hombros de Matilda. Pero también es fragmentación o desintegración.

—Ahora me parece que hablas con más sentido que de costumbre. Dime más. Siempre tuve la capacidad de enamorarme. Sabía que estaba en mí.

—¿Amabas a Matilda?

—Te diré, tenía los elementos necesarios para ser amada.

—¿Quieres decirme, después de todo esto, que tú la amabas de verdad?

—No en todos los aspectos, no. Pero de una manera, sí. Si me das un martillazo en la cabeza, veré diez Matildas. Amo apasionadamente a una de ellas.

Me retiré el teléfono de la oreja y me pregunté cómo una cosa así podía salir del auricular. Dije:

—Ésta es una de las conversaciones más increíbles que he tenido.

—¿Es tan diferente al modo en que tú amas a Treckie? ¿Amas a la Treckie que se pone a vivir con un bruto tras otro?

Se me fue el alma y no quise continuar. Yo no estaba casado con Treckie. Para ser más exactos, ella no estaba casada conmigo, tal vez porque había hecho

observaciones sobre mí comparables a las que Benn había hecho sobre Matilda. Algunas obstrucciones radicales o impedimentos desconocidos nos pueden desenchufar.

Cuando a uno lo despiertan en mitad de la noche, rige el ego inferior. Lo mejor de uno mismo tarda en regresar. O tal vez sólo es vanidad; a uno le han cortado el sueño y se verá fatal por la mañana, con ojeras bajo los ojos, una cara arrugada, una mirada sombría. El ego inferior es salvajemente narcisista. Si uno está dispuesto a decir cosas crueles, en esas circunstancias las dirá. Las dije entonces en un soliloquio recordándome que, después de todo, yo quería al tío Benn, que él estaba en crisis y que sería imperdonable derrumbarle. Si había algún comentario duro que hacer, lo dejaría en la caja fuerte. Imaginando al tío Benn en el Roanoke como un huevo en un lugar frío, le dije mentalmente que podía anticipar una vida cero con Matilda. ¿Qué podía esperar? Diez años en conservación. Y, ¿por qué tenía una persona que imponerse a sí misma una sentencia de conservación en frío y renunciar a toda una década de su vida? En Rusia, el Gobierno lo envía a uno a Siberia. Aquí, se lo hace uno a sí mismo. Pues bien, eso es un verdadero *acte gratuit*. Benn adelantaba a André Gide por kilómetros. Tirar a un extraño del tren expreso no es nada comparado con eso. Así que, cuando los exiliados rusos importantes dicen que su país está en el potro, ¿qué es lo que quieren decir? ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Una rivalidad de las potencias por ver cuál sufre más? ¿O tal vez seamos nosotros, los de este lado, los que lo pedimos todo, el nivel de vida más alto y también el más alto nivel de sufrimiento? Algunos rusos declaran: «Nosotros, los que estamos en el potro, tenemos cultura. Ustedes, sin embargo, decadentes, fofos y mimados, no la tienen.» Eso era lo que decía a mi madre —un terrible error— en Somalia, los peculiares sufrimientos de este lado. Es cierto que no hacemos un buen papel; llegamos, a lo sumo, a un programa de dolor, pero es porque no nos enfrentamos a nuestro sufrimiento único. De todos modos, eso era lo último que el tío necesitaba oír de mí.

Otra vez, desde la oscura lavandería, dijo:

—Te estoy pidiendo ideas, Kenneth. Los científicos son tan débiles en humanidades. Lena me hizo leer unos cuantos libros, pero ella no tuvo la oportunidad que tú has tenido de adquirir una educación completa. Dame una asistencia psicológica. Recomiéndame algo.

—No te recomendaría que te metieses en psicología, tío. Eso no te hace falta. Es el amor lo que establece la diferencia. Esos defectos, saltan ante ti porque el amor te castiga por haberte reclutado contra su voluntad; es una de esas potencias del alma que se niegan a la conscripción. Crea belleza, crea fuerza; algunas veces, cuando está verdaderamente inspirado, produce nuevos órganos por motivos especiales. Sin el la conciencia crítica simplemente reduce a todos los contendientes a sus partes separadas, los desintegra. Cualquiera otro, si no fuese feliz en la cama con su mujer, si los pechos o los hombros le molestasen, se defendería con cinismo, falsificaría,

establecería reglas hipócritas.

—No sé, Kenneth —dijo el tío muy desanimado—. ¿Por qué tengo que luchar con el tío Harold para conseguir millones por una mujer que tiene los pechos tan separados? Esto me está desbordando. Tal vez pueda conseguir el nombre de algún buen psicoanalista en Río.

—¡Encima, un psicoanálisis portugués! No lo hagas, tío Benn, aléjate de ese tratamiento. Freud decía que el amor es *sobrevaloración*. Es decir, que si vieses al objeto de tu amor tal como es, no podrías amarlo. Ésa es la visión clínica de las cosas, directamente desde los pabellones de ginecología. Eso era lo que el doctor Layamon ilustraba cuando te enseñó todas esas intimidades calvas. En casa habla de amor porque tiene una hija hermosa, pero cuando practica la profesión y hace dinero, en el hospital, donde se bate el cobre, te ofrece una exhibición de la verdad. Bueno, tal vez un hombre sí que se engaña a sí mismo cuando está enamorado, pero cómo decía Kojève algunas veces, creo que lo tomó de Nietzsche, en el amor miente bien y el amor lo transfigura, le hace rico, más poderoso, más pleno, le hace un artista. Sin él, solo vive una fracción de sí mismo y esa fracción no basta para sostener una vida auténtica. Por eso es por lo que se han vuelto necesarios los equipos.

—¿Que no busque ayuda en Río? Creo que puedo esperar el regreso.

—Tío, escucha. Voy a decirte cosas que en su mayor parte me guardo. Eres un hombre imaginativo, ésa es tu fuerza. No des marcha atrás ahora. La mayor parte de la gente empieza en el otro extremo tratando de curar sus debilidades de carácter, especialmente sus fracasos sexuales. Vuelven a los traumas de nacimiento y al control de los esfínteres. Todo el mundo nace débil y enfermo y oprimido por fuerzas edípicas, pero todos creen que si se concentran en las experiencias de la infancia y en sus pañales y en la crucifixión de su indefensa pequeñez, se convertirán en gigantes de la intuición, en los hombres de almas grandes de los que hablaba Aristóteles. A ver, tío, ¿por qué tienes tú que entrar en este juego que nadie ha ganado? Tú ya estás muy por encima de eso.

—Ahora tengo la luz en la cabina y estoy tomando notas en un sobre de la compañía del gas.

—No te pases toda la vida explorando tu debilidad.

—Me has estado diciendo durante años que los demócratas tienen una pobre visión de sí mismos y que se les educa haciéndoles creer que son insignificantes. Pero dale la vuelta y aparece la megalomanía y de eso también hemos visto bastantes ejemplos. Una de las cosas que puede que Matilda y tú tengáis en común, es que veis la política en el fondo de todo. Bueno, el vigilante está entrando en la lavandería.

—Y, ¿qué? Tú vives en el edificio, ¿no?, eres del ático. Dile que estás hablando con tu agente de bolsa en California.

—Gracias por escucharme, Kenneth.

—Vete a descansar. Volveremos a encontrarlos a las ocho y media.

Apagué la luz de la mesa de noche y pensé. Además del problema de la retaguardia, ahora tenemos un problema en el frente. Me sentía deprimido por culpa del tío y también, un poco, por la mía. Él era, por naturaleza, un tipo mesurado y razonable y mientras más se forzaba a costumbres que creía sensatas, más raro parecía. Y fíjense en mí: llama para decir que se está ahogando en problemas y le doy una conferencia: mi modo de ayudar. Tengo en las manos un hilo todo enredado y juego cat's cradle<sup>70</sup> con tío. Toma, coge esto y luego yo lo cogeré y sólo Dios sabe lo complicado que podemos hacerlo y cuán lejos podemos llegar. Mientras hablamos de pueblos democráticos, podemos agregar también que, además, son sentenciosos y pedantes. Diez minutos de acción y el resto de la hora, un seminario. No, estos esfuerzos cognitivos no van a llevarnos a ninguna parte. Lo que había querido decirle era que debía ser más como, bueno, como William Blake cuya vida se regía por preocupaciones estéticas y metafísicas. Hay que poner primero la fuerza y luego dejar que las debilidades la alcancen como puedan. Blake era el hombre justó para el tío. Podía empezar con el poema llamado «El gabinete de cristal».

*En la Tierra Solitaria  
donde yo alegre danzaba  
me sorprendió la Doncella  
encerrándome en su Cofre  
con una Llave dorada*

*Hecho está el Cofre de oro  
y de reluciente Nácar*

Pero a la mañana siguiente, en vez de William Blake, tuvimos Charles Addams. Benn había arrancado la página del *Monster Rally* de Jo Layamon y me la dio sonriendo —o con lo más cercano a una sonrisa que había cruzado su cara en muchos días.

—¿Qué te parece esto?

Era la viñeta del cementerio con sus tumbas y tejos y las extrañas figuras haciendo manitas en un banco:

*¿Eres infeliz, querida?  
¡Oh, sí, sí! Completamente.*

—Dime algo de esto —me retó el tío.

—Habla por sí solo —le dije.

—Mucho más allá de Alfred Hitchcock. Realmente moderno.

—Espero que no se lo habrás enseñado a Matilda. No creo que sea tan moderno.

Se puede encontrar en Shakespeare. Hamlet le dice a Ofelia que se case con un tonto, si es que se ha de casar, «ya que los sabios saben muy bien en qué clase de monstruos los convertís.»

—Claro que no se la enseñé.

—¿Comprende ella el esfuerzo que haces por complacerla, cómo te atontas sacrificando, inclusive, tu ciencia? Y todo lo que pides es que te corresponda con un poco de sentimiento.

—Es cierto. Sí que anhelo el sentimiento. Pero ella parece siempre a punto de marcharse. Yo entro y ella sale. La persecución no parece tener fin. ¿Qué quiso decir Hamlet con eso de «monstruo»?

—Creo que quiso decir un cornudo, el monstruo con cuernos.

—No creo que eso se aplique.

—Tú eres el monstruo que la deforma en tu mente, así es como lo ves.

Estábamos sosteniendo una de nuestras típicas conversaciones en la típica mesa de un restaurante con café de tercera y casi sin espacio para los cuatro codos, sin mencionar las tazas, un cenicero, una botella de ketchup, una bandeja de plástico con sobrecitos de azúcar y de edulcorante de dieta.

—Sin ti, Kenneth, no sería capaz de enfrentarme al tío Harold. En el último momento, Matilda se ofreció a venir conmigo. Dijo: «Si le dices a tu sobrino que se quede en casa, iré al centro contigo.» Le dije que no.

Quería que yo viese lo firme que había estado con ella. Todo cuanto yo podía ver era lo alterado que estaba él. La referencia directa a los hábitos sexuales de Matilda no tenía paralelo. Además, el parecido a Sviatoslav Richter resaltaba más que nunca, pero era un Richter que había pasado la noche enfermo del estómago y estaba verde y pálido. Tras sus potentes ojos, el interruptor parecía desconectado, como si estuviera a la espera de algo verdaderamente digno de verse. Un hombre de porte severo transmitiendo silenciosamente ansiedad y mortificación. Se pasó todos sus diez dedos por la cara y se apretó los ejes de las mandíbulas para aliviar la tensión. Le conocía tan bien que podía interpretar su más mínimo gesto. Estaba tratando de asirse a la vida con firmeza. La vida era algo breve, ciego, y él pensaba que había que controlarla con ánimo. Juzgaba a las personas por lo que hiciesen con ella. Las presentes circunstancias, sin embargo, no podían ser menos propicias, más lejanas al alto nivel de su filosofía. Estábamos a punto de reunirnos con la junta de libertad bajo palabra que iba a escuchar el testimonio de una violación y luego tendría que acorralar al tío Viltzer durante el tiempo necesario para exponer sus exigencias.

Amenazas vedadas, al tío no le hacían ninguna gracia. Además, también se arriesgaba a delatar una mala administración de su vida sexual. La tácita revelación de hechos perjudiciales era una posibilidad que planeaba cerca. Si tartamudeaba, el agudo tío Viltzer concluiría que era un marido sexualmente fracasado con una mujer que llevaba un látigo en la mano y que le mandaba a hacer encargos. En



materia de problemas sexuales, los hombres siempre culpan a los maridos.

Todo eso estaba implícito.

Y estaba, además, el edificio donde tenía lugar la audiencia, una nueva estructura, como un embarazo gargantuesco de cristal que se extendía más de dos manzanas, la obra de un arquitecto provocativo y controversial que trataba de sobrepasar los excesos de un edificio similar en Chicago. Creando una manifestación, como le gustaba decir a Caroline Bunge. Cuando se ve un rascacielos como ése, uno cree en la eternidad, aunque sólo sea por el consuelo que puede producir el pensamiento de que una estructura como ésa no puede durar eternamente. Alguna vez tendrá que caerse. Pero todo ese curvilíneo resplandor saltón estaba construido en acero japonés, así que podía durar al menos medio siglo si no lo destrozaban turbas enfurecidas o si no lo desintegraba el vuelo transpolar de un misil ruso: quince minutos desde el lanzamiento al objetivo. El interior producía una impresión aún más profunda. Podía comprenderse por qué se habían disparado los costos. Algunos de los genes salvajes del joven Brueghel o de Jerónimo Bosch deben haber brotado en el arquitecto. Hice todo lo que pude por aprehender su concepto. Billones de avispas inteligentes trabajando en el vidrio azul habían hecho esa mastodónica estructura redonda; estaba diseñado en sorprendentes curvas elípticas según el molde de la esfera celeste y demostraba lo que podía hacer la osada fantasía confiando en las capacidades de los ingenieros, en la tecnología milagrosa.

—¡Imponente! —dijo el tío Benn.

—No amenazaba al cielo, como la torre de Babel, sino que cedía desde las alturas y se derretía hacia bajo. Una burocracia computarizada ya no necesitaba pasillos rectos. Un entorno extraño no disminuía su eficiencia ni su poder de intimidación. Seguimos las señales hasta el gran vestíbulo donde se estaba desarrollando la audiencia. Las cámaras de televisión ya estaban en su sitio y rodando, las luces caían sobre el escenario. Nuestros pases de prensa nos daban derecho a asientos delanteros, pero el tío prefirió ponerse detrás del tío Vilitzer. Vilitzer estaba en una mesa larga con el resto de la junta presidida por el gobernador, que se encargaba —sin precedentes— de la investigación. Los testigos iban cuando se les llamaba a una mesa más pequeña opuesta a la mayor. A los miembros de la junta se les pidió muy pocas veces, si alguna, que hablaran.

—Ahí está —dijo Benn indicando a Vilitzer con la barbilla—. Bastante cambiado. Los grandes destrozos llegan entre los sesenta y los ochenta, y él ya ha pasado de los ochenta.

La estatura de Vilitzer era más baja que la de cinco años antes, pero aún tenía la estructura imperial de los caciques de estos lares. También se peinaba hacia adelante al estilo de la versión televisiva de *Yo, Claudio*. (Perdonen que les diga esto, pero lo que sigue es materia de posible interés: Julia, la hija de Augusto, representada en la película como promiscua, implacablemente licenciosa, parecía haber tenido una

intención política en sus orgías puesto que ella y sus compañeros hacían los actos de las tinieblas bajo una estatua de Marcio, el sátiro, y Marcio representa al republicanismo. No tengo la menor idea de por qué el guardián de la libertad romana era un semibestial demonio del sexo, todo lo que puedo decir es que el libertinaje de Julia era un reto político a su padre, el fundador del Imperio.) De todos modos, el tío había adoptado el peinado del actor de la BBC que hizo el papel de Claudio. Parece popular entre los mafiosos viejos a los que a menudo se les ve con un pequeño flequillo ligeramente rizado. Por otra parte, tienen, por norma, caras duras profundamente bronceadas. Y el tío Vilitzer, también. No fumaba puros, los masticaba. Hacía puré unos veinte al día.

En medio de esa multitud, no era probable que Vilitzer nos localizase. Tenía que ser un gran acontecimiento puesto que había sacado al mismísimo gobernador Stewart. Los gobernadores ya no pueden darse el lujo de mantenerse tan remotos. En los viejos tiempos, decía Benn, casi nunca se les veía. La televisión los había obligado a salir de sus mansiones. Esa audiencia, a la que se había dado mucha publicidad, era presenciada esa mañana por millones de televidentes. El gobernador había recibido una crítica general, pocas semanas atrás, por haber estado de vacaciones durante la alarma de la salmonela y esa audiencia de la junta de libertad bajo palabra, en la que hacía, conspicuamente, negocio público, estaba hecha a su medida. (Subiendo los índices de aprobación por su trabajo.) Nunca le había visto en persona. Era un hombre flojamente enérgico. En su flojedad, había tensiones bien organizadas y yo diría que era una persona peligrosa, un luchador mezquino. Su cara era muy grande, con tantos pliegues y arrugas bajo la barbilla, que si hubiese sido violinista le habría resultado difícil decidir dónde ponerse el violín.

Estábamos sentados justo detrás de los testigos principales y reconocí a la mayoría por los periódicos que Dita me había enseñado. Danae Cusper era una señora guapa, maciza, madre de tres hijos. Sickel, el presunto violador, no estaba lejos, con su abogado. Los años de prisión no le habían dado la apariencia de un criminal amenazador. Las prisiones ya no producen desesperados o tipos *louche* con caras de Bill Sykes. En público, un joven como Sickel se las apaña de alguna manera para parecerse a la imagen ideal de un hijo esencialmente decente que había podido tener su propia madre. Al frente estaban los equipos de las cadenas de televisión más importantes. Aquella mañana, se habían eliminado los programas de dibujos animados de los chicos. Para millones de niños, las alternativas se reducían a la audiencia de la junta de libertad bajo palabra o nada. Y tal vez los chicos soportarían eso mejor que el tío. En ese momento de su vida, ser un inocente no le honraba. No podía reclamar inmunidad. Recuerden, sin embargo, que cuando el Gabinete de Cristal finalmente reventó, el joven que estaba encerrado en él se convirtió «en un Niño que lloraba en la Tierra Solitaria.»

Pero dejemos estas abstrusas consideraciones.

Vilitzer no volvió la cabeza para observar a su enemigo el gobernador. Miraba

recto al frente. En cuanto al gobernador, conducía los interrogatorios con deleite y exhibía sus mejores habilidades perfeccionadas en los tribunales. Ante los grandes jurados debe haber sido un investigador formidable; era tan grande, ancho de cuello, tan cuidadosamente arreglado, suave como la seda ante las cámaras, pero duro como el infierno en el interior.

Su primer testigo era un joven militar que antes había sido uno de los amigos de Danae. Ella había testificado el día anterior que temía que él la hubiese dejado embarazada y que la acusación de violación se debía directamente a sus relaciones amorosas con él. El gobernador preguntó, ¿había tenido él relaciones sexuales con Danae, la actual señora Bold, entonces señorita Cusper? Sí. ¿Bajo qué circunstancias? Ella le dejaba entrar en la casa cuando sus padres dormían. ¿Cómo iba ella vestida? Con camión. ¿Y el acto sexual? Desde las dos de la madrugada hasta la salida del sol. ¿Con eyaculación?, preguntó el gobernador. No. Ella insistía en que se retirase.

El tío susurró:

—¿Por qué se entretiene en todo eso?

—Debe ser necesario legalmente.

No me creía mi propia respuesta.

—Así que —dijo el gobernador—, su evidencia es que tenía relaciones sexuales con frecuencia con la señorita Cusper, pero que se interrumpía antes del clímax.

—Sí, señor.

La señorita Cusper —ahora señora de Frank Bold, con el marido al lado— escuchaba con la compostura de una persona religiosa.

Ahora estaba más allá de la carnalidad.

—Entonces, ¿usted nunca eyaculó en su vagina? —dijo el gobernador.

—Que yo recuerde, no, señor.

El siguiente testigo era un perito médico. Por su medio, el gobernador trató de establecer cuánto tiempo permanecían los espermatozoides vivos en la vagina. Siguió tres expertos forenses con el testimonio sobre las bragas de la chica, las que llevaba la noche de la violación. El gobernador se concentró en ellas insistiendo una y otra vez.

—¿No te parece que es un comportamiento extraño —me dijo el tío— hablar constantemente de esas bragas? —Estaba disgustado. Yo, por alguna razón, no lo estaba. El asunto era como una obra de teatro o una película, sólo que la evidencia tenía que desarrollarse técnicamente y eso tomaba tiempo y enlentecía la acción. Cada uno de los expertos había estudiado independientemente las bragas de Danae, examinando muestras de sangre y suero. Uno de ellos dijo que después de seis años aún era posible encontrar espermatozoides. La policía había conservado esas prendas bajo candado y llave. (Me imaginé un almacén con cien mil cajas.) Las colas de los espermatozoides se habían desintegrado, pero las cabezas podían identificarse

microscópicamente.

—El material podría proceder de cualquier donante del grupo Gm —dijo el testigo técnico.

—¿Y cuál es el grupo del prisionero?

—Gm, señor.

—¿Tenemos que ir por todo eso paso a paso? —dijo el tío un poco distraído. Me hacía sentir como un Mefistófeles que le hubiese sacado a la fuerza de su estudio para obligarle a enfrentarse a la vida. Ése no era yo, pensé. Mefistófeles no tendría tantos problemas de conciencia. Yo estaba ahí por el tío. El tío había ido para entrar en la lona con Harold Vilitzer que estaba sentado en la plataforma masticando sus cigarros cubanos —proporcionados, tal vez, por uno de sus contactos en Las Vegas.

—Ese asunto forense es ciencia —dije.

—Ciencia aplicada —me corrigió el tío—. Cuidaba la pureza de la investigación teórica.

Ésos eran, sin embargo, colegas lejanos del tío Benn. Claro que los expertos estaban montando un espectáculo, para eso estaban allí los equipos de televisión, pero las sugestivas corrientes soterradas de su testimonio llevaban el tipo de desechos que más costaba al tío tolerar. Pensé, no tienes que explicárselo. Él lo ve tal como es. No es tan inocente. Luego pensé, tu genio distraído es un listo. Sabe exactamente lo que sabe todo el mundo. No quiere que ningún parásito de naturaleza camal interfiera con su ciencia.

Esa reflexión era, en parte, hostil. Creo que mi apariencia también era hostil: oscuro, cara delgada, pelo largo, los rasgos de mi apuesto padre que en mí habían salido mal. En la lengua de mi ciudad de origen, podía parecer *sourcilleux*, ligeramente altanero o impaciente. Sin embargo, tenía que endurecerme por el tío. Me enorgullecía de mi recia formalidad. A mí me correspondía cuidar a Benn en esos momentos de crisis en su vida.

Apareció entonces un testigo de otra parte del país. Se tomaron grandes precauciones para garantizar la imparcialidad del testimonio. Mientras juraba, el achaparrado experto de traje con chaleco parecía un empleado de tercera de una compañía de seguros gigantesca. Sentado y con los codos en la mesa de modo que sobresalían los puños de la camisa, leyó su declaración —asuntos técnicos—. Imaginen semejante vida de análisis de laboratorio: piel, saliva, sesos aplastados, contenido *post mortem* del estómago.

Le dije al tío:

—Prefiero tu tipo de anatomía —pero el tío no me escuchaba. La cara parecía habersele hinchado y tenía, una especie de rubor histamínico como si un insecto volador de ese trópico al que él siempre buscaba en sus incesantes evasiones, le hubiese producido una picada alérgica.

Cuando el testigo hubo leído su introducción, las luces se apagaron y apareció, en una pantalla tras él, la fotografía de un objeto varias veces ampliado. Era algo

oscuro, marrón, con manchas y puntos amarronados, como de alas de polillas. ¿Qué era aquello? A mí me parecía la Sábana de Turín. Todo lo contrario. Un artículo que la joven llevaba la noche que había sido atacada. A su lado, con un punteador de tres metros, el experto forense la identificó y después esperó de pie las preguntas de la junta. Sin embargo, no habló nadie más que el gobernador. El espectáculo era totalmente suyo. Viéndole trabajar, se comprendía por qué había sido tan formidable al conseguir procesamientos que habían enviado a la cárcel a tantos políticos prominentes. Utilizaba su estatura —un hombre alto; su cara corpulenta caía con fuerza sobre la evidencia; sus preguntas eran exactas. En el examen, uno se daba cuenta de su comprensión ilimitada y omnisciente del crimen y de los criminales. Y, sin embargo, la expresión de su cara era suave y había en ella algo paradójico, una indicación de que tal vez la culpa no correspondía del todo a los acusados. Y no era posible verse contemplado por millones de espectadores, como a él le ocurría en esos momentos, sin que se diese un elemento de teatralidad.

Una prenda íntima... ¿Tendría la amabilidad de decimos lo que es?

Eran bragas, señor, tomadas de la supuesta víctima de violación.

¿Las llevaba esa noche?

Las llevaba.

Y ahora, los hallazgos científicos. Por favor, identifique las manchas.

El tío se puso las gafas. ¿De qué iban a servirle? Sólo eran para leer. Debe haber querido toda la ayuda posible para ver esa tétrica ampliación, así que era peor que si no las tuviese. Todas esas salpicaduras y esos círculos rotos como fotografías de las lunas de Urano tomadas desde una nave espacial.

El puntero iba de las manchas de sangre a las descargas de semen. Las preguntas del gobernador eran interminables. ¿De quién era la sangre? ¿De quién era el semen? ¿Más de un tipo de semen? Recuerdo que había tres hombres en el coche.

Dije:

—Este asunto excita al gobernador.

—Para la chica, tiene que ser penoso —dijo el tío.

—Debemos suponer que sabía en lo que se estaba metiendo cuando volvió a abrir el caso.

—Las pruebas le excitan de verdad —dijo el tío—. Y después de todo, es gobernador de un estado importante.

Contactos impúdicos con el público, fue lo que pensé.

—Es difícil imaginar en esas circunstancias cómo pudo ser el señor Sickel el único violador. Había otros dos jóvenes —dijo el gobernador.

Danae Cusper Bold aparecía imperturbable. Ahora pertenecía a una comunidad religiosa. Estaba segura del perdón, no tenía por qué preocuparse. Esos pecados y sufrimientos pertenecían al pesado. Era una matrona de mucho pecho. El tío nunca tendría fundamentos para quejarse de que sus pechos estaban demasiado separados.

Se veía con toda claridad que los tenía muy juntos.

Mi pobre tío loco. La audiencia, en aquellos momentos de crisis, fue para él un infierno. No podía acercarse al tío Vilitzer sin pasar primero por aquellas angustias sexuales.

—Alguien debería apartar al gobernador de esas bragas o se va a pasar en ellas una hora.

Di una respuesta típicamente inútil.

—Han cambiado tanto las costumbres sexuales. Todo el mundo está de vacaciones en Roma.

El tío masculló:

—No imaginaba que esto iba a ser tan feroz; tanta obscenidad.

—Bueno, es toda esa gente de elevada posición; los tipos que están en lo alto reclaman su parte en la diversión erótica del país.

—En parte, lo comprendo —dijo el tío—. Pero esto es tan crudo.

En la pantalla apareció otra diapositiva. Esa vez era el vientre de Danae Cusper, el centro desnudo de la chica con letras rudimentarias, AMOR, como graffiti en un viaducto, sólo que aquéllas estaban hechas con un trozo de vidrio. Una mujer policía le había hecho la foto en el hospital. En su retractación, Danae había testificado que se lo había hecho ella misma con una botella de cerveza rota y el gobernador Stewart dijo con oronda sorna que haría falta fortaleza, fuerza y frialdad de cálculo para que una persona joven, una chica adolescente, se pusiera ante un espejo de cuerpo entero a grabarse una evidencia falsa en su propia piel con una botella de Budwiser y fuese luego al hospital para acusar a un hombre de violación. ¿Pudo haber hecho esas letras al revés? Dos de los expertos opinaron que era posible. Esas letras eran fáciles de hacer. La opinión fue de un lado a otro mientras los arañazos rojos, allí donde el vientre se extendía hacia las caderas, oscilaban como una tarjeta de San Valetín hecha por un grupo de niños con lesiones cerebrales. Era como la *esquizopsicología* que según algunos prestigiosos pensadores modernos se había apoderado de todos nosotros.

—El gobernador les está robando cámara a todos esos jóvenes.

—Y a todo el mundo —dije.

A ambos lados del gobernador, los miembros de la junta, otros tantos cuerpos presentes, se habían visto privados de toda iniciativa. Sólo él disfrutaba de plenos poderes. El gran hombre estaba jugueteando con esos delincuentes juveniles que ya no eran jóvenes; aun entonces, sin embargo, un hombre y una mujer con apariencia de chiquillos. Especialmente Danae, aunque estaba vestida y maquillada como una matrona respetable. Vilitzer, que ni siquiera en esas circunstancias era un maniquí, daba la espalda a la exhibición oficial —histriónica— del gobernador. El enorme puro apagado que masticaba le retorció los músculos laterales de la boca. Yo no le quitaba el ojo de encima. Quería asegurarme de que Vilitzer no se escapara, de que no desapareciese ante nosotros.

El gobernador Stewart debe haber pedido que volvieran a poner la diapositiva del nilón manchado, porque el vientre garabateado desapareció. Probablemente, los otros expertos forenses tendrían que confirmar la evidencia del primer tipo. Creo que el vientre, con su AMOR, impresionó más al tío que la manchada reliquia de la violación.

—Si el chico le hizo eso después con un vidrio roto, sus amigos tuvieron que sujetarla. Probablemente la amordazaron.

—Supongo que lo harían. —Los ojos del tío estaban inflamados. Si uno va al centro de la ciudad en un día frío cuando hay mucho tráfico y el humo de los coches es denso (en verano se disipa con más rapidez), los ojos escuecen; pero, por supuesto, yo pensaba que los ojos del tío estaban enrojecidos por otras causas. Las ropas le tiraban; llevaba uno de sus *tweeds* de Layamon hecho a medida. Puesto que no había aumentado de peso, tenía que haber otra explicación para sus muslos hinchados y para la expansión de su espalda bajo la chaqueta. Lo que yo llamaba afectuosamente el élitro de un insecto, se había convertido, más bien, en la joroba de un jabalí. La hinchazón histamínica de su cara formaba parte del mismo fenómeno deformante. No sólo desfiguraba sus mejillas, sino que se le metía en los ojos. Conociéndole, hubiese jurado que, para sus adentros, se juzgaba culpable de la más profunda perversión. Y ese AMOR garabateado era el cinismo que peor efecto le causaba. Verdaderamente creo que podía entender lo que sentía y, aproximadamente, era como sigue: Que en aquella audiencia se estaba satirizando al Crimen, al Castigo, a la Justicia, a la Autoridad. Y además, a la Penitencia. Y además, a la Verdad. Si Danae no había mentido en el juicio, estaba mintiendo en la retractación. Así que de una forma u otra, le estaban dando una paliza a la Verdad. Claro que eso ocurre todos los días y hay que ser un botánico clarividente para tener que esperar hasta la mitad de la vida para enterarse. Pero también tenía un ángulo religioso, como por ejemplo: «Aunque vuestros pecados sean rojos como la grana, se volverán blancos como la nieve.» Eso era difícil de aceptar para un hombre como el tío. La joven estaba reconstruyendo su castidad cristiana y reconstituyendo públicamente su virginidad. Y lo que a él le devoraba en esos momentos era su propia complicidad. Estaba involucrado en todo eso por las sensaciones que había tenido mientras veía *Psicosis*, por las atrocidades que su mente había cometido, por el descubrimiento de que probablemente no era el marido ideal para Matilda ni ella la mujer ideal para él. La misma Eternidad le había advertido, utilizando como médium a Alfred Hitchcock, que no se casara con aquella mujer. Lo que no afloraría en ese momento, concluí, era que Danae probablemente se habría estado ahogando con sus medias mientras esos maníacos adolescentes le grababan en el vientre la grotesca palabra AMOR. Así que toma esquizopsicología —parecía ser la única especie que podía observarse— y el tío Benn, elegible hasta entonces para ser descrito como un hombre entrañable, hasta con un buen hombre, asistía a la degradación del AMOR.

El AMOR, la misma esencia del Espíritu Divino y la fuente del calor del Cielo para la humanidad.

Sabía cómo funcionaba su mente y hasta conocía el vocabulario que había aprendido de Lena, su difunta esposa. Aunque había estudiado a Balzac, en sus más profundos intereses, ella estaba tan lejos del mundo moderno como su marido. Cuando uno desciende a la vida moderna puede recibir un buen palo de la verdad. Por otro lado, si rehúsa hacerlo, nunca entenderá nada. No quiero decir que el tío había hecho esfuerzos deliberados por mantenerse por encima y más allá de ella. No, él había entrado en la crisis actual por sus propias fuerzas, que había ocultado su decisión de casarse optando por el ático de los Layamon, por la seda y el raso, por el edredón de plumas de la cama de Matilda, por las alfombras más mullidas que el musgo de los bosques, por la tremenda fuerza de los grifos del baño, por la bañera de remolino, por la gran panorámica de los barrios bajos, como Sodoma y Gomorra el día después. El tío había cortejado su empleo. De todos modos, yo no quería ver su cabeza bajo el hacha del verdugo.

Fue una audiencia condenadamente instructiva.

—¿Votaste en las últimas elecciones? —le dije a Benn.

—Me temo que sí.

Bien, por qué no habría de cumplir un botánico con su deber cívico.

—Y me adelanto a la pregunta que sigue. Sí, voté por el gobernador.

Claro, uno se enfrenta a la máquina en la caseta electoral y no se da cuenta de la fantasmagoría que uno introduce cuando, equiparando el mecanismo con el orden, tira de la palanca.

Pero no era el momento adecuado para las teorías, para la discusión: una de mis más profundas debilidades, más acuciante de lo que puedan suponer (un hábito obsesionante, tal vez hasta destructivo). Tuve que recordarme con violencia por qué había dejado París para vivir en los Estados Unidos. La acción estaba aquí y mi tío era el hombre del que había llegado a aprender lo que se puede hacer en este mundo posthistórico. Y ese modelo había caído ahora en la desesperación, por eso tenía que hacerme violencia para recordar. Pero aún tenía esos poderes distintivos de *ver*. Eso no lo había perdido. Era un individuo auténticamente superior, susceptible, por supuesto, de tener debilidades humanas e incapaz de gobernar sus necesidades sexuales, o, para ser más preciso, sus anhelos de amor; pero aun entonces, yo podía extraer del banco de mi memoria personal esas horas maravillosas en que, bajo su influencia, no sólo respiraban mis pulmones, sino también mi mente. Algunos de sus poderes de *ver* se me habían transmitido. Eso veía. Y se me hacían visibles muchos de los motivos de mi tío. Él había leído el libro del Almirante Byrd y había decidido que no podía aceptar el relato del explorador sobre los tenebrosos rayos X del Antártico de la condición humana, del esqueleto del alma humana. Sería vergonzoso no hacer esfuerzo alguno por derretir el hielo del pecho, rindiendo, simplemente, el corazón, a esas condiciones bajo cero que manifiestamente prevalecen. (Les



recuerdo otra vez la afirmación de Mathew Arnolds diciendo que era, en una tercera parte, de hielo.) Bueno, para no extenderme demasiado, el tío había estado luchando contra la humillación de *no* estar enamorado. Allí había un hombre que *esperaba*, esperaba, por ejemplo, casarse con la mujer que anhelaba su corazón. Puestos a ello, era mejor descongelar dos corazones. De qué sirve un solo corazón descongelado.

Mientras tanto, el gobernador se burlaba claramente de las alegaciones de la resucitada matrona. Tendría que haber nacido cinco veces más para engañar a aquellos técnicos, los personajes forenses que habían logrado un siglo de progreso científico desde los días de Sherlock Holmes y de sus elementales deducciones. El gobernador tenía que considerar cuidadosamente los sentimientos religiosos del público tomando en cuenta que el arrepentimiento de la mujer por haber levantado falso testimonio no podía descartarse. Al público le gustaba el arrepentimiento. No se le podía eliminar fácilmente. Y si el joven Sickel era, en realidad, un violador, debía estar saboreando ese giro de los acontecimientos, libre y además con la propina de la diversión secreta. Vaya timadora de altos vuelos que estaba hecha la damita. Y el gobernador no iba a enviar a Sickel de nuevo a la cárcel. Por el momento, no.

Sickel estaría libre. Disfrutaría de la libertad de la ciudad como todos los demás, ustedes, yo. Como el tío, por eso, cuando le dedicaba su atención. Pocas veces encontraba tiempo para hacerlo. Cuando aún era joven, había encontrado su respuesta a la América urbana, una forma limpia de apartarse de las pesadas cargas del desarrollo social impuestas a su alma en la calle Jefferson. Había dirigido los intereses más profundos de su vida al interior de las plantas. Los poderosos secretos del aire, el suelo, la luz y la propagación estaban escondidos en las hierbas más insignificantes. Así que cambió el bordillo de la acera por los hierbajos y las moreras, por las badanas que crecían en los solares vacíos y en los patios de carga y descarga. Luego, después de algunos años, trató de volver nuevamente de las raíces, las hojas y los tallos, a los afectos humanos. No era tonto. Tampoco era un escapista. Si damos la razón a Dostoyevski cuando decía que nada es más fantástico que la realidad, se deduce que el tío respondía de un modo bastante honroso a la prueba de la realidad-fantasía.

Entonces el gobernador se puso de pie para anunciar ante las cámaras de televisión que la junta se retiraba para empezar sus deliberaciones, así que le alcancé el abrigo al tío y dije:

—Vamos, antes de que Viltzer se nos escurra.

Viltzer no tenía ninguna intención de escurrirse. Parecía esperarnos. Se quedó tras la mesa descansando sobre sus nudillos y destrozando su cigarro frío. Al acercarnos, frunció el ceño. Matilda le había dicho a Benn —él me lo había contado en el desayuno— que el agraviado era él, que no lo olvidase dejando la iniciativa a Harold. Esperaba que Benn tratara de fortalecerse asumiendo la actitud que ella

recomendaba. No fue eso exactamente lo que hizo. Supongo que no se sentía agresivo. No tenía ganas de pelear. Sorprendentemente, su cara tenía una apariencia pacífica, no particularmente conciliadora, sino pacíficamente firme, como si se hubiese decidido por la persuasión moral. En realidad, yo esperaba que se comportase con timidez.

—Venís a hablar conmigo, ¿eh? —Vilitzer se estiró el reloj en forma de cebolla, uno de esos monstruosos artículos de oro de Las Vegas con una correa extensible—. Puedo concederos quince minutos. Ése es el tiempo que voy a tardar en despacharos.

Se adelantó a un ascensor sin damos más explicaciones. Ya saben lo suaves e instantáneas que resultan esas nuevas instalaciones. No se siente la velocidad.

—¿Se ha puesto Fishl en contacto contigo? —dije mientras subíamos.

—Recibí el mensaje completo —contestó Vilitzer mirando recto al frente. No iba a concederme ni la cortesía de una mirada personal. Creo que yo estaba, con mucho, más descombobulado que el tío Benn. Paramos en el piso cincuenta, más o menos, con un *ping* y nos encontramos en un ambiente de transparencias. La mitad del techo de la pequeña sala de reuniones a la que nos había llevado, más que un invernáculo, parecía una frente humana. El Electronic Power se alzaba directamente ante nosotros con sus mástiles gemelos como los cuernos de un yelmo vikingo, era casi tan alto como el edificio Sears de Chicago.

—¿Cómo está tu salud? —preguntó el tío a Vilitzer—. Tengo entendido que sufriste una operación a corazón abierto.

—Tengo fuerzas suficientes —dijo el tío Harold.

Se lo creí. La furia fortalece si está en estado puro, quiero decir, libre de esa inquietante ansiedad que usualmente se incorpora a la ira de las naturalezas débiles.

Harold dijo:

—Una agradable visita de mi sobrino y del hijo de Hilda; ése eres tú, ¿no?

—Soy Kenneth Trachtenberg.

—Claro —dijo—, el hijo del gran conquistador. Es un tipo alto y guapo. Por tu apariencia, podrías emplearte llevando féretros a hombros. No me sentí ofendido. Conceder la superioridad de mi padre en su campo particular era algo que había crecido conmigo. Además, el tío Vilitzer me intrigaba. Supuse que la vejez habría reducido una tercera parte de su estatura. Aun así, luchaba por conservar su posición como el *Big Heat*. Era, verdaderamente, un luchador. Hasta tenía la cara de un boxeador jubilado con las mejillas aplastadas, una nariz sin hueso por romper y ojos hundidos. Allí también se puso tras la mesa descansando en los nudillos al estilo de un barman. No pensaba sentarse. No sólo llevaba su flequillo de *Yo, Claudio* vuelto hacia adentro, sino que el labio superior se le curvaba de un modo similar, nunca se le veía de otra manera, y enseñaba los dientes hasta cuando hablaba. Su bronceado de Florida era engañoso porque, en realidad, no estaba en buen estado de salud.

—Así que te han enviado a torcerme el brazo —dijo Vilitzer.

—¿A quiénes te refieres?

—A tu nuevo suegro y a su amigote, el juez Chetnik.

—El juez también es amigo tuyo —dijo el tío.

Admiré al tío por comportarse de un modo tan razonable. Yo no hubiese podido.

—Amador no es nada.

—Comprendo. Pero tú le hiciste juez, tío. Y en el estrado juzgaba para ti.

—Más le valía. Y tú y tu hermana no teníais por qué demandarme. ¿Sabéis la ganancia que obtuvisteis en esa transacción? Vuestros padres compraron la propiedad por trescientos pavos en efectivo. Yo les avisé del negocio a través del asesor de impuestos. ¿Cómo, si no, se iba a enterar tu padre? Tenía las narices en los libros. Yo os saqué de Jefferson Street cuando os estaban rodeando los indeseables<sup>71</sup>. Al final, tú y tu hermana sacasteis trescientos mil dólares de aquello. Comprasteis un saldo de la Depresión del que yo os di la pista. Bueno, dicen que no hay buena acción que no obtenga su castigo.

—Yo no lo expondría exactamente de esa forma —dijo Benn—. Antes que nada, mi padre dice que pagó setecientos. Además, sería más exacto decir que tú tenías planes para esa esquina desde el principio. Tu situación a cargo de urbanismo y planificación te daba la ventaja de ver el panorama completo y pudiste decidir por qué lado se extendería el distrito del centro. Sólo dejaste que los Crader te reservaran la tierra. Lo que también fue un buen gesto. No niego que te portaste bien.

Estoy seguro de que el tío garantizó a Matilda y a su padre que se mantendría firme ante Vilitzer, lo que significaba, entonces me di cuenta, que lo haría a su modo. Francamente, me sorprendió. Tomando en cuenta el estado en que Benn se encontraba, las peculiaridades somáticas de la constitución del doctor Layamon, el triple parecido de Matilda, el doctor Layamon y Tony Perkins como la abuela asesina, más la nueva queja de que los pechos de su mujer estaban tan ampliamente separados, con Dios sabe qué otras formas de locura marcando el paso en su cabeza, yo no hubiera predicho una estabilidad tan serena ante la furia de Vilitzer. No expresaba hostilidad alguna contra su tío. Y también quiero destacar, antes que se me olvide, que los ojos de extraña forma y color del tío se habían puesto tan grandes como las gafas de un aviador de la época de las cabinas abiertas, reflejando la claridad sin límites.

Vilitzer decía:

—Eres demasiado bueno para pelear. Dejas que tus estúpidos parientes hagan el trabajo sucio y luego apareces a pedir lo *tuyo*. Si tanto te interesasen los millones, habrías salido a buscarlos por ti mismo.

—Pudiste haberte portado mejor con los hijos de tu propia hermana —dijo el tío.

—¿Ves? —dijo Vilitzer dirigiéndose a mí—. Ni siquiera entiende el primer

principio fundamental. Cuando se trata de dinero, no se puede tener piedad. Ahora dime —siguió Vilitzer aún dirigiéndose a mí—, ¿qué tiene que ver con esto mi maldita hermana?

Debo confesar que me produjo una cierta satisfacción comprender que estaba preparado para escuchar un mensaje así: la muerte no tiene piedad y, por tanto, las reglas fundamentales de la conducta tienen que incluir una dureza opuesta y equivalente. De esto se sigue que los lazos de sangre son una mierda. Podrán comprender cómo se reflejaría esto en mi relación con el tío, en la relación del tío conmigo. Contra nosotros se oponía el rechazo de Vilitzer a su hijo, Fishl, cuando los abortos por acupuntura china y sus fogosas tormentas mentales en futuros de ganado y en el tráfico de las opciones hizo necesaria la aplicación de la drástica regla. Las emociones de Fishl hacia su padre eran una prueba más de su ineptitud, de su ignorancia de las condiciones de la existencia.

—Así que te enviaron a amenazarme —dijo el tío Harold—. Lo importante no es lo que tú vas a hacer; por tu cuenta no sabrías dar un paso. Lo que importa es lo que va a hacer la familia Layamon utilizándote de pantalla.

La luz del espectro de la mañana, dispersa por toda la sala de cristal, envolvía esa conversación con el equivalente moderno de la iluminación de una iglesia. El mismo sol, sin la obstrucción habitual que la naturaleza la impone a nivel del suelo, transmitía directamente un mensaje sobre nuestros orígenes humanos. Las señales del astro de nuestra tierra nos rodeaban con hilos radiantes. Teníamos la opción de aperebimos o no de su presencia. A nadie le obligan, por supuesto.

Señalando por encima de su propia cabeza al Electronic Tower, Harold Vilitzer dijo:

—Hice una gran cosa al traer ese rascacielos a esta ciudad. Obtuve un logro para América. Ése es uno de los más altos rascacielos que jamás se han construido. Sin él, esta ciudad seguiría cayéndose en pedazos como el resto del *Rustbelt*. Fijaos en los miles de puestos de trabajo que he creado. Además, convencí a esa compañía multinacional de la estabilidad de esta ciudad. Por derecho, deberían darme una medalla. Pues bien, me cago en las medallas. Me conformaría con que me dejaran en paz. Pero el gobernador no tiene ninguna intención de hacerlo.

—¿Por qué el gobernador? —dije.

—Porque llegó a gobernador por la ruta del gran jurado mandándonos a los políticos a chirona. Su equipo personal, que ahora son socios de las firmas legales más gordas de esta ciudad, han sido fiscales de distrito uno tras otro. Nadie puede imaginar por cuántos flancos me están atacando esos hijos de puta.

—Eso es lo que me dijo Fishl —dije.

—Por una vez ese gilipollas ha dado en el clavo —exclamó su papá—. Está bien, Benno, ¿cuánto quieres? Ya sé que se trata de siete cifras. Quieres que te convierta en millonario.

—Yo no he dicho eso.

—Me has abordado —dijo el tío Harold—. Como si no fuese bastante duro para un viejo enfrentarse a todos esos grandes jurados, quieren procesarme en un tribunal federal con Amador Chetnik. Esos tipos me van a despedazar como a un arenque.

Bien, pude verlo muy claro. Los nuevos chorizos entraban, los chorizos viejos tocaban retirada. En cuatro décadas, Vilitzer había acumulado millones. Sacó una buena tajada de la decadencia de la ciudad. La desplumó. Se había preparado para la vejez. Bay Harbor Island iba a ser su Capri. (Ahora cambio de Claudio a Tiberio.) Pero ahora, las sombras de la cárcel acosaban al octogenario. Y; ¿a quién descubre en las filas de sus enemigos? A su propio sobrino, Benno, el botánico imbécil.

—¿Para qué quieres dos millones? —preguntó Vilitzer.

Yo contesté a mi manera, hablándome con esa claridad que a veces sí me permite sentirme orgulloso de mí mismo: Benn los necesita para pagar por el error de haberse relacionado con los Layamon. Lo que el Roanoke necesitaba era un científico eminente para que abriera la puerta, un prodigio para que lavase los platos. Si de la unión salía algún hijo, toda una autoridad en morfología de las plantas estaría cambiando pañales. El tío tenía vigor suficiente para engendrar hijos. Con todo lo despistada que había sido Caroline Bunge, no estaba tan lejos de eso como para casarse con un inútil. Aunque había pasado por su lado sin reconocerle al llegar él al aeropuerto, lleno de amor, para encontrarse con ella, había gritado «¡Ángel mío!», mientras hacían el amor. El acto sexual era, probablemente, su último punto de contacto con la realidad. Cuando lo perdiese, estaría acabada.

—No querrás contestarme, tío Harold —dijo Benn—, pero, ¿cuánto sacaste de la venta de esa propiedad?

—¿Crees que voy a hablar de eso con un hombre como tú? —dijo Vilitzer.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes nada de nada. —Furioso como estaba, hablaba también como un hombre orgulloso de haberse dedicado al alto servicio del dinero, por lo que hablar de propiedades y de cálculos intrincados con el tío le parecía degradante. ¿Podía, Benn, entender un balance? ¿Comprendía cuánto costaba desmontar a los otros miembros de la junta de urbanismo? Deben tener en cuenta que el tío se había alistado durante la Segunda Guerra Mundial por amor a su país. Sí y que hubiese arrasado con sus contactos en el economato militar y sus negocios con excedentes del Ejército no suponía contradicción alguna, puesto que América y la Economía eran casi idénticas. La pregunta del tío era más que tonta, era virtualmente subnormal. ¡Como si Vilitzer fuese a mencionar una cifra! Y de todos modos, si lo hiciera, sería rebajándola en diez millones. Semejante ineptitud en Benn, aislada del resto de los hechos, podría parecer el último grado de alienación de sus congéneres. Y los otros hechos, los hechos de las fuerzas de Benn en el reino de la naturaleza, no podían ser apreciados por un hombre como Vilitzer. En cuanto a mí, no hubiese podido entender todo eso tan rápidamente, con tanta naturalidad, si yo mismo no

hubiese tenido talento para los negocios. Esa velocidad de comprensión era una experiencia emocionante. Por otro lado, sin embargo, también me desconcertaba. Que comprendiese aquello con tanta facilidad era una especie de traición a la vida superior. Pero de todos modos, no había manera de comprender a América sin esos talentos, y para qué dar vueltas con lo de América y la comprensión si faltaba la aptitud. Y tengo una especie de obsesión con lo de ser moderno. De otro modo, bien podía haber estado cavilando sobre la Gran Muralla China.

—De todos modos, no hay trato —dijo Vilitzer—. Contigo, no, de ninguna manera, y tampoco con el doctor Layamon que está tan ocupado intrigando que no sé cómo encuentra tiempo para tratar a sus pacientes.

—Creí que podríamos arreglar esto tranquilamente entre nosotros sin melodrama —dijo el tío Benn.

—Contigo no negociaría absolutamente nada —dijo Vilitzer—. No sería definitivo. Tú no eres dueño de ti mismo. Te están utilizando para golpearme. Por lo que a mí respecta, no hay nada que arreglar.

—Bueno, si nos dices a Hilda y a mí el precio justo de esa tierra...

Ahora no hacíamos otra cosa que dar vueltas en círculo, pensé. El viejo se moriría antes que soltar un sólo billete de los ochenta millones que había sacado. En vez de una estructura ética, tenía unas cuantas ideas sobre el honor que en parte se originaban en el Aparato —la política del gobierno local— y en parte en la Mafia, y en parte en indios y vaqueros.

—Aún puedo dar una buena pelea —dijo—. Hombres más grandes que Layamon y Chetnik han ido a por mí. Si me asustase con facilidad, hace años que estaría muerto. Los otros tipos, y ya sabéis a los que me refiero, hablo desde el mismo gobernador y sus chicos hasta lo más alto del Departamento de Justicia, han intervenido mis negocios desde hace mucho tiempo. Ha sido una investigación tras otra y una auditoría de mis impuestos desde el año uno. Todo son nuevas especies de amenazas, nuevas formas de aplicar presiones, hasta nuevos tipos de enfermedades. Todo son secuestros, rehenes, rescates y terror. No hay que ir a Beirut; se puede encontrar aquí mismo, donde los organizadores listos se lo hacen a las corporaciones y a las cadenas de televisión montando boicots y toda clase de mierdas, y llega hasta la Casa Blanca, que trata con esos árabes que están secuestrando ciudadanos americanos a diestra y siniestra. Quiero decirte, Benno, que en eso es en lo que ahora estás metido: en chantaje.

Estaba impresionado por el viejo. Aquello no era sólo una pataleta. Era análisis e interpretación.

—Ahora os voy a decir algo —gritó Vilitzer—. Muchas veces me han puesto de espaldas contra la cruz y tengo el culo lleno de astillas, pero no me han clavado todavía.

Entonces trató de pegarle al tío Benn. Le lanzó un puñetazo. Yo me interpose y controlé al viejo. Cuando le cogí, le sentí tan ligero como una caja plástica de

huevos vacía. No le quedaba ni un solo huevo. No podía tener mucha expectativa de vida, aunque el corazón continuaba golpeando. Había un marcapasos en su pecho. Eso lo registraron mis brazos mientras le tenía cogido, lo que sólo duró un breve instante, pero lo suficientemente largo como para que Fishl lo viera cuando entró por la puerta. El momento estaba hecho para él. Pero antes de que pudiese decir:

—¿Qué pasa aquí? —Vilitzer le gritó—: ¿Quién coño te ha dicho que vengas?

—Pero papá, he venido a ofrecer...

—Cállate —dijo su padre—. Tengo una reunión con el gobernador. Entonces salió arrastrando los pies —bamboleándose—, y nosotros nos quedamos en silencio. El tío estaba demasiado alterado para hablar; tenía la parte superior del cuerpo inmovilizada como si estuviese conteniendo la respiración. Fishl estaba en silencio porque le habían arrebatado sus esperanzas emocionales. Había corrido para salvar a su viejo y reconciliarse con él. Y puesto que yo no era uno de los protagonistas, hubiese estado fuera de lugar que hablase. No sé cuál de los disparos del viejo Vilitzer había alcanzado y herido más al tío. Tal vez: «¿Para qué quieres esos dos millones de dólares?» Eso debe haber sido lo más doloroso. Caes sobre el hermano de tu madre muerta con la exigencia de dos millones de pavos. ¿Para qué? Y la exigencia ni siquiera es tuya. Estás dando la cara por otra persona. Como riguroso clarividente de las plantas, ¿necesitas toda esa pasta? Y especialmente si estudias organismos tan humildes como los líquenes que obtienen su subsistencia de las rocas desnudas, de las corrientes de aire, de los intervalos de sol. Y ése era sólo el principio de la interpretación emocional —el *rendue émotif*— del sufrimiento del deseo, la peculiar prueba del destino preparada para todos nosotros.

Fishl, dominado aún por el ideal empresarial, tuvo que recobrar su empresarial autocontrol e hizo mayor esfuerzo por controlar sus sentimientos que el tío. Se reorganizó rápidamente y empezó a ser él mismo otra vez. Creo que ya he dicho que tenía una apariencia suave y tranquila. La imagen preferida, la que proyectaba de forma habitual, era de una compostura serena. Tenía una frente lisa. Cuando la arrugaba, no lo hacía porque estuviese perplejo, sino porque lo estaba su interlocutor. Cuando le preguntaron a Herbert Spencer cómo era que no tenía arrugas en la frente después de tantos años de pensar, contestó que nunca había estado perplejo por un problema durante mucho tiempo. Fishl tenía el mismo estilo de respuestas.

—Quieres decirme —me dijo—, ¿por qué estabas forcejeando con papá?

—Yo no estaba forcejeando, sólo estaba conteniendo. —Y luego, tras haber aprendido que en la actitud empresarial uno toma el mando formulando las preguntas, añadí—: ¿Por qué iba a forcejear con él? ¿Un octogenario que ha sufrido una operación a corazón abierto? Tuve que evitar que le diese un puñetazo a Benn.

—¿Quieres decir que trató de pegarle a Benn?

—Quería darle un puñetazo.

—¿No os advertí que no hicierais esto, que me dieseis tiempo para prepararle?  
—El asunto no podía esperar—. De todos modos habríais estado mejor aconsejados  
—dijo Fishl en tono de debate parlamentario. Considerando los resultados. ¿O a lo mejor pensasteis que asociaros conmigo perjudicaría vuestra causa? Os pedí que no hicierais el tonto con él. Un pobre viejo con los días contados.

—Sí, claro que lo es —dije—, pero aun así no soporta que le irriten y estaba furioso desde el principio.

—Porque estáis vinculados a sus peores enemigos.

—De todos modos se le echó encima al tío Benn.

Mis brazos aún conservaban una memoria sensorial de la levedad de Vilitzer. No era ni siquiera una estructura de arcilla; era mimbre, plástico poroso. Sólo el marcapasos que llevaba bajo su camisa tenía algún peso. Aun así, no pensaba renunciar a un solo billete, como Miguel Ángel, débil y enfermo, no había querido bajar del andamio sixtino.

—Bueno, me voy a esperar junto al despacho mientras el gobernador dice a la junta lo que tiene que hacer. Ése sí que sabe exactamente cómo se trabaja. Ahora, dejad a mi padre en paz, ¿queréis? Os culpo a vosotros de haberle puesto en ese estado. Es peligroso. Y hay tanta gente echándosele encima. Voy a decirte una cosa, primo Benno, tendría una mejor opinión de ti si hubieses ido a por él por tu propia iniciativa, no por las instrucciones de personas ajenas.

Benn aceptó aquello en silencio. Matilda, la belleza espectacular de Parrish Place, no era una persona ajena, y si uno no hacía todo lo humanamente posible por complacer a una mujer en las primeras semanas de matrimonio, mejor se hubiera quedado soltero.

—Si tu viejo no estuviese aún liando y mandando —dije—, tendrías una mayor justificación. Pero aún intriga y negocia a toda velocidad, y lo que Benn hizo al tratar de hablar con él, era razonable.

—Si podéis satisfacer vuestra conciencia, os felicito.

Habíamos estropeado la gran oportunidad de Fishl y estaba resentido y apesadumbrado. No podía soportar que el viejo muriera antes de que se hubiesen reconciliado. En eso yo lo comprendía: era una fantasía filial que yo podía compartir totalmente y deseaba que se lograra.

—Sólo yo, el jodido hijo pródigo, comprendo al viejo bastardo.

Fishl no dijo nada más. Tenía que marcharse. El gobernador no iba a perder mucho tiempo con la junta. ¿Cómo iba Fishl a proceder con su padre?

Cuando se hubo marchado, el tío cerró los ojos y soltó un largo suspiro. Yo dije:

—Me pregunto si había algo correcto que hacer.

—¿Quieres decir que no había forma posible de ganar?

—A uno no le gusta pasar por imbécil.

—¿Qué línea de conducta piensas adoptar en Parrish Place?



Se encogió de hombros.

—No quiero adoptar ninguna línea. No me gustaría que procesaran a Harold. A ti, ¿sí?

—Eso tiene poco que ver con nosotros, le procesarán de todos modos.

—Debí haber dicho, ¿te gustaría ser parte en el asunto? Así que preguntas qué voy a hacer en Parrish Place. No habrá más discusiones con el doctor; Matilda y yo arreglaremos esto entre nosotros. Sólo entre marido y mujer.

—¿Te importaría predecir cuál será su reacción?

Sí que le importaba. Su mirada era atípicamente neutral.

—Tenemos que irnos a Brasil pasado mañana.

¿Creía que marchándose resolvería sus problemas? ¿Qué haría el doctor Layamon en su nombre cuando se hubiese ido? ¿Qué decidiría el juez Amador Chetnik? Implicando a Vilitzer, Chetnik recortaría su sentencia en más de diez años.

—¿Crees que Matilda sería capaz de aceptar una alternativa, renunciar al Roanoke?

—Parece que hubieses decidido de antemano que Matilda es una persona inflexible —dijo el tío.

Lo extraño es que no culpaba a Matilda. Su propia manía de criticar, no obstante los secretos que había confesado —primero sus hombros, luego sus pechos (lo siguiente podría ser la curva interior de sus muslos o, más embarazoso, una objeción directamente sexual)—, no se traducían en fallos de carácter. Ella aún era su *belleza*. En eso nunca vacilaba. Tampoco criticaba su conducta. No decía: «Ella no debió haberme puesto contra el tío Harold.» Así que imaginé que la enormidad de sus fantasías (miedo a meterse en la cama con ella la noche de los Berkshires porque podría estrangularla mientras dormía) le obligaban a condescender. Era ciego a las ofensas de los demás, no podía penetrar en el daño que ellos le hacían y no podía hacerlo porque estaba atabalado examinándose, interrogándose, fichándose y tomándose las huellas digitales a sí mismo. Nunca tuvo una palabra poco amable contra las Della Bedells, las Rajashwaris de la India, las Caroline Bunges. Era él quien tenía intenciones criminales. Así que le estaba pagando a Matilda porque la había agraviado mentalmente. Había que consentirle el Roanoke con sus veinte inmensas habitaciones. Probablemente, él aún necesitaría más espacio para su mala conciencia. Si le sobreviniera el pensamiento de matarla o cualquier otra chifladura, podría superarlo caminando sin tener que abandonar la casa. «Encerradme. No estoy en condiciones de estar suelto. No estoy destinado a ser libre.»

Ahora pienso que fui demasiado duro con él. Pero lo estoy contando como ocurrió.

De camino a casa en el invernáculo del autobús, imaginé dos empeños separados: Fishl con su padre y Benn con Matilda. No había muchas probabilidades de que Fishl hiciera las paces con Vilitzer y nunca supe si Harold le dio a su hijo la

oportunidad de pronunciar su declaración emotiva. Lo que sí sé es que Harold volvió a Bay Harbor Island (Miami Beach) en cuanto el gobernador acabó con la junta, y que Fishl le siguió. Estoy mejor informado de la conversación que Benn sostuvo con Matilda. Más tarde, aquel mismo día, me llamó por teléfono y me la contó. Afortunadamente, el doctor se había ido a su club. Las tardes de los sábados, cuando hacía demasiado frío para jugar al golf, jugaba al rummy. Necesitaba compañía masculina, apostaba fuerte y recogía información política esencial en la tétrica sala de juego.

—Ella y yo comimos juntos —dijo Benn—. Jo tenía que hacer en su despacho, el cuarto de la azalea. Así que nos tomamos el *sandwich* en el *office*.

El tío no solía comer mucho, y ese día tenía el estómago alterado. El efecto de la audiencia en el centro fue como el del show de *strip-tease* en Kyoto. Sexo punzante, se le podría llamar, excitación abstracta, literalidad enloquecedora cuando las chicas invitaban al público a mirar en sus más recónditos secretos. Entonces el tío se volvió a la monogamia y a la domesticidad buscando protección. Así que ahora su mujer le servía un *sandwich* de pechuga de pavo con tostadas de pan blanco. La salsa rusa que había pedido no consiguió que la carne estuviese menos seca. Algunas veces se veía afectado por un esófago retrógrado —globo histérico, dificultad al tragar. ¿Y eso en una cocina tan elegante con ollas de cobre brillando en sus ganchos, con el mostrador fregado, con todo dispuesto para pasar una inspección de Annapolis<sup>72</sup>. Bueno, también estaba el Electronic Power surgiendo de una niebla de invierno impregnada de sol y sus enormes mástiles como un diapasón. El tío podía ver el lugar donde había pasado algunos de los mejores años de su vida, donde empezó a madurar como botánico, donde sufrió el mal de amor por la hija del sastre —sentimentalmente, la época no le impresionaba mucho. Creo que estoy fabricando esa impresión por él, inducido por la garganta seca de la que me habló y su dificultad para comer y tragar. No se le hacían esas exigencias en la época en que los mirlos acudían a comer las moras blancas en el patio fangoso. Entonces era un estudiante sin posesiones. Ahora «tenía» algo y había expectativas, requerimientos. Tenía una esposa. Su esposa tenía una familia. Ellos iban a «cuidarse» de él. Matilda, para ser perfectamente justos, tenía que actuar por él allí donde él era incapaz de actuar por sí mismo. Del modo en que ella, tal vez, lo veía, él necesitaba que se hicieran ciertas cosas y ella las estaba haciendo. Él se había casado con una mujer elegante y no podía esperar que aceptase una vida gris. Él nunca había dicho claro que no quería que Viltzer le diese dos, o tres millones o que le restituyese. Supongo que ella entendía que entre ambos existía una sociedad afectuosa y que él se había casado con ella no sólo por su belleza, sino también por sus talentos, uno de los cuales era la facultad para dirigir. Hacía lo que debía hacer, cumplía con lo que veía como su deber. Más tarde me dijo que comprendía perfectamente cuánto le afectó a él enfrentarse a Viltzer en el centro. Le dio la bienvenida en casa con un

vestido rojo que a él le gustaba, un modelito muy elegante con un cuello tipo ruso. No era exactamente rojo, sino de un color de *persimmon*<sup>73</sup> maduro, un naranja rojizo, con bolsillos sesgados, un brazalete de coral a juego y unos pendientes labrados. Pidió a su madre que estuviera ocupada y que se negase a comer. — También me arreglé el pelo como a él le gustaba. Pensaba que una mujer debía enseñar la nuca y no le gustaba que el pelo cayera en melena al estilo de una colegiala, lo que él llamaba el efecto de Alicia en el País de las Maravillas. Tu tío exigía cosas muy especiales. Todo tenía que ser de una manera específica. En las relaciones sexuales también.

—¿Podrías darme un ejemplo?

—No debería. Una cosa, no le gustaba el aliento con olor a cigarrillos ni a whisky.

—¿Era remilgado...?

—No tienes idea de la cantidad de condiciones que había que cumplir. En caso de que tengas dudas, yo me lo tomaba con buen humor.

—La gente habla de ciertas cosas con entera libertad hoy en día. Gracias a Dios que ha pasado la antigua reserva. Piensa en tu amiga, Marguerite Duras. Puestos a ello, el Marqués de Sade —dije.

—No, nada exótico. Tu tío, no. No me malinterpretes. Nada perverso. Sólo una especie de obsesión para los detalles. Le gustaban las blusas de volantes.

Lo que yo anhelaba saber era hasta qué punto se tomaba ella en serio al tío. Cuánto pesaba él para ella, cuánto creía en él. Se negó a revelármelo. Se me permitió inferir que el tío le pedía que se pusiera una blusa de volantes cuando hacían el amor. También que tenía preferencia por los pies de la cama y por una esquina del colchón. Yo tenía muy poco interés en detalles de ese tipo. Como es evidente a estas alturas, tengo debilidad por los asuntos de gran envergadura. El significado del amor humano. El sacrificio del egoísmo por la salvación de la individualidad. Como Soloviev y mis otros queridos rusos. El egoísta que se valora tan alto y se otorga trascendencia absoluta está, en cierto sentido, en lo correcto, porque todo ser humano, como centro de poderes vitales y como posibilidad de perfección infinita, es capaz de poseer trascendencia y valor absolutos, y uno no puede valorarse demasiado a sí mismo. Pero, es injusto y vil negar trascendencia a los demás. Así que, qué me importaba a mí si el tío arrastraba a su señora a los pies de la cama para disfrutarla si las relaciones sexuales representan el amor *par excellence* cuando tienen unos fundamentos auténticos. Pero eso no tiene importancia.

En esa época, mucho después de los acontecimientos que acabo de describir, Matilda trataba de sacarme información y hablaba con cierta franqueza para inducirme a las confidencias. Aficionada a la refinada y avanzada literatura francesa, tenía conocimientos, al menos libresco, de la jodienda caprichosa. No hay que decir que nunca he visto a mi tío a sus anchas en una habitación (¡eso hubiese sido algo

digno de verse!), pero se podría apostar sin riesgo a que las prácticas sexuales foráneas le habrían confundido. Tampoco creo que Matilda esperase una conducta así en su vida matrimonial, aunque el doctor le había dicho a Benn cosas provocativas sobre las fantasías eróticas de la generación más joven citando el culto de Manson: drogas, copulación y asesinato una pesadilla para un padre y para un marido también. Al decir que un padre se subía por las paredes imaginando lo que habría hecho la hija a quien tan cuidadosamente habían educado, lo que el doctor pretendía era fastidiar a Benn. Pero eso era puro diabolismo de clase media y una forma de arribismo social, en el aspecto emotivo: puesto que Layamon no era un César Augusto, su hija no era una Julia, no había imperio alguno, sólo una cartera de acciones, y, en cuanto a Matilda, la vida con Benn en el Roanoke no era un destierro. De todos modos, la brujería psicológica del viejo no tuvo efecto alguno. Simplemente, no coló. Benn se veía a sí mismo como el trotamundos cansado de los caminos del poema de Poe. Ésta era su obsesión. Matilda quería convertirse en una tía dura del mundo de la bolsa, pero también quería estar cómodamente casada con un prestigioso profesor y viviendo por todo lo alto en el Roanoke donde —tratándose de una señora que hablaba con fluidez un francés de actualidad— podría tener algo cercano a un salón, aun en una ciudad vulgar como ésta. Últimamente, había hecho un culto del sueño profundo, y para eso, el Roanoke ofrecía el escenario perfecto.

Esto establecerá la órbita, definirá otra vez nuestros límites. Temo constantemente que se deslicen. Benn me llamó varias veces para hablar de su conversación en el *office* y el *sandwich* de pavo. Por más cerveza que tomara, me dijo, seguía teniendo la boca seca. Por el teléfono sonaba muy confuso —conversación delirante, un torbellino de palabras, mención incoherente de Charles Adams. Después de cada llamada, volvía a marcar porque se había dejado algo. También ese fin de semana —así son las malas rachas— volvieron a surgir mis propios problemas con Treckie. El investigador privado que la señora Sterling tenía en Seattle le había dado nuevos informes que resultaban preocupantes. Treckie se casaba con el vendedor de *snowmobiles*. Y eso no era todo. Puesto que los *snowmobiles* eran un artículo de temporada, ella y su futuro planeaban entrar en el negocio de los encantos. Iban a operar desde una base en Puget Sound y hacer el circuito de los encantos en una furgoneta, en una *roulotte* o en una tienda de campaña. La pequeña Nancy viajaría con ellos, naturalmente, aunque me ofrecían la opción de llevármela conmigo durante el verano, cuando Treckie estaría más ocupada. La señora Sterling, que llamaba desde el aeropuerto, adoptó un tono cortante.

—Tú querías tergiversar.

¡Buena palabreja para una mujer ofendida!

—Éste es el momento en que necesitas ayuda.

Quería decir la ayuda de una mujer. Claro, pero a qué precio. Vayas a donde vayas, hay costos, costos y más costos. A estas alturas, hasta los mismos ángeles

registradores tendrán que ser contables de costos para comprender lo que están registrando. Cásate con la abuela de tu hijita y se acabarán tus problemas.

—¿Qué vas a hacer ahora si es que vas a hacer algo? —dijo Tanya Sterling con cierto sarcasmo.

¿Hacer? Tendría que volar a Seattle. Volar, cinco mil millas de viaje aéreo, suponía, de por sí, hacer algo y tal vez constituía la parte principal del esfuerzo. Cuán efectivo sería yo en tierra, era algo que nadie podía adivinar. Con todo, podría tomar un avión temprano en la mañana y estar de regreso a medianoche. El tío y Matilda estarían haciendo las maletas para Brasil. Antes de una larga ausencia, el tío Benn siempre revisaba el testamento con su abogado. Invariablemente se presentaban nuevos codicilos de última hora. Benn estaría, sin duda, muy ocupado. Además no debo asumir que la urgencia de Tanya Sterling fuese realista. Las personas imperiosas te extienden a menudo un horario y mientras más chiflados están, más perentorias son sus órdenes. Bueno, aquél no era el mejor día para dejar la ciudad. También me necesitaban aquí. Hasta se me ocurrió que en Brasil podían pasar cosas terribles. Con una crisis persistente y que se iba agudizando, Benn no tenía a nadie con quien hablar, ¿cómo iba a arreglárselas sin mí? Le pedí a Tanya Sterling que me diera el nombre de su detective privado en Seattle. Se resistió. A él le parecía antiético, dijo.

—No es antiético si yo le pago. Sería mejor un contacto directo. Ahora tengo información de segunda mano —expliqué—. Me dijo que aquello le resultaba desagradable, pero al final me dio el número del tipo. Así vería por sí mismo lo sincera que había sido conmigo. Me dijo que me había tomado por una persona más confiada.

Pido disculpas por estos incisos. Tengo que contar la historia tal como ocurrió. Después de todo, yo participé en ella. Tal vez estoy distraído porque tengo que hacer un auténtico esfuerzo por volver a Matilda y a Benn en el *office*. Pues bien, ahí están, con la vista del Electronic Tower. No deben pensar que siempre resultaba un objeto opresivo. Los rascacielos, como todos reconocemos, también expresan una aspiración hacia la libertad, un deseo de superación. Pueden estar llenos de empresas abominables, pero transmiten una idea de trascendencia. Tal vez nos engañan o traicionan nuestras esperanzas por una analogía errónea.

De todos modos, la pareja habla, discute sobre el tío Vilitzer. Matilda trata de portarse bien con el tío mientras él, conmovido por el envejecimiento del tío Vilitzer —y por la desintegración de las funciones humanas ilustrada en la audiencia del caso Cusper— trata de decirle cómo le ha afectado. Bueno, Matilda tenía que ser paciente. Es difícil preocuparse por cosas así y más difícil todavía que se le exija a uno el esfuerzo de preocuparse por ellas. Oímos que han muerto cientos de personas, luego que han muerto miles. Pues bien, ¿cuál es la medida de nuestra reacción a ese incremento? ¿Cuánto más nos afectan los números más altos? ¿Es que mil son diez

veces peor que cien o es que replegamos nuestros sentimientos por completo una vez que algunas personas han caído en el abismo? Nada se puede hacer por ellos —los muertos, muertos están. Debemos concentrarnos totalmente en los vivos. Y no es que con estos últimos lo hagamos muy bien. Así que al oír hablar del pobre Vilitzer, Matilda sacó las muestras de su compasión y se las extendió a Benn en el momento adecuado. Acabemos de una vez.

—Cariño, es horrible, verdaderamente, pero, ¿qué puedes hacer?

—¿Es necesario que le quitemos ese dinero?

—¿Necesario? Pero si tu propiedad valía quince millones y apenas te dio unos cuantos miles. Fue una injusticia. Fue una maldita injusticia.

—Sí, pero él vivió para el dinero. Se entregó a sí mismo al dinero. Yo no.

—El que toma la espada, como tú mismo dices —le recordó Matilda.

—Pero, ¿por qué he de morir yo por su espada? ¿No podríamos vivir perfectamente bien sin esa pasta?

—Es una posibilidad teórica —dijo Matilda aparentando reflexionar.

—No tiene por qué ser en el Roanoke. Es un lugar estupendo, sí. Pero vale medio millón de dólares, tal vez setecientos mil. Con ese dinero podríamos vivir en otra parte por todo lo alto.

—Como procedes de la ciencia, no ves el asunto como lo vería alguien como yo. Soy yo la que será juzgada por nuestra dirección, por el gusto de la decoración y por la clase de diversión que ofrezca. Serás mucho más feliz si yo siento que se alcanzan mis niveles.

—Podríamos pedirle un préstamo al doctor con el Roanoke de garantía.

—Tampoco quiero perder en ese frente. Necesito ser independiente de papá y mamá.

Le hablaba al tío en un tono afectuoso; se mantenía muy erguida, con una postura muy elegante, fumando sus cigarrillos, pero con la suficiente consideración como para mantener el cenicero a sotavento, consciente, en apariencia, de que el olor tenía sobre él un efecto ligeramente depresor.

—Hay algo en estas discusiones de dinero —dijo Benn—. Hacer dinero despierta a la gente; los despierta más que cualquier otra cosa. Luego, cuando lo tienen, gastarlo es como un sueño.

—¡Ja! —dijo Matilda—. Si eso se aplica al presupuesto nacional, cuando se gastan todos esos billones, la luz mental tiene que estar apagada. El asunto tiene un aspecto fantástico, ¿no es cierto? —Miró al techo deleitándose en lo que acababa de decir y echando el humo hacia arriba.

—¿Qué más puedo hacer con el tío Vilitzer?

—Hiciste todo lo que esperaba que hicieses. No esperaba que se rindiera.

—Y, ¿mientras estamos en Brasil?

—El Departamento de Justicia seguirá con el caso de todos modos. Eso no ha dependido en ningún momento de nosotros. Vilitzer podía haber fortalecido su

posición manteniendo a Amador Chetnik fuera del asunto. No debía haberse peleado con él, debía haberlo sobornado.

—No entiendo por qué ese torpe canalla con cara de buey tenía que celebrar la ceremonia.

—Ah, eso fue asunto de papá. Quería al juez para dar más realce al acontecimiento.

—Están pasando cosas a mis espaldas —dijo Benn—. Tengo una sensación horrible... Además, nunca he dejado mi trabajo durante tanto tiempo.

—En Brasil podrás volver a tu profesión.

—¿Qué? ¿Dando conferencias por todo el país? Y cuando volvamos, tendremos que decorar el Roanoke. Tendremos que instalarnos...

—Bueno —dijo Matilda con frialdad—, deberías dar una mayor inmediatez a tu vida. Así vive la mayor parte de la gente inmersa en los acontecimientos cotidianos de aquí y ahora. No digo que debas adaptarte. Parte de tu encanto consiste en que no te adaptas. Pero la mujer que amas tiene una cierta inclinación a vivir el momento, y si quieres comprenderla... Y si la amas, querrás comprenderla...

¡Claro!, pensó el tío —y se acordó de decírmelo. Si uno se empeña en casarse con una belleza, tiene que esperar dificultades. Sólo los valientes merecen a los hermosos. Llámese a la dificultad comprensión o llámesele hacer lo que ella espera que uno haga. Hágase ahora un balance o sumario. Uno tiene anhelos, se los provoca el Eros masculino; tomas el camino sexual y te lleva a la lujuria; la lujuria desemboca en la demencia, un mundo de locura corre hacia ti a toda pastilla. Una película vil te hace descubrir a fondo todo eso y lo siguiente que descubres es que eres tan grotesco como los otros locos. De pronto sus hombros pesan sobre ti como los Andes, no puedes coger sus dos pechos con una mano porque los tiene muy separados. Si ella tiene disgustos análogos, nunca lo sabrás. Si tus genitales la satisfacen o si decide establecerse con prudencia y pasar por alto asuntos de tan poca importancia por el bien de su matrimonio. Y finalmente, acosas a tu tío octogenario.

El tío me dijo:

—Estas proyecciones de un plan de vida, cuando la mujer las hace a sangre fría, lo dejan a uno cagado. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. ¿Le dijiste que no seguirías presionando a Vilitzer?

—Claro que se lo dije. Pero ella contestó: «La razón por la que quise que fueras a verle es que Kolisko, el fiscal federal, acaba de obtener su procesamiento de todos modos.»

—Así que, a lo mejor, Amador Chetnik ya ha testificado ante el gran jurado. Supón que el tío Vilitzer lo supiera.

—Bendito seas, Kenneth. Eso jamás se me habría ocurrido.

No pude comprender por qué tenía que bendecirme por una reflexión ordinaria. Lo que tal vez quería decir era que yo estaba a su lado y que él estaba apretando mi

mano a través del teléfono. Así lo interpreté.

Aquel día recibí otras llamadas nerviosas de seguimiento. También tuve noticias de Fishl Viltzer, que tenía intención de seguir a su padre a Miami Beach.

—El viejo está enfermo —me dijo.

—¿Le has visto?

—No me dejan hablar con él, pero algo está pasando allí. ¿Qué clase de jugada le hicisteis?

—Oye, Fishl, no nos trates como si fuéramos los malos de la película. ¿Tan enfermo está?

—Muy enfermo. No puedo soportar la idea de su muerte. Me destroza.

Después de todo, lo mejor de Fishl era la piedad filial. Hasta su mala conducta era causada por el deseo de distinguirse de sus hermanos con sus corazones congelados de Birds Eye; un intento de continuar la carrera de su padre, un ofrecimiento sincero. Pero su padre no había deseado un sucesor, no le interesaban los intentos ni los ofrecimientos. Debe haber preferido la respetabilidad en sus hijos. Ellos tenían que limpiar su dinero malhabido.

Fishl dijo que me mantendría al tanto desde Miami, sólo que tendría que aceptar el cargo de la llamada, estaba escaso de fondos. Dije:

—Sí, tenme al corriente. —Se me ocurrió que Fishl no tenía nadie en el mundo a quien recurrir. En cuestiones emocionales, yo era su único contacto.

Aquella noche, dormí mal. A las tres de la mañana me rendí al insomnio y me levanté. Todos los problemas combinados era más de lo que podía echar a un lado. Estaba calentándome un chocolate con sabor a ron en el hornillo eléctrico cuando sonó el teléfono.

—¿Te desperté? —dijo el tío.

—No estaba durmiendo. ¿Qué hay de nuevo?

—La turbulencia está fuera de control.

—¿Dónde estás ahora?

—En la lavandería otra vez. Hacia la media noche, Fishl me llamó para decirme que no sabía cuánto más podría durar el tío Harold. Está en lista de espera en el aeropuerto, no puede pagarse el pasaje de ida y vuelta a Florida. Frenético. Como si todo fuese culpa mía.

—Ya, es inquietante —observé—. No tiene que ser cierto para que haga daño.

—Hay desorientación por todas partes —dijo el tío. Había más emoción en su voz de la que podía atribuirse a las noticias de Fishl—. He entrado en una clase de vida que no he sido capaz de controlar. Sentía que, hasta pensar en ello estaba mal. Debería ser capaz de mantenerme a flote en cualquier clase de agua. Me dijiste que me había arruinado a mí mismo con este matrimonio y me indigné: «Dije: ¿Pero qué dices? Ella es una belleza. Y tiene tantas dificultades...»

—Luego lo modificaste. Dijiste que si alguien te pegaba en la cabeza con un martillo, verías diez Matildas y que amabas a una de ellas. La pregunta natural es:



¿A cuál?

—Eso era sólo una metáfora —dijo el tío. Tenía razón al decirme que no deberían responsabilizar a nadie por una figura retórica—. Fui advertido en la película de que no me casara. Fue un pecado desobedecer la advertencia. Pero un hombre como yo, educado en la ciencia, no puede dejarse llevar por la revelación. No se puede ser racional y estar de acuerdo con el pecado al mismo tiempo.

—¡Ay, tío!, eso fue lo absurdo. No tuviste valor para escapar. No eres un tipo racional en absoluto.

—Sí, eso dices a menudo. Bueno, estamos en medio de la noche y no hay nadie en esto más que tú y yo. Así que dime...

—No hay nada racional en el modo en que ves las cosas. Otros no ven lo que tú ves. No tenías por qué defenderte de lo que veías en las plantas.

—Una especie de infantilismo —dijo el tío—. Cuando se es un niño, se posee un mundo interior de satén...

—Supongo que la madurez avanzada era una amenaza. El satén se desgasta. Se mancha.

—El tener que ser falso para salir adelante. Cuestión de supervivencia —dijo el tío. Y más preguntando que afirmando—: Sí que tienes don para decirme lo que más necesito escuchar, Kenneth.

No podía imaginar qué se proponía en la lavandería hablando sin parar a las tres de la madrugada, una hora que a menudo se relaciona con la noche oscura del alma. Por el tono de su voz, estaba en algún lugar más allá de la agitación que me resultaba familiar. Se estaba forzando a decirme algo de la más insólita importancia. Quería que le recordase que era un visionario de las plantas sujeto a trances inspirados por ellas. Y algunas veces había preguntado, con un cierto misterio, ¿qué pasaría si tuviese el mismo talento con la gente? Puede que lo tuviese, pero que hubiese decidido en secreto cortarlo, porque uno no puede controlar lo que ve cuando no sólo se ve el fenómeno, sino la fuerza que lo causa. Después de todo, uno no tiene que defenderse de los líquenes.

—Bueno, dime, tío Benn. ¿Qué está pasando?

—Te lo diré. Para eso te he llamado. Estoy aturdido. Si no, no te hubiese despertado. Me impresionó la llamada de Fishl. Me alegré de que no hubiese despertado a la familia, pero no pude volver a la cama y me puse a vagar por el dúplex. En muchas ocasiones, cuando me encuentro así de mal, la azalea del gabinete de Jo me ha fortalecido.

—La que está en territorio prohibido.

—Fui a la puerta holandesa y metí la mano buscando el interruptor de la luz. En ese momento, realmente necesitaba el contacto con una planta. No voy a hablar de la naturaleza de ese deseo. Tiene algo que ver con el hecho de estar vivo. Dejémoslo. Esa vez quité el cerrojo y entré para acercarme al arbusto. Algunas veces me había

pasado por la cabeza el hecho de que nunca se le caían las flores. Lo achaqué al cuidado de mi suegra porque es un ama de casa immaculada. Y entonces caí. La azalea es falsa.

—Espera un momento. ¿Una planta artificial?

—Hecha de seda. Probablemente en Taiwán o en Hong Kong. Una imitación casi perfecta. Pero falsa. ¡Una azalea de pantalla, una suplente, una doble, una impostora, un maniquí, un sí, pero no! Durante semanas y semanas obtuve apoyo de ese producto manufacturado. Cada vez que necesitaba colocarme, que necesitaba un contacto, una corriente, me volvía hacia ella. ¡Yo, Kenneth! Que me tomen el pelo después de todos estos años de *rapport* ininterrumpido. —Eso lo gritó (pude verlo) entre aquellas lavadoras y secadoras—. La única cosa con la que siempre pude contar. Mi trabajo, mi instinto, mi relación... desconectados.

—No es buena señal —dije. ¿Qué más podía decir?

—¿Una señal? No captas el significado de una cosa así. Lo he perdido. ¡Semana tras semana de relación imaginaria!

¡Había perdido su peculiar tesoro! No es que no captase lo que me decía. Lo captaba demasiado bien.

—He sido castigado, Kenneth. Un objeto falso me ha castigado por todas las cosas falsas que hice.

—Tranquilo, tío.

—He perdido el juicio.

—Aún tienes el satén interior. Estoy absolutamente seguro, Benn.

—Fui en busca de un satén diferente.

Puede que eso se refiera al espectáculo que habíamos visto en Kyoto y del que habíamos hablado en términos exactamente análogos.

—En absoluto. Estabas enamorado.

—El amor no tenía que haberme conducido a esto —fue lo que me contestó.

—No sirve de nada que le des más vueltas —dije—. No puedes quedarte toda la noche en la lavandería.

—Estoy mejor aquí que arriba. Ese endemoniado ático tiene una maldición.

—Tómame un hidrato de cloro y olvídate del mundo —le aconsejé.

—¿Y estar todo el día de mañana en una nube? No quiero hacer eso. De aquí en adelante tengo que tener la cabeza clara. Haga lo que haga... Ya es hora de que tome el mando.

Cuando me acosté y me tapé en mi cama de soltero, no podía imaginar lo que iba a hacer para tomar el mando. Antes de que colgara, traté de consolarle y dije, como siempre:

—Llámame a cualquier hora del día o de la noche.

Sin embargo, no se me ocurría cómo ayudarle. Lo que le había pasado me afectaba a mí de igual manera. Sentía la perturbación hacerse más y más amplia mientras estaba allí acostado y me di cuenta de que había llegado a depender de su

espíritu. Sin su apoyo, perdía el optimismo, la misma ciudad se me hacía pesada. También los Estados Unidos, esa fantástica empresa post-histórica que arrastraba nuestros destinos, perdía ímpetu, se aflojaba, se reblandecía. Me cruzó la horrible sospecha de que el precio de ese dinamismo era mayor del que yo había pensado. Se me advirtió que me mantuviera alejado. Mis padres, los dos, me dijeron que estaba cometiendo un error. Especialmente mi padre me dijo que yo era demasiado ambicioso y que quería someter mi mal disimulado egocentrismo a la máxima prueba, tomando a la mismísima América. Podía suplir yo mismo los detalles y lo hice. Tu alma tenía el trabajo que le convenía en ese país extraordinario. Sufrías migrañas espirituales. Tomabas Tylenol sexual para aliviarlas. No se trataba de una transacción sencilla<sup>74</sup>. El precio era infinitamente mayor de lo que te hicieron sospechar las fáciles suposiciones de una sociedad abierta. Benn era un artista de las plantas que no estaba cualificado para ser un artista del amor Eros vetó a Matilda por él. Él ignoró el veto y se casó con ella Parece haber una inmensa fuerza que avanza y empuja y ese propulsor aumenta su poder restando valor a la vida personal y preparándonos para su colosal propósito. Exige la abolición de cosas como el amor y el arte..., de talentos cómo el del tío, que tolera de un modo intermitente si no se interponen en su camino.

Claro, hoy en día, en lugar de oraciones, todos tenemos estos pensamientos. Y pensamos que estos pensamientos son serios y nos enorgullecemos de nuestra capacidad de pensar, de elaborar ideas; así que damos vueltas y vueltas en la inconsciencia. De todos modos, no nos llevan a ninguna parte; nuestras especulaciones son como una bicicleta estática. También eso empezaba a hacérseme evidente. Esos pensamientos prolíficos tienen más afinidad con el insomnio que con el proceso mental. No son más que oscilaciones de la sustancia mental, nerviosismo creciente.

Me preguntaba qué había querido decir el tío con: «Ya es tiempo de que me agarre.» Cuando uno ha caído del estado de gracia, ¿a qué puede agarrarse? Eso me preocupó hasta él amanecer, cuando recibí otra llamada de Benn. Dijo:

—He decidido viajar a Florida.

—Y, ¿qué hay de Brasil? ¿No vais a Río pasado mañana?

Y, ¿qué quería decir yo con lo de mañana y pasado? No había dormido en toda la noche y me había hecho un lío total con el calendario.

—Volamos vía Miami y puedo encontrarme con Matilda en el aeropuerto de Miami a la hora prevista. Harold está muy mal.

—¿Cómo lo sabes?

—Llamé para constatar la historia de Fishl y hablé con su hermano en Miami Beach. Dennis dice que el tío Harold ha sufrido un colapso.

—¿Parece serio?

—Con toda seguridad. Éste puede ser el fin. Creo que debo ir.

No pude comprender qué esperaba lograr en Miami. Pero no convenía cuestionar su iniciativa. Debía instarle más que nunca a actuar por su cuenta; a recobrar el equilibrio a su manera.

Así que dije:

—¿Qué piensa de eso Matilda?

Le parece bien. Debo hablar otra vez con el tío Harold.

¿Hacer que escribiese un codicilo o una enmienda con su mano moribunda? ¿Una reconciliación en el lecho de muerte? Quién podía imaginar lo que ella tenía en mente.

—Así que es hora de que tú y yo nos despedamos —dije.

—Tal vez puedes venir en taxi.

—¿Para ir contigo al aeropuerto?

—Sí, eso es. No debe haber mucho tráfico en la autopista. Los que viven en las afueras estarán entrando y nosotros saldremos.

Le dije quetrato hecho, que me diese media hora. Entonces, siguiendo un impulso, puse mi cepillo de dientes, mi máquina de afeitar y una camisa limpia y metí las tarjetas de crédito en mi cartera. Me estaba esperando delante del Parrish Place. El portero le había ayudado con el equipaje; las ropas ligeras que necesitaría en Brasil, supuse.

—Tuve que hacer las maletas a todo trapo —dijo.

—¿Matilda no te va a despedir?

—¿Para qué? La desperté de noche para hablarlo con ella. Le espera un día duro. De todos modos, nos encontraremos mañana en el aeropuerto de Miami.

Así que ella dormía envuelta en cubiertas de plumón y seda y en todo el esplendor de la belleza perfecta; los párpados azules, las largas pestañas, la exquisita nariz, el rostro clásico respirando de perfil sobre su almohada. Debe haber otro metabolismo, un metabolismo de intrigas, de maquinaciones, de intenciones secretas paralelo a los otros procesos fisiológicos, sólo que la ciencia no sabe aún cómo analizar los productos derivados de aquello que surge del aliento del durmiente. ¡Aún no hemos visto nada!

El tío y yo subimos al taxi, cerramos las puertas y enfilamos hacia la autopista. Le eché una mirada. No se podía esperar que un hombre en su situación tuviese buen aspecto. Había perdido algo. Claro que, seguramente, hacía algún tiempo que lo había perdido. Y, ¿por qué no había observado yo la diferencia si tanto me preocupaba por él?

—Vilitzer, ¿está consciente? —le dije.

—Eso espero. Puede que la familia no quiera decimos la verdad. Obviamente, supone una ventaja tener el peor aspecto posible. A menudo aparecen en los tribunales acusados importantes en silla de ruedas y con un médico al lado.

—Y, ¿te dejarán verle?

—Soy su único sobrino. Puede que no me dejen. Ya veremos.

—Y, ¿qué es lo que quieres decirle?

—¿Atacaría yo a un moribundo por dinero? ¿Metería mi cabeza en su tienda de oxígeno para discutir con él?

—Se ha dado el caso. Por menos de una millonésima del valor del Electronic Power.

—No, no, eso sería grotesco. Él deberla verme, debería ver la familia. Sólo quiero que me vea.

—¿Crees que en el lecho de muerte se produce un cambio? Siempre pensé que eso era mitología cristiana, nunca demasiado tarde para enmendarse. Claro que si los moribundos están rodeados de amor y ternura, puede que abran sus corazones. Lo más probable es que Harold te mande a la mierda.

—Puede ser —dijo el tío—. Pero en un tiempo hubo afecto entre nosotros, cuando íbamos al patio trasero y él me enseñaba que las moras eran comestibles. Y cuando aún había un circuito de vodevil y vimos a Jimmy Savo juntos.

—Tendrías que meterle un arqueólogo en la cabeza para que excavase un recuerdo como ése.

—Ya lo supongo. Pero me sentiría mejor si pudiese decirle que no le guardo rencor. Los asuntos de la propiedad se desvanecen.

Yo adoraba a Harold cuando era joven.

—Ésa era la forma en que tú veías las cosas, tío. Eso era parte de tu satén interior. O la susceptibilidad de una mente sujeta a trances. Los objetos que tú mirabas tenían más colores y dimensiones de lo que eran capaces de ver los demás.

En ese aspecto, los sentimientos del tío tenían sentido. En aquella época, ese mundo interior de satén estaba intacto. Sólo estaba empezando a aprender que un ser humano —sorprendentemente— tenía en sí mismo un espejo en el que se podía mirar a la naturaleza, algo así como un teatro del mundo exterior. Pero con el tiempo, se involucró con los Vilitzer en la porquería propia de los tipos Vilitzer. Finalmente, se quedó atascado en ella, embarrancado en consideraciones extrañas.

—Hay algunas cosas de las que quería hablarte —dijo el tío.

—Esa azalea resultó devastadora, lo sé —dije.

—Olvida la azalea, no estamos para hablar de ella en este momento. Iba a pedirte que te quedas con mi antiguo piso. El banco tiene instrucciones de pagar el alquiler. Mantuve la cuenta de Lena a su nombre. También pagarán el mantenimiento. No va a costarte nada y para mí es importante.

—Nunca comprendí por qué ese sitio te importaba tanto.

—Bueno, yo tampoco entiendo por qué le mandas tu salario a Treckie. Ella no tiene por qué cogerlo, y tú siempre estás sin blanca. Pero no te estoy pidiendo que me comprendas, sólo que me complazcas.

—Bueno, si me lo pides..., si lo pones así.

—Los muebles de piel tienen que tratarse con Propert's Saddle Soaps.

—¿Lo usaba Lena?

—Dos veces al año.

—No estarás fuera tanto tiempo.

—Dejándote instrucciones, me siento menos caótico.

—¿Y las plantas?

—Ah, sí, eso —dijo—. Pídeselo al asistente de la facultad de botánica.

—No te preocupes. Haré que se ocupen de ellas.

Hubo un corto intervalo de silencio. Tal vez estaba comprimiendo sus problemas, haciendo lugar para las medidas que estaba decidido a tomar. Mientras reflexionaba, era como un lector elemental que tiene que mover los labios mientras estudia lentamente la página. La verdad es que no se veía completamente mal. Había una cosa que causaba preocupación: el ocho de sus ojos, hasta ahora tan impresionante, me parecía la señal de una persona desplazada. Esperaba que eso fuera temporal. Al margen de aquello, su cara cuidadosamente afeitada estaba tan firme como una manzana bien madurada, una de esas *pommes Cañada* que aparecen en los postres de los menús parisienses en los mejores restaurantes. La única señal inequívoca de alteración era lo inflamado de sus ojos, rayas rojas literalmente desesperadas. Tenía la compostura de un hombre al que le había ocurrido lo peor y a quien no quedaba otra alternativa que endurecerse.

En relación con eso, no podía evitar acordarme de la tía Lena, puesto que se habían mencionado su cuenta bancaria y su detergente para el cuero. Fue Lena quien me inició en la valiosa idea de que los modos de ver eran cuestión del destino, que lo que el visionario emite afecta lo que es visto. Le gustaba dar el ejemplo de Whistler, el pintor, cuando le riñó una mujer diciendo: «Yo no veo los árboles de esa forma.» Él le contestó: «No, señora, pero, ¿no le gustaría ser capaz de verlos así?» Esto podría ser una variante de «Tenéis ojos y no veis», en versión de un esteta. No hay modo de corroborarlo, pero no es excesivamente descabellado presumir —la turba humana cubre ahora un abanico tan amplio de posibilidades— que los rústicos sólo ven manchas viles cuando inspeccionan cuanto les rodea y que además proyectan a la naturaleza sus deformidades interiores, mientras que un corazón como el del tío le hacía un clarividente de las plantas. Nunca se habría atrevido a mencionar ese talento a sus colegas, les hubiese dejado perplejos, no lo hubiesen aceptado. Pero he oído decir que el naturalista Werner Vishniak se retiraba en verano a su propia isla del Danubio y que allí le habían visto desnudo, cubierto de fango y con pájaros sentados en su cabeza y en sus hombros, así que se sabe que los científicos van más allá de la ortodoxia en sus vidas personales. Creo que el tío tenía la idea de que las plantas funcionan como órganos sensoriales recabando datos cósmicos para la misma tierra. Eso le haría un comulgante en una verde iglesia universal. Para seguir esta línea, necesitaría más información específica de la que él me dio.

Pero había tomado la azalea de la señora Layamon por un objeto real.

Entretanto y en relación con eso, se me ha ocurrido que él se enfrentaba a un

tipo diferente de genio, el genio oriental de las imitaciones. Además, en el lejano oriente, el plagio no es, evidentemente, un delito. Así que alguna mujercita de Formosa, con su seda y sus tijeras, había tomado el pelo al tío. Eso no hubiese podido ocurrir si él no hubiese estado tan aturdido.

Volviendo al paseo en taxi hacia el aeropuerto, durante el intervalo de silencio del tío, tuve tiempo de considerar los principios de la pobre tía Lena adaptados de Swedenborg o de Blake. Supongamos que lo que él veía era la medida de un hombre. Entonces, ¿qué era el tío ahora? A una persona como Benn no se la puede compartimentar: un visionario con las plantas, un imbécil con las mujeres. Si uno tiene talentos peculiares, debe estar dispuesto a defenderlos. ¿Cuánta gente en este mundo (humanamente subdesarrollado) tiene capacidades tan distinguidas, un honor para el *homo sapiens*? Pero esto es lo que le pasa al talento cuando una décima parte de la persona hace cálculos galácticos mientras su restante humano todavía cuenta con los dedos.

Después de sus múltiples fracasos en el campo sexual, Benn concluyó que lo que necesitaba era una vida estable con una mujer hermosa. Bueno, está bien. No hay nada de malo en la belleza. No sólo es estimable en sí misma, sino que él podía armonizarla con la botánica. Y, ¿puede culparse a un hombre por preferirla, un gozo para siempre, como decía Keats? Un hombre puede hacerse fábulas sobre su hermosa mujer en su ausencia o cuando ella le decepciona. Si ella le hace una trastada, siempre puede preguntarse cómo lo hermoso se ha desconectado de lo bueno. Si no para otra cosa, al menos le sirve para mantener su desgracia a un nivel elevado. Lo imprevisto en el caso del tío era que atacaba mentalmente a Matilda con la intención de deformar su belleza. Él mismo se espantaba al hacerlo. Pero bien fuese en defensa propia o en represalia, algunas veces veía a Matilda por detrás como el doctor Layamon, otras como el asesino de Hitchcock, un giro muy extraño, un impulso adolescente como el de los colegiales que desfiguran a las madonas de sus textos con barbas y penes. Ésta no es la mejor elección que puede hacer el talento cuando se le llama a defenderse. No les digo nada que no pudieran decir ustedes mismos.

Entonces apareció el aeropuerto. El cristal es un material de construcción maravilloso. Le hace a uno creer que puede verlo todo. Además, tiene la resistencia suficiente para soportar la fuerza de cualquier viento o la más violenta ráfaga de cualquier reactor.

El tío había empezado a hablar de su piso —aquellas habitaciones llenas de muebles, con las cortinas echadas, abarrotadas de libros, con luces ultravioletas para sus floridas mascotas.

—Siempre me pareció que no te gustaba mi casa.

—Puede que no, pero estoy empezando a verla desde otro ángulo —dije.

Eso era extrañamente cierto. No era la idea que yo tenía de un hogar. Claro, era

parte de su sistema de defensa, el refugio en el que se protegía de las aceras, de las vías del tren, de los comederos, de las estaciones de gasolina, de los hospitales, de las iglesias, de las furgonetas de la policía, de los helicópteros y también de los invisibles significados humanos que tiemblan en el aire, océano de la ciudad que todos tenemos que respirar, queramos o no. Pero ni todas las butacas de piel, ni todos los libros, ni todas las cacerolas de cobre, ni todos los sistemas de alarma del mundo podrían protegerle de las Della Bedells que iban a golpear a su puerta. Me preguntaba, curioso, por qué pensaba tanto en su habitáculo aquel día. Resulta bastante claro tras los acontecimientos posteriores, pero en aquel momento estaba triste por él y también preocupado por mí mismo. Me bajé con él en la terminal de Delta Airlines. De su abrigo abierto y hasta de su cara, salía una gran cantidad de calor. Desde un punto de vista térmico, era una rareza, prefería las ropas ligeras por la cantidad de calor que despedía. Le vi extrañamente dividido. Estaba al mismo tiempo sereno y aterrorizado. El ocho de sus ojos, tan impresionante cuando estaba en la plenitud de sus poderes, le daba una apariencia de desorientación que yo había notado. Le hubiese abrazado de haber creído que lo consentiría.

—¿Dónde puedo encontrarte esta noche?

—¿Quieres llamarme? —Me dio el nombre de un balneario en Miami Beach—. En primera línea de mar —me dijo—. El doctor tiene intereses allí. Su habitual uno por ciento de un gran negocio.

Le contesté:

—Es absolutamente necesario que nos mantengamos en contacto. Estarás fuera durante meses y hay cuestiones que aclarar.

Le acompañé hasta el detector de metales. En el lado opuesto, con un aspecto más ruso que nunca, se puso el maletín azul en bandolera. La correa pasó por el bulto de su espalda (más parecido que nunca a un élitro) y entonces se volvió y saludó como si se fuese a Siberia. Estaba cargado de equipaje. Viajero experimentado, nunca facturaba el equipaje, se lo llevaba todo a bordo. Se alejó y por detrás parecía una criatura decidida a caminar, aunque capaz de volar. Tenía esa apariencia de Sviatoslav Richter con sus brazos largos y llevaba en la cabeza un *crush* irlandés, lo último que uno podía necesitar en Miami o en Río. Con un cierto dolor le vi marcharse desperdiciando sus fuerzas, que aún eran considerables, pero, ¿cuánto podían durar?

Cuando le perdí de vista, me dirigí a Northwest Airlines y compré un pasaje de ida y vuelta a Seattle. Como era domingo y de mañana, el avión iba medio vacío. Un avión que se dirigiese a Florida iría abarrotado en aquella estación. A 12.000 metros, concedí otro pensamiento a mi tío: un hombre capaz de vivir totalmente aislado de la vida de su época. ¿No era una ventaja maravillosa? Pero la perdió corriendo tras sus contemporáneos, no estuvo satisfecho hasta haber entrado en el laberinto de los intereses prevalecientes. No tanto los intereses públicos y materiales cuanto los sexuales, la preeminencia del sexo, poniéndolo en el centro de la existencia,



inclinándose ante el consenso. Y eso sin tener talento para ello. A mí también me faltaba ese talento. De otro modo, ¿estaría volando hacia Seattle? Pero allí estábamos, a siete mil millas sobre la superficie de la tierra en nuestro curso diametral a través de aquella mezcla permeable de colores. Los dos por culpa de nuestros pecados.

El domingo era el mejor día para mi propósito. Treckie estaría en casa con Nancy y, probablemente, el amigo estaría por ahí. Ese Ronald debía ser, suponía yo, un tipo fornido, como lo son usualmente los instructores de esquí, atractivos para sus alumnas. Pero de algún modo, en aquella escena, en medio del azul y cinco veces más alto que las montañas, me sentía lo suficientemente furioso como para vencerle. No importaba lo que me hiciese; no le bastaría pegarme, tendría que matarme. En cuanto abriese la puerta, me lanzaría sobre él y le aplastaría la cara contra la pared; le agarraría por el pelo y le golpearía la cabeza hasta dejarlo ciego. Cuando cayese, saltaría sobre su brazo para inmovilizarle y entonces le patearía la cabeza... Creo que los aviones contribuyen algo a ese tipo de ímpetus. Los reactores parecen estáticos, el vaso de whisky ni siquiera tiembla, pero uno está consciente de que se mueve a una velocidad de tierra de 225 kph. Aunque estaba tan decidido a atacarle, no creo que mi pulso fuese más rápido que de costumbre. Los latidos de mi corazón parecían perfectamente normales.

El tiempo en Seattle era el ideal para mi impulso altamente energético de pelear, de pisotear a ese hombre; un día de invierno, tan perfecto en tierra, como lo había sido en el Mediooeste. Debido a la diferencia de horarios, en Seattle sólo eran las once, una mañana soleada, gélida y clara. Delgado, con el pelo largo y con el andar encorvado de los hombros altos, salí del taxi contando el importe con pedantería francesa, con gestos que se originaban en mi padre, aunque papá jamás hubiese tomado un vuelo así, ni se hubiese sentido violento como yo contra un rival o contra una mujer que no le quisiera.

Llamé al timbre. A través del portero automático, Treckie preguntó:

—¿Quién es?

—Carta urgente<sup>75</sup> —dije.

Me abrió y entonces la oí decir en el descansillo:

—Pero si no hay reparto los domingos.

Pasé por su lado buscando al hombre con el que había ido a pelear. Sólo vi a mi hijita, Nancy, en la mesa de la cocina con un trozo de beicon en la mano. Ciertamente, no me identificaba como su padre. Por mi parte, la identifiqué como mía, la cabeza larga y la expresión de niño Jesús de su cara. Que no me identificara a los tres años, me puso más furioso que nunca. —Invadirnos de esta forma es una barbaridad, Kenneth.

Fuera de la cocina, abrí rápidamente varias puertas con la esperanza de pescar a ese Ronald durmiendo. Entré en la habitación, pero no había nadie en la cama.

Treckie estaba pálida, pero se mantenía erguida y dijo con una especie de sonrisa triunfal:

—Se ha ido a misa. Bueno, imagínate que hubiese estado aquí..., ¿quieres pelear con él? ¿A eso has venido?

Cogí la colcha y la rasgué, arranqué las sábanas y las almohadas y las tiré en un rincón. Entonces me dirigí al lavabo y empecé a destrozarlo tirando las cosas de los estantes. Treckie consumía grandes cantidades de productos naturales, champús, lociones para la piel, frascos de medicinas hechas de plantas. Solía meterse en la cama oliendo a valeriana. Vacíé varios frascos de píldoras en el inodoro y tiré de la cadena. Arranqué la cortina de la ducha y tiré el tubo, apreté su loción Weleda para los pies en el espejo, me limpié las manos en la esterilla del baño tiré, las cosas del botiquín, encontré el frasco de valeriana y lo rompí contra la bañera.

—Y, ¿ahora qué?

No contesté.

—¿Piensas destrozar todo el piso?

¿Pensaba hacerlo? No, no pensaba hacerlo, pero me sentía desacostumbradamente bien. Lo que pensé fue que el tío podría haberse desahogado haciendo en Parrish Place lo que yo acababa de hacer en ese pequeño lavabo de Seattle.

—Esto te habrá calmado los nervios.

—Olvídate de mis nervios —dije.

Aún tenía el ceño peligrosamente fruncido, pero más que nunca, Treckie, la pálida niña aborigen, en verdad tenía para mí todo tipo de atractivos naturales. Hasta en esos momentos me hacían efecto. De algún modo se introducían bajo mi furia. Con ella siempre había indicios de orígenes amerindios, indígenas, precolombinos. Sentí esas influencias aun a mi pesar. Su cara (y lo descubrí en ese momento) parecía proceder de la galería de una familia colonial, grandes ojos marrones, arrugas a ambos lados de la boca suave; en el juego de la inocencia era perfecta y podían haberla pintado con calzones de volantes como a una virgencita del siglo xix que hubiese estado jugando jacks<sup>76</sup> o saltando la comba.

Pero era una persona enérgica, con un gran dominio de sí misma. Hacía falta mucho más que un baño destrozado para inquietarla. De hecho, lo primero que dijo —tomó la forma de un anuncio— fue:

—No voy a albergar sentimientos desagradables. Me niego a hacerlo. Me he condicionado contra ellos.

Para mi, el placer de estar furioso —podría llamarlo borrachera— empezaba a disminuir y entonces me di cuenta de la falta de ventilación del lavabo. No había ventana, sólo una rejilla en la pared. El aire estaba viciado. Peor que viciado. Del suelo surgían los olores de una intimidad establecida entre un hombre y una mujer —con una niña en medio—; me llegaba de las toallas, de las tuberías, de la base del

inodoro; olores de amoníaco humano, de sulfatos, de ácidos orgánicos. Para no oler esa mezcla de secreciones habría que dejar de respirar. Aún tenía puestos el sombrero y el abrigo y estaba sentado en el borde de la bañera llena de frascos rotos considerando la situación. Esos hedores, pensé, que ahogaban a un extraño, eran más vinculantes que una licencia matrimonial.

Sin dar señales de rencor, Treckie dijo:

—Supongo que ya has dicho lo que querías decir.

Otra vez, no contesté.

—¿Hay algo más que quieras demoler?

Me levanté y la seguí a la cocina donde la niña aún se estaba comiendo el beicon. Al levantarla para darle un beso, sentí pulsar mis propios ojos, un latido en la córnea. Su pobre padre biológico tendría que hacer lo que pudiese dentro de los límites establecidos por la situación humana o como quiera llamársele.

Mi objetivo principal no había sido convertirme en padre. Había sido disfrutar a la chica que se convirtió en mamá, ser excitado por una mujer o por una niña-mujer con la cual, debido a nuestras respectivas estaturas, hacer el amor de pie había resultado curiosamente difícil. Suponía doblar las rodillas y por qué ese ejercicio me resultaba tan excitante, por qué un tipo infantil supermaduro me había excitado así, constituiría una curiosa materia para una historia psiquiátrica. No creí llegar a comprenderlo nunca, el encanto de las novias de la infancia, la atracción de una mujer con la mitad de la estatura normal. Después de todo, la misma Treckie había seguido el juego apilando listines de teléfono en su silla a la hora de cenar y también refiriéndose de vez en cuando a sí misma como un duende. No tenía derecho a atacar a Edgar Allan Poe por haber tenido gustos similares. Lo había hecho por molestar al tío y hacerle recobrar el sentido cuando me citó «Elena, tu belleza es para mí...». Supongo que Poe había esperado evolucionar de la pobre chica, Clemm, a las diosas clásicas. Pero, de todos modos, de qué sirve analizar esas manías? No se debe permitir que un asunto como ése se convierta en «materia de estudio». Y hacerlo está especialmente fuera de lugar en una mesa de desayuno estilo jipi con sus frascos de fibras comprados en tiendas macrobióticas; brotes secos de milenrama, polvo de algarrobo, té de hierbas y no sé cuántas cosas más.

Treckie había ido a cambiarse la bata por una falda y una blusa.

Supongo que mi propósito global había sido convencerla gradualmente. Puesto que había tenido una hija mía, aparentemente supuse que el siguiente paso sería hacer de ella una persona normal. La premisa debe haber sido que ella se volvería normal aprendiendo a apreciar mis cualidades y a disfrutar de mi intimidad. Pero (y eso era absolutamente horrible) ella no quería saber nada de mí. Yo no la excitaba.

Aquí hay artículos del programa de dolor que merecen enumerarse.

O, si lo prefieren, el experto —educación francesa, completamente americanizado y estudiante avanzado de la historia y la cultura rusa— estaba metido hasta la rodilla en la basura de su vida personal. El sufrimiento de occidente,

que tantos esfuerzos inútiles me costó tratar de explicarle a mi madre en Somalia.

Pero entonces, la mujercita, madre de mi hija, regresó. Su apariencia era tan respetable como puede serlo la de una mujer que no se molesta en ponerse ropa interior.

—¿Ya te sientes un poco más como el Kenneth de siempre? —dijo—. ¡Qué genio has resultado tener!

—Sí, sí que me pongo furioso.

—Y, ¿querías pelear con Ronald?

Lo admití. Habría peleado con él en ese momento si hubiese entrado por la puerta. Pero dije:

—Vine a ver a la niña y a saber cuáles son tus intenciones.

—Ronald no vuelve aquí después de misa. Nancy y yo nos encontramos con él los domingos para tomar el aperitivo.

—Yo también tengo que volver a casa. Mañana tengo clases. Tú y yo tendríamos que ponemos de acuerdo sobre la niña.

—Ah, Tanya te ha informado. Contrató a un detective privado.

—¿Tienes el concepto de que sólo soy un padre accidental? ¿Que podía haber sido cualquier otro?

—Estarías mejor si no te tomases las cosas tan en serio. ¿Es que no te gusta pertenecer a esta especie? ¿Piensas que estás a punto de morirte si no tienes un deber que cumplir? Por eso es que tu mente está sobrecargada de generalizaciones. Para el beneficio que te reportan.

No me encontraba bien, me dolía la cabeza y no hice comentarios.

Treckie dijo:

—Déjame poner a Nancy delante de la tele con el beicon y su manta eléctrica. Los dibujos animados la mantienen tranquila.

Así que esperé —abrigo suelto, cara larga. En ese ambiente resultaba admisible dejarse el sombrero puesto. Bajo el abrigo, aún sudaba, sentía las gotas en mis costillas, avergonzado ahora por la escena de furia que había hecho en el lavabo. (De uso corriente por toda la especie.) No era exactamente el lugar adecuado para sentirse herido en lo más hondo por profundos agravios. El calor de la ira me subía y el calor de la vergüenza me bajaba de la cabeza. Pero cuando ambos calores se encontraron, se produjo un cambio. Se instaló un intervalo energético. Mientras la diminuta Treckie ponía el cazo a hervir para hacer té de hierbas, observé que el tope de la cafetera que tenía al lado le llegaba hasta el pecho. Aunaba la belleza a los defectos y no se podía culpar por interpretar la vida de acuerdo con esa combinación. Aún me parecía conmovedora la inutilidad infantil de sus manos en combinación con su madura plenitud. Lo gracioso del asunto era la abundancia de bendiciones físicas que poseía. Éstas contaban más que la falta de armonía entre la sexualidad y la estatura. Un gusano de La Meca sería capaz de hacer un peregrinaje y cruzar todo

el Asia y el Pacífico sólo por pegarle un mordisco. Su figura aún me afectaba profundamente. Puede que los chicos del colegio, por crueles, la llamasen culocorto, pero yo no podía quitarme de la cabeza que la hinchazón de su espalda revelaba la proximidad de un campo gravitacional. No había razón por la cual el planeta mismo no debiese manifestar su magnetismo en las relaciones con las personas que a él apelaban. (En aquellas percepciones o asociaciones, había rastros de la influencia del tío.) De esta manera, entendí mejor la influencia de Treckie. Había tenido relaciones íntimas con ella a un nivel de visita. Yo no era lo que ella estaba buscando, sólo quería convencerla de que lo era, convencerla mediante los poderes, la persuasión y los encantos personales que yo tenía. Nada de eso había surtido efecto. ¿Se había casado con Ronald? La formalidad no era importante. El mensaje de las tuberías del lavabo, de los vapores de los órganos —no debo permitir que esos olores de intimidad se conviertan en una fijación— equivalía a un anuncio de matrimonio. Yo había hecho mi protesta (creo que a ella le gustó) y ahora ella creía que podíamos hablar con calma y sociabilidad. Es muy elemental. Se lo doy a ustedes en forma condensada.

Me vinieron a la mente los pequeños parques de algunas ciudades europeas en los que hay que entrar con una llave privada. Sólo tenían la llave los suscriptores y mi suscripción había vencido.

Mientras mojaba mi bolsita de té de hierbas, Treckie fue a contestar el teléfono. Fui a la sala y di a mi hijita un beso en la cabeza —fragancia de cabellos mezclada con beicon. Mientras veíamos juntos la tele, una apisonadora aplastó un dogo inglés. Al cabo de un instante, recobró su forma y corrió tras su amo gigante. En realidad, nadie resultó herido. Apreté el botón del control remoto y puse un juego de fútbol del Este. Treckie, entrando en la sala, volvió a poner los dibujos animados. Ella y yo teníamos asuntos sin concluir y volvimos a la cocina —la mesa de negociaciones. Se había pintado los labios y se había recogido el pelo.

—Así que mi querida mamá te mantuvo informado —dijo—. Decidí ser franca con el investigador que ella contrató. No hay nada que ocultar. Tenemos una relación agradable con el hombre. Muchos de esos tipos pertenecían a la inteligencia militar, o eso dicen. De todos modos, era un tipo bastante agradable, uno de los nuestros.

Treckie me confirmó lo que Tanya me había dicho. Iba a dejar el trabajo en la Administración de Veteranos. Ella y Ronald iban a dedicarse a los *snowmobiles* y a los encantos desde una base en Puget Sound. El territorio de los *snowmobiles* estaba en el interior. No había mucho que hacer en la vertiente del Pacífico con sus escasas precipitaciones de nieve.

Y vivirían como gitanos, traperos, vagabundos en el circuito de los campings de *roulottes*. Los individuos de los encantos se compraban sus chatarras los unos a los otros. No se sacaba mucho dinero, pero ella, con todos los dividendos que le llegaban por correo, no necesitaba mucho.

—A ti no te gustan estos asuntos tipo California, lo sé —dijo—. Tú miras las

cosas desde la altura del Zen aplicado o de la psicoterapia de grupo, de la Cienciología. Has elegido un estilo de vida más serio. Te guías por las preferencias de tu tío. Él es lo más especial para ti, ¿no es cierto? A mí me gustaba, pero yo no le caía bien en absoluto. Por cierto, ¿qué tal le va en su matrimonio?

—Ojalá lo supiera.

—¿Para qué quiso casarse? Adoptas un tono tan especial cuando hablas de él —dijo Treckie—. Siempre es cosa de cómo ese hombre maravilloso va a conseguir la maravillosa esposa que necesita.

—¿Así sueño? Sí, supongo que asumo que es especial. Es muy difícil para un hombre como el tío encontrar una compañera adecuada para su vida. Ha atraído a muchas mujeres, pero no de muchas clases.

—¿Qué te parecen las relaciones en las que se mete?

—La relación de las vías con las locomotoras.

Sonriendo, casi compadeciéndome por mi extraño modo de hablar, tan enigmático para ella como lo era para mí su modo de mirar —me refiero a la mezcla de calidez y de falta de dirección en sus ojos, a la fuerza de sus cabellos, a la combinación de ingenuidad y objetivos inimaginables— dijo:

—Es un hombre famoso en su campo, pero da una impresión horriblemente inconsistente cuando protesta. Le citaron en el artículo sobre el desastre de Chernóbil. Fue uno de los científicos a los que entrevistaron en relación con la amenaza radiactiva.

—Sí, ya lo leí. Dijo que el incremento de la radiactividad era muy malo.

—Pero le restó importancia.

—No le restó importancia, Treckie. Su comentario fue que muere más gente de desamor que de envenenamiento radiactivo.

—¿Y no es un comentario absurdo?

—Tal vez no. Si la gente lo tuviese claro, si fuese más consciente de sus sentimientos, se vería una auténtica marcha sobre Washington. La capital no podría contener tanto sufrimiento.

Se rió de mí.

—¿Estás hablando de una manifestación? ¿Una manifestación de verdad como Nuclear Freez o Greenpeace? Muy propio de vosotros, de los dos. Juntáis vuestras cabezas y mira con lo que salís.

—Creo que la política no es el fuerte del tío.

Tampoco el mío, pensé en ese momento. Me refería a mi Proyecto Giro Decisivo —que, en realidad, la existencia consciente sólo puede justificarse si se dedica a la búsqueda de la revelación, un giro masivo, un inspirado cambio universal, una nueva dirección, un giro decisivo que la humanidad necesita desesperadamente.

—Si es tan bueno en botánica, debería limitarse a lo que conoce.

—En botánica, parece ser lo que la gente llama un iniciado.

—¿Tiene algo que ver con la religión?

—Algunas veces creo que sí cuando le veo absorto en las plantas. No puedo decirte lo que significan para él los tallos o las venas de las hojas.

—¿No estaba investigando los líquenes árticos?

—Todavía está en eso. No puedo decirte mucho sobre el tema, sólo que en el fondo de su investigación hay una cuestión importante, una cuestión fundamental sobre la vida. Esos líquenes árticos están completamente congelados. El noventa y cinco por ciento de su existencia es hielo sólido. Pero el más ligero calor los reanima y hasta crecen un poco. Eso puede prolongarse durante miles de años.

—Eso ya me lo habías dicho. Decías que ni siquiera habíamos empezado a imaginar cuánto hay que aprender de las formas de vida inferiores. Me inquietaste. Nunca tuve la seguridad de que para ti no fuese yo una de esas formas inferiores.

—No veo que eso tenga fundamento. Como si no hubiésemos producido una hija juntos o como si no te hubiese propuesto matrimonio docenas de veces.

—Para convertirme en una mujer honrada, aun cuando en realidad tenía malos hábitos o necesidades personales inaceptables que siempre mirabas sobre el hombro. Aun así, te excitaban. Es inútil que lo niegues, mi conducta sexual te excitaba horrores. La brutalidad de otras personas. Puedes creerme.

—Tu opinión me sorprende —dije—, prometo pensar en ello. Pero en este momento me pregunto si podemos discutir algunas cosas más inmediatas—. Incliné la cabeza hacia la sala y los efectos especiales de los dibujos animados: los golpes, los silbidos, los timbres, los portazos y los bocinazos.

—Puedes ver a la niña todo lo que quieras, en mis propios términos.

—Esperaba que lo expresaras de esa forma.

—El estilo de vida que llevamos por aquí no cuenta con tu aprobación. Pero mientras más facetas tenga la educación de un niño, mejor. Después de todo, somos una sociedad plural. Se trata de aculturación múltiple. No puedes esperar igualdad de tiempo en este estadio de su desarrollo, como se dice. Pero deberías tener alguna influencia. En eso estoy de acuerdo.

—¿Cómo describirías esa influencia?

—Tienes una cierta elegancia. Hasta en la forma de mover los brazos y las manos.

Dios mío, pensé, esos gestos no son míos, son de papá —como un Stokowsky dirigiendo una orquesta de cien mujeres.

—Eres una persona amable. En general, con buenas intenciones, pero estrictamente reservado. Dulce, pero en guardia, tenso. Creo que tu aura debe ser azul pálido. Eso está muy lejos de mis necesidades personales. Tengo un carácter que requiere un compañero con rojo, naranja o morado, más extrovertido y que necesite más acción. Aun así, me producías curiosidad. Siempre me dijeron que los judíos eran superconsiderados con las chicas.

—Yo no estaría tan seguro. Tengo la impresión de que ningún hombre puede reunir todos los requisitos.

—No... al menos que fuese un caso de personalidad múltiple —dijo Treckie.

—Eso es porque las prácticas eróticas se han diversificado. El sexo solía ser como el monocultivo, algodón o trigo; ahora la gente cultiva todo tipo de cosas. En cuanto a los judíos, durante siglos combinaron la antigüedad y la modernidad. Casi se podría descubrir al hombre arcaico en un judío contemporáneo. Pero América ha destrozado todo eso.

—Acabas de dar una perfecta demostración de lo que hace tan difícil la convivencia contigo. Uno te sugiere algo y le das mil vueltas. Eso hace que una mujer se sienta torpe.

Sí. Asentí con la cabeza. Nadie valora los pensamientos de otro. Éste puede darles mucha importancia. Debe reconocer, sin embargo, que en realidad, nadie quiere escucharlos. De todos modos, las oscilaciones de la conciencia no constituyen propiamente el pensamiento, sino que son, en su mayor parte, nerviosismo personal. Con el tío era diferente. Él tenía un tema. *Conocía* de verdad el reino vegetal. Practicaba el escrutinio de las cosas secretas —absorción total en su diseño oculto. Sin duda había mujeres que le hubiesen amado sólo por eso. Pero, ¿dónde estaban? No hablo de mí. Creo que merezco lo que tengo. Pero Benn tenía mérito. Nunca debió haber servido a nadie de billete hacia una existencia deseable.

—Bueno. ¿Cómo va a encajar Nancy en tu nueva vida?

—A los niños les gusta el movimiento y hay mucho que aprender en los encantos. Atraen montones de caracteres. El regateo es un buen entrenamiento. Además, aparecen tantos artículos robados que hay que estar muy alerta. Una cosa sobre ti, tú nunca tuviste que aplicar tu elevada inteligencia a cuestiones prosaicas. Si Nancy ha heredado algo del poder de tu cerebro, puede que le dé mejor uso.

—No irás a aceptar artículos robados.

—El FBI no se dedica a botas, zapatos de nieve, tirantes, cuchillos o viejos diccionarios de latín, por mencionar sólo unos cuantos objetos de los que suelen verse.

—Lo que más me preocupa —dije—, es que estará viviendo la mitad del tiempo en una *roulotte* contigo y su padrastro. Si suponemos que tu marido tiene un aura morado oscuro, puede que no sea tan saludable para ella. Podría quedarme con la niña durante parte del año.

—¿Para vivir contigo en una residencia y oír conversaciones estafalarias?

—Dejo la residencia —dije—. Hay un piso disponible.

—¿Ah, sí? Eso sí que será un cambio.

—Mi contribución financiera tendrá que bajar en picado.

Treckie estaba pensando el asunto seriamente. Comprendía perfectamente que las escenas de intimidad en una *roulotte*, con Nancy mirando desde la litera superior,



planteaban ciertos problemas. Por tacto, no hice referencia a la marihuana ni a las drogas duras.

—Si la tuvieses tú, necesitarías la ayuda de una mujer —dijo Treckie.

—Naturalmente. Tengo a alguien en mente. Y una ventaja para ti es que este arreglo te permitirá explorar tu nueva relación con más libertad.

Y así fue como Treckie y yo concluimos el asunto. Ella dijo:

—Dentro de unas dos semanas nos encerraremos en la casa de Puget Sound. Arreglaremos el lugar, eso nos llevará un mes. Entonces podrás quedarte con Treckie a título de prueba.

—Me alegro de que lo veas así.

—Tienes mucha ternura que parece ir mendigando en lugares equivocados. Podría salirte peor que depositándola en tu propia hija. No hay razón por la que ella tenga que salir afectada emocionalmente.

—No hay objeción.

—Siento que no conozcas a Ronald en este momento.

Sentí la batalla que no había tenido lugar en las partes de mi cara que podían haber recibido puñetazos —una especie de punzada. Parece que había querido tener una pelea con él y que casi deseaba haberle encontrado en casa. La primera vez en mi vida que no tenía ni rastro de miedo.

—Acabaste con el lavabo —dijo Treckie—. Está bien. Como supongo, tenías una pataleta.

Le brillaban las mejillas. Levantaba la cabeza al hablar. Se hizo una concesión a la justicia.

—¿No me guardas rencor?

—Un inconveniente sin importancia —dijo.

Pudo haber sido peor. Iba a ser el finiquito mutuo. Lo que el tío llamaba a veces la mejicana.<sup>77</sup>

Eso era porque, en realidad, yo le importaba un cuerno. Para ella, yo ni siquiera existía.

No es algo como para excitarse, puesto que se trata de una de las más comunes experiencias humanas —eso de que a uno le importe a otro un cuerno o de que a otro le importe uno lo mismo. En la práctica se aceptaba como algo corriente, aunque en el fondo nadie acabara de aceptarlo del todo. Había un remoto remanente emocional, fundado, en nuestro caso, en el hecho de ser los padres de una criatura. El significado de la criatura estaba en alguna parte entre la zoología, la bioquímica y la Grande y Eterna Humanidad Divina. Pero en aquel momento, eso eran sólo ideas que aparecían y desaparecían; no hice ningún intento de perseguirlas. Me detuve en la sala y besé a Nancy por tercera vez. Bajo mi barbilla, ella seguía mirando los dibujos animados sin prestarme ninguna atención. Pobre criatura, ¿en qué ambiente iba a crecer? Tal vez Dita hiciese algo por ella. Dita tenía suficiente feminidad romántica

como para desarrollar alguna especie de bondad hasta con la hija de Treckie.

Después de ayudar a meter a la niña en su traje de nieve, me dirigí al Hotel Meany donde me había hospedado la noche de mi regreso del Japón.

Para mí, ni puñetazos ni besos. Había seguido la pista al tío hasta el balneario de Miami Beach y dejado varios mensajes para él. Cerca de las 9 p.m., hora del Pacífico, sonó el teléfono. Las primeras palabras del tío sonaron entrecortadas, así que me di cuenta en el acto de que tenía malas noticias. Bien, entonces uno de los dos debía de mantenerse duro, firme. En un momento así no podíamos permitirnos esas vacilaciones a ambos lados de la línea. Yo era el que más recientemente se había endurecido al percibir aquella mañana que para Treckie, ni siquiera existía. Así que dije:

—Bueno, tío, dime qué pasa.

—Lo peor —dijo, levantando la voz lamentablemente.

—El viejo, ¿murió?

—Sí —dijo. Lloró un rato y esperé. No se podía hacer otra cosa.

—Pobre viejo —dije—. Ni siquiera yo mismo sabía con exactitud en qué viejo estaba pensando. Está bien, Benn. Éste es un momento emocionalmente difícil. Pero a él, en realidad, tú no le importabas, así que no veo por qué estás desolado por ese viejo estafador.

Levantó la voz, probablemente para hacerse oír por encima de sus propias lágrimas.

—La última vez que le vimos estaba muy mal, pero aún era un hombre, una persona. Ahora es sólo un montón de cenizas en una caja negra.

—¿Cuándo murió?

—Veinticuatro horas antes de mi llegada. Le falló la aorta. Me lo dijo Fishl.

—¿Fishl ya estaba allí? —dije—. Debe haber tenido suerte en la lista de espera del aeropuerto. El hombre estaba decidido a reconciliarse con su padre. Deseando lo imposible, como hacemos tantos de nosotros. Y, ¿los otros hijos de Vilitzer?

—Todos se han mostrado hoscos. Cuando salí del taxi, no tuve ninguna intuición. Me pregunto si el ambiente de plantas tuvo algo que ver en eso —ahora hablaba con más firmeza—. Eso pasa algunas veces cuando uno va del invierno a los exuberantes subtrópicos. Nunca había visto la casa de Harold. Es un edificio grande de elaborado estilo español construido en una cala, con un yate justo enfrente. Palmeras, naranjos. Hay una estupenda *Quercus virginiana*, uno de los mejores robles que existen. La puerta de los Vilitzer estaba abierta, como suele estarlo en las casas donde hay un velatorio, supongo, y había gente entrando. ¿Daba, Vilitzer, una fiesta? En ese momento las visitas de condolencia no se me pasaron por la cabeza. Pero era demasiado temprano para una fiesta. Todavía no tenía ni idea. De todos modos, también entré. Algunas de aquellas personas me resultaban familiares. Eran funcionarios retirados de nuestra ciudad, jueces, tipos del Ayuntamiento. Alguna vez

los había visto en los periódicos; o se prestaban a una elección o eran procesados. No conocía a nadie en realidad, sólo creía conocerles como conoce uno al Presidente aunque nunca le haya puesto los ojos encima. La mayoría de esos individuos y sus mujeres eran ancianos. Me parecieron pájaros disponiéndose a la migración, como cuando se reúnen a finales del verano. Probablemente los has visto congregarse.

—Pero eso, si te sigo, son pájaros viejos y cansados y se disponen a emigrar de sus cuerpos.

—Lo has entendido —dijo el tío—. El firmamento, vacío sobre el agua, espera. Pero, desde luego, tus ojos no lo verán.

—Conducción por el aire —dije para mis adentros.

—Fui por la parte de atrás y entré por la cocina donde había botellas, hielo y vasos. A esas horas no iba a beber nada fuerte, pero sí que necesitaba agua para tomarme mis pastillas, y había allí una negra que parecía el ama de llaves del tío, una mujer gorda con un vestido blanco, que no decía esta boca es mía. Si no parto en cuatro las pastillas para la taquicardia, gluconato de quinidina, se me atascan en la garganta y estos últimos días he tenido problemas con la deglución. Los reflejos, simplemente no funcionan como deberían... Sigo con eso. Siempre tengo que decir cómo ocurrieron las cosas, Kenneth. Ya sospechaba que el tío había muerto. Se lo pregunté al ama de llaves y le dije que era el único sobrino, del Norte.

Todo lo que Benn obtuvo de la señora negra fue una silenciosa inspección. No todos sentían lo mismo que Benn por las relaciones. Sus relaciones no interesaban a los demás. La reacción de la mujer no fue muy favorable. En lo referente a pretensiones familiares, no difería mucho del mismo Vilitzer. No pensaba tomar a Benn en sus brazos y apretarle contra su pecho. Cuando el tío logró al fin que despegase los labios, la mujer dijo que Vilitzer había muerto a los pocos minutos de volver.

—Sólo alcanzó a subir las escaleras del porche y a entrar en la cocina.

Así que el tío estaba de pie en la habitación donde Vilitzer había muerto y tal vez en el mismísimo sitio. Y, ¿dónde estaba ahora el tío Vilitzer? ¿Le habían llevado a la funeraria? Sí, y lo habían vuelto a traer. Estaba en la sala. ¿Así que el funeral se celebraría en casa? Le contestó que a las dos habría un servicio religioso. No le indicó dónde estaba la sala y la casa era tan grande que las indicaciones se hacían necesarias. Le dio la espalda y volvió a sus asuntos. Mientras menos tuviera que tratar con gente extraña, mejor.

Aquella casa junto al mar era elegante y estaba amueblada con lujo; evidentemente, era la casa de un multimillonario. El tío —el afligido tío, hablando con su vena melancólica, desahogando aparentemente el dolor de su corazón— me dio a entender que en ese clima, las suntuosas alfombras y las antigüedades europeas se hubiesen podrido sin un deshumectador —la máquina se oía funcionar a lo lejos. Allí había objetos que Matilda hubiese dado sus colmillos por tener en el Roanoke —fue Benn el que dijo «colmillos», y me permito recordarles que ni siquiera en ese

momento se veía él libre de lo que sentía sobre esos dientes. Las elegantes consolas y las carísimas sillas hubiesen honrado el piso de Matilda en aquel palacio veneciano. Ella habría dicho —según la observación de Benn— que *nosotros* pagamos esos objetos con dólares del Electronic Tower. Debían haber llevado a uno de los decoradores más prestigiosos, probablemente de Palm Beach. Pero, ¿dónde estaba expuesto el tío Harold? Benn —con el duelo en su corazón— había recorrido toda la planta baja y no había visto el ataúd. Así que en el salón principal, donde había una luz brillante con todos los colores del espectro, similar a los que brillaban en el cristal del edificio del estado donde habíamos tenido la reunión, preguntó a un camarero de chaqueta blanca que servía bebidas —él y la mujer de la cocina eran la pareja interina— dónde estaba expuesto el señor Vilitzer. El hombre dijo:

—Aquí mismo, en esta habitación.

Benn había estado buscando un ataúd sobre un catafalco. El hombre le echó, por ello, una mirada extraña, como si estuviese tratando con una inteligencia de escaso rendimiento y le indicó en silencio dónde debía haber buscado. Justo al pasar el umbral de la amplia puerta estilo plantación, había un hermoso paragüero antiguo. Debía ser austríaco, un objeto con cuernos de bronce. Se le habían quitado los sombreros y los paraguas y en una repisa de mármol rojo o de pórfido, había una caja.

—Una caja negra, Kenneth, no mayor que la de mis binoculares.

—¿Las cenizas?

—Estaba allí dentro —dijo el tío—. Yo que me preparaba para verle por última vez en esta tierra.

Esa sorpresa surgió del suelo, por así decirlo, y agarró al tío por las rodillas, así que tuvo que sentarse. Las piernas le fallaron. El negro le llevó una silla y le ofreció un whisky cuando supo que Benn era el sobrino científico —pariente próximo. En aquella casa, la gente era práctica. Estudiaban a Harold cada día, calculaban sus probabilidades de vida. Probablemente, hacía tiempo que esperaban su muerte.

Hablándole a Benn de su reacción, dije:

—Se puede amar a un hombre sin amar lo que te hizo.

El tío me agradeció la interpretación. Pero no era el momento de abandonarme al hábito de comentar.

—¿Por qué tanta prisa por incinerarlo?

—El mismo Harold lo dispuso todo. Sus órdenes fueron incineración inmediata. Me lo dijo Fishl. En el mismo instante en que se firmara el certificado de defunción. Antes de ponerse el sol, ya estaba hecho, lo llevaron de vuelta a su casa y lo pusieron sobre la repisa. Resulta que él no podía ni soportar la idea de una inhumación. No podía soportar encontrarse bajo tierra. Eso le repugnaba.

—Hay quien no puede ni esperar a librarse de sí mismo. Mientras otros no soportan dejar que lo demás se vayan.

—Has puesto el dedo en la llaga —dijo el tío—. Es cierto que no soporto dejar al tío Harold. Lo mismo le ocurre a mi memoria. Una vez que mi memoria ha captado algún fenómeno, lo agarra con fuerza. Hay en eso una especie de obstinación, lo que en morfología resulta una ventaja; pero en cuanto a los afectos, es un infierno. En caso de muerte, es especialmente resistente. Pues bien, yo estaba sentado en una butaca de respaldo ovalado frente al recipiente negro cuando Fishl me vio. Fishl y yo éramos los únicos deudos emocionales. No puedes imaginarte lo enrojecidos que tenía los ojos. Me miró y se comportó como si yo hubiese acortado la vida de su padre. Empecé a pensar que Fishl no había sido nunca una persona equilibrada en ningún aspecto. No sólo por sus maquinaciones. Claro que los negocios marginales lindan algunas veces con la psicopatología. Uno piensa, sin poder evitarlo, que el propósito real de algunas empresas no es hacer dinero, sino pedir al dinero credibilidad para encubrir los pensamientos disparatados.

—Deja eso ahora, tío Benn. ¿Qué te dijo Fishl?

—Bueno, primero que nada, que no debimos haber discutido con Harold. Él, el mismo Fishl, le entendía mejor y debíamos haberle dado tiempo. Podíamos haber tardado un poco más, pero habríamos tenido un poco más al tío. ¿Para qué esa maldita prisa? Yo me dejé empujar por los Layamon. Fishl, de paso, se lanzó en una larga diatriba contra el doctor. Cree que los médicos y los hospitales tienen un lado diabólico y que no hay nada más sucio ni más cínico que el hospital de una gran ciudad, y los criminales como el doctor que se han establecido en ellos. Dijo una cosa sorprendente, que con todo y lo alterado que estaba, se me quedó en la cabeza. Dijo que los lugares donde el sentimiento humano afloraba mediante el sufrimiento, atraían a un personal nihilista que veía allí la oportunidad de dar rienda suelta a sus intenciones. Dijo que no le sorprendería que en los casos en que se hacen chapuzas, se «dejara» morir a los pacientes para evitar demandas por negligencia.

—¿Qué te parece eso? —dije.

—No estoy en condiciones de hablar de temas semejantes. Fishl me llamó maníaco sexual.

—No puede ser.

—Sí. ¿Qué saca con decir cosas como ésa? Me pregunto qué obsesiones tendrá él sobre el sexo. Aun así, me impresionó la cantidad de información que tenía sobre las mujeres que ha habido en mi vida. Cuando se escucha un punto de vista ajeno sobre la conducta propia, parece horrible. ¿Es uno el que es horrible o son los espectadores? Prescinden de tu tormento. Ante los restos mortales de su padre, me soltó que yo era un hombre demasiado viejo para estar encoñado y que tenía que esforzarme dos veces más que un hombre que tuviese la mitad de mis años. Que una belleza experimentada como Matilda me conocía al dedillo. Dijo que yo podía ser un líder en mi ciencia, pero que en la cama no era más que un viejo verde. Y, ¿qué ofrecía ella que me encantase? Apostaba a que era una artista de la simulación, noventa por ciento gestos y date prisa. Pero yo era la parte más débil y le había

robado al tío dos o tres de sus años dorados. Y además, le había levantado la mano al viejo.

—Pero ese individuo está seriamente perturbado. Es un caso clínico. Demente. No todo se puede atribuir a la muerte de Harold. Nunca creí que el carácter de Fishl fuese tan frágil. Fue el viejo el que trató de golpearte a ti. Por el amor de Dios, no te tomes a Fishl en serio.

—No lo hice, del todo no. Pero ante la caja de cenizas, fue un verdadero golpe. Hasta me citó a Hamlet: «No lo llares amor, pues a tus años, el auge de la sangre ha decaído...»

—Horriblemente injusto, hasta subrepticio, tío Benn. No reconoció tu dolor. Quería tragárselo todo él solo. Ahora me parece, además, un momento extraño. Entre toda la gente que llenaba la casa, sólo vosotros estabais afectados por la muerte de Harold y tuvisteis que pelearos.

—No tuve ánimos para pelear.

—Me lo creo. Pero tu debilidad es dar crédito a cualquier cargo contra ti. Ésa es tu parte infantil. Puesto que Fishl es un caso de locura, deberías rechazar las cosas dañinas que te dijo, el ataque sexual.

—El consejo es sensato, pero, ¿es aplicable? Hablas de mi lado infantil como si yo aún tuviese que esforzarme en mi desarrollo. Pero jamás se ha escrito un Romeo y Julieta para amantes de sesenta años. Debo admitir que en mi conducta ha habido un cierto intento de cebar la bomba. Haciendo un esfuerzo especial. Negándome a aceptar los estadios de mi vida como lo hacía la gente en la antigüedad o en la Edad Media. (Aunque tampoco me fío del todo de los historiadores, su juego consiste algunas veces en intimidar a sus contemporáneos.) Pero algo hay enterrado bajo mi tenacidad extraordinaria en cuanto al amor. No todos tienen el talento que el amor requiere. En ese caso, deberíamos retirarnos.

—Eso se debe a tu nivel de energía, tío. No puedes ser productivo a niveles inferiores. Además, la mayoría de los escritores religiosos dicen que no hay vejez para el alma.

—Vuelvo a recordar episodios de mi experiencia pasada, Kenneth. Recuerdo a Della Bedell gritando en la puerta: «¿Qué tengo que hacer con mi sexualidad?» Su época de amar había quedado treinta años atrás. En ese caso, nuestro único acto sexual fue más bien un servicio fúnebre.

Le dije:

—Ten una cosa en mente, tío, los locos tienen un talento especial para intimidarte. Pero no saben nada de ti. No eres lo que ellos se piensan. Tú no eres un ejemplo ordinario de nada. Es escandaloso el modo en que abusan de ti. Por ejemplo, los Layamon, que no tienen ni idea de lo que tú eres...

—El doctor Layamon está tan loco como el aparato de Cabo Cañaveral para seguir objetos en el espacio. Además, fuere lo que haya sido, parece que ya no lo

soy.

—No lo creas, Benn. Has tenido un desliz, un *glitch*, como dicen los astrónomos.

—Tienes buena intención y te lo agradezco. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Ningún talento es perfecto. Pero cuando uno actúa contra sus más profundos instintos, desencadena un tren de causa y efecto que se esparce por todos lados. Busqué el apoyo de aquella maldita azalea durante semanas y tuve la ilusión de que me respondía. Ahora todo se ha visto afectado desfavorablemente, de modo que ni siquiera puedo creerme a mí mismo cuando digo que no hice nada para acortar la vida de Vilitzer.

Comprendí lo que decía. En el centro de su red de causa y efecto estaban los hombros de Matilda. Su propia alma profética le había enviado el más especial de los mensajes. Evita esos hombros anchos. Luego, sus pechos parecían demasiado separados, los colmillos no presagiaban nada bueno. El alma profética, ofendida, le llevó a distorsionar su belleza, de tal modo que hasta esa misma hermosura le repugnaba. Parecía que hubiese un demiurgo escondido bajo la piel de la mujer, que mientras ella dormía bajo su edredón de plumas y seda como un hato de helechos —recuerden también su maravilloso perfil—, había exhalaciones de duplicidad en aquella nariz recta y delicada.

Le dije a Benn:

—No debes permitir que Fishl te embarque. Tú no le quitaste nada a Vilitzer. Él ya iba por el carril de alta velocidad. Olvídate del asunto de la Edad Dorada; estoy seguro de que Vilitzer detestaba hasta la idea. Cuando le sujeté, sus huesos parecían porosos, como una burbuja de plástico vacía, como material de embalar. No es ésa la sensación que produce el oro.

—Fishl dijo que yo había ayudado a destruir al tío. Me alié con sus enemigos.

—¿Enemigos? Él plantó a sus enemigos. Les ganó en astucia a base de bien. Ganó todas las bazas con el triunfo de la muerte. Ni el gobernador Stewart, ni Chetnik, ni los grandes jurados.

—Dije algo así. Pero según Fishl, eso no me excusaba. El gran triunfo era burlar a la muerte. Mantenerla a raya. Y si yo no tenía intención de hacer daño a Harold, de todos modos era un cenizo. Ni siquiera un cenizo, sino una persona de otro planeta que no tenía por qué meterse en negocios humanos normales.

Me di cuenta en seguida de que lo último era un cargo eficaz, ya que fue cuando el tío se instaló como miembro de la familia Layamon, vistiendo trajes de *tweed* hechos a medida; con la cabeza, ese observatorio de plantas, arreglada por un estilista; rodeado de gabinetes iluminados de Royal Doulton o de vajillas Rosenthal, fue entonces cuando se sintió como un saqueador, como un premeditado falsificador, como el hombre extraño, el impostor que se hacía pasar por yerno y por esposo. De algún modo estaba persuadido de que debía compensar por ello a los Layamon, como si los hubiese puesto en una situación falsa.



—Tío —dije—, escucha bien lo que te digo. ¿Qué quieres decir con eso de negocios normales? Si el planeta está hecho una mierda, ellos son la clase de gente que lo ha enmerdado. La gente de esa especie no es más que instrumental. Es lo que el objetivo prevaleciente utiliza para dirigir sus malos extremos. No tienen verdadera iniciativa; sólo son herramientas. Mientras que un hombre como tú...

Pero él no quería que le describiese en términos elevados. Gracias, pero no. Dijo:

—Bueno, empezaba el servicio y Fishl y yo aún discutíamos. Entonces vinieron a buscarle para que se sentase en la primera fila con la familia inmediata. Yo estaba en la fila de atrás escuchando al rabino reformado<sup>78</sup>. Traducía todas las oraciones en el inglés de la Cámara de los Lores<sup>79</sup>. Hace veinticinco años que no entro en ninguna clase de sinagoga. Pero tu abuelo era un profesor de hebreo, Kenneth, nunca se acostumbró a tu nombre, creía que era un error por Kinnereth; por tanto, yo no necesitaba traducciones. Nunca olvidé nada. Pero cuando el rabino empezó a cantar el *El Malai Rajamin* al final, perdí el control y empecé a llorar pensando si el Dios de la Misericordia recibiría el alma de Harold. O la mía, por eso. El empleado negro fue y me cogió por un brazo. Me sacó de la villa del tío Harold y me soltó en Bay Harbor Island para que volviese al balneario por mí mismo.

—¡Cristo, tío! Lo que te faltaba era una aflicción como ésa. Tú no querías ir a Brasil, pero si estuviese en tus zapatos, lo desearía como un lugar para recobrar me de todos esos golpes.

—Ese pensamiento me cruzó por la cabeza.

—Aquí es muy distinto.

—Claro —dijo, como si tuviese otra cosa en mente—. Sería distinto en el continente vecino.

—Y, ¿vas a encontrarte con Matilda en el aeropuerto mañana por la mañana?

—Más tarde. Su avión aterriza a las tres y el vuelo a Brasil es dos horas más tarde. Tiempo de sobra para llegar a la terminal internacional y hacer nuestra conexión.

—Espero que puedas relajarte en Río.

Eso era algo terrible y falso. El hombre había perdido el privilegio de su visión, había caído en la perspectiva opuesta y brutal y yo le decía que se relajara en una ciudad de placeres latinos. En vez de enfadarse, me lo dejó pasar. Parecía comprender que yo estaba lejos, desarmado, incapaz de ofrecerle apoyo, repitiendo palabras como zumbidos inútiles: «relajarte» y aún peor, «espero». Ciertamente, él era un caso desesperado.

—¿De dónde es ese prefijo tan extraño que me diste? —dijo.

—Estoy en Seattle.

—Así que es ahí adonde has ido. No quisiste preocuparme. ¿También tienes problemas? ¿Treddie te está sacando los chichones?

—Vuelvo a casa a las cinco de la mañana. Prométeme que me llamarás desde Brasil. Ni siquiera sé dónde encontrarte allí y vas a estar fuera durante meses.

—Claro. Y aún mejor, te llamaré antes de despegar. ¿Qué horario tienes mañana?

—Doy el seminario de Rozanov, el curso de los místicos sexuales rusos. Puedo esperar tu llamada en la residencia.

—Mejor espérame en el piso. Por si me he olvidado de alguna cosa que pueda necesitar. Además, será conveniente ponerlo a cargo revertido porque te llamaré desde un teléfono público. Y si Matilda se pone en contacto contigo mañana, no le digas nada, nada de nada.

—No veo cómo podrá encontrar tiempo para llamarme o por qué querría hablar conmigo antes de salir para Brasil. De todos modos, yo no hablaría de ti con ella.

—Sobre Vilitzer —dijo el tío—, prefiero ser yo mismo quien dé a Matilda la noticia.

—¿No va a salir en los periódicos?

—Todavía no. Por alguna complicada razón de negocios, la familia no ha anunciado la muerte. Dennis Vilitzer me lo dijo.

—Pero los periodistas siempre revisan los informes que hacen los médicos. Quiero decir, el certificado de defunción.

—Ah, bueno, eso también está arreglado. Han hecho un comunicado sobre un ataque cardíaco.

—¿Qué será lo que se proponen? Supongo que evadir fondos, tontear con depósitos.

—Así que los periódicos sólo anunciarán que ha tenido una coronaria.

—Suficiente, tío Benn.

Casi no fue necesario que me llamaran para despertarme temprano puesto que dormí muy poco. Varias duchas calientes no lograron suavizar los anudados músculos de mi cuello, sólo irritaron la piel de mi espalda y contribuyeron a mi insomnio. De todos modos, tomé un poco de coñac de una petaca de plata que me había regalado mi padre al terminar mi viaje y estaba alerta, sino calmadamente despierto. En esta época, que una señora inteligente describía en una revista como «post-humana», no siempre se puede conseguir un buen descanso. Las noches de crisis se deben afrontar, por lo tanto, con la máxima compostura. Uno no puede estarse preocupando por la apariencia trasnochada y por las ojeras. Cuando a uno le quitan tantos apoyos y estabilidades, hay que pensar en las posibles ventajas de quitarse uno de ellos —el ser humano, preservándose humanamente a sí mismo, puede encontrar el canal que le lleve a la libertad. Su peso reducido puede desafiar la atracción magnética de la anarquía y permitirle flotar independiente. Tal vez yo podría educar a mi hijita con esa independencia. Probablemente, también podría transmitir la intuición perfeccionada —cuando la perfeccionase— al tío Benn. Después de todo, cuando llegué de París para estar con el tío, ya había reducido el

número de mis relaciones significativas a dos. Para el dos, lo ideal es convertirse en uno. Se supone que de eso va el amor. Al tratar de transponer sus poderes mágicos de la botánica al amor, mi tío había experimentado —sin saberlo, sin iluminación— con esa fusión del dos en uno. Debo acordarme de decirle eso al tío. «Fue un experimento, tío. Sólo que no lo preparaste bien.» Encendí la lámpara de la mesa de noche y tomé notas en un bloc con el bolígrafo encadenado. «No se puede conseguir con personas fabricadas», escribí en el papel del Hotel Meany. Involucrado con personas fabricadas, uno no puede preservar su magia, si es que la tiene. ¡Magia! ¡Sí! El tío ciertamente la tenía. Si no la hubiese tenido, ¿por qué estaba sufriendo aquel mismo día? «Jugó. Perdió. ¿Qué puede salvar o recuperar ahora?»

Apagué la luz y seguí bebiendo de la petaca en la oscuridad. Mi padre no hubiese aprobado la porquería de segunda clase que estaba tomando en ese regalo de primera. Pero, de todos modos, me ayudaba a organizar las cosas. Volví sobre mis pasos. Benn había tenido el privilegio de la visión. Hizo un experimento atrevido; no, temerario. Cayó en la visión opuesta, degradada. Antes podía escaparse a herborizar —hasta cierto punto un pretexto— en bosques indios, en montes chinos, en las fuentes del Nilo. Pero ahora los lugares lejanos, las porciones no visitadas del planeta, no eran más que el tercer mundo, escuálido, mal administrado por los cleptócratas militares; escenas de hambruna, suciedad, SIDA, masacres. Y miren, hasta Vilitzer, en su muerte, se había reducido a los noventa centavos de productos químicos que tan a menudo oímos mencionar. Ahí está la visión brutal— aunque muera dejando millones, mis elementos no valen ni un pavo.

El secreto de nuestro ser aún está pidiendo que lo descubran. Sólo que ahora comprendemos que preocuparse y enfurecerse por ello es inútil. El primer paso es detener esas oscilaciones de la conciencia que nos mantienen despiertos. Sólo que, antes de ordenar a las oscilaciones que se detengan, antes de apagar y marcharse, hay que maniobrar hasta situarse en una posición en que la ayuda metafísica se pueda acercar.

Con los vientos predominantes de popa, hicimos el vuelo en un tiempo récord. Llegué con una hora sobrante antes de clase, comí un poco de Wisconsin Brie y galletas saladas y luego pasé dos horas en la mesa del seminario explicando lo que yo mismo no entendía sobre las teorías sexuales de ese canallesco —aunque, de algún modo, atractivo— Rozanov —ese místico cristiano que había envidiado a los judíos su culto de la fertilidad— tal como él lo veía, y que creía que el baño ritual era una fuente de potencia sexual. Los chicos tomaron nota de todo. Qué sacaron de eso, si es que sacaron algo, aún está por verse.

Más tarde me compré una comida de charcutería y fui al apartamento de mi tío con mis paquetes a esperar su llamada. Me distraje con los periódicos y las copias en la mesa del café, asuntos botánicos que no significaban mucho para un erudito ruso. Para mí era suficiente que hubiesen merecido su atención. La mayor parte del

material tenía que ver con los líquenes y buscar los términos técnicos hubiese sido una molestia. Así que me puse a hojear los libros de Lena que aún se conservaban en una estantería aparte, todos esos tomos de Balzac y de Swedenborg y de E.T.A. Hoffmann. En uno de los tomos de Hoffmann, que no se había tocado desde que ella lo había dejado allí, había un marcador. Lo abrí por ese lugar y leí: «Ludwig saltó y suspirando profundamente, tomó la mano de su amigo y la apretó contra su pecho. ¡Oh, Ferdinand, mi más querido, bienamado amigo! —exclamó—, ¿qué será de las artes en estos tiempos tan rudos y tormentosos? ¿No se marchitarán como plantas delicadas que en vano vuelven sus tiernas cabezas hacia las oscuras nubes tras las cuales ha desaparecido el sol...? Los hijos de la Naturaleza se revolcaron en la perezosa indolencia y aplastaron bajo sus pies los hermosos dones que ella les ofrecía...» Bien, yo tomé aquello como una comunicación de la tía. No lo hubiese admitido ante un examinador policial ni en una declaración jurada, pero lo confieso libremente a cualquiera que se haya tomado el trabajo de leer mi narración. Y afirmo que lo oí con la voz de la propia Lena.

Hablé un rato con Dita por teléfono y le dije que Treckie había decidido dejarme a Nancy parte del año.

—Puesto que empieza la vida matrimonial, quiere sacarse de encima a la niña —le dije.

—Parece una interpretación sensata. Con una niña cerca, pórtate bien.

Dita ofrecía ayuda. No estaba dispuesto a rechazarla. ¡Una mujer encantadora!

—¿Tienes la noche libre? ¿Vamos a un restaurante? —dije—

Compré *comed beef* de charcutería y pepinillos. No puedo decirte la hora porque estoy esperando una llamada importante del tío. Está a punto de llamar. Y creo que debería colgar. Está a punto de salir para Brasil, ¿comprendes?

Pero el teléfono permaneció en silencio mucho más allá de la hora esperada. Cerca de las seis de la tarde me estaba poniendo nervioso y puse el timbre alto para poderlo oír si estaba en el baño con el agua corriendo. Eran las siete, hora de Miami. Probablemente se había retrasado el vuelo. Traté de adivinar qué se estarían diciendo Benn y Matilda en la sala de espera de las Aerolíneas Brasileñas. ¿Por qué querría retener la noticia de la muerte de Vilitzer? ¿Con qué estaba tratando de engañarla? Cuando ella y el doctor Layamon se enterasen de que Harold estaba muerto, ¿habría un plan B que pensarían poner en práctica? ¿Demandar al Estado? ¿Con qué evidencia? ¿Por qué tendría que testificar ahora Amador Chetnik que le habían sobornado? o, si ésa no era la palabra correcta, que había cometido cohecho. (Qué termino tan excepcional para una circunstancia tan corriente.) Me preguntaba qué consuelo podría el tío recibir de Matilda. Nada podría ayudarle fuera de recobrar los poderes que había perdido. Pensé que Brasil estaría lleno de azaleas. ¿Cómo iba él a enfrentarse a ellas?

Justo en ese momento, sonó el teléfono. Dije:

—¡Tío! ¿Qué ha ocurrido? ¿Se retrasó el vuelo?

—No, no —dijo sonando distante (no vocalmente, sino mentalmente).

—¿Quieres decirme, por favor, qué está pasando allí? Y, ¿por qué no querías que Matilda supiera que Vilitzer había muerto?

—Fue para convencerla de que aún no podía irme de Miami. Muy sencillo —dijo el tío Benn—. Harold aún está vivo, débil, pero consciente. Eso es lo que le dije. Está sufriendo un cambio de sentimientos, le dije. Todavía nos queda una débil oportunidad. En cualquier caso, no podía marcharme mientras el hermano de mi madre se estaba muriendo.

—No me digas que te creyó. Nunca me lo hubiese pensado.

—Sí, y me aseguré de que facturaba su equipaje para Río.

—El tuyo, ¿no está facturado?

—Viste cómo lo llevaba encima.

—¿Así que le apremiaste para que se fuera? ¿Está en el aire camino de Brasil?

—Creo que tiene que llegar a Río mañana por la mañana.

—¿No te pidió los resguardos para recoger tu equipaje?

—Preparé un sobre con dos trozos de cartón en blanco y lo pusimos con sus propios resguardos y billetes.

—Bueno, no me lo puedo imaginar —dije.

—El hecho es —y ésa es la razón fundamental— que no podía enfrentarme a Brasil, a dar conferencias por el país en universidades del quinto infierno. A cambio de eso, Matilda aún estaba tratando de conseguir un privilegio diplomático para poder embarcar compras libres de impuestos para amueblar el Roanoke.

—Darle vueltas a ese enorme país te hubiera drenado las pocas fuerzas que te quedan.

—No hubiese podido hacerlo, Kenneth. Me hubiese muerto. Lo comprenderás en seguida. Eres lo más cercano a un hijo... menos un sobrino que mi propio hijo.

—Entonces, vuelves para aquí.

—En estos momentos estoy en otra parte del aeropuerto y acabo de comprar un billete para otro destino.

—¿Otro truco? ¿No vuelves a casa?

—Matilda se resistía a viajar sin mí. Quería quedarse. Me dijo que era un locura quedarme rondando a Vilitzer, que nunca sacaría nada de eso. Sólo mi fetichismo sobre las emociones familiares. Pero le dije que si me marchaba, iba a quedarme una mancha para el resto de mi vida. Una mancha que nunca podría limpiar. Que Dios me perdone, le he dicho que Fishl creía que el tío Harold podía estar dispuesto a firmar un codicilo en el último momento.

—Nunca me habría imaginado que eras capaz de mentir tanto —dije.

—Bueno, tanto trataron todos de cambiarme que, finalmente, cambié. Al fin, también entré en eso. Puedes creer que consulté conmigo mismo y maquiné todo esto. Un logro bastante triste, por eso. Ese asunto de ellos no es nada rudimentario.

Lo he hecho una vez y no volveré a hacerlo. Pero déjame explicarte lo que he arreglado. Para cuando ella aterrice en Brasil, yo estaré camino del Polo Norte. Verás, han reunido un equipo internacional de científicos para hacer investigaciones especiales. Y firmé hace tres días para estudiar los líquenes de ambos polos, un estudio comparativo, y tratar de resolver ciertos enigmas morfológicos. No son enigmas agudos. Cuestiones de un cierto interés especial. Tendremos la base en el norte de Escandinavia, en el extremo de Finlandia, en realidad. Y más allá.

—¿Con dos o tres horas de luz solar? No lo veo para ti en absoluto.

—Eso tengo que decidirlo yo —dijo el tío—. Y ahora me ayudará el no tener nada más que la noche y el hielo. La noche para poder verme a mí mismo. El hielo como correctivo. El hielo por el rigor. Y también porque allí no habrá plantas, excepto los líquenes. Porque si no hay *rapport*, si el *rapport* está muerto, estaré mejor en un ambiente sin plantas. Más que pensarlo, he sentido cuidadosamente todo esto. Es una medida de supervivencia. Voy a aplicar masas globales de hielo y oscuridad hiperbórea. Gracias a Dios que la propulsión de los reactores permite el remedio, de otro modo, tendría que ahogarme aquí mismo, en Miami Beach.

—En ese caso, tío, aunque engañado, doy mis bendiciones a tu expedición.

—Bueno, me voy dentro de una hora. He dejado un sobre para ti con información más completa. Lo encontrarás en el cajón superior de la izquierda de mi escritorio. No estoy completamente seguro de mi dirección postal en Finlandia. La que por supuesto...

—No daré a Matilda. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No puedo predecirlo. Tal como me siento, no volveré pronto. Tal vez Matilda pida una anulación, lo que no debería costarle mucho conseguir, pero eso es materia legal y yo no soy bueno en esas cosas. Además, no quiero saber nada de ellos.

—¿Quieres que te consiga un abogado para que te represente si es necesario?

—No puede ser necesario.

—¿No piensas defenderte?

—¡Kenneth!, ¿qué es lo que hay que defender? ¿Fue mi hermana o fuiste tú quien dijo que yo era un ave fénix que corría tras los pirómanos? Bueno, veamos qué se puede hacer, si puedo renacer de esas cenizas. En este momento, es tan probable como restaurar al tío Viltzer a partir de aquellas cenizas que enviaron a su casa desde la funeraria. Ahora tengo que colgar. Si consigo tranquilizarme, te enviaré una carta; espero estar muy ocupado los primeros meses. Se supone que la Academia Soviética de las Ciencias nos informe si se unirá a la aventura. Nunca se puede conseguir una respuesta concreta de esa gente.

—¿Me dices algo más en la nota que me dejaste? —dije, tratando de mantenerlo en la línea.

—Sólo la información fundamental. No estaba en condiciones de elaborar. Bueno, adiós, chico. Sólo te echaré de menos a ti.

El sobre contenía, en cuidadosa letra de imprenta escrita con mano científica, el

extraño nombre de un grupo de investigación y la dirección de un profesor finlandés de Helsinki (casa y despacho), además del apartado de una localidad incomprensible en territorio de renos, muy lejos, en la tundra. Probablemente, cerca de Nueva Zembla. Ni siquiera aquello estaba lo suficientemente lejos.

FIN

---

---

**notes**

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> Reunión de monstruos. (N. de la T.)

<sup>2</sup> Región de las Grandes Llanuras que comprende doce estados: Iowa, Kansas, Minnesota, Missouri, Nebraska, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Illinois, Indiana, Michigan, Ohio y Wisconsin. (N. de la T.)

<sup>3</sup> En los Estados Unidos, cuanto se relaciona con el gobierno federal, que afecta a toda la nación, tiene fama de ser más complejo y riguroso que lo propio de los gobiernos estatales, por ello el adjetivo se utiliza frecuentemente en este sentido. (N. de la T.)

<sup>4</sup> Made of finer clay: La traducción literal de esta locución (que según el autor ha caído en desuso) no suena familiar en castellano, pero como imagen resulta de mayor elocuencia que sus posibles sustituciones. (N. de la T.)

<sup>5</sup> Según la traducción de Héctor M. Sauvegnot (Santiago de Chile, 1946), única que conozco. El título original es Alone. (N. de la T.)

<sup>6</sup> Numerosity es, en efecto, un neologismo a diferencia de su equivalente castellano. (N. de la T.)

<sup>7</sup> Término, generalmente despectivo, para señalar a los judíos. (N. de la T.)

<sup>8</sup> Heartwood, que no lo he encontrado en ninguna parte y sapwood, albura. Parece que estas dos especies botánicas llegan aquí traídas por los pelos, pero los términos heart, corazón y sap, tonto, hacen pensar un juego del autor que he intentado reproducir yéndome por lo libre. (N. de la T.)

<sup>9</sup> Glavnoe Politiéeskoe Upravienie: siglas rusas de la Policía política soviética anterior a la N.K.V.D. (N. de la T.)

<sup>10</sup> En el original, Ninety Day Wonder: Prodigio de Noventa Días, término con el que se designa en el Ejército de los EE.UU. al oficial que ha llegado a serlo tras una instrucción de tres meses por tener una carrera universitaria. (Nota de la traductora.)

<sup>11</sup> En el original, FDR. (N. de la T.)

<sup>12</sup> La isla de Chappaquidick aún tardará algunos años en perder la celebridad que le diera el escandaloso accidente del senador Edward Kennedy y su malograda secretaria, Mary Jo Kopeckne. Para la prensa se ha convertido en sinónimo de escándalo político. (N. de la T.)

<sup>13</sup> Se refiere al Partido Demócrata. (N. de la T.)

<sup>14</sup> El autor utiliza la imagen de un estadio de béisbol de las Ligas Mayores. (N. de la T.)

<sup>15</sup> Literalmente, cinturón de hollín. La recesión de 1973 y la reconversión afectaron particularmente a esta zona, centro de la siderurgia y de la industria



automovilística. (N. de la T.)

<sup>16</sup> Aproximadamente, Alta Presion. (N. de la T.)

<sup>17</sup> Luther Burbank (1849-1926). Aplicando los principios de Darwin al cultivo de las plantas, logró mejorar ciertas especies, como la célebre patata de Idaho. (N. de la T.)

<sup>18</sup> Se pierde en castellano el juego de palabras que da gracia a la escena: egg, huevo y eggplant (literalmente, planta de huevo) berenjena. (N. de la T.)

<sup>19</sup> Nombre de una cadena de hoteles norteamericana. (N. de la T.)

<sup>20</sup> He apoyado la traducción casi literal de esta imagen en la gramática porque mi entendimiento no arrojó luz suficiente para iluminar su oscuridad. (Nota de la traductora.)

<sup>21</sup> El autor se refiere a la «protección» que ofrece la mafia a cambio de dinero, tan presente en la experiencia norteamericana. (N. de la T.)

<sup>22</sup> En hebreo en el original: behema (N. de la T.)

<sup>23</sup> No se refiere al árbol del Génesis, sino a una posterior elaboración de la mística judía. (N. de la T.)

<sup>24</sup> En el sentido que dan los judíos al término, quien no pertenece al pueblo de Israel. (N. de la T.)

<sup>25</sup> En el original, a demon or daemon. He traducido el segundo término por genio siguiendo el ejemplo de Luis Gil en su traducción de El banquete (discurso de Sócrates). (N. de la T.)

<sup>26</sup> En el original, JAL. (N. de la T.)

<sup>27</sup> Después de la acusación contra el barón von Büllow por el presunto asesinato de su millonaria esposa, en EE.UU. se ha popularizado su nombre como sinónimo de cazafortunas peligroso. (N. de la T.)

<sup>28</sup> Con esta palabra se designa en los Estados Unidos una talla especial para mujeres de corta estatura. (N. de la T.)

<sup>29</sup> Veterans Administration: órgano del Gobierno federal que administra los diversos tipos de asistencia que reciben los excombatientes del Ejército de los Estados Unidos. (N. de la T.)

<sup>30</sup> El autor juega con la frase between consentig adults, entre adultos que consienten, de uso legal y popular en EE.UU. (N. de la T.)

<sup>31</sup> En castellano en el original (N. de la T.)

<sup>32</sup> Mujer del ejercito de tierra de los Estados Unidos (N. de la T.)

<sup>33</sup> En el original, D.C., por Washington, Distrito de Columbia (N. de la T.)

<sup>34</sup> Guardiamarina. (N. de la T.)

<sup>35</sup> En el original, G.I., soldado raso americano. Se utiliza de modo coloquial para referirse a lo que es muy rudo o muy severo. (N. de la T.)

<sup>36</sup> Los ángeles de la mística judía nada tienen que ver con sus homónimos del

dogma ortodoxo, más bien se aproximan a los

ἑταίρους

de Hesíodo, espíritus de los antepasados de la Edad de Oro. (N. de la T.)

<sup>37</sup> Célebre empresario de revistas norteamericano. Los Zielfield Follies marcaron el apogeo del género en Broadway en las primeras décadas de este siglo. (N. de la T.)

<sup>38</sup> Antiguo pueblo de Puerto Rico, ahora suburbio de la capital, donde se encuentra la primera Universidad del estado. Los norteamericanos suelen referirse a las universidades con el nombre del pueblo o ciudad en que se encuentran. (N. de la T.)

<sup>39</sup> Ortografía castellanizada de softball, variedad de béisbol en que la pelota se lanza desde abajo. (N. de la T.)

<sup>40</sup> A woman who was mentally AWOL. El autor juega con las siglas de absent without leave que en el Ejército significa ausente sin permiso. (Nota de la traductora.)

<sup>41</sup> El súbito cambio de polos es del autor. Lo explicará mucho más adelante, aunque no del todo. (N. de la T.)

<sup>42</sup> Thanksgiving, fiesta de acción de gracias por las bendiciones del año anterior que se celebra el cuarto jueves de noviembre con una cena tradicional de pavo asado y pastel de calabaza. (N. de la T.)

<sup>43</sup> Se refiere a los rabinos que ampliaron la Torá en el Talmud dictando normas que regulan hasta los detalles más nimios de la vida cotidiana del judío. (N. de la T.)

<sup>44</sup> Las oraciones judías oficiales tienen una fórmula de bendición empezando muchas con el verso: Baruch atá Adonai, Bendito sea el Señor. (Nota de la traductora.)

<sup>45</sup> Literalmente, trajes de ocio. Se pierde necesariamente el juego de palabras que el autor realiza en la frase siguiente: «como si hubiese alguien lounging, haciendo el vago. (N. de la T.)

<sup>46</sup> En el original, schnook (yiddish). (N. de la T.)

<sup>47</sup> Columnista que realiza un consultorio sentimental en diversos diarios norteamericanos. (N. de la T.)

<sup>48</sup> Éxodo, 13, 17. (N. de la T.)

<sup>49</sup> La valla es un elemento tradicional en casas y granjas norteamericanas. Su reparación es una tarea cotidiana, de ahí su popularidad como metáfora. (Nota de la traductora.)

<sup>50</sup> Yo tampoco he conseguido averiguarlo. (N. de la T.)

<sup>51</sup> En el original, res judicata. El término se conserva en latín en la jurisprudencia anglosajona. (N. de la T.)

<sup>52</sup> En el original G.E. (N. de la T.)

<sup>53</sup> En el original, schmutzig (yiddish). (N. de la T.)

<sup>54</sup> Cupones que otorga el Gobierno de los Estados Unidos a personas de bajos ingresos para la compra exclusiva de alimentos. (N. de la T.)

<sup>55</sup> La imagen del diseño es del cuento de Henry James, Un dibujo en la alfombra. Lleva, además, la sugerencia de la locución to be on the carpet, sufrir una reprimenda. (N. de la T.)

<sup>56</sup> En algunas funerarias norteamericanas, tienen los ataúdes de muestra envueltos en papel celofán para protegerlos del polvo. Lo mismo ocurre con las coronas, los recordatorios, etc. (N. de la T.)

<sup>57</sup> En el original, zhlobb (yiddish). (N. de la T.)

<sup>58</sup> Departamento de Defensa (N. de la T.)

<sup>59</sup> En el original bluecollars. (N. de la T.)

<sup>60</sup> Tortas de harina de trigo cuadradas que se hacen en una plancha especial. (N. de la T.)

<sup>61</sup> En el original FDR. (N. de la T.)

<sup>62</sup> Persona que falsifica unas elecciones. (N. de la T.)

<sup>63</sup> Livestock futures. Traduzco literalmente aun a riesgo de cometer una barbaridad, porque si hay un término equivalente en la jerga respectiva, lo desconozco, y de esta manera, al menos, nos enteramos todos. (N. de la T.)

<sup>64</sup> Surgeon General. El cargo es ejercido siempre por un medico. (N. de la T.)

<sup>65</sup> En el original, schrecklin (yiddish). (N. de la T.)

<sup>66</sup> Recuérdese que el autor se refiere al fútbol americano y a la impresionante apariencia de sus jugadores. (N. de la T.)

<sup>67</sup> En el original, schmuky (yiddish). (N. de la T.)

<sup>68</sup> Agencia de servicios domésticos. (N. de la T.)

<sup>69</sup> En el original yutzes (yiddish). (N. de la T.)

<sup>70</sup> Juego, común en los niños de edad escolar, que consiste en sostener un hilo circular entre los dedos que otro coge de un modo particular y que se pasan sucesivamente, creando entre ambos una trama cada vez más intrincada. No he encontrado a nadie que recuerde su nombre. (N. de la T.)

<sup>71</sup> En el original, schwartzers (yiddish). Esta vez he deducido el significado. (N. de la T.)

<sup>72</sup> Academia de la Armada de los Estados Unidos. (N. de la T.)

<sup>73</sup> Fruto anaranjado del diospiro. (N. de la T.)

<sup>74</sup> Across the counter transaction: literalmente, transacción a través del mostrador. Se utiliza en farmacia para referirse al despacho de productos que no requieren receta como, por ejemplo, el Tylenol, fármaco de este tipo de mayor venta en los Estados Unidos. (N. de la T.)

<sup>75</sup> En el original, Federal Express. (N. de la T.)

<sup>76</sup> Juego similar al de las Tabas con una especie de estrellas de metal o de plástico. (N. de la T.)

<sup>77</sup> Mexican standoff: literalmente, alejamiento a la mexicana. La facilidad con que se conceden los divorcios en México ha dado lugar a esta locución para referirse a separaciones, expulsiones y despidos. En Puerto Rico se ha convertido en el sustantivo que utilizo en la traducción: «Dar mexicana», despedir, expulsar. (N. de la T.)

<sup>78</sup> La religión judía se ha dividido en los EE.UU. en tres ramas: la ortodoxa de siempre, la conservadora y la reformada. A esta última corresponden los cambios más radicales, como la traducción de los rezos al inglés que aquí se menciona. (N. de la T.)

<sup>79</sup> Por decir perfecto o, con la locución más habitual, inglés de Oxford. (Nota de la traductora.)